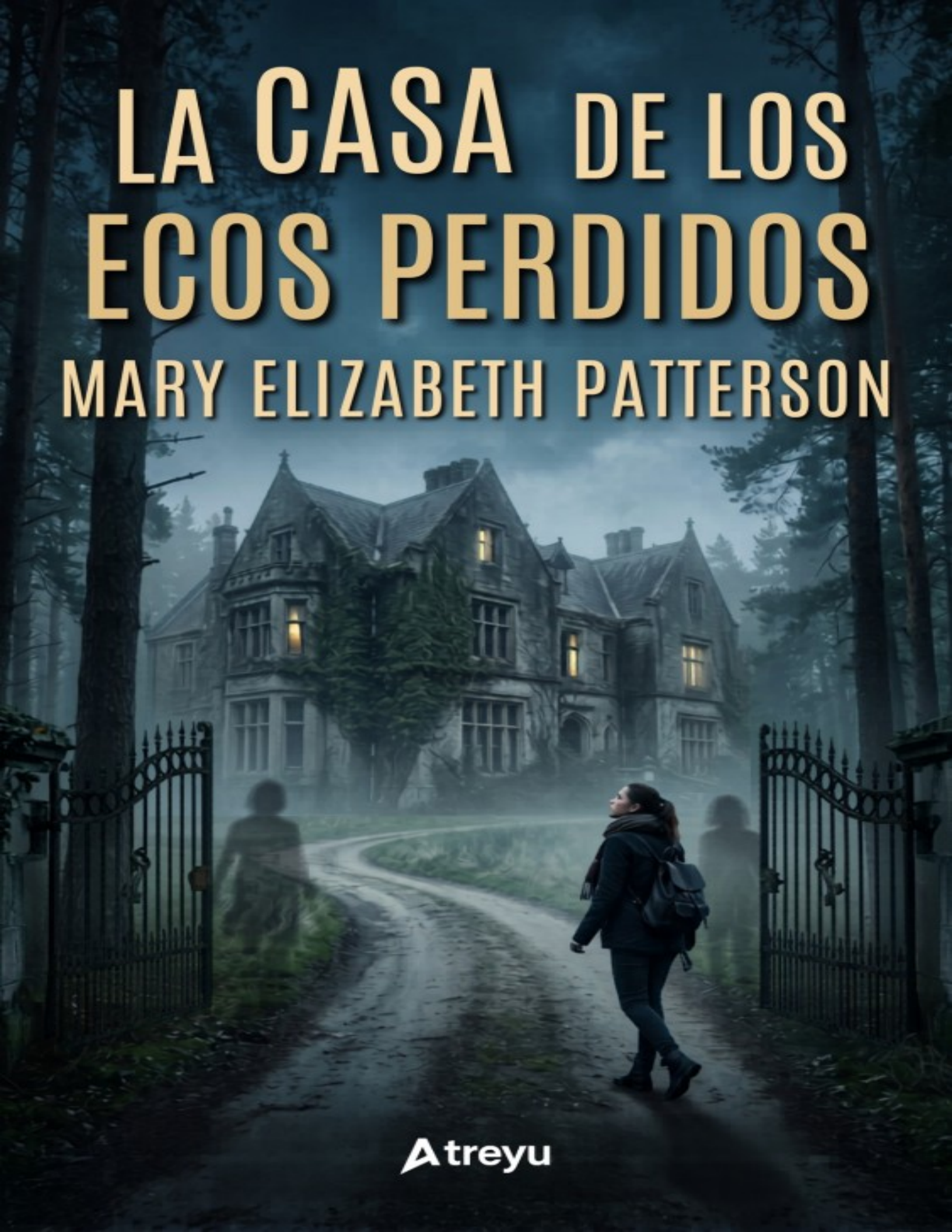
LA CASA DE LOS ECOS PERDIDOS

MARY ELIZABETH PATTERSON



Atreyu

LA CASA DE LOS ECOS PERDIDOS

Mary Elizabeth Patterson

Atreyu Servicos Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
LA CASA DE LOS ECOS PERDIDOS
Prólogo: La noche que lo detuvo todo
Capítulo 1: El peso de la herencia
Capítulo 2: El susurro del desván
Capítulo 3: La historia del pueblo
Capítulo 4: El hombre del bosque
Capítulo 5: La primera advertencia
Capítulo 6: El detective que olvidó
Capítulo 7: El amigo de papá
Capítulo 8: Una visita hostil
Capítulo 9: El accidente
Capítulo 10: El peso del silencio
Capítulo 11: La puerta tapiada
Capítulo 12: El álbum de la memoria
Capítulo 13: La mentira de la prima
Capítulo 14: El precio de la verdad
Capítulo 15: El testamento maldito
Capítulo 16: La tormenta perfecta
Capítulo 17: Pasos en la oscuridad

Capítulo 18: El secreto de la niñera
Capítulo 19: El despertar de Rowan
Capítulo 20: Las palabras de un niño
Capítulo 21: La cacería
Capítulo 22: La carta póstuma
Capítulo 23: La confesión del detective
Capítulo 24: El nombre del demonio
Capítulo 25: La última advertencia
Capítulo 26: La última trampa
Capítulo 27: El peso de la conciencia
Capítulo 28: Ecos del pasado
Capítulo 29: El peso de la justicia
Capítulo 30: Un nuevo amanecer
Epílogo: El eco que se calló

LA CASA DE LOS ECOS PERDIDOS

Mary Elizabeth Patterson

PRÓLOGO: LA NOCHE QUE LO DETUVO TODO

—Esta noche papá llegó tarde otra vez —escribió Jenna, inclinando la cabeza para que la luz de la lámpara no le hiciera sombra sobre el papel—. Mamá no le habló durante la cena. Después oí que discutían en el despacho.

Apretó el lápiz con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. La letra salía temblorosa, inclinada hacia la derecha, como si las palabras quisieran resbalar de la página. Jenna se detuvo, mordió el extremo del lápiz y miró hacia la puerta cerrada de su habitación. Desde abajo llegaban las voces, amortiguadas pero reconocibles. La de su padre, grave y cortante. La de su madre, más aguda, como un hilo a punto de romperse.

Y luego la otra voz. La del amigo de papá.

Jenna no sabía cómo llamarlo. Siempre llegaba sin avisar, siempre se quedaba hasta tarde, siempre olía a colonia y a menta. El año pasado le había regalado una caja de caramelos por su cumpleaños, pero ella no los había probado. Algo en su sonrisa le hacía pensar en los perros que enseñan los dientes antes de morder. Recordaba sus ojos, de un marrón avellana, que parecían cálidos hasta que te fijabas bien. Hasta que veías que la calidez no les llegaba al fondo.

Bajó la mirada al diario. La tinta del lápiz brillaba bajo la luz amarillenta de la lámpara, esa que su mamá le había comprado en la

tienda de antigüedades del pueblo. Tenía una pantalla de tela con flores bordadas que proyectaba sombras de pétalos sobre las paredes. Jenna los había mirado tantas veces que se los sabía de memoria: cinco pétalos en cada flor, catorce flores en total. A veces, cuando no podía dormir, los contaba.

Me tapé los oídos con la almohada, pero aun así se oía. La voz de papá sonaba enfadada, y la de mamá sonaba como cuando llora. No me gusta cuando discuten. Me da miedo.

Jenna dejó el lápiz sobre el escritorio y se quedó mirando la última palabra. *Miedo.* La había escrito tantas veces en las últimas semanas que ya casi no parecía real. Como si repetirla la vaciara de significado. Pero no era cierto. Cuanto más la escribía, más pesaba. Era una palabra que ocupaba espacio en la boca, que dejaba un regusto metálico en la lengua.

Abajo, un portazo.

Jenna dio un respingo. La lámpara de la mesilla osciló ligeramente, proyectando sombras danzantes sobre las paredes. La muñeca de porcelana que descansaba en la silla junto a la cama pareció moverse un instante, pero Jenna sabía que era solo el reflejo de la luz. Siempre era el reflejo de la luz. Se lo repetía a sí misma cuando las sombras se alargaban y la casa crujía y el viento golpeaba las ventanas. Siempre era el reflejo de la luz. Siempre era la madera que se contraía. Siempre había una explicación.

Se levantó y fue hacia la puerta. La entreabrió apenas un centímetro, lo justo para asomar un ojo. El pasillo estaba a oscuras. Desde la planta baja llegaba un rectángulo de luz que se proyectaba sobre la alfombra del rellano, alargándose como un rastro de fuego. Las voces subían por la escalera como humo: espesas, difíciles de entender. Jenna reconoció el tono de su padre, esa dureza contenida que precedía a los portazos.

—No puedes hacer esto, Grant. No tienes derecho.

La voz del amigo de papá. Jenna apretó los labios. No le gustaba cómo sonaba. No le gustaba cómo sonaba ninguna. Eran ruidos raros, como cuando su madre se equivocaba al tocar el piano.

Su madre habló en voz baja, pero Jenna alcanzó a oír la palabra *policía*. Luego su padre respondió algo que no entendió, y la voz del amigo se elevó hasta convertirse en un rugido:

—¡Te estoy ofreciendo una salida, Grant! ¡No seas estúpido!

Jenna cerró la puerta de golpe y corrió de vuelta a la cama. Se metió debajo de las sábanas, encogiendo las rodillas hasta tocarse la barbilla. El corazón le latía en las orejas, en los dientes, en las puntas de los dedos. Todo su cuerpo vibraba como una campana. Podía sentir el pulso en la garganta, en las sienes, en la base del cráneo.

Cogió la muñeca de porcelana que descansaba sobre la mesilla de noche. La abrazó contra el pecho, sintiendo el frío del esmalte contra la piel. La figura tenía un ojo de cristal azul y otro de porcelana pintada, porque el original se le había caído el año pasado y su madre lo había reemplazado con un botón. Jenna lo tocó con el pulgar. El botón estaba flojo. Podía girarlo, sentirlo bailar bajo la piel. Le recordaba a un ojo de verdad, de esos que se mueven en la órbita.

Abajo, la discusión se había calmado. Ahora solo se oía la voz del amigo de papá, monótona y persuasiva, como una canción de cuna que sonara mal. Jenna cerró los ojos e intentó concentrarse en el ruido de la lluvia. Pero la lluvia no era bastante fuerte. No lograba tapar el zumbido de la voz, ese tono que subía y bajaba como un insecto atrapado en un frasco.

—No voy a firmar, Miles. Y Caroline ya ha hablado con el abogado. Mañana iremos a la comisaría.

Su padre. La voz sonaba firme, pero Jenna percibió un temblor, una grieta diminuta en la seguridad. Como cuando una taza de porcelana

se cae al suelo y no se rompe del todo, pero ya nunca volverá a ser igual. Como el ojo de la muñeca.

Un silencio. Largo. Jenna dejó de respirar. Se quedó inmóvil, con la muñeca apretada contra las costillas, esperando.

—Entonces no me dejas otra opción.

Las palabras del amigo de papá sonaban distintas. Más frías, como si hubiera dejado de ser la persona que sonreía y repartía caramelos para convertirse en otra cosa. Algo que Jenna no sabía nombrar pero que le heló la sangre. La voz había perdido toda emoción. Era plana, metálica, como la hoja de un cuchillo.

Oyó un ruido metálico. Como si hubieran empujado una silla contra la pared. Luego algo arrastrándose sobre la madera.

—Miles, ¿qué haces? Suelta eso.

La voz de su madre, aguda, rota. Jenna se incorporó ligeramente en la cama. La muñeca resbaló de sus manos y cayó sobre el colchón con un golpe sordo. Jenna la recogió y la apretó contra el pecho otra vez, como si pudiera protegerla.

Un ruido de forcejeo. Algo cayó al suelo con un golpe sordo. Un jarrón, pensó Jenna. O el pisapapeles de vidrio que su padre tenía en el escritorio, ese que parecía un globo terráqueo, con los continentes pintados en colores desvaídos. A Jenna siempre le había gustado hacerlo girar sobre la mesa, ver cómo los océanos se difuminaban en un azul borroso.

Después, el silencio.

No un silencio normal, de esos en los que solo se oye el viento o la lluvia. Era un silencio denso, como el que se mete en los oídos cuando te sumerges en el agua. Un silencio que pesaba. Que ocupaba espacio. Que se metía en los pulmones y no dejaba respirar.

Jenna tardó un momento en darse cuenta de que ya no oía a su madre. Ya no oía a su padre. Solo oía su propia respiración, rápida y superficial, y el tic-tac del reloj de pie de la planta baja. Tic. Tac. Tic. Tac. Cada golpe era un martillazo en el silencio.

Un golpe seco.

Jenna dio un salto en la cama. El golpe había sido más fuerte que los anteriores, como si algo muy pesado hubiera caído al suelo. O como si alguien hubiera caído al suelo. Jenna pensó en el globo terráqueo de vidrio. Pensó en cómo se rompería. Cómo los pedazos de los continentes saldrían disparados en todas direcciones.

Luego, un grito ahogado. Un solo grito. De su madre.

Y después, el silencio otra vez. Pero ahora el silencio era distinto. Era un silencio que olía a sangre, aunque Jenna no supiera cómo podía oler la sangre a distancia. Pero lo sabía. Lo sabía en el fondo del estómago, en la presión detrás de los ojos, en el modo en que los dedos se le habían quedado helados.

Se quedó inmóvil, abrazada a la figurita de porcelana, contando los latidos de su corazón. Veinte. Treinta. Cincuenta. Cincuenta y uno. Cincuenta y dos. Cada número la anclaba al presente, la mantenía en el mundo real.

Pasos.

Alguien caminaba por la planta baja. Pasos lentos, pesados, que se arrastraban sobre la madera. Jenna reconoció el ritmo: el taconeo de unos zapatos de hombre, el roce de la suela contra el suelo. Luego, el crujido de la escalera.

Jenna sintió que el mundo se volvía líquido. El miedo le subió por la garganta como un vómito, pero lo tragó. Tenía que moverse. Tenía que esconderse.

Se deslizó fuera de la cama sin hacer ruido, con la muñeca todavía apretada contra el pecho. Los pasos subían la escalera. Uno. Dos.

Tres. El tercer peldaño siempre chirriaba. Jenna lo sabía. Lo había oído mil veces al bajar a desayunar. Era el sonido de las mañanas, del olor a café y a tostadas. Ahora era el sonido de algo que se acercaba.

El chirrido llegó. El cuarto peldaño. El quinto.

Jenna cruzó la habitación de puntillas y abrió la puerta del armario empotrado. Dentro olía a naftalina y a madera. Se metió entre los abrigos de invierno, encogiéndose en el rincón más oscuro, y cerró la puerta tras de sí. La oscuridad era absoluta. Jenna cerró los ojos con fuerza y se tapó la boca con la mano libre. El botón del ojo de la muñeca se le clavaba en la palma.

Los pasos llegaron al rellano. Se detuvieron.

Jenna podía oír su propia sangre bombeando en los oídos. Seguro que él también la oía. Seguro que podía olerla, como ella había olido la sangre desde abajo. El olor llegaba ahora más fuerte, mezclado con la colonia barata y la menta. Jenna apretó los labios con tanta fuerza que sintió el sabor del cobre.

La puerta de su habitación se abrió.

La luz del pasillo se coló por la rendija inferior del armario, un rectángulo amarillo que se recortó sobre el suelo de madera. Jenna contuvo la respiración. Apretó la muñeca contra la boca para que no se le escapara ni un suspiro. El esmalte frío le presionaba los labios. Podía sentir la costura donde el brazo se unía al cuerpo, la aspereza de la pintura descascarillada.

Pasos dentro de la habitación. Lentos. Pesados. El suelo crujió junto a la cama. Luego junto al escritorio. Jenna oyó el roce de unos dedos sobre la madera, el murmullo de la tela al moverse.

Pensó en el diario. Lo había dejado abierto sobre el escritorio. Las páginas olían a lápiz y a miedo. Si él lo veía, sabría. Sabría que ella lo había oído todo. Que había escrito sobre el miedo, sobre las

discusiones, sobre el amigo de papá que miraba a su mamá de una forma que no le gustaba.

Otro crujido. Más cerca.

Jenna miró a través de la rendija. Vio un par de zapatos negros. Unos pantalones de pinza. Una mano colgando a un lado, con los nudillos manchados de algo oscuro. Sangre. La luz del pasillo se reflejaba en la humedad, dándole un brillo aceitoso.

La mano se movió. Los dedos se cerraron y se abrieron, como si estuvieran buscando algo. Jenna apretó los ojos.

La puerta del armario se abrió de golpe.

La luz la cegó por un instante. Parpadeó, y cuando enfocó la vista, vio la silueta recortada contra el pasillo. Alta, ancha de hombros. La cabeza ligeramente inclinada, como si la estuviera observando. Jenna no levantó la mirada. Se quedó quieta, sin querer mirarle la cara, porque le daba miedo lo que podía ver.

—Jenna —dijo la voz. —Jenna, sal de ahí.

Ella negó con la cabeza. Apretó la muñeca contra el pecho. El botón del ojo se le clavó en la carne de la palma, tan fuerte que sintió que iba a romperle la piel.

—No debiste verlo —dijo la voz. Y luego, más bajo, como si hablara consigo mismo: —No debiste ver nada de esto.

Jenna sintió que la mano se movía hacia ella. Vio la sombra alargarse sobre el suelo del armario. Una mancha oscura que crecía, que se acercaba. La mano entró en el armario.

Jenna abrió la boca. Gritó. El grito fue corto. No llegó a ninguna parte.

Después, solo el silencio.

El reloj de pie de la planta baja marcaba las once y cuarenta y siete. El péndulo se balanceó una última vez, y luego se detuvo. Como si la

casa entera hubiera contenido la respiración. Como si el tiempo se negara a avanzar más allá de aquel instante.

La lluvia seguía golpeando el cristal. Pero ya no había nadie para oírla.

En el armario, entre los abrigos de invierno que olían a naftalina, una muñeca de porcelana yacía boca abajo sobre la madera. Tenía un ojo de cristal azul y el otro era un botón que colgaba de un hilo, a punto de desprenderse. Sobre la porcelana blanca, una mancha oscura se extendía lentamente, como una flor que abriera sus pétalos.

En el escritorio, un diario abierto mostraba una última frase escrita con letra temblorosa, tan inclinada que casi caía de la página:

«No debí haber visto lo que vi.»

La tinta se emborronó en la última palabra. Como si una lágrima hubiera caído sobre el papel. O como si el tiempo, al detenerse, hubiera querido dejar una marca imborrable en aquellas páginas.

Fuera, la lluvia golpeaba los cristales. Dentro, el silencio se había vuelto eterno. El olor a colonia barata y a sangre se mezcló con el polvo y la humedad. Las sombras se alargaron en los rincones, devorando la luz.

Y el reloj, inmóvil, comenzó a contar las horas de una noche que nunca terminaría.

CAPÍTULO 1: EL PESO DE LA HERENCIA

La casa apareció entre los árboles como una acusación.

Piper pisó el freno y el coche se detuvo en medio de la carretera de gravilla. Durante los últimos veinte minutos había estado subiendo una colina flanqueada por robles desnudos, sus ramas entrelazadas formando un túnel que filtraba la luz del atardecer de noviembre. Y ahora, al final del camino, la mansión victoriana se alzaba contra el cielo gris como un esqueleto de madera y cristal.

Tres plantas. Un torreón en la esquina izquierda. Un porche que rodeaba toda la fachada, con columnas de madera tallada que habían visto días mejores. Las ventanas eran altas y estrechas, cubiertas de polvo y telarañas, y a Piper le pareció que la miraban con la fijeza de unos ojos ciegos.

Apagó el motor. El silencio cayó sobre ella como una manta mojada.

Llevaba seis horas de viaje desde Boston. Seis horas para recorrer doscientos cincuenta kilómetros, con una parada en una gasolinera para comprar café y un sándwich que apenas había tocado. No había tenido hambre. En semanas, desde que firmó los papeles del divorcio y supo que la casa de Cambridge, el estudio de arquitectura paisajista, el jardín que había diseñado con sus propias manos, todo se había ido. Todo menos el coche, la ropa que cupo en el maletero,

y una herencia inesperada de una tía abuela que no recordaba haber conocido.

Eloise Marsh. Hermana de su abuela materna. Muerta a los ochenta y siete años en una residencia de ancianos en algún pueblo llamado Willow Creek. Y ahora Piper era dueña de una casa victoriana que valdría una fortuna en el mercado inmobiliario, pero que probablemente necesitaba una fortuna en reformas.

Salió del coche. El aire olía a tierra mojada y a hojas podridas. El frío se le clavó en los huesos nada más pisar la grava, y se arrebujó en su chaqueta de lana. Llevaba botas de montaña, vaqueros y un jersey grueso, pero el viento de finales de noviembre encontraba las costuras.

Cerró la puerta del coche y el sonido resonó en el silencio como un disparo.

Se quedó un momento inmóvil, mirando la fachada. La pintura blanca se desprendía en láminas, dejando ver la madera grisácea. Las tejas del tejado estaban desplazadas en varios puntos. Una de las columnas del porche se inclinaba ligeramente hacia la izquierda, como si estuviera a punto de ceder. Pero a pesar del abandono, la casa conservaba una dignidad austera, una belleza que el tiempo no había logrado borrar del todo.

Piper respiró hondo y caminó hacia la entrada.

Las tablas del porche crujieron bajo sus botas. Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta hasta encontrar el llavero que le había enviado el abogado: tres llaves de latón unidas por un aro de acero. La más grande era para la puerta principal.

Introdujo la llave en la cerradura. Resistió un momento, luego cedió con un chasquido metálico. La puerta se abrió hacia dentro con un gemido prolongado, como si la casa exhalara después de contener la respiración durante años.

El olor la golpeó primero. Madera vieja, polvo, alcanfor, y algo más profundo, un aroma dulzón que no supo identificar. Perfume, pensó. O flores secas. O las dos cosas mezcladas.

Entró.

El recibidor era espacioso, con un techo de casi cuatro metros de altura y una lámpara de araña cubierta de telarañas que colgaba como un esqueleto de cristal. A la izquierda, una escalera de madera tallada ascendía hacia el primer piso, la barandilla decorada con figuras de hojas y pájaros. A la derecha, un arco daba paso a lo que parecía un salón. Al fondo, un pasillo se perdía en la penumbra.

Pero lo que llamó su atención fue el reloj de pie.

Estaba apoyado contra la pared del fondo del recibidor, entre dos puertas cerradas. Era una pieza imponente, de casi dos metros de altura, con la madera oscura tallada con motivos florales y una esfera de porcelana blanca donde las horas estaban marcadas con números romanos. Las manecillas señalaban las once y cuarenta y siete.

Piper se acercó. El péndulo, visible a través de una ventana de cristal en la puerta del reloj, colgaba inmóvil. No se oía ningún tic-tac. No se oía nada excepto el latido de su propio corazón y el crujido lejano de la madera al contraerse.

Pasó el dedo por el borde de la esfera. El polvo se adhirió a su piel. El reloj llevaba mucho tiempo sin funcionar. Tal vez años. Tal vez desde que Eloise murió. O tal vez desde antes.

Un detalle extraño. Nadie había parado el reloj. Nadie lo había hecho reparar. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquella hora y nadie hubiera querido ponerlo en marcha de nuevo.

Piper sintió un escalofrío que no venía del frío. Apartó la mano del reloj y se obligó a respirar.

—Vale —dijo en voz alta, y su voz sonó extraña en el silencio, como si las paredes la absorbieran—. Vamos a ver qué hay.

Comenzó por el salón. Era una habitación amplia, con chimenea de mármol y ventanales que daban al jardín trasero. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas que parecían fantasmas en la penumbra. Levantó una esquina de la sábana más cercana y encontró un sofá de terciopelo granate, el tapizado desgastado pero aún elegante. Había una mesa baja con un cenicero de cristal, una lámpara de pie con la pantalla rota, y una estantería llena de libros.

Cogió uno al azar. Era una novela de Agatha Christie, una edición de los años sesenta con las páginas amarillentas. Lo dejó en su sitio y siguió explorando.

La cocina estaba al final del pasillo. Era amplia y anticuada, con azulejos blancos y armarios de madera pintada de verde. La nevera era de los años ochenta, la cocina de gas tenía cuatro fogones y un horno que parecía sacado de un museo. Pero todo estaba limpio. Ordenado. Como si alguien hubiera limpiado antes de irse y no hubiera vuelto.

Piper abrió un armario. Encontró platos, tazas, vasos. Todo intacto. En la despensa, latas de sopa, paquetes de pasta, una botella de aceite de oliva. Fechas de caducidad de 2019. El año en que Eloise había ingresado en la residencia.

Cerró la despensa y apoyó las manos en la encimera. La casa era como una cápsula del tiempo. Alguien se había ido y había dejado todo atrás. Como si hubiera cerrado la puerta pensando que volvería al día siguiente.

Pero no había vuelto.

Subió las escaleras. El tercer peldaño desde abajo chirrió bajo su peso, un gemido agudo que la hizo detenerse. Esperó. No oyó nada más. Siguió subiendo.

El primer piso tenía cuatro puertas. La primera daba a un cuarto de baño con una bañera de patas y un espejo ovalado. La segunda, a un dormitorio pequeño con una cama individual y una estantería llena de libros de jardinería. La habitación de Eloise, supuso.

La tercera puerta estaba entreabierta. La empujó suavemente.

Era el dormitorio principal. Una cama de matrimonio con dosel, la tela descolorida pero aún intacta. Un armario de roble con las puertas cerradas. Una cómoda con un espejo biselado. Y junto a la cama, una mesita de noche con una lámpara de porcelana en forma de rosa.

Piper se acercó. Sobre la mesita, bajo la lámpara, había una fotografía enmarcada.

La cogió.

Era una foto familiar. Un hombre alto, de pelo castaño y sonrisa amplia, con el brazo alrededor de una mujer pelirroja que miraba a la cámara con los ojos llenos de luz. Entre ellos, una niña de unos siete años, con el pelo oscuro recogido en dos trenzas, una muñeca de porcelana apretada contra el pecho.

Piper dio la vuelta al marco. En el reverso, escrito a mano con tinta azul desvaída:

Grant, Caroline y Jenna. 1994.

Tres nombres. Una familia. Una fecha: 1994. Hacía treinta años.

Piper volvió a mirar la foto. La niña sonreía, pero sus ojos tenían algo que a Piper le pareció una sombra. Una alerta. Como si ya entonces supiera algo que los demás no sabían.

Se quedó un largo rato contemplando la imagen, sintiendo el peso del marco en las manos. ¿Quiénes eran los Sherman? ¿Por qué estaba su foto en la mesita de noche de Eloise? ¿Familiares? ¿Amigos? ¿Inquilinos anteriores?

Una mezcla de fascinación y una extraña inquietud le apretó el estómago. Fascinación por la historia que aquella foto insinuaba, por los rostros congelados en un momento de felicidad que parecía tan lejano. Inquietud porque algo en la composición de la imagen no encajaba. La sonrisa del hombre era demasiado amplia, la de la mujer demasiado tensa. Y la niña... la niña miraba a la cámara como si viera algo al otro lado del objetivo que los demás no podían ver.

Dejó la foto en su sitio y salió al pasillo. La última puerta, al final del todo, estaba cerrada. Probó el picaporte. No estaba cerrada con llave. La abrió.

Era otra habitación. Más pequeña que la principal, pero igual de amueblada. Una cama, un escritorio, una estantería vacía. En la pared, un póster de un grupo de música que Piper no reconoció, los bordes amarillentos y despegados. Las sábanas blancas cubrían los muebles como sudarios.

Piper levantó una esquina de la sábana que cubría la cama. El colchón estaba desnudo, sin ropa. La habitación parecía en proceso de ser desmantelada, o tal vez nunca se había terminado de usar. No había objetos personales, ninguna fotografía, ningún libro. Solo el póster, el escritorio vacío, la cama sin hacer.

Pero al mirar hacia el techo, Piper notó algo. Una trampilla de madera, casi invisible contra el yeso descolorido. El acceso al desván. De ella colgaba una cuerda con un nudo en el extremo, demasiado alta para alcanzarla sin una escalera.

Se quedó un momento mirando la trampilla. Algo en esa habitación la hizo sentir observada. No era un ruido, ni un movimiento. Era una sensación, como si los ojos de la niña de la foto la siguieran desde las paredes. Como si alguien, desde el otro lado de esa trampilla, estuviera escuchando.

Piper dio un paso atrás. El corazón le latía con más fuerza de la que quería admitir. No era miedo, se dijo. Era el cansancio del viaje, la

atmósfera opresiva de la casa, el silencio demasiado denso. Eso era todo.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. La atmósfera de la casa empezaba a pesarle. El silencio, el polvo, las fotos de una familia que parecía haber desaparecido dejando todo atrás. Era como caminar por un sueño, o por una casa embrujada, aunque no creyera en fantasmas.

Bajó las escaleras y volvió al recibidor. El reloj seguía marcando las once y cuarenta y siete. Se acercó a la ventana del costado y miró hacia fuera. El jardín delantero estaba cubierto de hojas secas. Más allá, el bosque se extendía como una mancha oscura, los árboles desnudos alzando sus ramas al cielo gris.

Willow Creek. El nombre del pueblo sonaba a cuento, a lugar de postal. Pero la realidad era diferente. El pueblo parecía pequeño, aislado, perdido en medio de ninguna parte. La casa más cercana apenas se vislumbraba entre los árboles, a unos cien metros de distancia.

Estaba sola.

La palabra resonó en su cabeza con un eco incómodo. Sola en una casa vacía, en un pueblo que no conocía, con un pasado que no entendía. Era exactamente lo que había querido. Un nuevo comienzo. Un lugar donde recomponer los pedazos de su vida.

Pero ahora que estaba aquí, el silencio le parecía demasiado denso. El aire, demasiado quieto. Como si la casa esperara algo de ella.

—No seas ridícula —dijo en voz alta, y el sonido la ancló al presente —. Es solo una casa vieja.

Volvió al coche a por su maleta. La noche caía rápido en noviembre, y no quería estar descargando el equipaje a oscuras. Metió la llave en la cerradura del maletero, y cuando levantó la tapa, algo llamó su atención.

En el jardín, junto al porche, había un columpio de madera. El asiento colgaba de dos cadenas oxidadas, balanceándose ligeramente, aunque no soplara viento.

Piper se quedó mirándolo un momento. Luego cogió la maleta y entró en la casa.

Cerró la puerta a sus espaldas y echó el pestillo. El sonido del metal al encajar la hizo sentir un poco más segura. Dejó la maleta en el recibidor y encendió la luz del pasillo. La bombilla parpadeó dos veces antes de iluminar con una luz amarillenta y débil.

Subió la maleta al dormitorio principal. Dejó caer la bolsa sobre la cama y se sentó al borde, sintiendo el colchón hundirse bajo su peso. Estaba agotada. El viaje, el divorcio, los meses de papeleo y discusiones con abogados. Todo le pesaba en los hombros como una losa.

Miró la foto de los Sherman sobre la mesita de noche. Grant, Caroline, Jenna. Una familia feliz en 1994. Treinta años después, la casa estaba vacía y la foto seguía allí, como un recordatorio de que el tiempo no siempre curaba las heridas.

Piper suspiró y se tumbó sobre la colcha. El techo tenía una grieta que cruzaba el yeso de lado a lado, como una cicatriz. La contempló hasta que sus párpados empezaron a pesar.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando oyó el ruido.

Un golpe seco. Arriba.

Abrió los ojos de golpe. La habitación estaba a oscuras; la luz del pasillo se filtraba bajo la puerta, pero no era suficiente para iluminar el techo. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, escuchando.

Silencio.

Luego, otro golpe. Más fuerte. Como si alguien hubiera dejado caer algo pesado en el suelo.

Piper se incorporó lentamente. El corazón le latía con fuerza. Miró hacia el techo. El ruido venía de arriba. Del desván. Directamente sobre su cabeza.

Se levantó con cuidado, procurando no hacer ruido. Salió al pasillo y subió las escaleras hasta el segundo piso. La puerta de la habitación del final estaba cerrada. La abrió.

La habitación estaba igual que la había dejado. Vacía, polvorienta, con el póster despegándose de la pared. Pero ahora, en el techo, la trampilla del desván estaba ligeramente entreabierta. Una rendija oscura, de apenas un dedo de ancho, por la que no se veía nada.

Piper se quedó mirándola. El corazón le golpeaba las costillas. No recordaba haberla dejado así. De hecho, no recordaba haberla tocado siquiera. La cuerda colgaba inmóvil, sin el más mínimo balanceo.

Esperó un minuto. Dos. El frío empezaba a calarle los huesos. No se oía nada. Absolutamente nada.

Cerró la puerta y volvió a bajar.

El ruido no se repitió. Pero cuando llegó al recibidor, notó algo que no había visto antes.

La puerta del salón, que había dejado abierta, estaba ahora cerrada.

Piper se quedó mirándola, sintiendo el pulso en las sienes. Podía haber sido una corriente de aire. Las casas viejas tenían corrientes. O podía haberse cerrado sola, por el peso de la madera o por el movimiento del aire al abrir la puerta del desván.

Pero no lo creía.

No abrió la puerta del salón. Subió al dormitorio, cerró la puerta con llave, y se sentó en la cama con la espalda apoyada contra el cabecero. Fuera, la noche había caído por completo. El viento silbaba entre las rendijas de las ventanas, y la casa crujía y gemía como un barco a la deriva.

Piper cogió su teléfono. No tenía cobertura. Ni una sola barra.

El pánico le apretó el pecho. No. No podía permitirse el pánico. Había electricidad, agua corriente, una nevera con comida. Podía apañárselas una noche sin teléfono. Mañana iría al pueblo, buscaría a alguien que le explicara lo de la cobertura, y todo estaría bien.

Pero mientras se tumbaba en la cama, sin atreverse a apagar la luz, no podía dejar de pensar en la foto de los Sherman. En la niña de las trenzas. En la trampilla del desván entreabierta. En los golpes que había oído.

Algo en esa casa no quería que se quedara.

Y algo en Piper, algo más fuerte que el miedo, quería saber por qué.

CAPÍTULO 2: EL SUSURRO DEL DESVÁN

La luz del amanecer se filtraba por las rendijas de las persianas cuando Piper abrió los ojos. Había dormido vestida, con la chaqueta de lana arrugada bajo la nuca a modo de almohada. El cuello le dolía y la boca sabía a café rancio y a polvo.

Se incorporó lentamente. La habitación estaba fría, el aire viciado por una noche de respiración contenida. Miró hacia la puerta. Todavía cerrada con llave. El pestillo seguía echado.

No sabía qué esperaba encontrar. ¿Que alguien hubiera entrado mientras dormía? ¿Que la puerta estuviera abierta de par en par, invitando a pasar al pasillo vacío?

Se levantó, fue al baño y se lavó la cara con agua fría. El espejo le devolvió una imagen que apenas reconoció: el pelo revuelto, las ojeras marcadas, una palidez que acentuaba el verde grisáceo de sus ojos. Parecía una desconocida. O quizás era la primera vez que se veía a sí misma sin la máscara de control que había llevado durante los últimos diez años.

—Vale —dijo en voz alta, y el sonido la ancló al presente—. Hoy subes al desván.

No era una decisión razonada. Era una necesidad que le había crecido en el pecho durante la noche, alimentada por cada crujido de la casa, por cada suspiro del viento entre las rendijas. Había

pasado horas despierta, escuchando, esperando, preguntándose qué había arriba, qué podía producir esos golpes. Una rama contra el tejado. Una tubería. Una rata.

O algo más.

Salió al pasillo. La luz del día se colaba por la ventana del rellano, bañando la madera desgastada en una claridad pálida que no llegaba a disipar las sombras de los rincones. Subió las escaleras hasta el segundo piso. El tercer peldaño desde arriba chirrió bajo su peso. No recordaba haberlo oído la noche anterior.

La puerta de la habitación del fondo estaba abierta.

Piper se detuvo. Estaba segura de haberla cerrado después de la inspección nocturna. Recordaba el gesto: la mano en el picaporte, el empujón firme, el clic del pestillo al encajar. No podía haberse abierto sola. A menos que alguien la hubiera abierto.

Se quedó inmóvil un momento, escuchando. Nada. Solo el silencio espeso de la casa, ese silencio que parecía tener peso y volumen, que se metía en los oídos y distorsionaba los sonidos.

—Estás dejando que el miedo te juegue malas pasadas —murmuró, y empujó la puerta.

La habitación estaba igual. El póster despegándose de la pared. La cama desnuda. El escritorio vacío. Y arriba, en el techo, la trampilla del desván seguía entreabierta, la rendija oscura como un ojo entrecerrado.

Piper se acercó a la pared donde colgaba la cuerda. Era una soga gruesa, de cáñamo, anudada en el extremo. Tiró de ella con suavidad. La trampilla cedió unos centímetros, dejando caer una lluvia de suciedad sobre su cabeza.

Tosió, apartándose. El polvo tenía olor a madera podrida y a tiempo detenido.

Necesitaba una escalera. Buscó por la habitación, pero no había ninguna. Bajó a la cocina, donde recordaba haber visto una puerta que daba al patio trasero. La abrió. Al fondo, apoyada contra la pared de ladrillo, había una escalera de mano de aluminio, cubierta de telarañas.

La arrastró hasta la habitación del fondo, subió los escalones con cuidado y empujó la trampilla. Esta se abrió con un gemido metálico, revelando un rectángulo de oscuridad absoluta. El olor que ascendió del desván era denso: madera seca, naftalina, papel viejo, y un matiz dulzón que le recordó a las flores marchitas que había olido al entrar en la casa.

Encendió la linterna del teléfono y asomó la cabeza por el agujero.

El desván se extendía bajo el tejado como una caverna de madera. El suelo eran tablones desnudos, separados por rendijas por las que se filtraba la luz del día. Las vigas del techo formaban un entramado de ángulos y sombras, y en los rincones se acumulaban montones de objetos cubiertos de una capa de polvo y telarañas.

Piper subió los últimos escalones y se puso en pie. El techo era bajo; tenía que encorvarse para no golpearse la cabeza contra las vigas. La luz de la linterna recorrió el espacio, iluminando cajas de cartón apiladas, muebles rotos, un maniquí de costura sin cabeza, y una bicicleta infantil con las ruedas desinfladas.

Avanzó con cuidado, esquivando una pila de libros apolillados. Las partículas se levantaban con cada paso, flotando en el aire como niebla. Tosió, cubriéndose la boca con el brazo.

En el fondo, junto a la pared que daba al jardín, había un baúl.

Era de madera oscura, con los bordes reforzados con metal oxidado y una cerradura de latón cubierta de verdín. No era grande —apenas medio metro de alto por uno de ancho—, pero parecía pesado, macizo. Como si guardara algo más que objetos ordinarios.

Piper se arrodilló frente a él. Pasó la mano por la tapa. El polvo se le pegó a los dedos, dejando una marca limpia en la madera. La cerradura estaba oxidada, el ojo casi cegado por el óxido. No tenía llave.

Tiró del candado. Resistió. Probó a golpearlo contra el metal del baúl, pero solo consiguió magullarse los nudillos.

Buscó algo con lo que forzarlo. En una caja cercana encontró un cúter oxidado y un destornillador. Nada servía. El candado era demasiado viejo, demasiado sólido.

Se sentó sobre los talones, frustrada. La respiración se le escapaba en nubes de vaho. El frío en el desván era más intenso que en el resto de la casa, como si el tejado no retuviera el calor.

Entonces recordó la horquilla.

Se la quitó del pelo. Era una horquilla de metal, fina pero resistente, que había usado esa mañana para sujetarse el flequillo. La introdujo en la cerradura, moviéndola con cuidado, buscando el mecanismo. Oyó un clic, y el candado se abrió.

Piper contuvo el aliento. Levantó la tapa.

El baúl olía a naftalina y a casa cerrada. Dentro, ordenadas con una precisión que parecía casi ritual, había pertenencias de una niña.

En la parte superior, una muñeca de porcelana.

Piper la cogió con manos temblorosas. La muñeca tenía el pelo castaño, recogido en dos trenzas idénticas a las de Jenna en la fotografía. Vestía un vestido de flores desvaído, la tela tan frágil que amenazaba con deshacerse al tacto. Y en el rostro de porcelana blanca, un ojo era de cristal azul, brillante y realista. El otro era un botón negro, cosido a la cuenca vacía con hilo de pescar.

El botón colgaba ligeramente. Como si estuviera a punto de desprenderse.

Un escalofrío le subió por la nuca. La muñeca la miraba con su ojo de cristal y su ojo de botón, y en la penumbra del desván parecía tener una expresión de acusación, de tristeza, de algo que prefería no nombrar.

Debajo de la muñeca, un jersey tejido a mano. Azul marino, con un dibujo de un conejito blanco en el centro. La lana estaba desgastada, con varios puntos sueltos, como si lo hubieran usado mucho. Piper lo levantó con cuidado, sintiendo la textura áspera contra los dedos.

Y debajo del jersey, el cuaderno.

Era un cuaderno forrado en tela de cuadros, rojo y blanco, con las esquinas dobladas y el lomo descosido. En la portada, alguien había escrito con letra infantil: *Jenna Sherman. 3.º B. Willow Creek Elementary School.*

Piper lo cogió. Las páginas estaban amarillentas, los bordes quebradizos. Lo abrió por la primera página.

La letra era temblorosa, irregular, con las mayúsculas adornadas con rizos. *Hoy es 2 de septiembre de 1994. Me han regalado este diario por mi cumpleaños. Papá dice que puedo escribir lo que quiera. Mamá dice que lo guarde bien, que los diarios son tesoros secretos.*

Pasó varias páginas. Entradas sobre el colegio, sobre una excursión al lago, sobre un gatito que había aparecido en el jardín. La letra se volvía más segura a medida que avanzaban las semanas, como si Jenna hubiera encontrado en la escritura un refugio.

Pero a partir de octubre, algo cambió.

Las entradas se volvieron más cortas. Los trazos, más apretados. Las frases, inconexas.

11 de octubre. Papá llegó tarde otra vez. Mamá no le habló en la cena. Después oí voces en el despacho. No me gusta cuando hablan así.

18 de octubre. El amigo de papá vino hoy. Me trajo caramelos de menta. Me sonrió, pero sus ojos no sonreían. Mamá lo miraba raro.

25 de octubre. Soñé que el amigo de papá entraba en mi habitación. Me desperté gritando. Mamá vino y me dijo que solo era un sueño. Pero no estoy segura.

2 de noviembre. Hoy oí a papá decir que iba a llamar a la policía. Mamá lloraba. El amigo de papá dijo algo que no entendí. Luego se oyó un portazo.

Piper pasó las páginas con dedos temblorosos. La letra se volvía más temblorosa a cada entrada, como si la mano de Jenna se hubiera ido llenando de miedo.

5 de noviembre. Hoy no fui al colegio. Dije que me dolía la tripa, pero era mentira. No quería dejar a mamá sola. No quería que el amigo de papá viniera mientras yo no estaba.

9 de noviembre. Encontré a mamá llorando en la cocina. Le pregunté qué pasaba. Dijo que nada, que eran cosas de mayores. Pero no era verdad. Las mayores también lloran cuando tienen miedo.

12 de noviembre. Papá me preguntó si me gustaba el amigo. Dije que no. Dijo que por qué. Dije que no lo sé. Me miró mucho rato y luego dijo que tenía razón, que había algo en él que no le gustaba a él tampoco.

14 de noviembre. Hoy vino otra vez. Oí la discusión desde mi cuarto. Esta vez papá gritaba más fuerte. Mamá también. El amigo hablaba bajito, como una serpiente. Me tapé los oídos con la almohada.

Piper sintió que el aire se volvía más denso. Las palabras de Jenna parecían susurrarle desde el pasado, una voz infantil llena de un miedo que treinta años no habían apagado.

Pasó a la última página escrita.

La fecha era 15 de noviembre de 1994.

La letra era casi ilegible. Los trazos se inclinaban hacia la derecha, como si Jenna hubiera escrito con prisa, con terror, con la certeza de que el tiempo se le acababa.

Esta noche oigo a papá gritar. Mamá llora. El amigo de papá está aquí. Bajé las escaleras sin querer. Los vi discutir. Papá tenía la carpeta roja en la mano. La misma de siempre. El amigo se la quería quitar. Papá dijo que no. Que iba a llamar a la policía. El amigo cogió algo de la mesa. No vi qué. Pero sonó un golpe. Papá dejó de hablar. Mamá gritó. Y luego...

La entrada se cortaba ahí. Debajo, una última línea, escrita con una letra tan temblorosa que apenas se distinguía:

No debí haber visto lo que vi.

Piper dejó el diario sobre sus rodillas. Las manos le temblaban. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en la garganta, en las sienes, en la punta de los dedos.

La casa no solo guardaba recuerdos. Guardaba un secreto trágico. Una niña de siete años había presenciado algo que no debía, y ese algo le había costado la vida.

O la había hecho desaparecer.

O la había silenciado para siempre.

Piper cerró el diario con cuidado, como si temiera romperlo. Lo apretó contra el pecho, sintiendo la tela áspera contra la piel. La muñeca yacía en el baúl, mirándola con su ojo de botón.

Era la misma muñeca de la fotografía. La misma que Jenna apretaba contra sí en aquella imagen feliz, tomada meses antes de que todo se torciera. La misma que ahora miraba a Piper desde el fondo de un baúl sellado, como un testigo silencioso de lo que había ocurrido.

Algo se movió en el desván.

Piper levantó la cabeza de golpe. La linterna del teléfono recorrió las vigas, las sombras, las cajas apiladas. Nada. Solo el polvo flotando en la luz, como pequeños fantasmas.

Pero había oído algo. Un roce. Como si alguien hubiera arrastrado un pie sobre la madera.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, y su voz sonó extraña, ahogada por el silencio.

Nadie respondió.

Esperó un minuto. Dos. El frío se le metía en los huesos, pero no se atrevía a moverse. Escuchó con atención, conteniendo la respiración, tratando de distinguir cualquier sonido por encima del latido de su propio corazón.

Nada. Solo el silencio.

Pero cuando bajó la mirada, algo había cambiado.

La muñeca ya no estaba en el baúl.

Yacía en el suelo, a un metro de distancia, boca abajo, con el ojo de botón mirando hacia la nada.

Por un instante, el corazón pareció detenérsele. No había oído nada. No había sentido nada. La muñeca estaba en el baúl, y ahora estaba en el suelo.

A menos que alguien la hubiera movido.

A menos que no estuviera sola.

Se levantó de un salto, el diario apretado contra el pecho. La linterna del teléfono iluminó el desván en todas direcciones, pero no había nadie. Solo sombras, polvo y el eco de un silencio que caía como una losa.

Salió del desván a toda prisa, bajó la escalera de mano y cerró la trampilla con un golpe seco. Permaneció un momento en la

habitación vacía, jadeando, sintiendo el pulso en las sienes.

El diario seguía en sus manos. Las páginas amarillentas, la letra temblorosa, la última frase grabada a fuego en su memoria.

No debí haber visto lo que vi.

Piper bajó las escaleras corriendo, atravesó el recibidor y salió al porche. El aire frío de la mañana le golpeó la cara, llenándole los pulmones de oxígeno. Se apoyó en una columna, dejando que el temblor se disipara lentamente.

Miró el diario que sostenía entre las manos. No era solo un cuaderno infantil. Era una prueba. Una voz que había permanecido silenciada durante treinta años, esperando a que alguien la escuchara.

Y ahora había oído su eco.

Piper volvió a entrar en la casa. Cerró la puerta con llave. Se sentó en el sofá del salón, aún cubierto por la sábana blanca, y abrió el diario por la primera página.

Comenzó a leer desde el principio.

Afuera, el viento soplaba entre los robles desnudos. El columpio de madera se balanceaba ligeramente, aunque no soplara brisa. Y en el desván, en la penumbra polvorienta, la muñeca de porcelana yacía boca abajo sobre las tablas, su ojo de botón reflejando la luz que se filtraba por las rendijas del tejado.

Como si alguien la hubiera puesto allí.

Como si alguien quisiera que Piper supiera que no estaba sola.

CAPÍTULO 3: LA HISTORIA DEL PUEBLO

—Pasa, pasa, que se va a colar el frío.

La cocina olía a canela y manzana. Sobre la encimera, una bandeja de galletas recién horneadas desprendía un hilo de vapor. Todo estaba ordenado con precisión quirúrgica: tarros de especias alineados por tamaño, platos en el escurridor orientados en la misma dirección. Louise debía de pasar las tardes limpiando lo que ya estaba limpio.

—Toma, siéntate —dijo, señalando una silla de madera junto a la ventana—. El café estará listo en un minuto.

Piper se sentó. La ventana daba al jardín trasero, un cuadrado de césped bien cortado que lindaba con el bosque. Desde allí veía el tejado de su propia casa asomando entre los árboles, tejas desplazadas como escamas de un animal enfermo.

—Es preciosa, ¿verdad? —dijo Louise, siguiendo su mirada—. La casa, digo. Siempre me pareció que tenía algo especial.

—La tiene —respondió Piper.

Louise sirvió café en dos tazas de porcelana blanca con rosas pintadas a mano. Las dejó sobre la mesa y se sentó enfrente, juntando las manos como si fuera a rezar.

—¿Y qué tal tu primera noche? ¿Dormiste bien?

—No mucho —admitió Piper—. La casa hace ruidos.

—Ah, sí. Las casas viejas. Se quejan como viejas, también. —Louise rió, pero la risa sonaba forzada, como ensayada—. Pero te acostumbrarás. Yo, cuando llegué aquí hace treinta años, las primeras semanas no pegué ojo. Todo crujía. Todo sonaba. Llegué a pensar que alguien vivía en el desván.

—¿En el desván? —Piper sintió un tirón en el estómago.

—Bromas. —Louise agitó la mano—. Solo bromas. No hay nada ahí arriba más que polvo y telarañas. Como en toda casa que ha estado cerrada demasiado tiempo.

Piper bebió un sorbo de café. Caliente, el punto justo de azúcar. La cocina era acogedora, cortinas de flores, imanes de nevera con forma de animales. Pero había algo en cómo Louise la miraba, como esperando que dijera algo concreto, que ponía a Piper nerviosa.

—Encontré unas cosas —dijo, y vio cómo los hombros de Louise se tensaban—. En el desván. Un baúl con pertenencias de una niña.

El silencio se hizo denso. Louise dejó la cuchara sobre la mesa con un golpe seco, metal contra porcelana. Apartó la mirada.

—Ah.

—Un diario —continuó Piper—. De una niña llamada Jenna Sherman. Y una foto. La familia al completo.

El silencio se alargó, denso y pesado. Louise no se movió, los dedos aferrados al borde de la mesa. Pasaron varios segundos antes de que hablara, y cuando lo hizo, su voz sonó forzada, casi alegre.

—¿Otra galleta? Se van a enfriar.

Piper la miró, sorprendida por el cambio brusco. —Louise, necesito saber qué pasó.

Louise suspiró. Se levantó y fue hacia la ventana. Miró el bosque, la espalda rígida.

—Deberías haber dejado eso donde estaba.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que es mejor no remover. El pasado... el pasado pesa, Piper. Y cuando lo levantas, a veces te aplasta.

Piper dejó la taza sobre la mesa. El café empezaba a enfriarse.

—¿Usted los conocía? ¿A los Sherman?

Louise no respondió. Pasaron varios segundos. La cocina se llenó del tictac del reloj de pared, constante, marcando el ritmo de algo que se aproximaba.

—Todo el mundo los conocía —dijo al fin, sin volverse—. Era un pueblo pequeño. Grant Sherman tenía una constructora. Caroline era maestra en la escuela local. Y Jenna... Jenna era una niña dulce. Siete años. Siempre sonreía.

—¿Qué pasó?

Louise se dio la vuelta. Sus ojos gris acero tenían un brillo húmedo.

—Desaparecieron. Hace treinta años. Una noche estaban; a la mañana siguiente, no.

—¿Cómo que desaparecieron?

—Tal cual. La casa vacía. Camas sin hacer, cena a medio comer en la mesa, coche en el garaje. Como si se hubieran esfumado en el aire.

Piper sintió un escalofrío. Recordó la foto de la mesita de noche, sonrisas congeladas en 1994. Recordó la última entrada del diario de Jenna, letra temblorosa, la frase repetida como un eco.

No debí haber visto lo que vi.

—¿Y el niño? —preguntó—. El hijo.

Louise volvió a sentarse. Cogió su taza, pero no bebió. La sostuvo entre las manos, como necesitando el calor para anclarse.

—Rowan. Tenía siete años entonces, como Jenna. Era el hijo de Grant y Caroline. La noche de la desaparición, lo encontraron al día siguiente, deambulando por el bosque. Solo. Sin zapatos. Con la ropa manchada de barro y de sangre.

—¿Sangre?

—No era suya. Nunca supieron de quién era. El niño estaba en estado de shock. No hablaba. No respondía. Lo llevaron al hospital, y los médicos dijeron que había presenciado algo traumático. Algo que su mente había bloqueado.

—¿Y nunca recuperó el habla?

—No. No entonces. Creció en casas de acogida, saltando de una familia a otra. Nadie quería quedarse con él. Decían que tenía una mirada... incómoda. Como si estuviera viendo algo que los demás no podían ver.

Louise bebió café. La mano le temblaba ligeramente.

—Volvió hace unos años. Vive en una cabaña, al otro lado del bosque. No habla con nadie. No quiere hablar. La gente del pueblo lo evita. Dicen que está mal de la cabeza. Que los años de silencio lo volvieron loco.

—¿La policía investigó?

—Claro que sí. Durante meses. Interrogaron a todo el pueblo. Pero no encontraron nada. Ninguna pista. Ningún sospechoso. El caso se cerró al cabo de un año. Desaparición no resuelta. Archivo muerto.

—Pero alguien tuvo que hacerlo —insistió Piper—. Las personas no desaparecen así.

—En Willow Creek, sí —dijo Louise, con un filo en la voz que no había mostrado antes—. Aquí las cosas se olvidan. Se entierran. La gente prefiere no hablar de lo que no entiende.

Piper se inclinó hacia adelante.

—Usted sabe algo más. Lo sé por cómo habla.

Louise la miró largamente. Los segundos se alargaron, la cocina llena de una tensión que olía a café y a secretos.

—Sé lo que sabe todo el mundo —dijo al fin—. Y lo que sé es que hay cosas que es mejor no desenterrar. Tú has heredado una casa, Piper. Una casa preciosa, en un pueblo tranquilo. Puedes restaurarla, venderla, quedarte. Pero si empiezas a hacer preguntas, a remover el pasado... no va a acabar bien. Para ti ni para nadie.

—¿Es una amenaza?

—Es un consejo. —Louise se levantó y llevó su taza al fregadero—. Willow Creek es un pueblo pequeño. No olvida, pero tampoco habla. No revuelvas el pasado, Piper. No merece la pena.

Piper se quedó sentada, mirando el bosque a través de la ventana. Los árboles desnudos, ramas como brazos esqueléticos contra el cielo gris. En algún lugar, al otro lado, Rowan Delaney vivía solo en una cabaña, con treinta años de silencio a sus espaldas.

—¿Dónde está su cabaña? —preguntó.

Louise se volvió, sorprendida.

—¿Qué?

—La cabaña de Rowan. ¿Dónde está?

—No deberías ir a verlo. No te va a hablar. No le habla a nadie.

—Eso ya lo veré yo.

Louise suspiró. Fue hacia un cajón y sacó un bloc de notas. Escribió algo en una página, la arrancó y se la tendió.

—Sigue el sendero que sale detrás de tu casa. Unos quince minutos andando. Verás una cabaña de madera junto al arroyo. Pero no esperes que te reciba con los brazos abiertos.

Piper cogió el papel. Números de una dirección aproximada, escritos con una letra temblorosa que le recordó al diario de Jenna.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. —Louise volvió a sentarse, y su mirada era seria, casi suplicante—. Piper, escúchame bien. La verdad no siempre es justicia. A veces es solo dolor. Y hay dolores que no se curan con saber la verdad. A veces se curan con el olvido.

—¿Usted cree que la familia Sherman merece ser olvidada?

—Yo creo que la gente que sigue viva merece seguir viviendo. Y tú, Piper, tienes una vida nueva por delante. No la arruines persiguiendo fantasmas.

Piper guardó el papel en el bolsillo de la chaqueta. Se levantó.

—Gracias por el café, Louise. Y por la información.

—No me has escuchado.

—Te he escuchado. Pero no estoy de acuerdo.

Salió al porche. El aire frío le golpeó la cara, llenándole los pulmones de olor a tierra mojada y hojas podridas. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic suave, como un suspiro de resignación.

Caminó de vuelta a su casa, el sendero de gravilla crujiendo bajo sus botas. El papel de Louise quemaba en su bolsillo. Rowan Delaney. El niño mudo. El único superviviente.

Algo en la historia de Louise no encajaba. Había hablado de los Sherman con una familiaridad que iba más allá del simple conocimiento de vecina. Había usado el presente al referirse a Rowan, como si lo viera a menudo. Había dicho «el bosque» con una propiedad que sugería que lo conocía bien.

Piper llegó a su puerta. Se detuvo un momento, mirando hacia la línea de árboles que bordeaba la propiedad. El sendero comenzaba

justo detrás de la casa, un camino de tierra que se perdía entre los robles.

Quince minutos. Eso había dicho Louise.

Miró su reloj. Las once de la mañana. Tenía tiempo de sobra antes de que anocheciera.

Entró en la casa, cogió el diario de Jenna de la mesita del salón, y lo guardó en la mochila. No sabía por qué lo llevaba. Tal vez como una especie de salvoconducto, una prueba de que su interés era legítimo. O tal vez porque sentía que Jenna merecía ser escuchada, aunque fuera por una desconocida treinta años después.

Salió por la puerta trasera. El jardín estaba cubierto de hojas secas, un crujido constante bajo sus pasos. El columpio de madera se balanceaba ligeramente, aunque no soplara viento. Se detuvo a mirarlo. Las cadenas oxidadas, el asiento agrietado por la intemperie. Pero alguien lo había usado. No hacía tanto. Las hojas bajo el columpio estaban aplastadas, como si unos pies hubieran estado empujando el aire una y otra vez.

Siguió caminando. El sendero se adentraba en el bosque, estrechándose hasta convertirse en una vereda de tierra batida. Los árboles se cerraban sobre su cabeza, filtrando la luz del mediodía en manchas de claridad que bailaban sobre el suelo. Olor a humus y corteza mojada, mezclado con el silencio espeso del bosque en invierno.

Caminó durante quince minutos exactos. El sendero giraba a la izquierda, bordeando un arroyo de aguas lentas y oscuras. Y entonces la vio.

La cabaña era pequeña, de madera oscura, con un tejado de chapa que brillaba bajo la luz filtrada. Tenía una chimenea de la que salía un hilo de humo blanco, y una puerta de madera maciza con un llamador de hierro en forma de mano. Junto a la puerta, una pila de leña recién cortada, los troncos apilados con precisión militar.

Piper se acercó. El crujido de las hojas bajo sus botas sonaba como un aviso. Se detuvo frente a la puerta y levantó la mano para llamar.

Pero antes de que sus nudillos tocaran la madera, la puerta se abrió.

El hombre que apareció era alto, de hombros anchos, con el pelo rubio sucio y largo que le caía sobre los ojos. Tenía una cicatriz fina en la ceja izquierda, una línea blanca que contrastaba con el bronceado de su piel. Vestía una camisa de franela arremangada hasta los codos, y en la mano derecha sostenía un hacha.

No dijo nada. Solo la miró.

Piper sintió que el aire se volvía más denso. Los ojos del hombre eran de un azul pálido, casi translúcido, como hielo a punto de romperse. No parpadeaban. No se movían. La miraban fijamente, con una intensidad que helaba la sangre.

—Hola —dijo Piper, y su voz sonó débil, como si el bosque la hubiera absorbido—. Tú debes ser Rowan.

El hombre no respondió. No asintió. No movió un solo músculo de la cara.

—Me llamo Piper Marsh. He heredado la casa de los Sherman. La casa de tus padres.

Algo se movió en sus ojos. Una chispa. Un destello de algo que podría haber sido reconocimiento o podría haber sido amenaza. Pero no habló.

—Encontré el diario de tu hermana —continuó Piper, y sacó el cuaderno de la mochila—. Jenna. Escribió sobre lo que pasó. Sobre el amigo de papá. Sobre la carpeta roja.

La mandíbula de Rowan se tensó. Los nudillos de la mano que sostenía el hacha se blanquearon.

—Sé que has estado callado treinta años —dijo Piper—. Pero necesito que me ayudes. Necesito saber qué pasó aquella noche.

Rowan dio un paso atrás. Y sin decir una palabra, cerró la puerta.

El golpe resonó en el silencio del bosque como un disparo.

Piper se quedó mirando la madera, sintiendo el peso del diario en sus manos. Oyó el ruido de un cerrojo al correrse, seguido del silencio.

No había dicho una sola palabra. Pero ella vio algo en sus ojos antes de que la puerta se cerrara.

Miedo.

Rowan Delaney tenía miedo. No de ella. De lo que ella podría desenterrar.

CAPÍTULO 4: EL HOMBRE DEL BOSQUE

La puerta se cerró con un golpe seco que resonó entre los árboles.

Piper se quedó mirando la madera oscura, el peso del diario en las manos. El eco del portazo se apagó, engullido por el silencio del bosque. Podía oír su propia respiración, el latido del corazón, el crujido lejano de una rama al quebrarse.

No se movió.

Esperó un minuto. Dos. Los segundos se alargaron pegajosos, interminables. La puerta seguía cerrada. El cerrojo había corrido con un chasquido metálico que no dejaba lugar a dudas: Rowan Delaney no quería verla.

Pero Piper no había llegado hasta allí para rendirse a las puertas cerradas.

Levantó la mano y llamó.

Tres golpes. Firmes. Los nudillos golpearon la madera y el sonido se perdió en el aire frío.

—Rowan —dijo, y su voz sonó más segura de lo que se sentía—. Sé que estás ahí. No me voy a ir.

Silencio.

Esperó. El frío empezaba a calarle los dedos. Apretó el diario contra el pecho como un escudo.

Llamó otra vez.

—Solo quiero hablar. No tengo malas intenciones. Encontré el diario de Jenna en el desván de la casa. Necesito entender qué pasó.

Nada.

Apoyó la frente contra la madera y sintió la textura áspera bajo la piel, el olor a resina y humedad. Cerró los ojos.

—Por favor —dijo, y la voz se le quebró—. No sé a quién más recurrir.

El silencio se alargó hasta hacerse insoportable.

Entonces, dentro de la cabaña, algo se movió.

Un crujido de tablas. El roce de unos pasos sobre la madera. Piper se apartó un paso, el corazón golpeándole las costillas. La mirilla —un pequeño círculo de metal— se oscureció un instante. Alguien la miraba desde el otro lado.

—Rowan —dijo, casi en un susurro—. Por favor.

La mirilla volvió a iluminarse. Pasaron varios segundos. El cerrojo se descorrió con un chirrido metálico.

La puerta se abrió apenas una rendija.

Rowan Delaney no la miró a los ojos. Tenía la cabeza gacha, el pelo rubio sucio cayéndole sobre la cara como una cortina. A través de la rendija, Piper vio que sostenía algo en la mano: un trozo de papel doblado.

Él lo deslizó por la abertura.

Cayó al suelo, flotando hasta posarse sobre las hojas secas. Piper se agachó a recogerlo. Cuando levantó la vista, la puerta ya se cerraba.

—Espera —dijo, pero el cerrojo ya había corrido otra vez.

Se quedó mirando el papel. Doblado en cuatro partes, el borde rasgado con prisas. Lo abrió con dedos temblorosos.

La letra era firme, de trazos angulosos y duros, como si cada palabra hubiera sido tallada con un cuchillo. No había margen, ni saludo. Solo dos frases, escritas con una presión que marcaba el dorso de la hoja:

NO ES TU CASA. VETE.

Piper leyó las palabras una vez, dos veces. El corazón le latía en las sienes, en la garganta, en la punta de los dedos. Podía sentir el pulso en el papel, en la vibración de la tinta.

Volteó el papel. El reverso estaba en blanco.

—Rowan —dijo, alzando la voz—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué me dices que me vaya?

Silencio.

—¿Sabes quién está detrás de todo esto? ¿Sabes lo que pasó aquella noche?

Nada. La cabaña era una caja de madera sellada, hermética al sonido, a las palabras, al mundo exterior.

Piper retrocedió un paso, luego otro. El papel crujía en su mano, las letras parecían quemarle los dedos. *NO ES TU CASA. VETE.* No era un consejo. Era una advertencia.

Pero lo que más le había impactado no eran las palabras.

Eran sus ojos.

Cuando le había pasado el papel, en ese breve instante en que las miradas se cruzaron, Piper había visto algo que la heló hasta los huesos. No era rabia. No era rechazo. Los ojos de Rowan Delaney,

ese azul pálido y translúcido como vidrio roto, estaban llenos de pavor.

Pavor genuino. Pavor animal. El mismo que había visto en los ojos de un perro atropellado cuando tenía doce años, allí en la cuneta, temblando, las patas traseras destrozadas.

Ese mismo pavor. El que sabe que el dolor está a punto de llegar.

Piper dio la vuelta y empezó a caminar de vuelta por el sendero. Las hojas secas crujían bajo sus botas, un sonido rítmico que la acompañaba como un latido. No quería irse. Quería quedarse allí, llamar a la puerta una y otra vez, hasta que Rowan rompiera su silencio. Pero algo le decía que eso no funcionaría. El miedo no se vence a gritos. Se vence con paciencia, con confianza, con tiempo.

No sabía si tenía tiempo.

El sendero se abría paso entre los árboles, la luz del atardecer filtrándose en manchas doradas que bailaban sobre el suelo. El bosque estaba en silencio, pero no era un silencio vacío. Era un silencio lleno de sonidos diminutos: el roce de una ardilla entre las ramas, el gotear de la humedad sobre las hojas, el viento que susurraba entre las copas como una respiración contenida.

Piper se detuvo a mitad de camino. Apoyó la espalda contra el tronco de un roble, la corteza clavándosele a través de la chaqueta, áspera y fría. Cerró los ojos. El papel seguía en su mano, las letras grabadas a fuego en la memoria.

NO ES TU CASA. VETE.

¿Qué sabía Rowan que ella no sabía? ¿Qué había visto aquella noche, hacía treinta años, que aún lo mantenía prisionero del miedo?

Louise le había contado la historia oficial. La familia desaparecida. El niño encontrado en el bosque, mudo, con la ropa manchada de sangre. Pero la historia oficial no explicaba el pánico en los ojos de

Rowan. No explicaba por qué un hombre adulto vivía solo en una cabaña en medio del bosque, cortando leña y escribiendo notas de advertencia a las desconocidas que se atrevían a llamar a su puerta.

Había algo más. Algo que todos sabían pero nadie quería decir.

Piper abrió los ojos. La luz del atardecer se desvanecía, las sombras alargándose entre los árboles. Pronto anochecería, y no quería estar en el bosque cuando la oscuridad cerrara el cerco.

Guardó el papel en el bolsillo de la chaqueta, junto al diario de Jenna, y reanudó la marcha.

La casa apareció entre los árboles como un espectro familiar. Las ventanas oscuras, el porche cubierto de hojas, el columpio de madera balanceándose junto a la entrada. Piper subió los escalones, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

El recibidor estaba igual que lo había dejado. El reloj de pie marcando las once y cuarenta y siete. La foto de los Sherman en la mesita del salón. El polvo flotando en los rayos de luz que se colaban por las persianas.

Todo igual. Pero todo diferente.

Piper cerró la puerta y echó el pestillo. Apoyó la espalda contra la madera y se quedó allí, sintiendo el latido del corazón, el peso del día sobre los hombros.

El pavor de Rowan era real. No era un temor abstracto, de esos que se tienen a las tormentas o a las alturas. Era un temor concreto, con nombre y apellidos. Miedo a alguien que podía hacerle daño. Alguien que ya le había hecho daño.

Y ese alguien seguía ahí fuera.

Piper fue hacia la cocina. Puso la tetera a calentar, aunque no tenía hambre ni sed. Necesitaba hacer algo con las manos, ocupar la mente en una tarea sencilla mientras procesaba lo ocurrido.

El papel seguía en su bolsillo. Lo sacó y lo extendió sobre la encimera, alisando las arrugas con la palma de la mano. Las letras parecían más oscuras bajo la luz artificial, los trazos más duros.

NO ES TU CASA. VETE.

La letra era la de un hombre que no estaba acostumbrado a escribir. Las mayúsculas toscas, casi infantiles, como si hubiera aprendido a formar las letras de mayor y nunca hubiera practicado lo suficiente. Pero la firmeza de los trazos transmitía una determinación absoluta. Rowan no estaba bromeando. Hablaba en serio.

¿Por qué? ¿Qué sabía que la hacía tan peligrosa?

Piper se sentó a la mesa de la cocina, con el papel frente a ella. La tetera empezó a silbar, pero no se movió a apagarla. Dejó que el silbido se elevara hasta convertirse en un grito agudo, y entonces se levantó, apagó el fuego y se sirvió una taza de agua caliente.

El té descafeinado sabía a nada. Pero el calor le llenó el pecho, y eso era suficiente.

Sacó el diario de Jenna de la mochila y lo abrió por la última página. La letra temblorosa, las frases entrecortadas. *El amigo de papá. La carpeta roja. No debí haber visto lo que vi.*

Jenna había visto algo. Rowan también. Los dos habían presenciado la misma escena aquella noche. Jenna había muerto. Rowan había sobrevivido, pero su silencio lo había enterrado vivo.

Piper pasó los dedos por el papel amarillento, sintiendo la textura quebradiza bajo la yema. Las palabras de Jenna eran como un hilo conductor, una hebra que la llevaba desde el presente hasta aquella noche de 1994.

Y algo en esa hebra no encajaba.

Louise había dicho que la familia desapareció sin dejar rastro. Pero el diario de Jenna contaba una historia diferente. No era una desaparición. Era un crimen. Alguien había matado a Grant y

Caroline Sherman, y probablemente también a Jenna. Los cuerpos no habían aparecido, pero los muertos no desaparecían porque sí.

A menos que alguien los hubiera hecho desaparecer.

Piper cerró el diario. Apoyó la cabeza en las manos, sintiendo el peso de la fatiga acumulada. Había dormido mal, había caminado durante horas, había recibido dos advertencias —una de Louise, otra de Rowan— y no estaba más cerca de la verdad que cuando había llegado.

Pero algo había cambiado.

Ya no era solo curiosidad. Ya no era solo el deseo de entender la historia de la casa que había heredado. Había visto el pavor en los ojos de Rowan Delaney, y ese pavor había encendido algo dentro de ella. Una llama que no era de rabia, sino de determinación.

Alguien tenía que hacer justicia. Por Jenna. Por Rowan. Por todos los que habían guardado silencio durante treinta años.

Y si nadie más iba a hacerlo, lo haría ella.

La noche cayó sobre Willow Creek como una manta de tinta. Piper encendió las luces de la cocina y del salón, creando pequeños islotes de claridad en la oscuridad de la casa. El viento soplaba contra las ventanas, haciendo vibrar los cristales en sus marcos.

Se preparó una cena improvisada: sopa de sobre y pan duro, que mojó en el caldo caliente mientras hojeaba el diario de Jenna desde el principio. Quería conocer a la niña que había escrito aquellas palabras. Quería entender su mundo, sus miedos, sus alegrías.

Las primeras páginas eran ligeras, llenas de dibujos y anotaciones sobre el colegio, las amigas, los cumpleaños. Jenna escribía con una letra grande y redondeada, las mayúsculas adornadas con rizos. *Hoy hemos ido al lago con la clase. Me he mojado los zapatos y la señorita Linda se ha enfadado. Pero ha sido divertido.*

Piper sonrió a pesar de todo. La niña del diario era real, con sus pequeñas alegrías y sus pequeños problemas. Una niña normal, de siete años, que vivía en una casa grande con sus padres y su hermano.

Pero a partir de octubre, algo cambió. Las entradas se volvieron más cortas, la letra más apretada. Las alegrías dieron paso a los miedos. El amigo de papá aparecía cada vez con más frecuencia, siempre envuelto en una sombra de amenaza que Jenna no sabía nombrar.

28 de octubre. Hoy no he ido al colegio. He dicho que me dolía la tripa, pero era mentira. No quería dejar a mamá sola.

Piper levantó la vista del diario. La cocina estaba en silencio, solo el tictac del reloj de pared marcando los segundos. Fuera, el viento había amainado, y la noche se había quedado quieta, como conteniendo la respiración.

Algo crujió en el piso de arriba.

Piper se quedó inmóvil, el diario abierto sobre la mesa. Aguzó el oído, conteniendo la respiración. Los segundos pasaron lentos, pesados, hasta que el silencio se volvió insoportable.

Nada.

Solo los crujidos normales de una casa vieja. La madera que se contrae con el frío. Las tuberías que se expanden. Nada más. Aun así, se levantó y se asomó a la ventana de la cocina. Las cortinas estaban descorridas. El jardín yacía en penumbra, pero por un instante creyó distinguir una silueta entre los árboles, justo donde el roble se alzaba imponente. Parpadeó, y la silueta había desaparecido.

Pero no podía sacudirse la sensación de que alguien la observaba.

Cerró el diario, lo guardó en la mochila junto con el papel de Rowan. Subió las escaleras con paso firme, encendiendo las luces a su paso.

La habitación del desván estaba cerrada. La puerta del dormitorio principal, también. Todo en orden.

Antes de acostarse, hizo algo que no había planeado. Fue al cuarto de baño, abrió el armario de los medicamentos y encontró un pequeño candado de combinación entre los frascos de pastillas caducadas.

No sabía por qué lo había buscado. Tal vez porque necesitaba sentir que tenía el control de algo. O tal vez porque el miedo de Rowan la había contagiado, y ahora ella también necesitaba protegerse.

Cogió el diario, el papel de Rowan y la foto de los Sherman, y los guardó en el fondo del armario del pasillo, bajo una pila de sábanas viejas. No era un escondite seguro, pero era mejor que dejarlos a la vista.

Cuando terminó, se sentó en la cama y miró la habitación. Las sombras se alargaban en los rincones, la luz de la lámpara proyectaba formas extrañas sobre las paredes. Pero no tenía miedo. No exactamente.

Tenía algo peor: la certeza de que estaba en el camino correcto.

Alguien había matado a los Sherman. Alguien había silenciado a Rowan. Y ese alguien no iba a permitir que ella descubriera la verdad.

Pero Piper Marsh no se había echado atrás cuando su exmarido le pidió el divorcio. No se había echado atrás cuando perdió la casa, el estudio, la vida que había construido durante diez años. No iba a echarse atrás ahora.

Apagó la luz y se tumbó en la cama, vestida, con los ojos abiertos en la oscuridad.

El reloj de la planta baja seguía marcando las once y cuarenta y siete. La hora en que todo se detuvo.

Pero Piper estaba decidida a ponerlo en marcha de nuevo.

CAPÍTULO 5: LA PRIMERA ADVERTENCIA

No podía dormir.

Piper se dio la vuelta por enésima vez, las sábanas enredadas alrededor de sus piernas como una trampa. La imagen de los ojos de Rowan no se borraba: ese azul pálido, casi translúcido, lleno de un miedo que no era de ahora, sino de hacía treinta años. Un miedo que había crecido con él, que se le había incrustado en los huesos como una enfermedad.

Se incorporó y encendió la lámpara de la mesita. La luz amarillenta arrancó sombras largas a las paredes. El reloj marcaba las once y veinte. Llevaba menos de una hora en la cama, pero sentía que llevaba toda la noche dando vueltas.

Se levantó. El suelo de madera estaba frío bajo sus pies descalzos. Cogió la chaqueta de lana del respaldo de la silla y se la puso por encima del camisón. Necesitaba hacer algo. Leer. Pensar. Cualquier cosa menos quedarse tumbada mirando el techo.

Bajó las escaleras. El tercer peldaño chirrió, como siempre, y el sonido se perdió en el silencio de la casa. La luz del pasillo estaba encendida, un rectángulo amarillo que se proyectaba sobre la alfombra del recibidor. El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete, el péndulo inmóvil, las manecillas congeladas en el momento exacto en que todo se había detenido.

La cocina estaba fría. Piper encendió la luz y la bombilla parpadeó dos veces antes de iluminar con una claridad pálida. Puso la tetera a calentar y, mientras el agua empezaba a hervir, fue hacia el armario del pasillo.

Se arrodilló frente a la puerta del armario y apartó la pila de sábanas viejas. El diario seguía allí, junto con el papel de Rowan y la foto de los Sherman. Todo intacto. Lo cogió y volvió a la cocina, cerrando el armario con cuidado.

La tetera silbó. Se sirvió una taza de agua caliente y dejó la bolsita de manzanilla a remojo mientras se sentaba a la mesa. Abrió el diario de Jenna por la mitad, donde había dejado la lectura la noche anterior. O tal vez esa misma tarde. El tiempo se había vuelto borroso, una masa informe de horas y minutos.

Pasó las páginas con dedos cuidadosos, el papel amarillento crujiendo bajo la yema. Las entradas seguían un patrón: días normales de colegio, deberes, juegos en el jardín, alguna visita de su abuela. Y luego, a partir de octubre, la sombra.

15 de octubre. El amigo de papá vino otra vez. Trajo caramelos de menta, pero no los he cogido. No me gusta cómo me mira. Mamá dice que sea educada, pero no quiero ser educada con él.

20 de octubre. Hoy he visto al amigo de papá salir del despacho de papá. Llevaba la carpeta roja. Siempre lleva la carpeta roja cuando se va. Una vez la dejó en el sofá y la abrí sin querer. Había papeles con números. Muchos números.

Piper se detuvo. La carpeta roja. Jenna la mencionaba en varias entradas, siempre asociada al «amigo de papá». Una carpeta que el hombre llevaba cuando se iba, como si se llevara algo que no le pertenecía. Como si estuviera robando información de la casa.

27 de octubre. Papá y mamá hablaron en voz baja después de cenar. Creían que yo estaba dormida, pero oí algo. Papá dijo: «Si sigue así, tendré que denunciarlo». Mamá preguntó: «¿Y la carpeta?». Papá no respondió.

Piper levantó la mirada del diario. La cocina estaba en silencio. Solo el tic-tac del reloj de pared, marcando los segundos con regularidad hipnótica. Fuera, el viento susurraba entre los robles, pero dentro de la casa no se oía nada más.

Siguió leyendo.

3 de noviembre. No he podido dormir. He bajado a por agua y he visto luz en el despacho. La puerta estaba entreabierta. He visto al amigo de papá sentado en la silla de papá, mirando papeles. Tenía la carpeta roja abierta sobre la mesa. He vuelto a subir sin hacer ruido.

5 de noviembre. Hoy le he preguntado a papá por la carpeta. Se ha quedado muy serio. Me ha dicho que no me preocupe, que son cosas de trabajo. Pero he visto que se mordía el labio. Papá se muerde el labio cuando miente.

Piper sonrió a pesar de todo. Jenna era una niña observadora. Captaba detalles que los adultos pasaban por alto: pequeños gestos que revelaban verdades que ellos intentaban ocultar. El labio mordido, la sonrisa que no llega a los ojos, la carpeta roja que alguien se llevaba a escondidas.

Pasó varias páginas. Las entradas se volvían más cortas, la letra más temblorosa. La fecha se acercaba al final: 12 de noviembre, 13 de noviembre, 14 de noviembre.

Y luego la última: 15 de noviembre. La noche que lo paró todo.

Pero antes de esa última entrada, había una que Piper no recordaba haber leído con atención:

14 de noviembre. Hoy he visto al amigo de papá discutiendo con un hombre en la puerta de casa. No he visto su cara, solo su espalda. Llevaba un traje gris y un maletín. El amigo de papá parecía enfadado. Le ha gritado algo sobre «los papeles» y «no voy a permitirlo». El otro hombre se ha ido sin decir nada. Cuando he bajado, el amigo de papá ya no estaba. Pero la carpeta roja estaba en el sofá. La he abierto. Había una carta de mamá dirigida a

«Querida hermana». No la he leído entera. Solo he visto la primera línea: «Mañana iremos a la policía».

Piper dejó el diario sobre la mesa. Las palabras de Jenna resonaban en su cabeza como ecos de una explosión. *Mañana iremos a la policía.* Esa era la prueba. La carta de Caroline Sherman a su hermana, escrita el 14 de noviembre de 1994, diciendo que al día siguiente denunciarían a alguien. Y al día siguiente, la familia desapareció.

La carpeta roja contenía algo que incriminaba al «amigo de papá». Tal vez documentos financieros, tal vez pruebas de un delito. Y cuando Grant y Caroline amenazaron con denunciarlo, él los silenció.

Pero Jenna había visto la carta. Jenna había abierto la carpeta. Jenna sabía demasiado.

Y ahora Piper también.

El crujido llegó desde la cocina.

Un sonido seco, como una tabla al ajustarse. O como un pie al apoyarse sobre el linóleo.

El corazón le dio un vuelco. Levantó la cabeza lentamente, los músculos tensos, la respiración contenida. La cocina estaba vacía. La luz del techo iluminaba cada rincón: la encimera, los armarios, la nevera, la mesa donde ella estaba sentada. No había nadie.

Pero había oído algo.

Se quedó inmóvil, escuchando. Los segundos se alargaron, densos y pegajosos. El tic-tac del reloj marcaba el tiempo con una lentitud exasperante. Fuera, el viento golpeó una rama contra la ventana, y Piper dio un respingo.

—Solo es el viento—murmuró, pero su voz sonó extraña, como si no la reconociera.

Volvió a mirar el diario. Necesitaba concentrarse, seguir leyendo, encontrar más pistas. Pero la sensación de que algo no estaba bien se había instalado en su pecho, una presión incómoda que no desaparecía.

Respiró hondo y pasó la página.

15 de noviembre. Esta noche oigo a papá gritar. Mamá llora. El amigo de papá está aquí. Bajé las escaleras sin querer. Los vi discutir. Papá tenía la carpeta roja en la mano.

Una sombra se movió en el reflejo de la ventana.

Piper levantó la vista de golpe. La ventana de la cocina daba al jardín trasero, un rectángulo de oscuridad salpicado por la luz amarillenta del interior. En el cristal, su propio reflejo: el pelo revuelto, los ojos abiertos, la boca entreabierta. Y detrás de su reflejo, la negrura del jardín.

Nada más.

Pero el corazón le latía con fuerza, y las manos le temblaban ligeramente sobre el diario.

—Cálmate—dijo en voz alta, y el sonido la ancló al presente—. No hay nadie. Estás sola.

Apoyó las palmas sobre la mesa, sintiendo la madera fría bajo la piel. La taza de té se había enfriado, el agua había adquirido un tono marrón turbio. Llevaba demasiado tiempo leyendo, demasiado tiempo sumergida en el pasado. Su mente empezaba a jugarle malas pasadas.

Se levantó para calentar más agua. Dio la espalda a la mesa y se acercó al fogón. Cogió la tetera, la llenó de agua fresca y la puso al fuego. La llama azul danzó bajo el metal, y el silencio de la cocina se llenó del rumor del calentamiento.

Cuando se dio la vuelta, la nota estaba sobre la mesa.

Piper se quedó paralizada.

No había estado allí hacía diez segundos. Estaba segura. Había apoyado las manos en la mesa, había dejado el diario abierto, se había levantado. Y la nota no estaba.

Ahora sí.

Era un trozo de papel arrancado de una libreta, los bordes desgarrados, la superficie ligeramente arrugada. Encima, escrita con bolígrafo azul, una frase temblorosa y agitada:

VETE. NO ES TU CASA. NO BUSQUES.

La letra era irregular, las mayúsculas trazadas con una presión que había marcado el dorso de la hoja. La palabra *VETE* estaba subrayada tres veces, el trazo tan fuerte que había roto el papel en un punto.

Piper se quedó mirando la nota, sintiendo que el mundo se ralentizaba. El corazón le golpeaba las costillas con tanta fuerza que podía oír los latidos en sus oídos, un bombo sordo que llenaba el silencio. La cocina se había vuelto más fría, o tal vez era ella, el calor abandonando su cuerpo en una oleada de miedo.

No había oído nada. No había visto nada. La nota había aparecido de la nada, como si alguien la hubiera dejado allí mientras ella daba la espalda.

Pero eso era imposible.

El único acceso a la cocina era la puerta que daba al pasillo, y ella la había visto todo el tiempo. La puerta que daba al jardín estaba cerrada con pestillo, y el pestillo seguía echado. Lo había comprobado al entrar, por costumbre, porque las casas viejas daban miedo y los pestillos daban seguridad.

Sin embargo, la nota estaba allí.

Piper dio un paso atrás, alejándose de la mesa. La silla chocó contra sus piernas y cayó al suelo con un golpe seco que resonó en el silencio. No se agachó a recogerla. No podía apartar la mirada del papel.

Las letras parecían moverse bajo la luz, las líneas temblorosas como hilos de sangre seca. La palabra *BUSQUES* estaba mal escrita, como si la mano que la había trazado estuviera temblando de rabia o de miedo. O de las dos cosas.

Alguien había estado en la casa.

Alguien había entrado mientras ella estaba fuera, o mientras ella dormía, o mientras ella leía el diario de Jenna en la cocina, ajena al peligro que se movía a su alrededor.

Alguien la estaba vigilando.

Piper se obligó a respirar. Una inhalación profunda, lenta, sintiendo el aire frío llenarle los pulmones. Luego otra. Las manos le temblaban, los dedos helados, pero necesitaba pensar con claridad.

La nota no había caído del cielo. Alguien la había puesto allí. Y si alguien había entrado en la cocina mientras ella estaba de espaldas, esa persona seguía cerca. Podría estar en la casa todavía.

Podría estar observándola en ese mismo momento.

La idea le heló la sangre. Miró hacia el pasillo, la oscuridad más allá del círculo de luz de la cocina. La puerta del salón estaba entreabierta, una rendija negra por la que no se veía nada. La escalera ascendía hacia el primer piso, los peldaños sumergidos en la penumbra.

Cualquier rincón podía esconder a alguien. Cualquier armario. Cualquier sombra.

Pero no podía quedarse paralizada. Necesitaba actuar.

Se acercó a la mesa con pasos lentos, los músculos tensos, preparada para salir corriendo si algo se movía. Cogió la nota por una esquina, como si fuera una prueba forense, y la levantó para examinarla bajo la luz.

Papel rayado, arrancado de una libreta tamaño cuartilla. El borde superior mostraba una línea de perforaciones, como de una agenda o un bloc de notas. La letra era tosca, las mayúsculas angulosas, pero reconocibles. No era la misma que la nota de Rowan —esa era firme, controlada, casi fría en su precisión—. Esta era diferente. Transmitía urgencia, desesperación, una furia que apenas se contenía.

Algo en la forma de las letras le resultaba familiar, pero no lograba situarlo.

Dejó la nota sobre la mesa y fue a revisar las puertas.

La principal estaba cerrada con llave. El pestillo echado. Pasó la mano por el marco, buscando señales de forzamiento. Nada. La madera intacta, la cerradura sin arañazos.

Probó la puerta trasera, la que daba al jardín. También cerrada. El pestillo corrido. La ventana de la cocina, la del salón, las del primer piso. Todas cerradas. Todas intactas.

Alguien tenía una llave.

La conclusión cayó sobre ella como un cubo de agua helada. No había sido un allanamiento. No había una ventana rota ni una cerradura forzada. Alguien había entrado con una llave, había dejado la nota sobre la mesa y había salido sin dejar rastro.

Louise tenía una llave. Tish tenía una llave. El abogado que le había entregado la herencia también podría tener una. O Rowan, aunque vivía al otro lado del bosque y se comunicaba por notas escritas. O cualquiera que hubiera tenido acceso a la casa en los treinta años que llevaba cerrada.

Piper volvió a la cocina. La nota seguía sobre la mesa, las letras parecían brillar bajo la luz. La cogió y la sostuvo entre las manos, sintiendo el papel frío contra la piel. Las palabras quemaban.

De repente, un movimiento en el jardín la sobresaltó. Se acercó a la ventana de la cocina y apartó la cortina. Allí, a la luz de la luna, estaba Louise. Llevaba una chaqueta oscura y parecía nerviosa, mirando hacia el viejo roble que crecía junto a la valla. Dio un paso atrás y ladeó la cabeza. Piper abrió la ventana con cuidado.

—¿Louise? ¿Qué haces aquí?

Louise dio un respingo y se volvió. Su sonrisa era forzada.

—Oh, Piper, hola. No podía dormir, salí a dar un paseo… y pasaba por aquí. Quería asegurarme de que estabas bien.

Pero su mirada se desvió hacia el roble otra vez, y sus dedos se enredaron en el borde de la chaqueta.

—¿Has visto algo?—preguntó Piper.

—No, no, nada—respondió Louise con demasiada rapidez—. Solo… bueno, estos árboles viejos siempre me han dado mala espina. —Se encogió de hombros y dio un paso atrás—. Bueno, me voy. Cuídate.

Y se alejó por el camino, desapareciendo entre las sombras.

VETE. NO ES TU CASA. NO BUSQUES.

No era un consejo. No era una advertencia amistosa como la de Louise. Era una amenaza. Una orden. Alguien quería que se fuera, y esa persona estaba dispuesta a entrar en su casa para decírselo a la cara.

O para hacerle daño.

Piper se sentó en la silla, la nota aún en la mano. El diario de Jenna seguía abierto sobre la mesa, la última entrada mirándola desde el pasado. La carpeta roja. La carta a la hermana. El amigo de papá.

Alguien había matado a los Sherman para silenciarlos. Alguien había amenazado a Rowan para que se callara. Y ahora ese alguien sabía que ella estaba investigando.

La pregunta era: ¿cómo lo sabía?

Había hablado con Louise. Había ido a ver a Rowan. Había llamado al detective Buck, pero solo había dejado un mensaje en la comisaría. Nadie más sabía que estaba investigando el caso. A menos que alguien la hubiera estado vigilando desde el principio.

A menos que la casa estuviera siendo observada.

La idea era aterradora, pero tenía sentido. Alguien había visto su coche aparcado en la entrada. Alguien la había visto salir hacia el bosque. Alguien sabía que había encontrado el diario de Jenna.

Y ese alguien estaba lo suficientemente cerca como para entrar en su casa mientras ella estaba dentro.

Piper dejó la nota sobre la mesa y se levantó. Fue hacia la puerta principal y echó el pestillo con un movimiento firme. Luego hizo lo mismo con la puerta trasera. Después, subió las escaleras y comprobó las ventanas de los dormitorios. Todas cerradas. Todas con pestillo.

Cuando terminó, se quedó en el rellano del primer piso, escuchando. La casa estaba en silencio. Un silencio denso, pesado, que parecía tener vida propia. Como si las paredes estuvieran esperando a que ella hiciera algo.

Bajó a la cocina. Se sentó frente al diario y la nota, y los contempló durante un largo rato. Las pruebas de un crimen cometido treinta años atrás, y la prueba de que ese crimen seguía teniendo consecuencias en el presente.

Alguien quería que se fuera. Alguien tenía miedo de lo que pudiera descubrir.

Pero eso solo significaba que estaba en el camino correcto.

Piper cogió la nota y la dobló con cuidado, guardándola en el bolsillo de la chaqueta, junto al diario. No iba a dejarla sobre la mesa. No iba a permitir que el miedo la paralizara.

Alguien había entrado en su casa. Alguien la había amenazado.

Pero ella no se iba a ir.

No hasta saber la verdad.

La noche se cerró sobre Willow Creek como una trampa. Piper apagó las luces de la cocina y subió al dormitorio, cerrando la puerta con llave a sus espaldas. Se sentó en la cama, el diario y la nota a su lado, y miró hacia la ventana.

Las ramas de los robles se recortaban contra el cielo oscuro, negras y retorcidas como dedos esqueléticos. La luna se asomaba entre las nubes, bañando el jardín en una luz pálida y fría.

En algún lugar, en la oscuridad, alguien la observaba.

Piper lo sabía.

Podía sentirlo en la nuca, en el cosquilleo de la piel, en la certeza que se instalaba en sus huesos como una segunda sangre.

Pero no iba a huir.

—No voy a irme—susurró en la oscuridad, como una promesa, como un desafío—. No voy a dejar que me eches.

El silencio fue su única respuesta.

Pero en el jardín, bajo la luz de la luna, el columpio de madera comenzó a balancearse lentamente, como si alguien lo hubiera empujado.

Aunque no soplara viento.

CAPÍTULO 6: EL DETECTIVE QUE OLVIDÓ

La cafetería de Willow Creek olía a café recalentado y a desinfectante barato.

Piper empujó la puerta de cristal. El timbre sobre el dintel anunció su entrada con un tintineo metálico. El local era estrecho, con seis mesas de formica blanca alineadas contra la pared y una barra de aluminio donde una mujer de uniforme azul desgastado limpiaba una taza con un trapo grisáceo. Las ventanas empañadas filtraban una luz pálida que no lograba disipar la penumbra del interior.

En la mesa del fondo, solo, estaba Franklin Buck.

Lo reconoció nada más verlo. No por la descripción que le había dado Louise —un hombre canoso, de unos sesenta años, con aspecto de haber vivido demasiado— sino por la botella de whisky que descansaba junto a la taza de café. A las once de la mañana.

Se acercó. Buck levantó la vista cuando su sombra cayó sobre la mesa. Tenía los ojos azules, deslavados, con venas rojas que trepaban por la córnea como raíces. El pelo grisáceo, despeinado, con entradas pronunciadas que le daban un aspecto de fragilidad que contrastaba con la anchura de sus hombros.

—¿Señor Buck?

—Depende de lo que quieras. —Su voz era grave, cascada, como si hubiera pasado demasiadas horas sin hablar—. Si vienes a venderme algo, no tengo dinero. Si vienes a preguntarme por el caso Sherman, tampoco tengo tiempo.

Piper se sentó en la silla frente a él sin esperar invitación. El plástico del asiento estaba frío. Sobre la mesa, el whisky desprendía un olor dulzón que se mezclaba con el aroma ácido del café.

—Soy Piper Marsh. He heredado la casa de los Sherman.

Buck la miró; los párpados caídos se alzaron apenas. Tenía los ojos vidriosos, pero en el fondo se encendió un rescoldo de atención. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, temblaban ligeramente.

—Lo sé. La casa de Eloise Marsh. —Cogió la taza y bebió un sorbo largo, haciendo una mueca—. El café aquí es una mierda. Pero el whisky es peor. Así que compenso.

—Louise Baxter me dijo que usted llevó el caso.

—Louise habla demasiado. Siempre lo hizo.

Piper abrió la mochila. Sacó el diario de Jenna y lo colocó sobre la mesa, entre la taza de café y la botella de whisky. Las páginas amarillentas, la cubierta de cuadros rojos y blancos.

Buck lo miró sin tocarlo. Sus dedos temblorosos se quedaron inmóviles sobre la formica.

—¿Dónde lo encontraste?

—En el desván. Dentro de un baúl sellado, junto a una muñeca de porcelana con el ojo roto.

—La muñeca —murmuró, y su voz cambió, como si las palabras le costaran—. La que tenía un botón en lugar del ojo.

—La misma.

Buck cogió el diario. Lo abrió por la última página, y sus ojos recorrieron la frase final: *No debí haber visto lo que vi.* La sostuvo un largo momento, luego cerró el cuaderno y lo devolvió a la mesa.

—Esto no es suficiente.

—¿Cómo que no?

—Es el diario de una niña asustada. No una prueba judicial.

Piper sacó la nota de amenaza del bolsillo de la chaqueta. La extendió sobre la mesa, las letras temblorosas, la palabra VETE subrayada tres veces.

—Anoche alguien entró en mi casa mientras yo estaba dentro. Dejó esto sobre la mesa. No forzó la entrada. Tenía llave.

Buck cogió la nota. La sostuvo bajo la luz, entrecerrando los ojos. Su expresión cambió. El cansancio dio paso a algo más tenso, más alerta.

—¿Se lo contaste a la policía?

—No hay policía en Willow Creek. La comisaría más cercana está a veinte minutos.

Buck dejó la nota sobre la mesa. Se frotó la cara con las manos, restregándose los ojos como si quisiera borrar la imagen. Luego se levantó de repente, la silla raspando el linóleo.

—Vamos.

—¿Adónde?

—A la comisaría. Hay algo que necesitas ver.

Salieron sin pagar. Buck caminó con paso rápido por la acera, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, el aliento formando nubes de vaho en el aire frío. Piper lo siguió, preguntándose si aquello era un avance o una trampa.

La comisaría de Willow Creek era un edificio de ladrillo de dos plantas, con una fachada que había visto días mejores. Buck abrió la puerta con una llave que sacó de un llavero gastado, y el interior olía a polvo y a café viejo. No había nadie. Solo un mostrador vacío y un pasillo que se perdía en la penumbra.

—La dotación completa es un agente de turno que pasa las mañanas en el juzgado —dijo Buck, guiándola hacia una puerta al fondo—. Esto es más un almacén que una comisaría.

Abrió la puerta de un archivo abarrotado de cajas. Fue directamente a una estantería metálica, hacia el fondo, donde una carpeta de cartón amarillento sobresalía del resto. La sacó y la dejó caer sobre una mesa de madera.

—Caso Sherman —dijo—. Mira.

Piper abrió la carpeta. Dentro había fotocopias de informes policiales, declaraciones mecanografiadas, un plano de la casa de los Sherman. Nada que no hubiera imaginado.

—¿Esto es todo?

—Esto es lo que quedó después de que Miles Pemberton se asegurara de que no quedara nada. —Buck se apoyó contra la estantería, los brazos cruzados—. El verdadero archivo, el que yo mismo recopilé, desapareció de mi despacho hace quince años. Alguien entró una noche y se lo llevó. Solo dejaron esto, lo que ya estaba registrado oficialmente.

Piper pasó las páginas. Declaraciones de vecinos que no habían visto nada. Un informe del forense sobre la sangre encontrada en el despacho, pero sin cuerpos a los que asociarla. Nada sobre Miles.

—¿Por qué no hay nada sobre él?

—Porque nunca hubo pruebas para poner su nombre en un informe. —Buck se sentó en el borde de la mesa, y sus manos dejaron de temblar cuando empezó a hablar—. Grant Sherman y Miles

Pemberton eran socios en una constructora. Llevaban quince años trabajando juntos. La empresa iba bien, muy bien. Pero a principios de 1994, Grant empezó a notar que algo no cuadraba en los libros.

—Dinero que desaparecía —dijo Piper.

Buck la miró, sorprendido.

—¿Cómo sabes eso?

—El diario de Jenna. Habla de la carpeta roja, de documentos con números. Y una carta de Caroline a su hermana, diciendo que irían a la policía al día siguiente.

—La carta de Caroline —repitió Buck, y su voz sonó distinta, como si una pieza encajara—. Esa carta nunca apareció. Yo la busqué durante meses.

—La vi en el diario. Jenna la encontró en la carpeta roja, la noche antes de que todo ocurriera.

Buck guardó silencio un momento. Luego asintió lentamente.

—Grant iba a denunciarlo. La noche del 15 de noviembre, había citado a Miles en su casa. La idea era darle una última oportunidad para devolver el dinero y confesar. Pero Miles no fue a confesar. Fue a silenciarlo.

—¿Y la policía? ¿No pudieron hacer nada?

—No teníamos pruebas. Miles se aseguró de tener una coartada sólida. Una cena de negocios con tres testigos que juraron que estuvo con ellos hasta la una de la madrugada.

—Testigos comprados.

—O asustados. Con Miles nunca se sabe. —Buck negó con la cabeza —. Buscamos durante meses. Perros, voluntarios, helicópteros. Nada. Sin cuerpos, sin arma, sin testigos... el caso se vino abajo.

—Pero había un testigo —dijo Piper—. Rowan.

Buck la miró. Algo cruzó su rostro, una sombra que Piper no supo interpretar.

—Rowan Delaney tenía siete años. Lo encontramos al día siguiente, deambulando por el bosque, en estado de shock. No hablaba. No respondía. Pasaron años antes de que alguien lograra sacarle una palabra, y cuando lo hizo, fue solo una: «Miles».

—Entonces Rowan dijo su nombre.

—En una sesión con un terapeuta, cuando tenía doce años. Pero no valía como prueba. Era el testimonio de un niño traumatizado, sin detalles, sin contexto. El fiscal dijo que no podíamos usarlo.

Piper se recostó contra la estantería metálica. El frío del metal se filtraba a través de su chaqueta.

—¿Y qué pasó con Miles?

—Se fue del pueblo al año siguiente. Vendió su parte de la empresa, se mudó a Boston, y empezó una nueva vida. —Buck escupió la palabra como si fuera veneno—. Filántropo. Donó a hospitales, fundó becas, financió campañas políticas. Hoy es un hombre respetado, admirado. Tiene a todo el mundo comiendo de su mano.

—Y nadie sabe lo que hizo.

—Los que lo saben están muertos o callados. —Buck la miró directamente a los ojos—. Y los que intentan descubrirlo acaban arrepintiéndose. Como Rowan, que lleva treinta años escondido en el bosque. Como Warren Guthrie, el abogado de la familia, que desapareció hace dos semanas.

A Piper se le encogió el estómago.

—¿Warren Guthrie desapareció?

—Se esfumó. Su coche está en su casa, sus llaves en la mesilla, la cena a medio comer en la mesa. —Buck hizo una pausa—. Como los Sherman. La misma firma. El mismo modus operandi.

—¿Cree que Miles lo mató?

—No lo sé. Pero sé que Warren era el último depositario de los archivos de la empresa. Si alguien quería destruir pruebas, él era el objetivo perfecto.

Piper se quedó mirando la carpeta abierta sobre la mesa. Las fotocopias amarillentas, las declaraciones vacías, el plano de una casa que ya no existía.

—Si Miles mató a los Sherman y ha vuelto a matar para proteger su secreto, ¿por qué no me mata a mí directamente? ¿Por qué limitarse a amenazarme?

—Porque no eres una amenaza. —Buck se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas—. Todavía. Si desapareces, la gente preguntará. Eres la heredera de la casa, has llegado hace tres días, ya has hablado con Louise, con Rowan, conmigo. Demasiadas personas saben que estás investigando. Miles espera que el miedo te haga marchar. Es más limpio. Más silencioso.

—¿Y si no me marcho?

Buck no respondió. Se levantó y caminó hacia la ventana del archivo, una claraboya polvorienta que apenas dejaba pasar la luz.

—Ven —dijo—. Vamos a dar una vuelta.

Salieron de la comisaría y Buck la condujo hacia su coche, un Ford Taurus viejo con el parachoques abollado. Arrancó el motor y empezaron a recorrer las calles vacías de Willow Creek. Los árboles desnudos proyectaban sombras largas sobre el asfalto.

—¿Por qué dejó el caso? —preguntó Piper.

Buck mantuvo la mirada al frente.

—Porque me compró.

—¿Cómo?

—No con dinero. Con una promesa. Un ascenso. Una vida tranquila. —Apretó el volante—. Miles sabía que yo era el único policía que seguía cavando. Así que fue a mi jefe, usó sus contactos, y de la noche a la mañana me ofrecieron una plaza en la unidad de fríos. Un puesto administrativo. Sin calle, sin casos, sin posibilidad de seguir investigando. Acepté.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo. Y porque estaba cansado. Treinta años de fracasos pesan, Piper. Llegué a pensar que Miles tenía razón, que los Sherman se habían ido por su cuenta, que yo estaba persiguiendo sombras.

—Pero no era verdad.

—No. Pero cuando te convences de una mentira el tiempo suficiente, deja de parecer mentira.

El coche giró en una esquina y se detuvo frente a una casa de madera de dos plantas, con un jardín cubierto de hojas secas y un columpio infantil oxidado en el porche.

—La casa de los Sherman —dijo Buck—. La tuya ahora. Pero antes de que Eloise la heredara, estuvo vacía diez años. Nadie quería vivir allí. Decían que se oían ruidos por la noche.

—Yo también los oigo.

Buck la miró. Por un instante, el cansancio dio paso a algo más lúcido, más presente.

—El día que encontraron a Rowan en el bosque —dijo, y su voz sonó distinta, como si hablara desde muy lejos—, llevaba algo en la mano. No se lo dije a nadie. Lo guardé como prueba, pero nunca sirvió de nada.

—¿Qué llevaba?

—Un botón. —Buck la miró—. Un botón negro, cosido con hilo de pescar. Como los que usaba Jenna para arreglar su muñeca de porcelana cuando se le rompía un ojo.

El aire se le heló en los pulmones.

—¿Dónde está ese botón?

—Lo perdí. Hace años. En una mudanza, en un incendio, en un olvido. No lo sé. Pero existió. Y sé que Rowan lo encontró en la escena del crimen. Lo apretaba con tanta fuerza que le marcó la palma de la mano.

La imagen se grabó en la mente de Piper como una fotografía: un niño de siete años, solo en el bosque, apretando un botón negro contra la palma de la mano.

—¿Por qué no lo usó como prueba?

—Porque no era suficiente. Un botón no demuestra un asesinato. —Buck apagó el motor y se quedó mirando la casa a través del parabrisas—. Pero demuestra que Rowan estuvo allí. Que vio algo. Y que lo que vio lo persigue todavía.

El silencio se instaló en el coche. Fuera, una ráfaga de viento movió las ramas de los robles, y una hoja seca cayó sobre el capó.

—Necesito ayuda —dijo Piper—. No sé por dónde empezar.

Buck la miró largamente. Los segundos se alargaron, densos. Luego, el detective cogió la guantera, la abrió y sacó un bloc de notas gastado. Escribió algo en una página, la arrancó y se la tendió.

Era una dirección. Una calle, un número, una ciudad: Boston.

—El despacho de Miles Pemberton —dijo—. Si vas a enfrentarte a él, hazlo con información. No con un diario infantil y amenazas anónimas. Necesitas algo más sólido. Algo que lo ate a la escena del crimen.

—¿Como qué?

—Como la carpeta roja. El testamento modificado. La carta de Caroline a su hermana. —Buck enumeró con los dedos—. Si encuentras alguna de esas piezas, tendrás algo con lo que presionarlo. Sin ellas, solo eres una mujer con una teoría que nadie quiere escuchar.

Piper cogió el papel y lo guardó en el bolsillo, junto a la nota de amenaza. La dirección quemaba contra su muslo.

—Gracias —dijo.

—No me lo agradezcas. —Buck arrancó el motor—. Si Miles descubre que te he dado su dirección, probablemente acabe como Warren. Así que, si te preguntan, no has hablado conmigo.

—No lo haré.

—Y otra cosa. —Buck giró el coche y empezó a retroceder—. Ten cuidado, Piper. Miles Pemberton no solo es peligroso. Es encantador. Y esa es la peor clase de peligro: la que te sonríe mientras te apuñala por la espalda.

Piper asintió. Abrió la puerta y salió del coche. El aire frío le golpeó la cara, llenándole los pulmones de oxígeno.

Antes de cerrar la puerta, Buck la llamó.

—Señorita Marsh.

Se volvió.

—Eres tozuda —dijo.

—Sí.

—Y un poco estúpida.

—También.

Buck negó con la cabeza, pero en el gesto había algo que parecía respeto.

—No vayas sola a Boston —dijo—. Lleva a alguien. O al menos dile a alguien adónde vas. Por si acaso.

—Lo haré.

Cerró la puerta. El coche arrancó y se alejó calle abajo, dejando a Piper sola frente a la casa de los Sherman.

Miró la dirección escrita en el papel. Miles Pemberton. El socio. El filántropo. El asesino.

Y ella tenía la llave para demostrarlo.

O eso esperaba.

CAPÍTULO 7: EL AMIGO DE PAPÁ

La luz del ordenador iluminó su rostro cuando Piper escribió el nombre en el buscador.

Miles Pemberton.

Trescientas cuarenta y dos mil resultados en cero coma ocho segundos. Noticias, artículos, entrevistas, perfiles en revistas de negocios. Piper apoyó los codos sobre la mesa de la cocina y empezó a leer.

La primera página de resultados era un desfile de titulares elogiosos. «El filántropo que transformó Boston. Miles Pemberton dona cinco millones al hospital infantil. La fundación Pemberton beca a cien estudiantes de comunidades desfavorecidas. El empresario que nunca olvidó sus orígenes.»

Piper hizo clic en el primer enlace.

La fotografía ocupaba la mitad de la pantalla: un hombre de unos sesenta años, pelo blanco plateado perfectamente peinado hacia atrás, sonrisa amplia que mostraba dientes impecables. Vestía un traje azul marino con una corbata de seda burdeos. Los ojos marrones miraban a la cámara con una calidez que parecía genuina, casi paternal. Detrás de él, el skyline de Boston se recortaba contra un cielo de atardecer.

Se le oprimió el pecho. No era el hombre que esperaba. No había nada siniestro en su apariencia, nada que delatara al monstruo que Buck había descrito. Era simplemente un hombre mayor, guapo, exitoso. El tipo de persona que inspiraba confianza nada más verlo.

Eso era lo que más miedo le daba.

Desplazó la página hacia abajo. El artículo del *Boston Globe* detallaba la biografía de Miles con una precisión que parecía diseñada para borrar cualquier sombra de duda. Había nacido en una familia humilde de Somerville, había trabajado desde los dieciséis años para pagarse los estudios, y a los treinta ya era socio de una de las constructoras más prósperas de Massachusetts. Se había casado con su novia de la universidad, tenía dos hijos ya adultos, y desde hacía quince años dedicaba la mayor parte de su tiempo a obras benéficas.

El artículo mencionaba la desaparición de los Sherman. Una sola frase, enterrada en el penúltimo párrafo: «Pemberton, que fue socio del desaparecido Grant Sherman durante más de una década, se ha negado en repetidas ocasiones a comentar el caso, citando el dolor que le produce recordar a su antiguo amigo.»

Piper levantó los dedos del teclado. El dolor que le produce recordar. La frase sonaba ensayada, calculada para generar simpatía. La clase de declaración que un abogado redacta para que su cliente parezca humano sin comprometerse.

Abrió otra pestaña. Buscó «Miles Pemberton Willow Creek».

Ciento doce resultados. La mayoría eran artículos antiguos, de finales de los noventa, que mencionaban su salida del pueblo y su traslado a Boston. Una entrevista de 1998 en la que hablaba de su nueva vida, de cómo había superado la tragedia de perder a su socio, de su compromiso con empezar de cero.

En una foto de aquella época, Miles aparecía junto a su esposa frente a un edificio de oficinas en construcción. Su sonrisa era más joven, menos ensayada, pero sus ojos ya tenían esa misma calidez

calculada. Piper se quedó mirando la imagen, tratando de encontrar algo en su expresión que delatara la mentira. Pero no había nada. Solo un hombre feliz, exitoso, con el futuro por delante.

La opresión en el pecho se intensificó.

Abrió una tercera pestaña. Buscó «Fundación Pemberton».

La página web era impecable. Fotografías de niños sonrientes, hospitales luminosos, laboratorios de investigación. Miles aparecía en varias de ellas, siempre rodeado de gente, siempre sonriendo, siempre con esa mano extendida que parecía bendecir todo lo que tocaba. Había un vídeo de bienvenida en la portada, y Piper hizo clic sin pensarlo.

La voz de Miles Pemberton llenó la cocina.

—Creo firmemente que cada persona tiene la responsabilidad de devolver a su comunidad lo que ha recibido. Yo no sería quien soy sin la ayuda de quienes creyeron en mí cuando era joven. Por eso creé esta fundación: para tender una mano a quienes vienen detrás.

La voz era grave, modulada, con ese tono pausado de quien ha aprendido a medir cada palabra. No había titubeos ni falsa modestia. Era la seguridad de un hombre que sabe que su versión de la historia es la única que se ha contado.

Piper apagó el vídeo.

El silencio regresó a la cocina. El tic-tac del reloj de pared marcaba los segundos, ajeno al peso que crecía en su estómago. Se quedó mirando la pantalla del ordenador, la imagen congelada de Miles en el último fotograma: la boca entreabierta, la mano levantada en un gesto que quería ser humilde pero parecía ensayado.

No era el hombre que ella esperaba.

Pero era exactamente el hombre que Buck había descrito. Encantador. Impecable. Intocable.

Se levantó y fue hacia la encimera, donde el diario de Jenna descansaba junto a la taza de café frío. Lo cogió y volvió a la mesa. Necesitaba leerlo otra vez, buscar cada mención al hombre que Jenna llamaba «el amigo de papá», encontrar las grietas en la fachada perfecta de Miles Pemberton.

Abrió el diario por la primera página de octubre.

La letra de Jenna era más firme al principio, los trazos más sueltos. Hablaba del colegio, de una excursión al lago, de un gatito que había aparecido en el jardín y que su madre no la dejaba quedarse. Piper sonrió a pesar de todo. La niña del diario era real, con sus pequeñas alegrías y sus pequeñas frustraciones.

La primera mención al amigo de papá apareció el 11 de octubre.

«Hoy ha venido el amigo de papá. Me ha traído caramelos de menta. Mamá me ha dicho que le diera las gracias, pero no he querido. No me gusta cómo me mira.»

Piper leyó la frase varias veces. «No me gusta cómo me mira». Jenna tenía siete años, pero ya sabía reconocer una mirada que no era inocente. Los niños captan cosas que los adultos pasan por alto. Ven el gesto que dura un segundo de más, la sonrisa que no llega a los ojos, el tono de voz que no encaja con las palabras.

Pasó varias páginas. Las menciones se repetían, siempre con el mismo patrón: la visita del amigo, los caramelos, el malestar de Jenna. Su madre se ponía tensa cuando él llegaba. Su padre se encerraba con él en el despacho. Y después de cada visita, el ambiente en la casa se volvía más pesado, como si algo se hubiera roto y nadie supiera cómo arreglarlo.

«18 de octubre. El amigo de papá se quedó hasta tarde. Oí a mamá decir que no quería que viniera más. Papá dijo que no podía evitarlo, que eran negocios. Mamá dijo que los negocios no tenían que ver con la forma en que la miraba.»

La mano de Piper se detuvo sobre el papel. La forma en que la miraba. No era la primera vez que Jenna lo mencionaba. La mirada del amigo de papá. Algo en esos ojos marrones, cálidos y calculadores, que Jenna no sabía nombrar pero que la hacía sentir incómoda.

Pasó más páginas. La letra se volvía más pequeña a medida que avanzaban las semanas, como si Jenna hubiera querido esconder sus palabras, hacerlas ilegibles para cualquiera que no fuera ella.

«25 de octubre. Soñé que el amigo de papá entraba en mi habitación. Se sentaba en el borde de mi cama y me miraba. Solo me miraba. Quería gritar pero no podía. Me desperté y no podía respirar.»

Piper apartó el diario un momento. La imagen era demasiado vívida, demasiado real. Una niña en la oscuridad de su habitación, sintiendo una presencia que no debería estar allí. Un hombre que entraba en su cuarto mientras ella dormía. La violación de un espacio que debería ser sagrado.

Respiró hondo y siguió leyendo.

«2 de noviembre. Hoy le he preguntado a mamá si el amigo de papá iba a venir a cenar. Se ha quedado muy quieta. Me ha dicho que no lo sabía. Pero cuando ha dicho eso, se ha mordido el labio. Mamá se muerde el labio cuando miente.»

Piper sonrió. Jenna era observadora. Captaba los pequeños gestos que delataban las emociones ocultas. La misma habilidad que tenía ella para leer a las personas, para notar cuando alguien no decía toda la verdad.

«5 de noviembre. Hoy he visto al amigo de papá tocar el brazo de mamá. Ella se ha apartado muy rápido. Él ha sonreído. Pero no era una sonrisa de verdad. Era como la sonrisa del gato cuando tiene un ratón entre las patas.»

Se le encogió el estómago. Tocaba el brazo de su madre. Se apartaba. La sonrisa del gato. Jenna estaba describiendo un acoso, un hostigamiento que había ido en aumento durante semanas. Miles Pemberton no solo estaba desfalcando la empresa. También estaba acechando a Caroline.

Y nadie lo había detenido.

Pasó las páginas hasta llegar a la entrada del 14 de noviembre.

«14 de noviembre. Hoy he visto al amigo de papá discutiendo con un hombre en la puerta de casa. No he visto su cara, solo su espalda. Llevaba un traje gris y un maletín. El amigo de papá parecía enfadado. Le ha gritado algo sobre "los papeles" y "no voy a permitirlo". El otro hombre se ha ido sin decir nada. Cuando he bajado, el amigo de papá ya no estaba. Pero la carpeta roja estaba en el sofá. La he abierto. Había una carta de mamá dirigida a "Querida hermana". No la he leído entera. Solo he visto la primera línea: "Mañana iremos a la policía".»

Piper dejó el diario sobre la mesa. Las palabras de Jenna resonaban en su cabeza como ecos de una explosión. Mañana iremos a la policía. Caroline había escrito esa carta, había planeado denunciar a Miles. Y al día siguiente, la familia desapareció.

Pero había algo más. Algo que Jenna no había escrito, pero que Piper intuía. Miles no había matado solo por el dinero. Había matado también porque Caroline lo rechazaba, porque ella iba a delatarlo, porque su obsesión no había encontrado el cauce que él deseaba.

Volvió a la entrada del 25 de octubre. «Soñé que el amigo de papá entraba en mi habitación». La frase la persiguió mientras pasaba las páginas, buscando la última entrada, la del 15 de noviembre.

Pero antes de llegar, encontró otra. Una entrada que no recordaba haber leído con atención, escrita con letra diminuta en el margen de una página, como si Jenna no hubiera querido que nadie la viera.

«9 de noviembre. Anoche soñé que el amigo de papá se llevaba a mamá al bosque. No quiero que vuelva. No quiero que vuelva nunca.»

El aire se enfrió a su alrededor. La frase estaba escrita con una presión tan ligera que casi no marcaba el papel, como si Jenna hubiera temido que sus propias palabras la delataran. «Se llevaba a mamá al bosque». El mismo bosque donde Rowan había sido encontrado, donde los cuerpos de los Sherman yacían enterrados desde hacía treinta años.

La niña había soñado el crimen antes de que ocurriera. Su subconsciente había procesado las señales que su mente consciente no podía entender: las miradas, los toques, la violencia contenida. Y lo había plasmado en un sueño que se convirtió en profecía.

Piper cerró el diario. Las manos le temblaban ligeramente, los dedos fríos sobre la tela de cuadros. Apoyó la frente en el borde de la mesa, sintiendo la madera dura contra la piel.

Miles Pemberton no era un filántropo. No era un hombre de negocios arrepentido que había cometido un error y había pasado décadas redimiéndose. Era un depredador. Un hombre que había utilizado su posición, su dinero y su encanto para conseguir lo que quería, y que cuando se enfrentó a la posibilidad de ser descubierto, había eliminado a toda una familia para proteger su secreto.

Piper levantó la cabeza y miró la pantalla del ordenador. La imagen de Miles seguía congelada en el vídeo, la sonrisa amable, los ojos cálidos. Pero ahora, después de leer las palabras de Jenna, la sonrisa le parecía una máscara. Los ojos, una mentira.

—Eres un monstruo —susurró en voz alta, y las palabras sonaron extrañas en el silencio de la cocina, como si la casa las hubiera absorbido—. Un monstruo con traje y corbata.

Cerró el ordenador de golpe. La pantalla se apagó, y la cocina quedó sumergida en la penumbra del atardecer. Las sombras se alargaban

en los rincones, proyectando formas que parecían moverse al compás del viento que golpeaba las ventanas.

Piper se quedó sentada en la oscuridad, el diario de Jenna entre las manos, la imagen de Miles grabada a fuego en la memoria. Había visto su cara en internet, había leído sus palabras, había escuchado su voz. Y ahora, cuando cerraba los ojos, podía verlo claramente: aquella noche de 1994, subiendo las escaleras de la casa, la sangre en sus manos, la sonrisa congelada en el rostro mientras abría la puerta de la habitación de Jenna.

Un hombre que había matado a una niña de siete años.

Un hombre que seguía libre, poderoso, intocable.

Y ella tenía que demostrar su culpa.

—¿Cómo se prueba un crimen sin cuerpos, sin arma, sin testigos? —murmuró, y la pregunta quedó flotando en el aire como un fantasma.

Buck le había dicho que necesitaba algo sólido. La carpeta roja. El testamento modificado. La carta de Caroline a su hermana. Pero esas piezas llevaban treinta años escondidas, y las personas que sabían dónde estaban habían muerto o desaparecido.

Warren Guthrie. El abogado. El último depositario de los secretos de los Sherman. Desaparecido hace dos semanas, según Buck. El mismo *modus operandi* que la familia.

Piper cogió el teléfono y buscó el número de la oficina de Warren. El que le había dado el abogado de la herencia cuando le entregó las llaves. Marcó, y el tono de llamada sonó tres veces antes de que saltara el contestador.

—Ha llamado al despacho de Warren Guthrie. No podemos atenderle ahora mismo. Deje su mensaje después de la señal.

Piper esperó al pitido.

—Señor Guthrie, soy Piper Marsh. He heredado la casa de los Sherman y necesito hablar con usted sobre la herencia de Eloise. Es urgente. Por favor, llámeme cuando pueda.

Colgó. El mensaje sonaba formal, inocuo. No mencionaba a Miles ni la carpeta roja ni nada que pudiera levantar sospechas. Pero sabía que Warren no iba a responder. El abogado estaba muerto, o desaparecido, o escondido en algún lugar donde no pudieran encontrarlo.

Apretó el teléfono contra la palma de la mano, sintiendo el plástico frío. Fuera, el viento había arreciado, y las ramas de los robles golpeaban contra los cristales como dedos que pidieran entrar.

Miles Pemberton no sabía que ella estaba investigando. No sabía que tenía el diario de Jenna, que había hablado con Buck, que la nota de amenaza no la había asustado lo suficiente para marcharse.

Pero lo sabría pronto. En cuanto empezara a hacer preguntas, en cuanto llamara a las puertas equivocadas, alguien se lo diría. Y entonces la amenaza dejaría de ser una nota sobre la mesa para convertirse en algo más directo.

Piper encendió la luz de la cocina. La bombilla parpadeó dos veces antes de iluminar con una claridad amarillenta. El círculo de luz la aisló del resto la habitación, creando un pequeño refugio en medio de la penumbra.

Abrió el ordenador otra vez y volvió a buscar. Esta vez no buscó artículos elogiosos. Buscó «demanda contra Miles Pemberton», «denuncia Miles Pemberton», «víctimas Miles Pemberton».

Los resultados eran escasos. Una demanda por despido improcedente de un antiguo empleado, desestimada. Una querella por fraude presentada por un socio menor, archivada por falta de pruebas. Pero en un foro de exempleados de la constructora encontró un hilo titulado «¿Alguien recuerda a los Sherman?» Varios usuarios comentaban que Pemberton solía llevar una carpeta roja a

las reuniones y que después de la desaparición nunca volvió a aparecer.

Un antiguo secretario aseguraba haber visto a Miles quemar documentos en la chimenea de su despacho la noche del 14 de noviembre de 1994. Nada que incriminara a Miles directamente. .

Pero había algo que llamó su atención. Un artículo de un periódico local de 1996, titulado «La familia de Willow Creek exige reabrir el caso Sherman».

Hizo clic.

El artículo era breve, apenas tres párrafos. Hablaba de una petición firmada por varios residentes del pueblo, encabezados por una mujer llamada Helen Baxter. Exigían que la policía reabriera la investigación sobre la desaparición de los Sherman, citando «nuevas pruebas» que no especificaban. El artículo mencionaba que la petición había sido rechazada por el fiscal del distrito, que consideraba el caso cerrado.

Helen Baxter. Piper buscó el nombre. Una mujer mayor, residente en Willow Creek, fallecida en 2010. Madre de Louise Baxter.

La vecina. La mujer que le había ofrecido café y galletas con manos temblorosas y le había dicho que no revolviera el pasado, desviando la mirada hacia el roble. Su madre había encabezado una petición para reabrir el caso. Y ella le había dicho que lo dejara estar.

La contradicción le heló la sangre.

Louise sabía algo. Su madre había intentado reabrir el caso, y ella le había dicho a Piper que no investigara. ¿Por qué? ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Lealtad a alguien que no quería que la verdad saliera a la luz?

Piper se levantó de la mesa y empezó a caminar por la cocina, el teléfono en una mano, el diario en la otra. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero seguía faltando la imagen completa.

Miles Pemberton era el asesino. Buck lo sabía, Rowan lo sabía, Louise lo sabía. Pero nadie tenía las pruebas suficientes para demostrarlo. Treinta años de silencio, de miedo, de complicidad.

Y ahora ella estaba allí, con el diario de una niña muerta y una nota de amenaza en el bolsillo, tratando de desenterrar una verdad que alguien llevaba tres décadas enterrando.

Se detuvo frente a la ventana de la cocina. La noche había caído por completo, y su reflejo se recortaba contra el cristal: el pelo revuelto, los ojos abiertos, la expresión tensa. Detrás de su reflejo, la oscuridad del jardín, y más allá, el bosque.

En algún lugar, al otro lado de esos árboles, Rowan Delaney estaba solo en su cabaña, con treinta años de recuerdos a cuestas. Y en Boston, Miles Pemberton dormía plácidamente en su mansión de filántropo, ajeno al hecho de que una mujer acababa de poner su nombre en el centro de un mapa que llevaba tres décadas sin moverse.

Piper apoyó la frente contra el cristal. El frío le quemó la piel, pero no se apartó. Necesitaba pensar, ordenar las ideas, encontrar el siguiente paso.

Tenía el diario de Jenna. Tenía la nota de amenaza. Tenía la dirección del despacho de Miles. Tenía la historia de Buck. Pero todo eso no era suficiente para presentarlo ante un juez.

Necesitaba la carpeta roja. Necesitaba el testamento modificado. Necesitaba la carta de Caroline.

Y sabía dónde empezar a buscarlos.

La casa de los Sherman. Su casa. Allí estaban todas las respuestas, escondidas en algún lugar que nadie había mirado en treinta años.

Se apartó de la ventana y cogió el teléfono. Marcó el número de Buck, pero saltó el contestador. Dejó un mensaje breve:

—Soy Piper. Necesito que me ayude a buscar en la casa. Hay algo aquí, estoy segura. La carpeta roja no puede haber desaparecido. Llámeme.

Colgó. Sabía que Buck no respondería hasta la mañana siguiente, si es que respondía. El viejo detective tenía sus propios demonios, y el alcohol no era el menor de ellos.

Pero ella no podía esperar.

Subió las escaleras con paso firme, encendiendo las luces a su paso. La habitación del desván estaba cerrada. La puerta del dormitorio principal, también. Todo en orden.

Pero cuando llegó al rellano del segundo piso, se detuvo.

La puerta de la habitación del fondo estaba abierta.

La misma habitación donde había encontrado la trampilla del desván. La misma que había cerrado después del incidente de la muñeca.

Ahora estaba abierta. Una rendija de unos centímetros, lo justo para que la oscuridad del interior se filtrara al pasillo.

El corazón se le desbocó. Se quedó inmóvil, escuchando. El silencio era absoluto. Ni un crujido, ni un roce, ni el más mínimo susurro.

Pero la puerta estaba abierta. Y ella estaba segura de haberla cerrado.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, y su voz sonó extraña, como si las paredes la hubieran absorbido.

Nadie respondió.

Esperó un instante, la respiración contenida. Luego avanzó hacia la puerta, los músculos tensos, preparada para cualquier cosa. Empujó la puerta con la punta de los dedos, y esta se abrió sin resistencia.

La habitación estaba vacía. El póster seguía despegándose de la pared. La cama, desnuda. El escritorio, cubierto de polvo. Y en el techo, la trampilla del desván seguía cerrada.

Nada había cambiado.

Pero algo había movido la puerta. Algo o alguien.

Piper retrocedió lentamente, sin apartar la mirada de la habitación. Cerró la puerta con cuidado, asegurándose de que el pestillo encajaba con un clic. Luego bajó las escaleras, atravesó el recibidor y entró en la cocina.

El ordenador seguía encendido, la imagen de Miles congelada en la pantalla. El diario de Jenna descansaba sobre la mesa, abierto por la página del sueño.

Piper se sentó y lo leyó otra vez:

«Anoche soñé que el amigo de papá se llevaba a mamá al bosque. No quiero que vuelva. No quiero que vuelva nunca.»

Cerró el diario y lo guardó en la mochila, junto con la nota de amenaza y el papel de Rowan. Después, apagó el ordenador y se quedó un momento en la oscuridad, escuchando el latido de su propio corazón.

Miles Pemberton era un hombre poderoso, protegido por décadas de mentiras y silencio. Pero ella tenía algo que él no esperaba: la voz de una niña muerta que se negaba a callar.

Y Piper iba a asegurarse de que el mundo la escuchara.

CAPÍTULO 8: UNA VISITA HOSTIL

Los nudillos golpearon la madera con una urgencia que no admitía demora.

Piper levantó la cabeza del diario. Llevaba más de una hora repasando las últimas entradas de Jenna, buscando cualquier detalle que se le hubiera escapado, cualquier palabra que pudiera abrir una nueva vía de investigación. La luz de la mañana se filtraba por las persianas. Proyectaba rayos paralelos sobre el polvo que flotaba en el aire.

Tres golpes más. Firmes, impacientes.

Cerró el diario y lo deslizó bajo la almohada del sofá. No sabía por qué lo ocultaba. Tal vez porque la visita de la noche anterior —la nota sobre la mesa, la certeza de que alguien entraba en la casa— le había enseñado a no dejar nada a la vista.

Atravesó el recibidor. El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete, su presencia silenciosa como un juez que hubiera condenado la casa a vivir en el mismo instante para siempre. Abrió la puerta.

La mujer que esperaba en el porche tenía el pelo teñido de rubio, recogido en una cola de caballo tan tirante que estiraba las comisuras de sus ojos. Llevaba un abrigo largo de color camel, perfectamente cortado, y unos zapatos de tacón que parecían fuera

de lugar entre las hojas secas y la gravilla del camino. Su rostro era una máscara de cortesía forzada, los labios esbozando una sonrisa que no alcanzaba sus ojos marrones.

—¿Piper Marsh? —preguntó, y su voz tenía un tono de seguridad que sonaba ensayado.

—Sí. ¿Y usted?

—Patricia Landry. —La mujer extendió una mano enguantada—. —Pero todo el mundo me llama Tish. Soy la albacea de la herencia de Eloise.

Piper estrechó la mano. El apretón fue breve, seco. La piel del guante era suave, cara, pero bajo ella los dedos se sentían rígidos.

—Pase —dijo Piper, apartándose para dejarle paso.

Tish entró en el recibidor y se detuvo frente al reloj de pie. Lo contempló un momento, los ojos recorriendo la esfera de porcelana, las manecillas congeladas. Algo cruzó su rostro, una sombra que desapareció tan rápido como apareció.

—Sigue parado —murmuró, casi para sí misma.

—¿Perdone?

—El reloj. —Tish se volvió hacia ella con una sonrisa que quería ser despreocupada—. —Cuando yo era pequeña y venía a visitar a Eloise, siempre estaba parado. Ella decía que le gustaba tenerlo así, que le recordaba que el tiempo no era tan importante como la gente creía.

—Nunca lo hizo reparar.

—No. —Tish apartó la mirada del reloj—. —Supongo que le gustaba tener una excusa para vivir a su propio ritmo.

Piper la guió hacia el salón. La luz del jardín se colaba por los ventanales, iluminando las sábanas blancas que cubrían los muebles

como fantasmas. Tish se detuvo en el centro de la habitación y giró lentamente, evaluando el polvo, las telarañas, el abandono.

—No has hecho mucho —dijo, y aunque la frase podía ser neutral, su tono la convertía en una acusación.

—Llevo aquí tres días. He estado... familiarizándome con la casa.

—Familiarizándote. —Tish repitió la palabra como si la encontrara divertida—. —Qué forma tan educada de decirlo. La mayoría de la gente diría que has estado husmeando.

Piper notó un nudo en el estómago. La mujer sabía algo. No podría haber adivinado que estaba investigando a menos que alguien se lo hubiera contado.

—¿A qué ha venido, señora Landry?

—Tish —la corrigió, y se sentó en el borde del sofá cubierto, sin preocuparse por el polvo—. —He venido a hablar de la casa. Y de tu futuro en ella.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. El abrigo se abrió ligeramente, revelando un jersey de cachemir color crema y un collar de perlas que debía costar más que el coche de Piper.

—Eloise era una mujer mayor, con pocos ingresos —dijo Tish—. —La casa ha estado cerrada durante años. Los gastos de mantenimiento se han acumulado: impuestos atrasados, reparaciones urgentes, el seguro de la propiedad. Te estoy hablando de una cantidad que ronda los cuarenta mil dólares.

Piper se quedó quieta. Cuarenta mil dólares. No tenía esa cantidad. Lo había perdido casi todo en el divorcio.

—Puedo hacer frente a los gastos —dijo, con una firmeza que no sentía—. —Poco a poco.

—¿Con qué? —Tish la miró fijamente, los ojos marrones clavados en los suyos—. —He investigado tu situación, Piper. No es un secreto. Divorcio reciente, pérdida del estudio, cuentas embargadas. No tienes trabajo. No tienes ingresos. No tienes nada excepto esta casa en ruinas.

Las palabras cayeron como piedras. Piper sintió que el calor le subía a las mejillas, una mezcla de vergüenza y rabia.

—Eso no es asunto suyo.

—Es asunto mío porque soy la albacea. —Tish se levantó y empezó a caminar por la habitación, pasando los dedos enguantados por el borde de una estantería—. —Mi responsabilidad es asegurarme de que la herencia de Eloise se gestione correctamente. Y desde mi punto de vista, la opción más sensata es vender la propiedad.

—No pienso vender.

Tish se volvió. Su expresión seguía siendo cortés, pero había un filo en sus ojos que no estaba allí antes.

—¿Y qué planes tienes? ¿Quedarte aquí, restaurar la casa, convertirla en tu hogar? —Rió, pero no era una risa alegre—. —Esto no es un cuento de hadas, Piper. Willow Creek no es un lugar donde una mujer sola pueda empezar de cero. La gente aquí es cerrada, desconfiada. Y esta casa... esta casa tiene un pasado que no se borra con una capa de pintura.

—Ya sé lo del pasado.

El silencio cayó entre ellas como un muro. Tish se quedó inmóvil, la mano aún suspendida sobre la estantería, los ojos fijos en Piper.

—¿Qué sabes? —preguntó, y su voz había perdido toda la cortesía forzada.

—Sé que aquí vivían los Sherman. Que desaparecieron hace treinta años. Que nunca se encontraron sus cuerpos.

—Eso lo sabe todo el pueblo. No es ningún secreto.

—Sé que había un socio, Miles Pemberton. Que era el principal sospechoso —Piper dio un paso adelante—, y sé que tú los conocías. ¿O acaso también vas a negar que trabajabas para ellos?

La carpeta que Tish llevaba bajo el brazo cayó al suelo. Un golpe seco sobre la madera. Papeles y documentos se desparramaron por la alfombra, pero Tish no se agachó a recogerlos. Estaba pálida. Sus manos, ahora sin guantes, temblaban ligeramente.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó, y su voz era un susurro rasposo.

—El detective Buck.

—Buck. —Tish repitió el nombre como si fuera una maldición—. —Ese borracho debería haberse jubilado hace años. No sabe lo que dice.

—Dijo que tú trabajabas para la empresa de Grant y Miles. Que eras amiga de Caroline.

Tish se agachó lentamente y empezó a recoger los papeles. Sus movimientos eran precisos, controlados, pero Piper vio cómo los dedos le temblaban al juntar los documentos.

—Hace treinta años de eso —dijo sin levantar la vista—. —Otra vida. Otra persona.

—Pero lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo. —Tish se levantó, la carpeta apretada contra el pecho—. —No se olvida algo así. Una amiga que desaparece de la noche a la mañana. Una familia entera que se esfuma como si nunca hubiera existido. No se olvida, Piper. Se aprende a vivir con ello.

—¿Y qué pasó aquella noche?

—No lo sé. —Tish la miró directamente a los ojos, y esta vez no apartó la mirada—. —Y aunque lo supiera, no te lo diría. Por tu propio bien.

—¿Por qué todo el mundo me dice eso? —La frustración le subió por la garganta—. —Que no investigue, que me vaya, que el pasado es mejor dejarlo enterrado. Pero usted sabe por qué, ¿no? Usted y Eloise guardaron el secreto juntas. Dígame qué pasó.

—Porque no necesitas una explicación. Necesitas un billete de vuelta a Boston.

Tish se dirigió hacia la puerta. Sus tacones golpeaban la madera con un ritmo firme, decidido. Pero cuando llegó al recibidor, se detuvo.

—Eloise guardó el diario de esa niña durante treinta años —dijo sin volverse—. —Podría haberlo destruido. Podría haberlo enterrado en el jardín. Pero no lo hizo. Lo conservó, esperando que algún día alguien lo encontrara.

Se volvió. Su rostro había perdido la máscara de cortesía. Ahora solo quedaba una mujer mayor, con el cansancio de tres décadas de silencio marcado en las arrugas alrededor de sus ojos.

—Eloise sabía lo que había pasado. Lo sabía desde el principio. Y eligió no hablar. —Hizo una pausa—. —A veces el silencio no es cobardía, Piper. A veces es la única forma de sobrevivir.

—¿De qué tenías miedo? —preguntó Piper—, ¿de Miles? ¿De que te hiciera lo mismo que a los Sherman?

Tish no respondió. Abrió la puerta y salió al porche. El aire frío entró en el recibidor, trayendo consigo el olor a tierra mojada y a hojas podridas.

—Vende la casa —dijo desde el umbral—. —Vuelve a Boston. Olvida que este pueblo existe. Es lo mejor que puedes hacer.

—No voy a hacerlo.

Tish la miró largamente. Algo en sus ojos se quebró, una rendija diminuta por la que se filtró un destello de algo que podría haber sido miedo o podría haber sido compasión.

—Entonces cuídate, Piper. Porque si sigues cavando, puedes encontrar más de lo que buscas.

Cerró la puerta. Sus pasos se alejaron por la gravilla, el ruido de su coche arrancando, el motor alejándose calle abajo. Y luego el silencio, otra vez.

El móvil de Piper vibró sobre la mesa baja. El nombre de Louise Baxter destelló en la pantalla. Contestó con el corazón acelerado.

—¿Diga?

—¿Piper? Soy Louise. —La voz de la vecina sonaba tensa, como si hablara en voz baja para que nadie más la oyera—. —¿Has encontrado algo más? ¿Algo... del diario?

Piper apretó el teléfono contra la oreja.

—¿Por qué lo preguntas?

Un silencio. Luego, casi inaudible:

—Solo... ten cuidado. No sabemos quién puede estar escuchando.

Colgó sin despedirse.

Piper se quedó en el recibidor, mirando la puerta cerrada. La carpeta que Tish había dejado caer seguía en el suelo, junto al reloj de pie. La recogió y la abrió.

Dentro, documentos oficiales. El testamento de Eloise. Escrituras de la propiedad. Un informe de tasación que valoraba la casa en ciento veinte mil dólares. Y una hoja suelta, escrita a mano, con una lista de números.

Gastos. Impuestos atrasados. Deudas. La cifra total era superior a lo que Tish había dicho. Cincuenta y dos mil dólares.

Piper dejó la carpeta sobre la mesa del recibidor. La cantidad era abrumadora, pero no era eso lo que le pesaba. Eran las palabras de Tish. *Eloise sabía lo que había pasado. Y eligió no hablar.*

Su propia tía abuela había conocido la verdad. Había guardado el diario de Jenna durante treinta años, esperando a que alguien lo encontrara. Pero nunca había hablado. Nunca había denunciado a Miles. Nunca había hecho nada para que se hiciera justicia.

¿Por qué? ¿Miedo? ¿Culpa? ¿Lealtad a alguien que no merecía su lealtad?

Las preguntas se agolpaban en su cabeza como insectos alrededor de una luz. Cogió el diario de debajo de la almohada del sofá y lo abrió por la última página. La letra temblorosa de Jenna, la frase que se repetía como un eco: *No debí haber visto lo que vi.*

Piper cerró el diario. Lo apretó contra el pecho, sintiendo el roce áspero de la tela de cuadros contra sus dedos.

Tish sabía algo. No podía demostrarlo, pero lo sentía en cada fibra de su cuerpo. La forma en que había palidecido al oír el nombre de Miles. La manera en que sus manos habían temblado al recoger los papeles. Las palabras que no había dicho, los secretos que se llevaba en los labios apretados.

Y ahora, además de las preguntas sobre los Sherman, había una nueva: ¿qué papel había jugado Eloise en todo aquello? ¿Por qué había guardado el diario? ¿Por qué no había hablado nunca?

Piper subió las escaleras. Entró en el dormitorio principal y abrió el armario. La ropa de Eloise colgaba en perchas, vestidos de flores y batas de casa, todos con ese olor a naftalina y a tiempo detenido. Revolvió los bolsillos, las cajas, los cajones de la cómoda. Buscaba algo, cualquier cosa, una carta, una nota, una pista.

Al fondo del armario, detrás de una pila de mantas dobladas, encontró una caja de zapatos. La abrió.

Dentro, una fotografía.

Eloise, vestida con un traje de chaqueta azul claro, sonreía a la cámara. A su lado, una mujer más joven, pelirroja, con los mismos ojos verdes que Piper había visto en la foto de los Sherman. Caroline. Y detrás de ellas, un hombre joven de pelo castaño, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos marrones.

Al dorso, escrito a mano con tinta azul desvaída: *Con cariño, Caroline y Miles. 1993.*

Piper sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

Miles y Caroline, juntos, sonriendo como si fueran amigos. Y Eloise, su tía abuela, sonriendo también. Cómplice. O tal vez víctima de la misma mentira que todos habían creído.

Una fecha: 1993. Un año antes del crimen.

Piper se sentó en el borde de la cama, la fotografía temblándole entre las manos. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero cada nueva pieza abría más preguntas de las que respondía.

Eloise conocía a Miles. Eloise era amiga de Caroline. Eloise había guardado el diario de Jenna. Y nunca había dicho nada.

¿Por qué?

La pregunta resonaba en el silencio de la casa, rebotando contra las paredes como un eco que no encontraba salida.

—¿Qué sabías, Eloise? —susurró Piper en la oscuridad de la habitación—. —¿Qué viste que no te atreviste a contar?

Pero la única respuesta fue el viento golpeando contra los cristales, y el tictac del reloj de pared de la cocina, marcando los segundos de un tiempo que avanzaba hacia ningún lugar.

Piper guardó la fotografía en el bolsillo de la chaqueta, junto al diario y la nota de amenaza. Tres piezas. Tres fragmentos de una verdad que alguien llevaba treinta años enterrando.

Y ella iba a desenterrarla.

Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 9: EL ACCIDENTE

El sendero estaba en silencio.

Piper avanzó entre los robles desnudos, las hojas secas crujiendo bajo sus botas como pequeños disparos. La luz del mediodía se filtraba en manchas pálidas sobre el suelo, y las sombras se movían con el viento, un mosaico que cambiaba a cada paso. Llevaba el diario de Jenna en la mochila, aunque no sabía bien por qué. Tal vez como talismán. Tal vez como recordatorio de que aquello tenía un propósito.

Había pasado toda la mañana dudando. Desde la visita de Tish, desde la fotografía de Eloise con Caroline y Miles, una inquietud le crecía en el pecho como una enredadera. Necesitaba hablar con Rowan. Él tenía las respuestas que buscaba. Pero la nota de amenaza seguía quemándole el bolsillo, y la imagen de sus ojos azules llenos de miedo la perseguía.

No podía esperar más.

El camino se abrió paso entre los árboles, bordeando el arroyo de aguas lentas. Piper reconoció los hitos: la roca cubierta de musgo, el tronco caído que parecía una mano gigante, la curva donde el sendero giraba a la derecha. Quince minutos exactos desde su casa hasta la cabaña de Rowan. Lo había cronometrado la primera vez, aunque entonces no sabía por qué.

Ahora lo sabía.

El bosque estaba en silencio. No cantaban pájaros, ni se oía el rumor de una ardilla entre las ramas. Solo el viento, susurrando entre las copas, y el crujido de sus propios pasos sobre la hojarasca.

Piper se detuvo.

Algo no iba bien. Aguzó el oído, conteniendo la respiración. La quietud era demasiado densa, demasiado perfecta. Como si el bosque contuviera el aliento, igual que ella.

Entonces lo vio.

Más adelante, donde el sendero se encontraba con la carretera de tierra que bordeaba la propiedad, una silueta se movía. Una figura alta, de hombros anchos, con el pelo rubio sucio cayéndole sobre los hombros. Rowan. Llevaba una chaqueta de lana oscura y caminaba despacio, con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos. No parecía tener prisa. Parecía un hombre sin destino, caminando porque no tenía nada más que hacer.

Piper sintió un vuelco en el pecho. Rowan se dirigía hacia la carretera. Si se alejaba, podía perderlo.

—¡Rowan! —gritó, y su voz resonó entre los árboles.

No se detuvo. Siguió caminando, como si no la hubiera oído.

—¡Rowan, espera!

Apretó el paso. La mochila le golpeaba la espalda al compás de sus zancadas. La distancia se acortaba: cincuenta metros, cuarenta, treinta. Rowan llegó al borde de la carretera, una cinta de asfalto gris que serpenteaba entre los árboles.

—¡Rowan!

Se detuvo. Giró la cabeza ligeramente, como si hubiera oído algo. Piper vio su perfil recortado contra la luz, la línea de la mandíbula tensa, la cicatriz en la ceja izquierda brillando bajo el sol.

Y entonces oyó el motor.

El rugido llegó de la nada, creciendo en segundos. Piper giró la cabeza instintivamente. Un coche negro apareció en la curva, avanzando a una velocidad que no correspondía a un camino forestal. Las ruedas levantaban polvo, el motor rugía como un animal enloquecido.

—¡Rowan! —gritó, pero esta vez no era una llamada. Era una advertencia.

Rowan se volvió. Vio el coche. Vio la parrilla delantera, los faros, la velocidad imposible con la que se acercaba. Pero no se movió. Se quedó allí, paralizado, como si el tiempo se hubiera detenido para él.

El coche no frenó.

El impacto fue sordo. Brutal. Un sonido de metal contra carne, de huesos rompiéndose, de algo que se desgarraba. El cuerpo de Rowan voló por los aires, girando sobre sí mismo como un muñeco de trapo, antes de caer contra el asfalto con un golpe seco y húmedo.

El coche no se detuvo. Siguió adelante, acelerando, desapareciendo tras la curva con un rugido que se fue apagando hasta fundirse con el silencio.

Piper se quedó inmóvil.

Los segundos se alargaron, densos y pegajosos. El mundo se había reducido a una imagen: el cuerpo de Rowan tendido sobre la carretera, los brazos abiertos, la cabeza ligeramente girada. No se movía.

—¡No! —El grito brotó de su garganta sin que ella lo decidiera, un sonido rasposo y roto que se perdió entre los árboles.

Corrió.

Las piernas le pesaban como plomo, los pulmones le ardían. La distancia que la separaba de Rowan se acortaba a cámara lenta, cada zancada un esfuerzo sobrehumano. La mochila le golpeaba la espalda, el diario de Jenna apretado contra sus omóplatos como un recordatorio de lo que la había llevado hasta allí.

Llegó. Cayó de rodillas junto a él, el asfalto rasgándole los vaqueros, la piel abrasada por el contacto. Rowan yacía boca arriba, los ojos cerrados, la respiración tan superficial que apenas se distinguía. La sangre se extendía bajo su cabeza, un charco oscuro que crecía lentamente, tiñendo el asfalto de un rojo brillante.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —susurró Piper, y las palabras salían solas, una letanía sin sentido.

Le cogió la mano. Estaba caliente. Los dedos de Rowan se movieron ligeramente, un espasmo involuntario, y luego se quedaron quietos.

—Rowan, mírame. —Le tocó la mejilla, la piel fría y pegajosa bajo sus dedos—. Rowan, por favor.

No respondió.

Piper sacó el teléfono del bolsillo. Los dedos le temblaban tanto que casi se le cayó dos veces antes de lograr desbloquear la pantalla. Marcó el 911. El tono de llamada sonó una vez, dos veces, tres. Una eternidad.

—Emergencias, ¿qué servicio necesita?

—Un accidente —dijo, y su voz sonaba extraña, como si no le perteneciera.

—¿Dónde se encuentra?

Piper miró a su alrededor. Los árboles, la carretera, el sendero que llevaba a su casa. No sabía el nombre. No sabía nada.

—En la carretera forestal que bordea el bosque de Willow Creek —dijo—. Detrás de la casa de los Sherman. La casa Marsh. No sé el

nombre de la carretera.

—¿Hay alguien más con usted?

—No. Solo yo. Y él. —Miró a Rowan. La sangre seguía extendiéndose, un halo oscuro alrededor de su cabeza—. Por favor, apresúrense. Se está desangrando.

—La ambulancia ya está en camino. No cuelgue. Necesito que me mantenga al teléfono.

Piper apretó la mano de Rowan. Los dedos de él estaban fríos ahora, la piel perdiendo calor.

—Rowan —dijo, inclinándose sobre él—. Rowan, tienes que aguantar. Ya viene ayuda. No te mueras. Por favor, no te mueras.

No hubo respuesta. Solo el silencio del bosque, y el goteo de la sangre sobre el asfalto.

—¿Señorita? —La voz de la operadora llegaba desde el teléfono, lejana, como si hablara desde el otro lado de un túnel—. ¿Sigue ahí?

—Sí —dijo—. Sí, estoy aquí.

—Necesito que me diga si respira.

Piper miró el pecho de Rowan. No se movía. No se movía.

—No lo sé —susurró—. Creo que no. No lo sé.

—¿Puede ponerlo de lado? ¿Comprobar si tiene pulso?

Piper soltó la mano de Rowan y le tocó el cuello, buscando la arteria. Los dedos se le hundieron en la piel caliente, manchados de sangre. Esperó. Un segundo. Dos. Nada.

—No encuentro el pulso —dijo, y la voz se le quebró.

—La ambulancia está a tres minutos. Voy a guiarla para hacerle la reanimación. ¿Puede hacerlo?

Piper miró el cuerpo de Rowan. La sangre. La quietud. El silencio.

—Sí —dijo, y no sabía si era verdad.

Colocó las manos sobre el pecho de Rowan, entrelazó los dedos y empezó a presionar. Una, dos, tres, cuatro. El ritmo que había visto en películas, en series, en manuales de primeros auxilios que nunca pensó que necesitaría. Los brazos le temblaban, las rodillas le dolían contra el asfalto, pero seguía presionando.

—Veintiocho, veintinueve, treinta —contó en voz alta, y luego inclinó la cabeza para darle dos respiraciones.

El sabor a sangre le llenó la boca.

Siguió. Treinta compresiones, dos respiraciones. El tiempo se había vuelto líquido, una masa informe de segundos que se estiraban hasta el infinito. No sabía cuánto llevaba. Podían ser dos minutos o dos horas.

—Señorita —dijo la operadora—. Ya oigo la ambulancia.

Piper levantó la cabeza. El sonido de la sirena llegaba desde lo lejos, creciendo, acercándose. Dos puntos rojos y azules parpadeaban entre los árboles.

—Están llegando —dijo, y las palabras salieron en un susurro roto.

La ambulancia frenó a su lado. Dos paramédicos saltaron del vehículo, moviéndose con una rapidez ensayada que dejó a Piper apartada, observando desde el arcén mientras ellos trabajaban. Uno le puso un collarín, el otro le colocó una máscara de oxígeno. Voces entrecortadas, términos médicos que no entendía, el sonido de las tijeras cortando la ropa.

—¿Usted lo vio? —preguntó uno de los paramédicos, una mujer joven con el pelo recogido en una coleta.

—Sí —dijo Piper—. Un coche negro. Lo embistió y se fue.

—¿Vio la matrícula?

—No. Fue muy rápido.

La mujer asintió, como si ya lo esperara. Luego volvió a concentrarse en Rowan, que seguía inmóvil, conectado a tubos y cables, su rostro pálido como el papel.

—Lo estabilizamos y lo llevamos al hospital —dijo—. ¿Quiere venir?

Piper asintió. No podía hablar. Las palabras se le habían atascado en la garganta, un nudo de culpa y miedo que no lograba tragar.

La camilla se deslizó dentro de la ambulancia. Las puertas se cerraron con un golpe metálico. Piper se quedó en la carretera, sola, mirando las luces azules y rojas que se alejaban entre los árboles.

El silencio regresó. Pero ahora era diferente. Ahora pesaba como una losa sobre su pecho, aplastándola, sofocándola.

Miró sus manos. Estaban cubiertas de sangre.

La sangre de Rowan.

El hospital de Willow Creek era pequeño. Una sala de espera con sillas de plástico naranja, máquinas expendedoras que zumbaban en la esquina, y un televisor colgado del techo que emitía un programa matinal sin volumen. Olía a desinfectante y a café recalentado.

Piper estaba sentada en una de las sillas, las manos apoyadas sobre las rodillas, la mirada fija en la puerta que llevaba a la zona de urgencias. Había limpiado la sangre en el baño del hospital, pero aún sentía su peso bajo las uñas, en los pliegues de los dedos. Como si no pudiera lavarla del todo.

En ese momento, la puerta de la sala de espera se abrió y Louise Baxter entró. Llevaba un abrigo ligero y el pelo despeinado, como si hubiera salido a toda prisa.

—¿Piper? —dijo, la voz temblorosa—. He oído lo del accidente por la radio de la policía. ¿Está Rowan bien?

Piper la miró sorprendida. Louise nunca se había mostrado tan interesada en Rowan.

—Está grave —respondió—. En coma.

Louise asintió, pero sus ojos recorrían la sala, como si buscara algo. No se fijaban en Piper.

—Si necesitas algo… —dijo, y sin terminar la frase, dio media vuelta y salió tan rápido como había llegado, dejando a Piper con una inquietud que se sumaba a las demás.

Había llamado al detective Buck en cuanto la ambulancia se alejó. Marcó el número desde el teléfono de la casa, porque el suyo se había quedado sin batería. Encontró el número en la guía local, garabateado en una esquina del bloc de la cocina donde Eloise anotaba los números de emergencia.

Buck respondió al tercer tono. Su voz sonaba espesa, como si acabara de despertarse.

—Dígame.

—Soy Piper. —La voz le temblaba—. Ha pasado algo. Rowan. Lo han atropellado.

El silencio al otro lado de la línea se alargó. Luego, un ruido de sillas, de llaves, de movimiento.

—¿Dónde estás?

—En el hospital. Lo han traído aquí. No sé si va a sobrevivir.

—Voy para allá.

Y colgó.

Ahora estaba allí, sentada en la silla de plástico, esperando. Las manecillas del reloj de pared avanzaban con una lentitud exasperante. Quince minutos. Treinta. Una hora. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que la ambulancia se llevó a Rowan.

Las puertas de urgencias se abrieron. Una enfermera salió, con el uniforme manchado de sangre, el rostro tenso.

—¿Señorita Marsh?

Piper se levantó. Las piernas le temblaban.

—Sí.

—El señor Delaney está estable. Ha entrado en coma inducido. Tiene fractura de cráneo, varias costillas rotas y una hemorragia interna que hemos logrado contener.

—¿Va a vivir?

La enfermera dudó un instante. Fue solo un segundo, pero Piper lo vio.

—Las próximas veinticuatro horas son críticas. Si supera la noche, las probabilidades aumentan.

Piper asintió. Las palabras caían sobre ella como piedras, pesadas y frías.

—¿Puedo verlo?

—Solo unos minutos. Está sedado. No va a responder.

La enfermera la guio por un pasillo estrecho, pasado mostradores de enfermería y habitaciones con las puertas entreabiertas. La habitación de Rowan estaba al final. Una cama, monitores, tubos. El olor a medicamento y a antiséptico era abrumador.

Rowan yacía inmóvil, el rostro amoratado y cubierto de vendas. Un tubo le salía de la boca, conectado a un respirador que subía y bajaba su pecho con un ritmo mecánico y regular. Tenía el brazo izquierdo escayolado, y una vía intravenosa goteaba solución salina en su brazo derecho.

Piper se sentó en la silla junto a la cama. Le cogió la mano, la que no tenía vía, con cuidado de no tocar los vendajes.

—Lo siento —susurró—. Lo siento tanto.

No hubo respuesta. Solo el pitido rítmico de los monitores.

—Fui yo —continuó, y la voz se le quebró.

Apretó la mano de Rowan. Estaba fría.

—Pero vas a salir de esta. Tienes que hacerlo. Porque no he terminado. No pienso rendirme. Y necesito que estés ahí para verlo.

La puerta se abrió a sus espaldas.

Piper se volvió. El detective Buck estaba en el umbral, el abrigo arrugado, el pelo revuelto. Tenía los ojos enrojecidos, pero no por el alcohol. Por la falta de sueño, o por algo más.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Estable. En coma inducido. —Piper soltó la mano de Rowan y se levantó—. No fue un accidente, Buck. Lo vi todo. El coche apareció de la nada, aceleró, lo embistió. No frenó. No se detuvo. Fue a propósito.

Buck la miró largamente. Luego, sin mediar palabra, se sentó en la silla que ella había ocupado y apoyó los codos en las rodillas.

—Miles —dijo, y no era una pregunta.

—No vi quién conducía. Pero tenía que ser él. No hay nadie más.

—O alguien que trabaja para él.

—Da igual. —La voz de Piper se endureció—. Sabía que Rowan era el único testigo. Sabía que si Rowan hablaba, todo se derrumbaba. Así que intentó callarlo para siempre.

Buck asintió lentamente. Las manos le temblaban, pero no cogió la botella que llevaba en el bolsillo. La dejó allí, como una tentación a la que se negaba a ceder.

—No fue un accidente —repitió Piper, y esta vez su voz no temblaba —. Le estaban esperando. Es por mi culpa. Porque empecé a hacer preguntas, porque fui a verlo, porque no me fui cuando me lo pidió.

—No es tu culpa.

—Sí lo es. —Piper se pasó la mano por la cara, sintiendo la fatiga acumulada—. Si no hubiera venido a Willow Creek, Rowan estaría seguro en su cabaña. Nadie lo habría atacado. Nadie lo habría silenciado.

—Y los Sherman seguirían sin justicia.

—¿Qué justicia? —La pregunta salió cargada de amargura—. Rowan está en coma. Los cuerpos nunca aparecieron. Miles Pemberton sigue libre, sonriendo en sus galas benéficas, siendo el héroe de Boston. ¿Qué clase de justicia es esa?

Buck la miró. Los ojos azules, deslavados por los años y el alcohol, tenían un brillo que no había visto antes.

—La que tú vas a conseguir.

Piper se quedó callada. Las palabras de Buck caían sobre ella con un peso que no sabía si podía soportar.

—No sé si puedo hacerlo sola —dijo, y la voz se le quebró.

—No vas a hacerlo sola. —Buck se levantó, con un esfuerzo evidente, los huesos crujiendo al enderezarse—. Yo ya me quedé de brazos cruzados una vez. No voy a repetir el mismo error.

—Pero tu trabajo...

—Estoy jubilado. No tengo nada que perder. —Buck la miró—. Salvo el respeto por mí mismo, y eso lo perdí hace treinta años.

Piper sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Las contuvo. No podía permitirse llorar ahora.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—Por lo que Rowan intentó decirte. —Buck señaló la mochila de Piper, que descansaba en el suelo junto a la silla—. El sótano. Dijiste que encontraste algo.

—Una habitación sellada. La habitación de Jenna.

—Y dentro, la foto de Eloise con Caroline y Miles. —Buck asintió—. Esa foto es la prueba de que Eloise los conocía. De que sabía algo. Y si supo algo, debió dejarlo por escrito.

—¿Crees que hay algo más en la casa?

—Estoy seguro. —Buck se dirigió hacia la puerta—. Pero no voy a decirte que vayas sola. Porque si Miles sabe que Rowan está vivo, sabe que tú estás cerca. Y no va a detenerse hasta que te elimine a ti también.

Piper miró a Rowan, inmóvil en la cama, conectado a las máquinas que lo mantenían con vida. Luego miró a Buck, el viejo detective que había pasado treinta años ahogando su culpa en whisky.

—No pienso rendirme —dijo—. No puedo. No después de esto.

Buck asintió. Algo en su expresión cambió, como si hubiera tomado una decisión.

—Entonces vamos a hacer esto bien. —Sacó un teléfono del bolsillo —. Tengo un contacto en Boston. Un periodista de investigación que lleva años siguiendo a Miles. Si alguien sabe dónde está la carpeta roja, es él.

—¿Y mientras tanto?

—Tú vuelves a la casa. Buscas cualquier cosa que Eloise pudiera haber escondido. Cartas, documentos, grabaciones. Y yo voy a hablar con ese periodista.

Piper se levantó. Las piernas le temblaban, pero se obligó a mantenerse firme.

—¿Y Rowan?

—Aquí está seguro. —Buck miró la cama—. Miles no puede llegar hasta él en un hospital. Demasiados ojos. Demasiados testigos.

—Pero podría intentarlo.

—Podría. —Buck la miró—. Por eso voy a pedirle a un amigo de la policía estatal que ponga un agente en la puerta. Que alguien intente acercarse a Rowan sin autorización.

Piper asintió. Era poco, pero era algo.

—Gracias —dijo.

—No me lo agradezcas. —Buck se volvió hacia la puerta—. Todavía no.

Se quedó un momento en el umbral, mirando a Rowan. Luego, sin añadir nada más, salió al pasillo.

Piper se sentó otra vez junto a la cama. Cogió la mano de Rowan, sintiendo el pulso débil bajo los dedos.

—Voy a descubrir la verdad —susurró—. Por ti. Por Jenna. Por todos vosotros.

El monitor emitió un pitido rítmico, constante. La única respuesta que Rowan podía darle.

Pero era suficiente.

Piper apretó la mano un momento más, y luego se levantó.

Fuera, el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de un naranja sanguinolento.

La noche caía sobre Willow Creek.

Y ella estaba más sola que nunca.

CAPÍTULO 10: EL PESO DEL SILENCIO

El peso del silencio

El pitido del monitor marcaba los segundos. Un latido electrónico ocupaba el espacio donde Rowan Delaney ya no podía hablar.

Piper no había soltado su mano desde que entró en la UCI. Hacía dos horas, tal vez tres. El tiempo se había vuelto elástico, una goma que se estiraba y encogía sin ritmo ni sentido. La silla de plástico se le clavaba en los muslos, el aire acondicionado dejaba la piel fría y pegajosa. Pero no se movió.

Rowan yacía en la cama como un muñeco roto. La venda en su cabeza cubría media cara, dejando visible solo un ojo cerrado y la comisura de los labios. Moretones violetas y verdes le trepaban por el cuello, desapareciendo bajo el borde de la bata de hospital. El brazo izquierdo, escayolado desde el codo hasta la muñeca, descansaba sobre la sábana como un objeto ajeno. Tubos y cables lo conectaban a máquinas que pitaban, zumbaban y goteaban con una precisión mecánica que parecía burlarse de la fragilidad del cuerpo que mantenían con vida.

Piper apretó los dedos alrededor de la mano de Rowan. Estaba caliente, pero la calidez no era suya. Venía de las mantas térmicas, de los líquidos que le bombeaban las vías. La piel bajo sus dedos era

solo un receptáculo, un recipiente que contenía lo que quedaba de él.

—Lo siento —dijo, y su voz sonó extraña en el silencio de la habitación, como si las paredes la absorbieran antes de que pudiera llegar a los oídos de Rowan—. Lo siento tanto.

No hubo respuesta. Solo el pitido, constante, implacable.

El reloj de pared marcaba las ocho y cuarto. La noche llevaba horas instalada en el pueblo, pero las persianas de la UCI estaban echadas, y la luz fluorescente creaba un día artificial que no conocía el paso del sol. Piper llevaba allí desde que la ambulancia se llevó a Rowan. No había comido. No había bebido. Solo había mirado sus manos manchadas de sangre reseca, las medias lunas oscuras bajo las uñas que se negaban a desaparecer.

Todavía oía el sonido del impacto. El golpe sordo y húmedo que resonó en la carretera como un disparo. Recordaba haber corrido, haberse arrodillado en el asfalto, el calor de la sangre filtrándose entre sus dedos mientras intentaba taponar la herida. También la sirena, las luces azules y rojas, el olor a gasolina y a metal caliente.

Pero sobre todo recordaba la calma que cayó sobre el bosque cuando la ambulancia se alejó, como si la naturaleza estuviera esperando a que Rowan Delaney exhalara su último aliento.

Piper bajó la mirada hacia sus propias manos. Aún tenía restos de sangre seca bajo las uñas, a pesar de haberse lavado tres veces. Huellas oscuras que le recordaban el asfalto, el cuerpo inerte, el charco que crecía bajo la cabeza de Rowan.

Cerró los ojos. La imagen volvió: el coche negro apareciendo en la curva, el rugido del motor, el impacto sordo y brutal. El cuerpo volando por los aires. El silencio después.

No había visto la cara del conductor. El parabrisas era demasiado oscuro, el coche demasiado rápido. Pero sabía quién era. Lo sabía con una certeza que le oprimió el pecho.

Miles Pemberton. O alguien que trabajaba para él.

—Debería haberme ido —susurró—. Cuando me diste la nota. Cuando me dijiste que me fuera. Debería haberte escuchado.

Apretó la mandíbula para no desmoronarse. La garganta se le cerró, dura y caliente, pero no iba a llorar. No allí. No delante de Rowan, aunque él no pudiera verla.

—Pero no lo hice. Y ahora estás aquí por mi culpa.

El monitor emitió un pitido más agudo, luego volvió a la normalidad. Una enfermera pasó por el pasillo, sus zapatos de goma chirriando sobre el linóleo. El sonido se fue desvaneciendo, tragado por el silencio del hospital.

Piper apoyó la frente sobre el borde de la cama. La tela de la sábana olía a lejía y a suavizante industrial. Cerró los ojos y se quedó así, inmóvil, escuchando el ritmo de las máquinas, el zumbido de los fluorescentes, el latido de su propio corazón.

No sabía cuánto tiempo pasó. Podían ser minutos u horas.

Entonces sintió algo. Una presión. Leve, casi imperceptible. Como un pájaro posándose en una rama.

Los dedos de Rowan se movieron.

Piper levantó la cabeza de golpe. La silla chirrió al desplazarse. Miró la mano de Rowan, la que sostenía entre las suyas. Los dedos, que habían estado inmóviles durante horas, se habían contraído ligeramente.

—¿Rowan?

No hubo respuesta. Pero los dedos se movieron otra vez, un espasmo más fuerte, como si estuviera intentando agarrar algo.

Piper se puso de pie. El pulso le martilleaba las sienes, la garganta, la punta de los dedos. Miró el rostro de Rowan. Los párpados le

temblaban, un movimiento diminuto bajo las hendiduras amoratadas.

—Rowan —dijo, más fuerte esta vez—. ¿Puedes oírme?

Los párpados se agitaron. Una vez. Dos veces. Luego, lentamente, como si el esfuerzo le costara un dolor inmenso, los abrió.

Sus ojos eran el mismo azul pálido que recordaba, casi translúcido. Pero no había confusión en ellos. No había el velo de la inconsciencia ni la bruma de los sedantes. Había algo brillante, alerta, y sobre todo, había urgencia.

Rowan la miró.

Piper sintió que el aire se le helaba en los pulmones. Se inclinó sobre la cama, acercando su rostro al de él.

—Estoy aquí —dijo—. Estoy aquí, Rowan. No te muevas. Estás en el hospital. Has tenido un accidente, pero estás a salvo.

Él parpadeó. Una vez. Dos veces. Su pecho subió y bajó con dificultad, el respirador ayudándole a respirar. Pero sus ojos no se apartaban de los de ella. La miraban con una intensidad que parecía imposible en un cuerpo tan destrozado.

Entonces, con un esfuerzo que tensó todos los músculos de su brazo, Rowan apretó los dedos alrededor de la muñeca de Piper.

La presión fue sorprendentemente fuerte. Los dedos de Rowan se clavaron en su piel, dejando marcas blancas que aparecían y desaparecían al ritmo de su pulso. No era un gesto de despedida. Era un agarre. Una demanda.

—¿Qué? —preguntó Piper—. ¿Qué necesitas?

La boca de Rowan se abrió, pero solo salió un sonido ronco, apenas un suspiro. El tubo de la respiración le impedía hablar. Pero sus ojos seguían fijos en ella, y su mano seguía apretando su muñeca con una fuerza que no debería tener.

—Papel —susurró Piper, registrando la mesilla con manos temblorosas—. Necesito algo para que escribas. Espera.

Soltó la mano de Rowan con cuidado y buscó en los cajones de la mesilla. Bolígrafos, vendas, una jeringuilla usada. Ningún papel. Miró a su alrededor, desesperada. En la papelera, junto a la cama, había un bloc de notas parcialmente usado. De esos que los médicos llevan en el bolsillo de la bata. Lo cogió.

—Aquí —dijo, volviendo a sentarse—. Aquí tienes.

Colocó el bloc sobre el pecho de Rowan y le puso un bolígrafo en la mano. Los dedos de Rowan temblaban, los nudillos blancos por el esfuerzo. Pero logró sostenerlo.

—Puedes escribir —dijo Piper—. No hace falta que hables. Escribe lo que quieras decirme.

Rowan cerró los ojos un momento. Su respiración se aceleró, el monitor marcando un pico de frecuencia cardíaca. Luego abrió los ojos y apoyó el bolígrafo sobre el papel.

La mano le temblaba. Los trazos eran irregulares, torpes, como los de un niño que aprende a escribir. Piper sostuvo el bloc para que no se moviera, sintiendo la presión del bolígrafo a través del papel.

Rowan escribió durante diez segundos. Luego su mano cayó a un lado, el bolígrafo rodando sobre la sábana.

Piper cogió el bloc.

Las letras eran grandes, temblorosas, apenas legibles. Pero formaban una palabra.

SÓTANO.

Piper se quedó mirándola. La palabra parecía latir bajo la luz fluorescente, como si estuviera viva. Como si aquellas siete letras contuvieran más peso que todo lo que había descubierto hasta entonces.

—¿El sótano? —preguntó—. ¿De la casa?

Rowan parpadeó. Una vez. La única respuesta que podía darle.

—¿Hay algo allí? ¿Algo que necesito ver?

Otro parpadeo. Pero esta vez sus párpados se cerraron más despacio, como si el esfuerzo de mantenerlos abiertos hubiera agotado lo poco que le quedaba.

—Rowan —dijo Piper, inclinándose sobre él—. Rowan, no te duermas todavía.

Los párpados de él se agitaron. Abrió los ojos un instante, la mirada fija en ella. Y luego, lentamente, sus ojos se cerraron y su cuerpo se relajó contra el colchón.

El monitor siguió pitando, regular, constante. La respiración de Rowan volvió a ser mecánica, impulsada por el respirador. Su mano, la que había sostenido el bolígrafo, se abrió sobre la sábana como una flor marchita.

—Rowan —susurró Piper.

No hubo respuesta.

Sostuvo el bloc frente a ella, la palabra temblorosa grabada a fuego en su memoria. SÓTANO. La pista que Rowan había guardado durante treinta años, la que había estado a punto de llevarse a la tumba.

Piper se quedó un momento en silencio, mirando la palabra escrita. Las letras bailaban bajo la luz artificial, temblorosas pero firmes, como si hubieran sido talladas a martillazos. Se preguntó cuánta energía le había costado a Rowan escribir esas siete letras. Cuánto dolor. Cuánto miedo. Y sobre todo, cuánta esperanza.

—Gracias —dijo, y su voz sonó extraña, como si no la reconociera—. Gracias, Rowan.

Se levantó. Las piernas le temblaban, pero se obligó a caminar hacia la puerta. Antes de salir, se volvió a mirar a Rowan. Su pecho subía y bajaba al ritmo de la máquina. Su rostro, magullado y vendado, estaba en paz. Como si después de haber compartido su último secreto, pudiera permitirse descansar.

—No voy a fallarte —dijo, y su voz sonó firme en el silencio de la habitación—. Sea lo que sea lo que hay en ese sótano, lo voy a encontrar.

Salió al pasillo. La luz fluorescente la cegó un instante. Parpadeó, ajustando la vista. La enfermera del mostrador levantó la cabeza.

—¿Se encuentra bien, señorita Marsh?

—Sí —dijo Piper—. Sí, estoy bien. ¿Puede llamar al detective Buck? Dígale que venga al hospital. Es urgente.

La enfermera asintió y cogió el teléfono.

Piper se apoyó contra la pared. El bloc seguía en su mano, la palabra vibraba contra sus dedos como un latido recién despertado. Había pasado la semana buscando en el desván, en la habitación sellada, en los armarios polvorientos de la casa. Pero nunca había mirado hacia abajo.

El sótano.

El lugar donde todo empezaba. O donde todo terminaba.

La casa crujía a su alrededor, como si supiera que ella había vuelto. Piper cerró la puerta a sus espaldas y se quedó un momento en el recibidor, escuchando. El silencio era diferente ahora. No era el vacío de los días anteriores. Era un silencio expectante, como si la casa estuviera esperando a ver qué iba a hacer.

Miró hacia la puerta del sótano. Estaba en la cocina, al fondo del pasillo, una puerta de madera maciza con un picaporte de latón. Nunca la había abierto. Nunca había sentido la necesidad.

Ahora no podía dejar de mirarla.

La palabra de Rowan quemaba en su bolsillo, junto al diario de Jenna y la nota de amenaza. Tres piezas de un mismo rompecabezas que empezaba a encajar.

SÓTANO.

Piper respiró hondo y caminó hacia la cocina.

CAPÍTULO 11: LA PUERTA TAPIADA

La casa la recibió con el silencio de los muertos. Habían pasado casi doce horas desde la pista de Rowan. Piper había dormido tres horas, vestida, en el sofá.

Cerró la puerta principal y el pestillo encajó con un chasquido metálico que resonó en el recibidor vacío. A través de la ventana, alcanzó a ver la silueta de Louise Baxter al otro lado de la calle, apoyada contra el seto, con la mirada fija en la fachada. Piper frunció el ceño, pero cuando volvió a mirar, la mujer ya no estaba. El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete. El polvo flotaba en los rayos de luz que se colaban por las persianas: partículas diminutas danzaban como si la casa respirara.

Dejó la mochila en el suelo, junto a la puerta. El bloc con la palabra escrita por Rowan todavía pesaba en su bolsillo, las letras temblorosas grabadas a fuego en su memoria. SÓTANO. Siete letras que habían cruzado treinta años de silencio para llegar hasta ella.

Atravesó el pasillo sin encender las luces. Conocía el camino. La cocina estaba al fondo, y junto a la nevera, la puerta que nunca había abierto. Una puerta de madera maciza, pintada de blanco, con un picaporte de latón cubierto de una capa verdosa de óxido. La miró como si la viera por primera vez, aunque había pasado junto a ella decenas de veces en los últimos días sin prestarle atención.

Metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero y sacó el llavero. Tres llaves de latón unidas por un aro de acero. La más pequeña tenía el diente partido, inservible. La mediana encajaba en la cerradura de la puerta principal. La grande, la que nunca había usado, tenía la punta redondeada y un número grabado en el metal: 1947.

La introdujo en la cerradura del sótano. Resistió un momento, luego cedió con un chirrido metálico que sonó a liberación.

El picaporte giró con esfuerzo. Piper tiró de la puerta, y esta se abrió hacia dentro, revelando un rectángulo de oscuridad absoluta. El olor que ascendió era denso, casi sólido: tierra húmeda, madera podrida, moho, y un matiz metálico que le recordó a la sangre que había limpiado de sus manos en el hospital. El aire era frío, varios grados por debajo de la temperatura de la cocina, y llevaba consigo el peso de décadas sin ventilación.

Piper encendió la linterna del teléfono. El haz de luz se clavó en las escaleras: peldaños de madera desgastados por el uso, inclinados hacia un lado, con manchas oscuras que podrían ser humedad o podría ser otra cosa. El fondo se perdía en un recodo; después de unos siete peldaños, la escalera giraba a la derecha y se sumergía en la penumbra.

Respiró hondo. El aire frío le llenó los pulmones con olor a tierra y a tiempo detenido.

—Vale —susurró, y su voz sonó débil, como si las paredes la absorbieran—. Vamos.

Puso el primer pie en el escalón. La madera gimió bajo su peso, pero aguantó. Bajó despacio, una mano en la pared para mantener el equilibrio, la otra sosteniendo el teléfono como un faro. El haz de luz bailaba sobre las paredes de piedra, revelando grietas, manchas de salitre, telarañas que colgaban del techo como cortinas de gasa.

El tercer peldaño crujió más fuerte. Piper se detuvo un instante, el corazón golpeándole las costillas. Esperó. Silencio. Siguió bajando.

Las escaleras giraban a la derecha, y después de ocho peldaños más, llegó al fondo. La linterna recorrió el espacio, y el sótano se reveló ante ella como una caverna artificial.

Era más grande de lo que había imaginado. Ocupaba toda la planta baja de la casa, dividida en dos estancias por un arco de ladrillo visto. El techo era bajo, las vigas de madera apenas a unos centímetros de su cabeza. El suelo era de tierra apisonada, salvo en el centro, donde había una losa de cemento agrietada. A lo largo de las paredes se alineaban estanterías metálicas cubiertas de óxido, cargadas de botes de pintura, herramientas oxidadas, cajas de cartón deshechas por la humedad.

En un rincón, una lavadora de los años setenta, con la puerta abierta y el tambor lleno de telarañas. En otro, una pila de neumáticos viejos, el caucho reseco y agrietado.

El olor era más intenso allí abajo. La humedad se mezclaba con algo dulzón, como flores en descomposición. Piper se cubrió la boca con el brazo, pero el olor se le metía por la nariz, se le adhería a la piel.

Avanzó lentamente, esquivando los objetos esparcidos por el suelo. La linterna del teléfono iluminaba apenas unos metros, dejando el resto del sótano sumergido en una penumbra que parecía moverse a su alrededor. Cada paso levantaba polvo, pequeñas nubes que flotaban en el haz de luz como fantasmas.

Llegó al arco de ladrillo. Al otro lado, la segunda estancia era más pequeña, más oscura. Las estanterías allí estaban casi vacías, solo algunas latas de conserva con las etiquetas borradas por la humedad. En la pared del fondo, algo llamó su atención.

El yeso era más nuevo.

Se acercó. La pared del fondo no era de ladrillo visto como el resto del sótano. Estaba cubierta de yeso, una capa lisa y pálida que contrastaba con la piedra oscura de las otras paredes. Pero no era un yeso viejo, desgastado por el tiempo. Era reciente. Una mancha

de color más claro, de unos dos metros de ancho por dos y medio de alto, como si hubieran tapiado algo.

Piper pasó la mano por la superficie. El yeso estaba frío, ligeramente rugoso bajo sus dedos. Golpeó con los nudillos. El sonido fue hueco, un eco sordo que resonó al otro lado.

—Hay algo aquí —murmuró.

Miró a su alrededor. En una de las estanterías encontró un mazo de albañil, el mango de madera agrietado, la cabeza de metal cubierta de óxido. Lo cogió. Pesaba más de lo que parecía. Lo sopesó en la mano, sintiendo el equilibrio imperfecto, el peso de los años de abandono.

Se colocó frente a la pared de yeso. El mazo en la mano derecha, el teléfono apoyado en una estantería, iluminaba la superficie lisa y pálida.

—Perdona, Jenna —dijo en voz baja—. Pero tengo que hacerlo.

Levantó el mazo y golpeó.

El impacto resonó en el sótano como un trueno. El yeso se astilló en el punto del golpe, una grieta que se extendió como una telaraña. Piper golpeó otra vez, y otra. El polvo blanco se levantó en nubes, cubriéndole las manos, la ropa, la cara. Tosió, pero no dejó de golpear.

Cada impacto liberaba algo. No solo yeso y polvo. Liberaba la rabia que había acumulado desde que encontró el diario de Jenna. El miedo de las noches en la casa, las amenazas, el cuerpo de Rowan en la carretera. La impotencia de saber que Miles Pemberton seguía libre, sonriendo en sus galas benéficas, mientras los muertos seguían sin voz.

—Hijo de puta —masculló entre golpes—. Hijo de puta.

El mazo se hundió en el yeso con un crujido más profundo. Piper golpeó en el mismo punto, una y otra vez, hasta que la cabeza del

martillo atravesó la capa de yeso y encontró el vacío al otro lado.

El polvo era espeso, casi impenetrable. Piper retrocedió, tosiendo, parpadeando para quitarse el polvo de los ojos. Cuando la nube se disipó, vio lo que había detrás.

Una puerta.

Era de madera maciza, oscura, con la veta marcada por décadas de humedad. Medía unos dos metros de alto por uno de ancho, encajada en un marco de piedra. No tenía picaporte. Solo un candado de hierro forjado, negro, oxidado, cerrado en una argolla clavada en la madera.

Piper se quedó mirándola. La puerta parecía antigua, anterior a la casa misma, como si hubiera pertenecido a otra construcción, a otro tiempo. La madera estaba cuarteada, pero los ensambles eran sólidos. Alguien había querido que aquello permaneciera cerrado para siempre.

Y había usado yeso nuevo para sellarlo.

El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las sienes, en la garganta. El mazo colgaba de su mano, el peso muerto como un recordatorio de lo que acababa de hacer. Pero no podía parar. No ahora.

Levantó el mazo y golpeó el candado.

El metal resonó con un sonido agudo, casi musical. El candado vibró, pero no cedió. Piper golpeó otra vez, y otra. Cada impacto enviaba ondas de dolor por su brazo, pero no sentía nada. Solo la necesidad de abrir aquella puerta, de ver qué había detrás.

—Vamos —gruñó—. Vamos.

El cuarto golpe fue más fuerte. El candado crujió, una grieta diminuta apareció en el metal oxidado. Piper reunió todas sus fuerzas, levantó el mazo por encima del hombro, y descargó un golpe que la hizo trastabillar.

El candado se partió en dos.

Los pedazos cayeron al suelo con un tintineo metálico. Piper dejó caer el mazo, jadeando, el sudor mezclado con el polvo de yeso resbalándole por la frente. Se quedó un momento inmóvil, mirando la puerta. La argolla colgaba suelta, liberada de su prisión de metal oxidado.

Extendió la mano y empujó.

La puerta se abrió hacia dentro con un gemido prolongado, como si la madera hubiera olvidado cómo moverse. El sonido era el de un animal herido, un lamento que subió desde las profundidades del sótano y se perdió en el silencio de la casa.

Piper cogió el teléfono y dirigió el haz de luz hacia el interior.

La habitación que apareció ante sus ojos le heló la sangre.

Era una habitación infantil.

Pequeña, de unos tres metros por tres, con el techo tan bajo que Piper tuvo que agacharse para entrar. Las paredes estaban pintadas de un rosa pálido, descolorido por los años, con un mural de hadas y flores que se desvanecía en las esquinas. En el centro, una cama individual de hierro, con el colchón desnudo, las sábanas arrugadas y manchadas como si alguien acabara de levantarse. Una mesita de noche con una lámpara de porcelana en forma de seta.

Una estantería con libros infantiles, los lomos descoloridos, las páginas hinchadas por la humedad. En el suelo, una alfombra de cuadros, raída, con manchas oscuras que el tiempo había vuelto casi negras.

Y en la esquina, sentada en una silla de madera, una muñeca de porcelana.

Piper reconoció la muñeca al instante. Era la misma que había visto en el desván. La misma que había encontrado en el baúl, con el

vestido de flores desvaído. Pero ahora la veía de cerca, bajo la luz de la linterna, y notó algo que antes había pasado por alto.

Uno de los ojos era de cristal azul, brillante, casi humano. El otro era una cuenca vacía. El borde de porcelana estaba astillado, quebrado, como si alguien hubiera arrancado el ojo de cuajo. El mismo ojo roto que había visto en la muñeca del desván. El mismo que había mirado a Piper desde el baúl, desde la oscuridad, desde el fondo de una infancia truncada.

Piper sintió que el estómago se le encogía. La muñeca la miraba desde su cuenca vacía, desde su sonrisa de porcelana pintada que parecía burlarse de ella. Alguien la había movido. Alguien la había traído aquí, desde el desván hasta esta habitación sellada, como si quisiera que Piper la encontrara.

—Dios mío —susurró.

Avanzó hacia el centro de la habitación. La linterna del teléfono iluminaba los detalles que la penumbra quería ocultar. En las paredes, dibujos infantiles fijados con chinchetas, el papel amarillento, los trazos de cera borrosos. Un arcoíris, una casa con chimenea, una familia de palitos sonriendo bajo un sol de rayos desiguales. En uno de los dibujos, alguien había escrito con letra temblorosa: *Mi familia. Jenna, 7 años.*

Piper se llevó la mano a la boca. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas y calientes.

Jenna. La habitación de Jenna. No en el segundo piso, donde ella había encontrado el diario. Sino aquí, en el sótano, sellada, escondida, como si nunca hubiera existido.

La cama estaba deshecha, las mantas arrugadas en el centro, la almohada hundida como si alguien la hubiera usado la noche anterior. La mesita de noche tenía un vaso de agua, el líquido evaporado hacía décadas, dejando un anillo blanco en el fondo. El despertador marcaba las once y cuarenta y siete, las manecillas congeladas en la misma hora que el reloj de la planta baja.

Todo estaba tal cual lo había dejado Jenna la noche de su muerte.

Piper se arrodilló junto a la cama. Pasó la mano sobre las sábanas, sintiendo la textura áspera del algodón, el polvo que se adhería a sus dedos. La almohada olía a humedad y a tiempo detenido, pero bajo ese olor, algo más tenue, casi imperceptible: un aroma dulzón, a champú infantil, a jabón de fresa.

Cerró los ojos. Podía imaginarla. Jenna, de siete años, acurrucada bajo las mantas, la muñeca de porcelana apretada contra el pecho, escuchando las voces que subían desde la planta baja. Los gritos, los golpes, el silencio después. La puerta del sótano abriéndose. Las pisadas en la escalera. Y luego, la oscuridad.

Abrió los ojos. Las lágrimas le quemaban, pero no iba a llorar. No aquí. No delante de los fantasmas de Jenna.

Se levantó y recorrió la habitación con la mirada. La estantería tenía libros: cuentos de hadas, una enciclopedia infantil, un ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas* con las páginas subrayadas. Los juguetes estaban ordenados en una cesta de mimbre: un yoyó de madera, unas canicas de cristal, una peonza pintada a mano. En la pared, junto a la cama, una fotografía enmarcada mostraba a una niña sonriente, con el pelo recogido en dos trenzas, abrazando a un perro de tamaño mediano. Sonreía con los dientes separados, los ojos brillantes, la alegría pura de una infancia que aún no sabía lo que era el miedo.

Piper cogió la fotografía. Al dorso, escrito con tinta azul: *Jenna y Max, verano de 1994.*

Max. El perro. ¿Dónde estaba Max? ¿Qué había pasado con él la noche de la desaparición?

Se guardó la foto en el bolsillo, junto al bloc y el diario. Luego se volvió hacia la muñeca.

La porcelana blanca reflejaba la luz de la linterna, dando a su rostro una palidez cadavérica. La cuenca vacía del ojo roto era como una

herida abierta, un recordatorio de todo lo que se había perdido. Piper se acercó, extendió la mano y la cogió.

La muñeca pesaba más de lo que parecía. La porcelana estaba fría, la pintura descascarillada en los bordes. La giró para examinar el vestido: florecitas azules sobre fondo blanco, la tela tan frágil que amenazaba con deshacerse al tacto. El cuello tenía una costura descosida, y al meter el dedo, sintió algo duro dentro.

Algo que no era algodón.

Piper metió dos dedos por el agujero del cuello y palpó el interior. Sus dedos encontraron un objeto pequeño, metálico, envuelto en algo que parecía papel de seda. Lo extrajo con cuidado.

Era una llave.

Pequeña, de latón, con el diente simple y la punta redondeada. Una llave de armario, o de cajón. Piper la sostuvo contra la luz. No tenía ninguna marca, ningún número. Solo el metal desgastado por los años.

—¿Qué abres? —preguntó en voz alta, como si la muñeca pudiera responderle.

La muñeca la miraba con su ojo de cristal y su cuenca vacía. El ojo roto parecía observarla desde la oscuridad, como un testigo silencioso de todo lo que había ocurrido.

Piper guardó la llave en el bolsillo, junto a la fotografía. Luego dejó la muñeca sobre la cama de Jenna, en la misma posición en que la había encontrado: sentada, mirando hacia la puerta, como un centinela de porcelana que hubiera vigilado la habitación durante treinta años.

Salió al sótano. El aire frío le golpeó la cara, disipando la atmósfera densa de la habitación sellada. Se quedó un momento bajo el arco de ladrillo, mirando la puerta abierta, el rectángulo de oscuridad que contenía los restos de una infancia truncada.

La rabia le crecía en el pecho como una marea. Alguien había hecho aquello. Alguien había sellado la habitación de una niña de siete años, escondiéndola en el sótano como si fuera un secreto vergonzoso. Alguien había borrado su existencia del mundo de arriba, fingiendo que nunca había vivido, nunca había jugado, nunca había tenido miedo.

Miles Pemberton. Tenía que ser él. O alguien que trabajaba para él. Alguien con acceso a la casa, alguien que podía tapiar una habitación sin que nadie preguntara.

Pero la llave que había encontrado dentro de la muñeca cambiaba las reglas del juego. No era una llave cualquiera. Jenna la había escondido allí, dentro de su juguete favorito. Jenna quería que alguien la encontrara.

Piper subió las escaleras del sótano con paso firme. La adrenalina aún corría por sus venas, pero ahora se mezclaba con algo más frío, más calculador. La llave abría algo. Un armario, un cajón, una caja de seguridad. Y lo que fuera que abriera contenía la respuesta.

Salió al recibidor y cerró la puerta del sótano tras de sí. La casa seguía en silencio, pero ahora el silencio era diferente. No era la quietud del abandono. Era la contención de algo que había estado esperando, pacientemente, durante treinta años.

El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete. La hora en que Jenna había muerto. La hora en que su habitación había sido sellada. La hora en que el tiempo se había detenido para ella.

Piper apretó la llave en su puño. Sintió el metal calentarse contra su piel, como si la llave estuviera viva, como si hubiera estado esperando treinta años para ser encontrada.

—Esta llave abrirá tu secreto, Jenna —dijo en voz baja, y su voz sonó firme en el silencio—. Te lo prometo.

La casa crujió a su alrededor. Una viga, una tubería, el viento entre las rendijas.

O tal vez Jenna, desde algún lugar más allá del tiempo, respondiendo a su promesa.

Piper cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, la determinación le había secado las lágrimas.

Tenía una llave. Tenía una habitación sellada. Tenía un diario, una nota de amenaza, y la certeza de que la verdad estaba más cerca de lo que nunca había estado.

Solo necesitaba encontrar la cerradura.

CAPÍTULO 12: EL ÁLBUM DE LA MEMORIA

La linterna parpadeó, un titubeo breve, como si el teléfono compartiera su inquietud. Piper ajustó la luz contra la palma y el haz se fijó, estable, iluminando el rectángulo de oscuridad que era la habitación sellada de Jenna.

Se detuvo en el umbral, la llave de latón aún caliente en el puño. El metal había absorbido el calor de la piel, y ahora latía contra los dedos como un segundo corazón. Una llave pequeña, simple, de armario o de cajón. Jenna la había escondido dentro de la muñeca, dentro de su juguete favorito, como un mensaje en una botella lanzado al mar del tiempo.

¿Qué abres? La pregunta seguía sin respuesta. Pero había algo más en esa habitación. Algo que la linterna aún no había iluminado.

Piper dio un paso adelante. El suelo de madera crujió bajo sus pies, un gemido prolongado que se perdió entre las paredes de rosa pálido. Los dibujos infantiles seguían fijados con chinchetas oxidadas, las figuras de palitos sonriendo bajo soles de rayos desiguales. *Mi familia. Jenna, 7 años.*

Se arrodilló junto a la cama. La muñeca de porcelana seguía sentada sobre el colchón desnudo, la cuenca vacía mirando hacia la puerta como un centinela que hubiera cumplido su misión. Piper la apartó con cuidado y deslizó la mano bajo la almohada. Nada. Revolvió las

sábanas arrugadas, sintiendo la textura áspera del algodón contra los dedos. Polvo, humedad, el olor dulzón de un perfume que ya no existía.

El armario.

Se levantó y cruzó la habitación en tres zancadas. El armario era pequeño, empotrado en la pared, con dos puertas de madera blanca descascarillada. Los tiradores eran de latón, igual que el picaporte de la puerta del sótano, y uno de ellos colgaba suelto, sujeto por un solo tornillo.

Piper tiró de la puerta izquierda. Las bisagras chirriaron, pero cedieron.

El interior olía a naftalina y a lana vieja. Perchas vacías, una estantería en la parte superior con cajas de cartón aplastadas por el peso de los años, y en el fondo, apoyado contra la pared trasera, un álbum de fotos.

Era grande, de tapas duras forradas en tela granate, el lomo descosido y las esquinas desgastadas. En la portada, las letras doradas habían perdido casi todo el brillo, pero aún se leían: *Nuestros recuerdos.*

Piper lo cogió con ambas manos. Pesaba más de lo que parecía. Las páginas interiores, gruesas y amarillentas, se deslizaban unas sobre otras con un roce de papel viejo. Lo sostuvo un momento, sintiendo el peso de los años acumulados, la memoria de una familia entera condensada en un solo objeto.

Volvió a sentarse en el suelo, apoyando la espalda contra el armario abierto. Colocó el álbum sobre sus rodillas y abrió la primera página.

El olor a papel viejo y a pegamento seco le golpeó como una ola. Las fotografías estaban colocadas con esquineras adhesivas, algunas sueltas, otras inclinadas, como si alguien las hubiera mirado muchas veces. Eran fotos en color, pero el tiempo las había desteñido,

dándoles una pátina amarillenta que parecía filtrar la alegría de las imágenes.

La primera página mostraba a los Sherman en una feria. Grant, joven y sonriente, sujetaba a Jenna en sus hombros mientras ella señalaba algo fuera del encuadre. Caroline, a su lado, reía con la cabeza ligeramente inclinada, el pelo pelirrojo recogido en una coleta que le caía sobre el hombro. Llevaba un vestido de flores azules y sandalias blancas. Jenna tenía una nube de algodón de azúcar en la mano, la misma que manchaba sus mejillas de rosa.

Piper pasó el dedo por el borde de la foto. Podía oír las risas, el rumor de la feria, la música de los tiovivos. Una familia feliz, congelada en un momento que creían eterno.

Volvió la hoja.

Navidad. Un árbol enorme, decorado con bolas rojas y doradas, ocupaba el centro del salón. Jenna, con un pijama de franela a cuadros, abría regalos junto a la chimenea. Rowan, un niño de pelo rubio y mirada seria, sostenía un libro en las manos, los dedos a punto de rasgar el papel de regalo. Grant y Caroline aparecían al fondo, abrazados, sonriendo.

Piper sintió un nudo en la garganta. Miró el rostro de Rowan, el niño que había conocido treinta años después, roto y silencioso en una cama de hospital. No había rastro en sus ojos de la sombra que ahora los habitaba.

Hojeó varias páginas más. Fotos de cumpleaños, de excursiones al lago, de tardes en el jardín. Piper reconoció el columpio de madera que aún se balanceaba junto al porche, las cadenas oxidadas, el asiento agrietado. En una de las fotos, Jenna aparecía subida en él, vestida con un mono de flores, los dientes separados en una sonrisa que iluminaba toda la imagen.

Max y Jenna, verano de 1994. El perro. Un labrador color miel, con el hocico ya canoso, apoyaba la cabeza en las rodillas de la niña.

Jenna le rodeaba el cuello con los brazos, riendo. La inocencia hecha fotografía.

Con dedos temblorosos, Piper pasó la página. Y entonces lo vio.

Al fondo de una de las fotos, semiescondida tras la estructura de la barbacoa, una figura femenina. Una mujer joven, de pelo castaño recogido en un moño apretado, vestida con un delantal blanco. Sostenía una bandeja de bebidas y miraba hacia la cámara con una sonrisa tímida, casi imperceptible.

Piper acercó la foto a la luz. La linterna del teléfono iluminó los detalles: los ojos grises, la mandíbula firme, la postura erguida de quien está acostumbrada a servir sin ser vista.

Louise Baxter.

La vecina. La mujer que le había ofrecido café y galletas, la que le había contado la versión oficial de la historia, la que le había dicho que no revolviera el pasado. Su madre había encabezado una petición para reabrir el caso, y ella... ella aparecía en las fotos de los Sherman como si fuera parte de la familia.

Piper dio la vuelta a la foto. En el reverso, escrito con letra femenina y redondeada: *Barbacoa de verano, 1993. Louise ayudó con las bebidas.*

Louise ayudó con las bebidas. Como una empleada, como una amiga, como alguien que estaba tan cerca de la familia que aparecía en sus álbumes de fotos. Y le había dicho que los Sherman eran solo una historia del pueblo, que ella no sabía nada, que el pasado era mejor dejarlo enterrado.

—Hija de puta —susurró Piper, y las palabras sonaron extrañas en el silencio de la habitación sellada, como si Jenna pudiera oírlas desde algún lugar más allá del tiempo.

Pasó la página con más rapidez. Las fotos se sucedían: más barbacoas, más reuniones, más caras conocidas que aparecían una y

otra vez al fondo de las imágenes. Y en cada una, Louise estaba allí. No siempre en el centro, no siempre sonriendo a la cámara, pero siempre presente. Como un fantasma que se negaba a desaparecer.

Pero no era la única.

En la siguiente página, una foto de grupo. Un grupo de adultos alrededor de una mesa de jardín, con platos de comida y copas de vino. Grant Sherman reía con la cabeza echada hacia atrás, una mano apoyada en el hombro del hombre que estaba a su lado. El hombre era alto, de pelo castaño, con una sonrisa amplia y ojos marrones que miraban directamente a la cámara.

Piper sintió que el estómago se le encogía.

Miles Pemberton.

Era más joven, más delgado, pero los ojos eran los mismos. Esa mirada cálida y calculadora que había visto en las fotos de internet, que había reconocido en la imagen congelada del vídeo. Ahora lo veía en color, con una sonrisa auténtica —o al menos eso parecía—, el brazo alrededor del hombre al que años después iba a asesinar.

En el reverso de la foto, escrito con la misma letra femenina: *Miles y Grant, 1993. El mejor socio.*

Piper sostuvo la foto entre los dedos, sintiendo el papel frío. El mejor socio. La ironía era tan brutal que le dolió la mandíbula.

Pasó la página. Otra foto de Miles, esta vez con Caroline. Estaban de pie junto a la parrilla, él sujetando una espátula, ella riendo con una copa de vino en la mano. La pose era casual, pero algo en la inclinación del cuerpo de Miles, en la forma en que miraba a Caroline, le heló la sangre. No era la mirada de un amigo. Era la mirada de alguien que esperaba su momento.

Piper siguió pasando páginas. Las fotos se repetían: Miles aparecía en cada reunión, en cada barbacoa, en cada Navidad. A veces al lado de Grant, a veces al fondo, a veces en el centro del encuadre,

sonriendo con esa perfección que solo el tiempo había logrado resquebrajar.

Pero no era el único que aparecía una y otra vez.

En una foto de una cena de Nochevieja, reconoció a Patricia Landry. Tish. La albacea de la herencia, la mujer que había llegado a su casa para exigirle que vendiera, la que le había dicho que no investigara. Aparecía al fondo de la imagen, con una copa de champán en la mano, la boca abierta en una risa que parecía genuina. Llevaba un vestido rojo, el pelo rubio recogido en un moño elegante, y miraba hacia la cámara con los ojos brillantes.

Tish no era solo la albacea. Había estado allí, en las fiestas de los Sherman, riendo con ellos, compartiendo sus vidas. Y le había dicho que solo era una conocida, que trabajaba para la empresa, que no sabía nada.

Piper cerró el álbum un momento. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas, el corazón latiéndole con tanta fuerza que podía sentirlo en las sienes. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero cada nueva pieza abría más preguntas.

Louise. Patricia. Miles. Todos conocían a los Sherman. Todos habían estado en su casa, en sus fiestas, en sus vidas. Y todos le habían mentido.

Abrió el álbum otra vez. Pasó las páginas con más cuidado, examinando cada foto, cada rostro, cada detalle. En la última página, antes de que el álbum se quedara vacío, encontró una foto que la hizo detenerse.

Era un retrato. Grant, Caroline, Jenna y Rowan, sentados en el sofá del salón. Rowan, el niño, tenía un brazo escayolado; una caída de la bicicleta, pensó Piper. Jenna sostenía la muñeca de porcelana, la misma que ahora yacía sobre la cama en la habitación sellada, la misma que escondía una llave en su interior. La muñeca tenía los dos ojos intactos. Uno de cristal azul, otro de porcelana pintada. Todavía no se había roto.

La foto estaba dedicada. Al dorso, una sola línea escrita con la letra redondeada de Caroline: *Para Eloise, con todo nuestro cariño. Los Sherman, 1994.*

Eloise. Su tía abuela. La mujer que había guardado el diario de Jenna durante treinta años. La mujer que había conservado la casa tal como estaba, como un museo de una tragedia que nunca se atrevió a contar. La mujer que conocía a los Sherman, que los quería, y que nunca habló.

Piper apoyó la cabeza contra el marco del armario. La madera estaba fría, áspera, pero no sintió nada. Solo el peso de las mentiras acumuladas, capa sobre capa, como el polvo que cubría la habitación.

Louise había estado en las fotos, siempre al fondo, siempre mirando. Patricia había estado en las fiestas, riendo con una copa de vino. Miles era el socio, el amigo, el asesino. Y Eloise, su propia tía abuela, había guardado silencio.

—Todos sabíais —susurró, y su voz sonó rota en el silencio—. Todos estabais allí. Y todos callasteis.

La tarde se alargó mientras Piper revisaba cada foto. El sol empezaba a ponerse cuando cerró el álbum. Lo apretó contra el pecho. Las páginas crujieron, el papel fino resistiendo la presión. La llave de latón seguía en su bolsillo, la fotografía de Jenna y Max, la carta inconclusa de Caroline.

Tenía los nombres. Tenía las caras. Tenía las conexiones.

Pero no tenía las pruebas. No tenía la confesión. No tenía nada que pudiera llevar a Miles Pemberton ante un juez.

A menos que encontrara la carpeta roja.

A menos que encontrara lo que Jenna había escondido.

A menos que la llave abriera la puerta correcta.

Piper se levantó. Las piernas le temblaban, pero se obligó a mantenerse firme. Salió de la habitación sellada, dejando la puerta abierta tras de sí, y cruzó el sótano con pasos rápidos. Las escaleras gimieron bajo su peso, pero no se detuvo. Subió al recibidor, donde el reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete, y se quedó un momento frente a él, mirando las manecillas congeladas.

La hora en que Jenna había muerto. La hora en que su habitación había sido sellada. La hora en que todos habían comenzado a mentir.

La llave de latón quemaba en su bolsillo, un peso diminuto que contenía la promesa de una verdad que llevaba treinta años esperando.

—¿Qué abres? —preguntó en voz alta, como si la casa pudiera responderle.

La casa guardó silencio.

Pero en algún lugar, en la oscuridad de los armarios o en el fondo de los cajones, una cerradura esperaba su llave.

Y Piper iba a encontrarla.

CAPÍTULO 13: LA MENTIRA DE LA PRIMA

La cafetería de Willow Creek olía a café recalentado y a promesas rotas.

Había llamado a Buck tres veces. No respondía. El contestador decía que estaba en una investigación fuera del pueblo.

Piper llegó la primera. Atravesó la puerta de cristal cuando el sol de la mañana apenas comenzaba a calentar el asfalto, y el timbre sobre el dintel anunció su entrada con un tintineo que sonó a sentencia. El local estaba vacío. La mujer del uniforme azul desgastado limpiaba la misma taza con el mismo trapo grisáceo, como si llevara treinta años haciendo el mismo gesto circular sobre la misma porcelana blanca.

Piper eligió la mesa del fondo, la que daba a la ventana. Desde allí podía ver la calle principal del pueblo, las fachadas de ladrillo, las persianas bajadas de las tiendas que aún no habían abierto. Apoyó la mochila en la silla de al lado y sacó las fotografías.

Las extendió sobre la mesa formando un abanico. Louise en la barbacoa. Miles con el brazo sobre Grant. Patricia riendo con una copa de champán. Caroline y Jenna sonriendo bajo el sol de un verano que nunca volvería. Seis imágenes que condensaban treinta años de mentiras en papel satinado.

El café llegó antes que Patricia. Piper lo pidió solo, sin azúcar, y bebió un sorbo mientras sus dedos recorrían el borde de la taza. El calor no lograba disipar el frío que llevaba instalado en el pecho desde la noche anterior. La habitación sellada, la llave de latón, el álbum de fotos. Todo se arremolinaba en su cabeza como fragmentos de un rompecabezas que se negaba a completarse.

Pasaron doce minutos. Luego catorce. Piper empezaba a pensar que Patricia no vendría cuando la puerta de la cafetería se abrió con un chirrido metálico.

Patricia Landry entró como quien entra a una celda.

Llevaba el mismo abrigo camel, los mismos zapatos de tacón, el mismo collar de perlas. Pero algo había cambiado en su forma de moverse. Los hombros, antes erguidos con la arrogancia de quien da órdenes, ahora caían hacia adelante como si sostuvieran un peso invisible. El maquillaje no lograba ocultar las ojeras violáceas que le sombreaban los ojos, y el labial rojo estaba aplicado con prisa, desbordándose ligeramente en la comisura de los labios.

Sus ojos encontraron a Piper al instante. No hubo sorpresa en su mirada, solo una aceptación cansada, como si hubiera estado esperando aquella llamada desde el momento en que puso un pie en Willow Creek.

Cruzó el local con pasos lentos, arrastrando los tacones sobre el linóleo. Al llegar a la mesa, no se sentó. Se quedó de pie, la mano izquierda apretando un pañuelo de papel blanco que se deshacía entre sus dedos.

—Has sido rápida —dijo. Su voz sonaba rasposa, como si hubiera pasado la noche en vela.

—Siéntate.

Patricia dudó un instante. Luego, con un suspiro que le vació los pulmones, se dejó caer en la silla frente a Piper. El plástico crujió bajo su peso. Dejó el bolso sobre la mesa, junto al pañuelo, y

entrelazó los dedos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Café? —preguntó la mujer del uniforme desde la barra.

—No —dijo Patricia sin apartar la mirada de Piper.

La mujer de la barra se encogió de hombros y volvió a su taza.

El silencio se instaló entre ellas. Piper esperó. Sabía que las confesiones no se arrancan a la fuerza, sino que se dejan madurar hasta que caen solas del árbol. Patricia la miraba con los ojos fijos, como un animal acorralado que busca una salida que no existe.

—No sé qué esperas que te diga —dijo Patricia al fin.

Piper deslizó el abanico de fotos hacia ella. Las imágenes se extendieron sobre la mesa como una mano de naipes marcados, las caras de los Sherman mirando hacia arriba desde el pasado.

Patricia bajó la vista. Sus ojos recorrieron las fotografías con una lentitud dolorosa, deteniéndose en cada una como si necesitara tiempo para procesar lo que veía. Cuando llegó a la última —la barbacoa de verano donde ella aparecía al fondo, riendo con una copa de vino—, sus dedos se movieron involuntariamente hacia ella.

—Dios mío —susurró.

—Reconoces a la gente de estas fotos, ¿verdad?

Patricia levantó la mirada. Tenía los ojos húmedos, pero las lágrimas no llegaban a caer. Flotaban en el borde de sus párpados como agua a punto de desbordarse.

—¿Dónde las encontraste?

—En la habitación sellada del sótano. —Piper dejó las palabras caer con cuidado, como quien coloca una bomba sobre una mesa—. La habitación de Jenna.

El rostro de Patricia perdió el poco color que le quedaba. La mano que sostenía el pañuelo comenzó a temblar, un temblor fino e incontrolable que hizo que el papel blanco se agitara como una bandera en miniatura.

—No sabía nada de eso —dijo—. Te lo juro. No sabía que existía una habitación sellada.

—Pero sabías que los Sherman desaparecieron. Sabías que la casa escondía algo. Sabías que todos los que aparecen en estas fotos mintieron sobre su relación con la familia. —Piper se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Cuánto hace que lo sabes, Patricia? ¿Treinta años? ¿Veintinueve?

La otra mujer cerró los ojos. Sus párpados temblaron, y cuando los abrió, las lágrimas habían comenzado a deslizarse por sus mejillas, arrastrando el rímel en dos hilos oscuros.

—Veintinueve años, once meses y catorce días —dijo en voz baja—. Desde que salí de Willow Creek en un autobús de las seis de la mañana, con una maleta y cuatrocientos dólares en el bolsillo.

—Y desde entonces no has vuelto. Hasta ahora.

—Hasta ahora. —Patricia cogió el pañuelo y se secó las mejillas con movimientos bruscos, como si las lágrimas la avergonzaran—. Volví por la herencia de Eloise. Porque ella me lo pidió antes de morir. Porque era lo único que podía hacer para redimirme.

—¿Redimirte de qué?

Patricia no respondió. Miró las fotos otra vez, y su dedo índice trazó el contorno del rostro de Caroline, una caricia ausente sobre el papel satinado.

—Caroline… —empezó Patricia, pero se detuvo. Sus dedos rozaron la foto de la boda y retiró la mano como si quemara. Piper deslizó la imagen un poco más cerca.

—Esta es tu amiga, ¿verdad? —preguntó.

Patricia asintió sin levantar la mirada. —Sí. Fui su dama de honor.

—¿Cómo la conociste?

—En la universidad, en Boston. —Su voz se quebró—. Ella estudiaba literatura y yo empresariales. Compartíamos piso… —Hizo una pausa larga—. Era mi mejor amiga.

Piper la escuchaba sin interrumpir. Patricia hablaba como si las palabras llevaran demasiado tiempo atascadas en su garganta, como si necesitara expulsarlas antes de que la ahogaran.

—Cuando conoció a Grant… —Patricia señaló otra foto, la de la barbacoa donde Grant y Caroline aparecían riendo—. Era un hombre bueno. Trabajador. La quería de verdad. Se casaron en el 86. —Sonrió tristemente—. Después de la boda, Grant le ofreció un trabajo en la empresa.

—¿Y tú también empezaste a trabajar allí? —preguntó Piper.

Patricia asintió. —Sí. Empecé como administrativa. Llevaba la contabilidad. Era buena con los números. Y yo… necesitaba un cambio. Así que acepté.

—Trabajabas para la empresa de Grant y Miles.

—Sí. —Patricia asintió lentamente—. Empecé como administrativa, luego pasé a gestión de proyectos. Grant confiaba en mí. Me enseñó todo lo que sé sobre construcción. Me trataba como a una hermana pequeña.

—¿Y Miles?

El nombre cayó sobre la mesa como una piedra. Patricia se encogió como si hubiera recibido un golpe. La mano izquierda, la que sostenía el pañuelo, comenzó a temblar otra vez, y esta vez no pudo controlarlo.

—Miles era diferente. Desde el principio. Grant lo veía como un socio, un amigo. Pero yo veía cómo miraba a Caroline. Cómo se

quedaba un segundo de más cuando la abrazaba. Cómo encontraba excusas para tocarla.

—¿Y Caroline?

—Lo sabía. —Patricia bajó la voz—. Lo sabía y le tenía miedo. Hablamos de ello varias veces. Me dijo que Miles le hacía sentir incómoda, que intentaba no quedarse a solas con él. Pero Grant confiaba en Miles ciegamente. Decía que era el mejor socio que podía tener, que sin él la empresa no sería lo que era.

—¿Y qué era la empresa? ¿Legal?

Patricia rió, pero no era una risa alegre. Era el sonido que hace una cuerda al romperse.

—Legal en apariencia. Grant manejaba la obra, los contratos, los clientes. Miles manejaba las finanzas. Y las finanzas... —Hizo una pausa, las palabras pesándole en la lengua—. Las finanzas eran un agujero negro. Durante años, Miles desvió dinero a cuentas offshore. Creó facturas falsas, infló costes, sobornó a inspectores. Grant no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—¿Cuándo lo descubrió?

—A finales del 93. Grant encontró irregularidades en los libros. Encargó una auditoría externa, pero Miles la bloqueó. Hubo discusiones, mucha tensión. Grant quería denunciarlo, pero Caroline le pidió que esperara. Tenía miedo. Miles no era un hombre que aceptara un no por respuesta.

Patricia se detuvo. El pañuelo se había convertido en una bola de papel arrugado que apretaba entre los dedos como si fuera un talismán.

Patricia volvió a detenerse, los dedos apretando la foto donde ella misma aparecía al fondo, riendo con una copa. Piper esperó.

—La noche del 14 de noviembre de 1994 —dijo al fin, la voz casi inaudible—. Grant llamó a Miles a su casa. Caroline me había

contado sus planes: iban a darle una última oportunidad para devolver el dinero. Si no aceptaba, al día siguiente irían a la policía. Me pidió que estuviera allí… —Calló, fijando la vista en la fotografía.

—¿Y fuiste? —preguntó Piper.

—No. —La palabra salió como un suspiro—. No fui. Tuve miedo. Miles era peligroso. Yo tenía veintiséis años, sola… Inventé una excusa. Una cena familiar, una enfermedad. Cualquier cosa. Y no fui.

—Y al día siguiente, ¿qué sentiste? —preguntó Piper, sin apartar la mirada—. ¿Alivio? ¿Culpa?

—Culpa. —Patricia apenas pudo articular la palabra—. Una culpa que me ha perseguido treinta años.

Las lágrimas volvieron a caer. Esta vez no intentó secárselas. Las dejó correr libres por su rostro, cayendo sobre la mesa, sobre las fotos, sobre la imagen de Caroline sonriendo bajo el sol.

—A la mañana siguiente, la policía llamó a mi puerta. Los Sherman habían desaparecido. La casa estaba vacía, las camas sin hacer, la cena a medio comer. No había señales de lucha, ni sangre, ni nada. Solo silencio.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. —Patricia levantó la mirada, los ojos enrojecidos, el maquillaje corrido—. Nada, Piper. Me quedé callada. Cuando la policía me interrogó, dije que Caroline y yo éramos conocidas, que no sabía nada de su vida personal, que no tenía ni idea de lo que podía haber pasado. Mentí. Mentí como una cobarde.

—¿Y Miles?

—Miles se presentó en mi casa tres días después. —La voz de Patricia se volvió plana, como si estuviera recitando un texto memorizado—. Entró sin llamar, se sentó en mi sofá, y me dijo exactamente lo que había pasado. Me contó que había matado a

Grant, a Caroline y a Jenna. Me contó que los había enterrado en el bosque. Y me dijo que si abría la boca, sería la siguiente.

—¿Y le creíste?

—Mírame, Piper. —Patricia extendió las manos, mostrando las uñas mordidas, los dedos manchados de tinta de periódico, las muñecas sin pulseras ni relojes—. Mírame bien. Llevo treinta años pagando el precio de mi silencio. Me fui del pueblo. Cambié de nombre, de trabajo, de vida. Pero nunca dejé de mirar por encima del hombro. Cada coche que se detenía en mi calle, cada llamada perdida, cada carta sin remite... todo me recordaba que Miles seguía ahí fuera.

—¿Y qué pasó después?

—Él me pagó el billete de ida. —Patricia rió, una risa amarga que sonó como un sollozo—. Un billete de autobús a Boston. Y mil dólares en efectivo.

—¿Mil dólares? —preguntó Piper, con una mezcla de incredulidad y desprecio—. Eso es todo lo que valía tu silencio?

—Eso era todo lo que valía mi vida en ese momento —dijo Patricia, y su voz tembló—. Me dijo que si volvía a Willow Creek, me mataría. Y yo le creí.

—¿Nunca volviste?

—Hasta ahora. —Patricia señaló las fotos sobre la mesa—. Cuando Eloise murió, recibí una carta de su abogado. Me nombraba albacea de su herencia. Decía que confiaba en mí para gestionar la venta de la casa. No entendí por qué me había elegido a mí, después de tantos años. Pero cuando llegué y vi la casa, cuando vi que todo seguía igual... supe que Eloise quería que alguien descubriera la verdad.

—¿Y por qué no lo hiciste tú? —La pregunta salió más dura de lo que Piper pretendía—. ¿Por qué no entraste en el sótano? ¿Por qué no buscaste?

—Porque tengo miedo. —Patricia dijo las palabras sin rodeos, como si fueran la cosa más obvia del mundo—. Porque Miles Pemberton es un hombre que mató a una familia entera y sigue libre. Porque si él descubre que he vuelto, que he hablado contigo, que he ayudado a desenterrar lo que él enterró... me matará. Y no quiero morir, Piper. Quiero vivir. Quiero tener una vida, aunque sea una vida de mierda.

El silencio cayó entre ellas. La cafetería seguía vacía. La mujer de la barra había desaparecido tras la cortina, dejándolas solas con las fotos y las confesiones.

Piper miró a Patricia. Ya no veía a la mujer elegante que había llamado a su puerta exigiendo la venta de la casa. Veía a una mujer rota, que había pasado treinta años huyendo de un fantasma que nunca dejó de perseguirla.

—Él me pagó el billete de ida —repitió Patricia en voz baja—. Me dijo que si volvía, me mataría. Y yo le creí.

—¿Y por qué has vuelto? —preguntó Piper, aunque ya lo sabía.

—Porque Eloise me lo pidió. Porque era lo único que podía hacer para redimirme. —Patricia levantó la mirada—. Te lo prometo, Piper, no soy la enemiga. No soy la que escondió la verdad. Soy solo una cobarde que eligió vivir antes que hacer lo correcto. Pero Miles... Miles es peligroso. Cuando se fue del pueblo, dejó una estela de miedo que aún perdura. Y si sigues investigando, vas a descubrir que ese miedo no es infundado.

Piper se recostó en la silla. La taza de café se había enfriado, el líquido negro y amargo como la verdad que acababa de escuchar.

—¿Dónde está la carpeta roja? —preguntó.

—No lo sé. —Patricia negó con la cabeza—. La última vez que la vi fue la noche del 14 de noviembre, en el despacho de Grant. Miles se la llevó cuando se fue. Después de eso, nunca volví a verla.

—¿Y el testamento modificado?

—Warren Guthrie lo tenía. Era el abogado de la familia. Pero Warren... —Patricia dudó, la palabra colgando en el aire—. Warren ha desaparecido. Hace dos semanas. Nadie sabe dónde está. Igual que los Sherman. La misma firma. El mismo modus operandi.

Piper guardó silencio. No confirmó ni negó. Dejó que las palabras de Patricia flotaran entre ellas, pesadas como el plomo.

—Miles está eliminando a todos los que saben la verdad —dijo Patricia—. Y ahora que yo sé lo que sé, soy el siguiente objetivo.

—Entonces tienes que irte.

—No pienso hacerlo.

—Piper, escúchame. —Patricia se inclinó sobre la mesa, su rostro a centímetros del de Piper—. Yo conozco a Miles mejor que nadie. He visto lo que es capaz de hacer. No es un hombre que se detenga ante nada. Si sabe que tienes pruebas, que has hablado conmigo, que has descubierto la habitación sellada... no va a descansar hasta que estés muerta.

—Entonces tendrá que matarme.

—No es una broma.

—No estoy bromeando. —Piper guardó las fotos en la mochila, con movimientos lentos y deliberados—. He visto el sótano. He visto la habitación de Jenna. He leído su diario. Sé lo que pasó aquella noche. Y no pienso dejar que Miles Pemberton se salga con la suya.

Patricia la miró fijamente. Sus ojos recorrieron el rostro de Piper, las ojeras, la mandíbula tensa, la determinación que se negaba a doblegarse.

—Eres igual que Caroline —dijo, y su voz sonó distante, como si hablara desde muy lejos—. La misma terquedad. La misma necesidad de hacer lo correcto, aunque te cueste la vida.

—Espero no acabar como ella.

—Eso depende de ti. —Patricia se levantó, recogiendo el bolso—. Yo he dicho todo lo que tenía que decir. El resto depende de ti.

—¿Dónde vas?

—A casa. A hacer la maleta. —Patricia la miró—. No pienso quedarme en Willow Creek un minuto más. Ya he pagado mi deuda con el pasado.

—¿Y si necesito más información?

—No tengo más información. Todo lo que sé te lo he contado. —Patricia se detuvo junto a la mesa—. Pero hay alguien que sabe más que yo. Alguien que estuvo allí la noche del crimen.

—¿Rowan?

—No. —Patricia negó con la cabeza—. Alguien que lo presenció todo desde fuera. Alguien que ha estado guardando silencio durante treinta años porque tenía tanto miedo como yo.

—¿Quién?

Patricia dudó. El nombre pareció vacilar en sus labios, como si pronunciarlo fuera suficiente para invocar al demonio.

—Louise —dijo al fin—. Louise Baxter.

Piper sintió que el mundo se detenía.

—¿Louise estuvo allí la noche del crimen?

—Estaba en la casa. —Patricia bajó la voz—. Era la niñera de los niños. Esa noche, cuando Miles llegó, Louise estaba acostando a Jenna. Lo oyó todo. La discusión, los golpes, los gritos. Y cuando Miles subió las escaleras, Louise se escondió en el armario del pasillo. Lo vio todo.

—¿Y por qué nunca lo contó?

—Porque Miles la amenazó. Igual que a mí. Le dijo que si hablaba, mataría a su madre. Y Louise... Louise quería a su madre más que a

la verdad. Así que se calló.

Piper se quedó mirando las fotos sobre la mesa. Louise Baxter aparecía al fondo de varias imágenes, siempre sonriendo, siempre sirviendo bebidas, siempre en segundo plano. La misma mujer que le había ofrecido café y galletas, que le había contado la historia oficial, que le había dicho que no revolviera el pasado.

—Gracias —dijo.

—No me lo agradezcas. —Patricia se ajustó el abrigo—. Y ten cuidado con Louise. Puede parecer una abuela inofensiva, pero lleva treinta años guardando un secreto que la está consumiendo por dentro. La gente así es impredecible.

—Lo tendré en cuenta.

Patricia asintió. Luego, sin añadir nada más, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Sus tacones golpeaban el linóleo con un ritmo firme, decidido, como si cada paso la alejara un poco más de la pesadilla que había sido su vida.

La puerta se abrió. El aire frío de la mañana entró en la cafetería, trayendo consigo el olor a gasolina y a tierra mojada. Patricia se detuvo un instante en el umbral, el perfil recortado contra la luz.

—Piper —dijo sin volverse—. Cuando encuentres la verdad, no esperes que el mundo te lo agradezca. La verdad no siempre es justicia. A veces es solo dolor.

Y antes de que Piper pudiera responder, Patricia salió al aire libre y la puerta se cerró tras ella con un tintineo metálico.

Piper se quedó sola en la cafetería. La taza de café frío, las fotos guardadas en la mochila, las palabras de Patricia resonando en su cabeza como ecos de un pasado que se negaba a morir. De repente, la puerta se abrió de nuevo. Louise Baxter apareció en el umbral, el rostro pálido, los ojos fijos en Piper. No dijo nada. Solo la miró, tensa, durante unos segundos que parecieron horas. Luego dio

media vuelta y desapareció tras la puerta, dejando un silencio aún más pesado.

Louise Baxter. La niñera. La testigo. La mujer que había visto todo aquella noche y que nunca había hablado.

La misma que le había ofrecido café y galletas. La misma que le había dicho que no revolviera el pasado.

La misma que vivía a cien metros de su casa.

Piper dejó un billete de cinco dólares sobre la mesa y se levantó. La mochila pesaba sobre sus hombros, cargada con el diario de Jenna, las fotos de los Sherman, la llave de latón que aún no había encontrado su cerradura. Tres piezas de un rompecabezas que empezaba a cobrar forma, aunque la imagen completa seguía oculta en las sombras.

Cuando salió a la calle, el sol de la mañana le dio de lleno en la cara. Parpadeó, ajustando la vista. La calle principal de Willow Creek empezaba a despertar: una mujer abría la persiana de la panadería, un perro cruzaba la carretera sin prisa, el cartero repartía el correo en bicicleta.

Todo parecía normal. Tranquilo. Inocente.

Pero Piper sabía que bajo esa superficie de normalidad, algo se pudría. Treinta años de silencio, de mentiras, de cómplices que habían preferido la seguridad a la verdad.

Patricia había sido una de ellos. Louise era otra.

Y ella, Piper Marsh, estaba decidida a ser la que rompiera el silencio.

Caminó hacia su coche, aparcado al otro lado de la calle. El motor arrancó al primer intento, y mientras se alejaba de la cafetería, no pudo evitar mirar por el retrovisor.

La puerta de la cafetería seguía cerrada. Patricia había desaparecido. Y en algún lugar, al otro lado del bosque, Louise Baxter estaba en su

cocina, preparando café, ajena al hecho de que su secreto estaba a punto de ser descubierto.

La imagen de Patricia en el umbral, pronunciando aquel nombre, se le quedó grabada como una marca a fuego: Louise Baxter.

Piper apretó el acelerador. El coche tomó la curva que llevaba a la carretera forestal, dejando atrás el pueblo, las casas de madera, las fachadas de ladrillo.

El bosque se abrió ante ella, los robles desnudos alzando sus ramas al cielo gris.

Y en su mochila, la llave de latón seguía esperando su cerradura.

CAPÍTULO 14: EL PRECIO DE LA VERDAD

El olor a papel envejecido y café frío la recibió antes de que la puerta del despacho se abriera del todo. Piper ya había empujado la placa de latón —Guthrie & Asociados— y ahora estaba en el umbral, la mano temblorosa sobre la madera oscura.

La rendija era apenas de un centímetro. Lo suficiente para que la oscuridad del interior se filtrara al pasillo como un aliento contenido.

Llevaba veinte minutos desde que aparcó frente al edificio de ladrillo rojo, un bloque de dos plantas encajado entre una ferretería y una tienda de ultramarinos. El cartel en la fachada anunciaba: *Guthrie & Asociados — Servicios Legales — Desde 1978*. La pintura estaba desconchada, las letras doradas casi borradas por el sol y la lluvia de décadas. Había llamado tres veces al timbre antes de subir.

Silencio. Luego marcó el número de teléfono desde el móvil —Buck se lo había dado, garabateado en una servilleta arrugada— y escuchó los tonos de llamada rebotar contra el vacío hasta que saltó el contestador.

—Ha llamado al despacho de Warren Guthrie. No podemos atenderle ahora mismo...

Piper colgó sin dejar mensaje. Una presión fría le latía en las sienes, el mismo instinto que le había helado la sangre la noche en que

encontró la nota sobre la mesa de la cocina. Algo iba mal. Lo sabía con una certeza que no necesitaba pruebas.

Empujó la puerta.

El despacho de Warren Guthrie se abrió ante ella como una herida.

El olor la golpeó primero. Metálico. Dulzón. El aroma de la sangre mezclada con madera vieja y polvo de papel. Piper lo reconoció al instante: el mismo olor que había sentido en la carretera, cuando el cuerpo de Rowan yacía sobre el asfalto y ella intentaba taponar la herida con las manos. El olor de la vida escapándose.

Pero esta vez no había carretera. No había asfalto. Solo una alfombra de lana que absorbía el rojo oscuro en un charco que crecía lentamente.

Warren Guthrie yacía boca arriba, detrás del escritorio. Los ojos abiertos, fijos en el techo como si estuviera leyendo algo escrito en el yeso. La boca entreabierta. El traje gris, impecable, manchado de rojo en el centro del pecho. Una mancha que se extendía en un círculo perezoso, empapando la tela, filtrándose entre los pliegues de la camisa blanca.

El despacho estaba revuelto. Los cajones del escritorio habían sido vaciados, los papeles esparcidos por el suelo en una alfombra de documentos. Las estanterías estaban desordenadas, libros caídos, archivadores abiertos con las carpetas colgando. La lámpara del techo estaba encendida, su luz amarillenta bañaba la escena con una claridad implacable que no dejaba espacio para la duda.

El pulso se le aceleró, un martilleo sordo en las sienes. La mano izquierda, la que aún sostenía el teléfono, comenzó a temblar. Pero no podía quedarse paralizada. Tenía que moverse. Tenía que ver.

Avanzó. Las piernas le pesaban, pero la mantenían en pie. Esquivó los papeles esparcidos, una silla volcada, un teléfono con el auricular descolgado que emitía un pitido intermitente. Llegó al escritorio y miró hacia abajo.

Warren Guthrie tenía unos sesenta y cinco años, el pelo canoso y fino peinado sobre una calva incipiente. Llevaba gafas de lectura, una de ellas rota, la patilla doblada en un ángulo imposible. La sangre se había acumulado bajo su cabeza formando un halo oscuro que se extendía lentamente, empapando la alfombra, trepando por las patas de la silla volcada.

La mano derecha estaba extendida, los dedos abiertos como si hubiera intentado alcanzar algo antes de caer. Y al final de esa mano, sobre el escritorio, un dossier abierto.

Era una carpeta de cartón color crema, con las esquinas gastadas y una etiqueta en la portada. Las letras mecanografiadas bailaron ante los ojos de Piper: *Sherman, Grant — Testamento y Disposiciones Finales — 1994.*

Los segundos se alargaron, pegajosos, mientras la imagen se grababa en su retina con una nitidez dolorosa: la sangre, los ojos abiertos, el dossier que contenía la pieza que llevaba días buscando.

—Dios mío —susurró.

Pero las palabras no eran una plegaria. Eran el reconocimiento de que había encontrado lo que necesitaba. Y de que alguien había matado para que no llegara a verlo.

Se obligó a estirar la mano. Los dedos rozaron el borde de la carpeta, manchándose de rojo en el proceso —la sangre de Warren aún no se había secado del todo—. La levantó con cuidado, como si temiera que el papel fuera a deshacerse al tacto.

El interior contenía documentos ordenados con clips y grapas. Algunos eran amarillentos, otros más recientes. Los hojeó rápidamente, buscando lo que Patricia le había descrito. Sus ojos recorrían las líneas de texto legal, las firmas, los sellos notariales. Y entonces lo encontró.

En la penúltima página, un documento con el sello del notario. Fecha: 14 de noviembre de 1994. La letra era pequeña, legal, llena

de cláusulas y términos que apenas entendía. Pero el nombre saltaba a la vista como una acusación.

Miles Pemberton.

La modificación del testamento desviaba la totalidad de la fortuna de los Sherman —la empresa constructora, las propiedades, las cuentas bancarias, los fondos de inversión— a una fundación controlada por Miles. La firma de Grant aparecía al pie, pero la tinta era más oscura que la del resto del documento. Más presionada. Como si hubieran forzado la mano que sostenía la pluma. O como si la firma fuera falsa.

Piper leyó una vez, dos veces. Recordó la entrada del diario de Jenna: la noche del crimen, un hombre de traje gris con un maletín había discutido con Grant en la puerta. Warren Guthrie encajaba en esa descripción. Las palabras se agolpaban en su cabeza formando un patrón que llevaba treinta años esperando ser descifrado. La noche del 14 de noviembre de 1994, alguien —Miles, tenía que ser Miles— había hecho que Grant Sherman firmara su propia condena. O había falsificado su firma. O lo había obligado bajo amenaza.

El documento era la prueba del móvil. La razón por la que Miles había matado a Grant, a Caroline, a Jenna. Para proteger la fortuna que había robado, para asegurarse de que nadie pudiera reclamarla. Y ahora Warren Guthrie yacía muerto porque sabía la verdad, porque había guardado el documento durante treinta años esperando el momento de usarlo. O quizás porque Miles había descubierto que Piper estaba investigando y había decidido eliminar al último testigo antes de que pudiera hablar.

Los dedos se cerraron sobre la carpeta. El papel crujió bajo la presión. Piper metió el dossier en el interior de su abrigo, contra el pecho, donde el latido del corazón podía sentir el peso de la prueba. No podía dejarlo. Si la policía lo cogía, desaparecería en un archivo, y Miles quedaría libre para siempre.

La sirena de la policía sonó de golpe a lo lejos.

Piper levantó la cabeza. Las sirenas llegaban desde la calle, creciendo en intensidad, acercándose. Luces azules y rojas parpadearon a través de la ventana, reflejándose en las paredes del despacho, en los papeles esparcidos, en el rostro vacío de Warren Guthrie.

Alguien había llamado a la policía. Miles. Tenía que ser él. Sabía que ella iría a ver a Warren. La había seguido, o la había esperado, o simplemente había calculado que ella seguiría el rastro de migajas que él mismo había dejado. Mató al abogado y luego llamó a la policía, dejándola a ella como la culpable perfecta. Y ella había caído en la trampa.

Los pies la llevaron hacia la puerta casi sin que ella lo decidiera. El dosier golpeaba contra su costado al compás de sus zancadas, un peso que la anclaba a la realidad. Las escaleras aparecieron bajo sus pies, y las bajó sin sentir los peldaños, las manos rozando la barandilla, dejando un rastro de sangre que no sabía de quién era.

Al llegar al recibidor, la puerta de cristal de la calle se abrió de golpe.

Dos coches de policía acababan de frenar en la calle, bloqueando la salida. Los agentes saltaron de los vehículos, las manos en las fundas de las pistolas. Uno de ellos, un hombre joven de pelo rapado y mandíbula cuadrada, la vio al instante.

—¡Alto! —gritó—. ¡No se mueva!

Piper se quedó paralizada. Las manos le temblaban, manchadas de rojo, los nudillos aún húmedos. La sangre de Warren se secaba bajo sus uñas en pequeñas medias lunas oscuras que la delataban sin necesidad de palabras.

—Levante las manos —ordenó el agente.

Piper obedeció.

La rodilla derecha chocó contra el marco de la puerta cuando el agente la giró. El frío del ladrillo le golpeó la mejilla mientras la

empujaban contra la pared. Sintió las manos del policía recorrerle el cuerpo, buscar armas y encontrar el dosier.

—¿Qué es esto? —preguntó el agente, sacando la carpeta de su abrigo.

Piper no respondió. Las palabras se le habían atascado en la garganta, un nudo de miedo y rabia que no lograba tragar. El agente abrió el dosier, hojeó los documentos. Sus ojos recorrieron las páginas a toda velocidad. Luego levantó la mirada hacia ella, y en sus ojos había algo que Piper no esperaba.

Reconocimiento.

—Señorita Marsh —dijo, y su voz había cambiado. Ya no era la voz de un agente haciendo su trabajo. Era la voz de alguien que acababa de encontrar la pieza que faltaba—. Va a tener que acompañarnos.

—Yo no lo maté —dijo, y su voz sonó extraña, como si hablara desde muy lejos—. Llegué después. Ya estaba muerto.

—Eso lo determinaremos en comisaría.

—Pero tengo pruebas. El testamento. Miles Pemberton...

—Señorita Marsh, tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra.

El metal frío de las esposas se cerró alrededor de sus muñecas con un clic que sonó a sentencia. Piper sintió que el suelo se abría bajo sus pies, que la realidad se desmoronaba como un castillo de naipes. No había matado a Warren. Pero las pruebas decían lo contrario. Estaba en la escena del crimen. Tenía las manos manchadas de sangre. Llevaba el documento que incriminaba a Miles. Y alguien había llamado a la policía para asegurarse de que la encontraran.

Miles. Otra vez él. Sabía que ella iría a ver a Warren. La había seguido, o la había esperado, o simplemente había calculado que ella seguiría el rastro de migajas que él mismo había dejado. Mató al

abogado y luego llamó a la policía, dejándola a ella como la culpable perfecta. Y ella había caído en la trampa.

La empujaron hacia el coche patrulla. La puerta trasera se abrió y Piper se sentó en el asiento de plástico duro, el dosier confiscado, las manos esposadas, la mirada fija en el vacío. A través de la ventanilla, vio el edificio de Warren Guthrie. La puerta del despacho seguía abierta. La luz amarillenta seguía encendida. Y dentro, el cuerpo del abogado yacía solo, esperando a que alguien lo cubriera con una sábana blanca.

Las sirenas se llevaron el sonido del pueblo mientras el coche patrulla doblaba la esquina. Piper apretó los dientes. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que Buck supiera lo ocurrido, ni si Patricia huiría, ni si Rowan sobreviviría. Pero el peso del dosier confiscado seguía allí, aunque ya no lo llevara. Era la verdad que Miles quería aplastar. Y Piper acababa de entender que la verdad no se deja matar tan fácilmente.

Apretó los puños esposados. La guerra seguía.

CAPÍTULO 15: EL TESTAMENTO MALDITO

El recibidor de la comisaría olía a café recalentado y a sudor acumulado a lo largo de años de turnos de noche. Las luces fluorescentes parpadeaban sobre el mostrador de madera desgastada. El reloj de pared marcaba las dos y veinte de la tarde cuando Buck empujó la puerta de cristal con la fuerza de quien no piensa pedir permiso.

El agente Collins levantó la vista del bloc de notas. Un destello de irritación le brilló en los ojos al reconocer al recién llegado.

—Señor Buck. No esperaba verle tan pronto.

—Seguro que sí. —Buck apoyó ambas manos en el mostrador y se inclinó, acortando la distancia—. ¿Dónde está Piper Marsh?

—En la sala de interrogatorios. Estamos tomándole declaración.

—Voy a necesitar verla. Ahora.

Collins sonrió, pero sus ojos no se contagiaban. Era la expresión de alguien que se sabe con ventaja y quiere disfrutarla.

—Eso va a ser difícil. La señorita Marsh está detenida por homicidio. Tiene derechos, pero no tiene derecho a recibir visitas sin supervisión.

—No soy una visita. Soy su abogado.

—¿Desde cuándo? —Collins arqueó una ceja—. La última vez que supe de usted, estaba jubilado y bebiendo whisky en la cafetería del pueblo.

—Desde hace treinta minutos. —Buck sacó una tarjeta del bolsillo interior de su abrigo y la deslizó sobre el mostrador—. Acabo de pasar por el juzgado y presentar los papeles. Estoy autorizado para representarla.

La tarjeta era auténtica. Un favor de un viejo colega que aún le debía una. Collins la cogió, la examinó como si pudiera detectar una falsificación a simple vista, y luego la dejó caer sobre el mostrador.

—Esto no cambia nada. Su clienta ha sido encontrada en la escena de un crimen con las manos manchadas de sangre y un documento robado en su poder.

—Lo sé. —Buck se enderezó—. Por eso estoy aquí. Porque es una trampa tan evidente que hasta un novato la vería.

—¿Una trampa?

—Miles Pemberton. —Buck pronunció el nombre despacio, saboreando cada sílaba—. Mató a Warren Guthrie. Llamó a la policía. Sabía que Piper iría a ver al abogado. Y tú, agente Collins, le estás haciendo el juego perfectamente.

El rostro de Collins se endureció. La mandíbula se le tensó, los nudillos blanqueándose sobre el bloc.

—No sé de qué me habla.

—Claro que lo sabe. —Buck dio un paso atrás, midiendo sus palabras—. Pero no voy a discutirlo aquí. Quiero ver a mi clienta. Luego, si quiere, podemos seguir hablando delante de un juez.

—Antes de que entre —dijo Collins, con un tono que pretendía ser casual pero no lo lograba—, llamó Louise Baxter. Preguntaba por el caso. Sonaba nerviosa.

Buck lo miró fijamente, sin cambiar la expresión.

—Louise siempre está nerviosa. Déjela que se preocupe.

La sala de interrogatorios era pequeña y claustrofóbica. Una mesa de metal en el centro, dos sillas enfrentadas, un espejo de doble cara que devolvía la imagen deformada de Piper como un eco distorsionado.

Cuando la puerta se abrió y Buck apareció en el umbral, ella respiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento desde que la encerraron.

—¿Estás bien? —preguntó él, sentándose frente a ella.

—Estoy mejor ahora que has llegado. —La voz de Piper sonó rasposa, pero firme—. Collins no para de repetirme que tengo derecho a una llamada, pero no me deja hacerla.

—Ya lo he hecho yo. —Buck posó los codos sobre la mesa—. Escúchame, Piper. He hablado con el juez de guardia. He solicitado tu libertad bajo fianza.

—¿Y?

—La ha concedido. Pero condicionada a que no abandones el pueblo y a que te presentes en el juzgado cuando te citen.

—¿Cuánto es la fianza?

Buck dudó un instante.

—Cien mil dólares.

El número cayó como una losa. El estómago se le hundió. No tenía esa cantidad. Lo había perdido casi todo en el divorcio.

—No puedo pagarlo.

—Ya lo he hecho yo.

Piper levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo?

—Tengo algunos ahorros. Y una casa que puedo hipotecar. —Buck la miró fijamente—. No es un préstamo, Piper. Es una inversión. Porque sé que vas a llegar hasta el final, y cuando lo hagas, Miles Pemberton va a pagar por todo lo que ha hecho.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Las contuvo. No podía permitirse llorar ahora.

—No sé cómo agradecértelo.

—No me lo agradezcas. Todavía. —Buck se levantó—. Vamos. Te saco de aquí.

La tarde caía sobre Willow Creek cuando el coche de Buck se detuvo frente a la casa de los Sherman. El sol se filtraba entre los robles desnudos, proyectando sombras alargadas sobre la fachada descolorida.

Piper subió los escalones del porche con paso firme. La mochila le golpeaba la espalda. El testamento iba doblado dentro de la chaqueta, y la sangre de Warren, ya seca, formaba una mancha marrón en el borde del sobre.

Buck la siguió hasta la cocina. Dejó caer la mochila sobre la mesa y sacó el documento.

—Aquí está —dijo, extendiendo las páginas arrugadas—. La modificación del testamento. Fechada el 14 de noviembre de 1994.

El papel crujió al desplegarse. El olor a sangre seca ascendió, mezclándose con el polvo de los años. Buck se inclinó sobre la mesa, y sus dedos trazaron las líneas de texto legal con una lentitud casi reverente.

—Dios mío —murmuró—.

—¿Qué?

—Mira esto. —Buck señaló la última página, donde la rúbrica de Grant Sherman aparecía al pie—. Es demasiado oscura, como si hubieran presionado la pluma con fuerza. Y el trazo tiembla en las curvas. Grant firmaba con pulso firme y seguro. Esto es la firma de un hombre que estaba bajo amenaza. O la de un muerto.

Piper se acercó. Las letras bailaban bajo la luz de la cocina, la tinta más negra en los bordes, como si la mano que las había trazado hubiera estado a punto de romper el papel.

—¿Crees que es falsa?

—O forzada. —Buck levantó la mirada—. Mira la fecha. 14 de noviembre de 1994. El día antes de la desaparición. Grant modificó su testamento para dejar todo el control de la empresa a Miles. Toda la fortuna. Las propiedades. Las cuentas. Todo.

—Pero eso no tiene sentido. Si Grant iba a denunciar a Miles al día siguiente, ¿por qué iba a darle todo el control?

—Porque no lo hizo voluntariamente. —Buck dejó el testamento sobre la mesa—. Miles lo obligó. O lo falsificó después de matarlo. De cualquier forma, este documento demuestra el móvil. Grant descubrió que Miles estaba desviando fondos de la empresa. Lo iba a denunciar. Miles lo asesinó para silenciarlo, y luego falsificó el testamento para quedarse con todo.

—Desviación de fondos —repitió Piper, y la palabra le pesó en la lengua—. Chantaje. Asesinato. Todo por dinero y poder.

—Y por miedo. —Buck se sentó frente a ella—. Miles construyó una vida sobre una mentira. Una fortuna, una reputación, una fundación benéfica. Todo basado en el asesinato de una familia. Si eso sale a la luz, lo pierde todo.

Piper se pasó la mano por la cara. La fatiga le pesaba en los huesos, pero la rabia la mantenía despierta.

—Pero necesito algo más. El testamento demuestra el móvil, pero no demuestra que Miles empuñara el arma la noche del crimen. No demuestra que estuviera allí.

—Rowan lo vio.

—Rowan es un hombre en coma. Su testimonio de cuando era niño no vale como prueba en un tribunal.

—Pero hay más. —Buck señaló el testamento—. El diario de Jenna. La carta de Caroline a su hermana. La carpeta roja que Miles se llevó aquella noche.

—Todo son pruebas circunstanciales. Sin la carpeta roja, sin el arma homicida, sin un testigo que pueda declarar...

—Entonces tenemos que encontrar la carpeta roja.

El corazón le dio un vuelco. La carpeta roja. La que Jenna había visto en manos del amigo de papá. La que había desencadenado toda la tragedia.

—Si Miles la tiene, está en su casa. En su oficina. En una caja de seguridad. No podemos llegar hasta ella.

—Pero si no la tiene... —Buck se inclinó hacia adelante—. Si alguien la encontró antes que él.

—¿Quién?

—Eloise. —La palabra brotó de sus labios, iluminando una esquina del rompecabezas que llevaba días tratando de completar—. Tu tía abuela. Ella conocía a Miles. Era amiga de Caroline. Guardó el diario de Jenna durante treinta años. ¿Por qué no iba a guardar también la carpeta roja?

—¿Dónde?

—No lo sé. Pero hay una llave que encontraste dentro de la muñeca de Jenna. Una llave de latón, pequeña. No has encontrado la cerradura que abre.

Piper metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la llave. La sostuvo contra la luz, y el metal brilló como una gota de oro en la penumbra de la cocina.

—Una llave de armario, de cajón, de caja de seguridad —dijo Buck, mirándola fijamente—. Eloise Marsh tenía una caja de seguridad en el banco local. Alquilada desde 1994.

El suelo pareció moverse bajo los pies de Piper.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo un amigo que trabaja allí. Acaba de llamarme. —Buck sacó el teléfono del bolsillo—. Me dijo que alguien había preguntado por la caja de Eloise esta mañana. Un hombre con traje. No dio nombre, pero la descripción encaja con un empleado de Miles.

—¿Y la caja...?

—Sigue allí. Pero tenemos que darnos prisa. El banco cierra en quince minutos.

La sucursal del Banco de Massachusetts en Willow Creek era un edificio de ladrillo de dos plantas, con ventanas estrechas y una puerta de madera maciza que estaba a punto de cerrarse cuando llegaron. Un empleado con chaqueta ya puesta y llaves en mano los vio acercarse y negó con la cabeza.

—Lo siento, acabamos de cerrar. Vuelvan mañana. —El hombre parecía inquieto—. Además, acabo de recibir una llamada preguntando por la caja de Eloise Marsh. Un tal señor Pemberton. No estoy seguro de poder abrirla sin autorización expresa.

Buck puso el pie en la puerta antes de que se cerrara del todo. Sacó su placa y la sostuvo firme frente al cristal.

—Soy Franklin Buck, detective jubilado del condado. Esto es urgente. Necesito acceder a esa caja ahora mismo. Autorización

judicial en camino. Usted preocúpese por la llamada; yo me encargo de Pemberton.

El empleado dudó, miró la placa, luego a Piper, luego el reloj que marcaba el tiempo justo. Suspiró y abrió la puerta.

—Pasen rápido. Cinco minutos. No más.

El interior olía a papel y a dinero viejo, y el suelo de mármol reflejaba la luz amarillenta de las lámparas de techo que empezaban a apagarse. El empleado los condujo a una sala privada, con paredes acolchadas y una mesa de madera en el centro. Sobre la mesa descansaba una caja metálica rectangular, de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho, con una ranura en la tapa y dos cerraduras.

—La caja de seguridad de la señora Marsh —dijo el empleado, con voz apresurada—. Necesito su llave y la llave maestra del banco para abrirla.

Piper extendió la mano. La llave de latón brillaba bajo la luz, diminuta e insignificante, pero cargada de promesas.

El empleado la tomó con cuidado, la introdujo en una de las cerraduras y la giró. Un clic seco. Luego usó su propia llave en la segunda cerradura. Otro clic. La tapa se levantó con un susurro metálico.

Dentro, una carpeta de cartón color rojo.

El corazón se le aceleró. La carpeta roja. La que Jenna había visto en manos del amigo de papá. La que había desencadenado toda la tragedia.

Buck la cogió con manos temblorosas. La abrió.

Documentos. Facturas. Transferencias bancarias. Extractos de cuentas en el extranjero. Todo ordenado, fechado, firmado.

Y en la última página, una carta escrita a mano.

Piper reconoció la letra al instante. La misma del álbum de fotos. La misma de las dedicatorias en el reverso de las imágenes.

Querida Eloise:

Si estás leyendo esto, es porque algo me ha pasado. Guarda estos papeles. Son la prueba de que Miles Pemberton ha estado robando a Grant durante años. Mañana iremos a la policía. Si no volvemos, entrega esto a las autoridades.

Con todo mi cariño, Caroline.

15 de noviembre de 1994.

Las lágrimas le quemaban los ojos. No las contuvo. Dejó que cayeran libres, rodando por sus mejillas, manchando el papel amarillento.

Caroline había escrito aquella carta horas antes de morir. Había confiado en Eloise para que guardara la verdad. Y Eloise la había guardado durante treinta años, esperando a que alguien la encontrara.

—Tenemos la prueba —dijo Buck, y su voz sonó ronca, como si también estuviera conteniendo las lágrimas—. Tenemos todo lo que necesitamos.

Piper asintió. La carpeta roja pesaba en sus manos como una losa, pero también como una promesa de justicia.

Miles Pemberton había matado a una familia entera para proteger su fortuna. Pero ahora, treinta años después, la verdad había salido a la luz.

Y ella iba a asegurarse de que el mundo la escuchara.

CAPÍTULO 16: LA TORMENTA PERFECTA

El primer trueno llegó cuando Piper cerraba la puerta del coche de Buck. Sonó como un disparo lejano, un retumbo que recorrió el cielo de oeste a este. Piper levantó la vista. Las nubes se habían acumulado durante la última hora, una masa gris plomo que engullía el azul del atardecer como una mancha de aceite. El viento había cambiado de dirección, trayendo consigo el olor a nieve inminente, ese aroma metálico y limpio que anuncia que la tormenta está cerca.

—Va a caer una buena —dijo Buck desde la ventanilla del conductor, el motor aún en marcha—. Enciendo la radio y oigo que han puesto alerta para toda la noche.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta mañana al mediodía, dicen. Tal vez más. —Buck la miró, y por un instante su expresión de cansancio se suavizó—. ¿Estarás bien sola?

—He sobrevivido a cosas peores.

—Eso no es cierto. —Buck sonrió, pero la sonrisa era tensa—. Llámame si pasa algo. Aunque sea para oír una voz humana.

—Lo haré.

El coche arrancó y se perdió calle abajo, las luces traseras convirtiéndose en dos puntos rojos que la niebla engulló antes de que llegaran a la esquina. Piper se quedó un momento en el porche, sintiendo el viento en la cara, el frío que se colaba por las costuras de la chaqueta. La casa se alzaba a sus espaldas, silenciosa, expectante.

Entró y cerró la puerta.

El pestillo encajó con un chasquido metálico, seguido del cerrojo, seguido de la cadena de seguridad. Tres medidas que sonaban a paranoia, pero que en Willow Creek sonaban a prudencia. La casa estaba en silencio, pero era un silencio tenso, como el que precede a una explosión.

Piper dejó la mochila sobre la mesa de la cocina y sacó el contenido: la carpeta roja, el testamento modificado, la carta de Caroline, el diario de Jenna, las fotografías del álbum. Los extendió en abanico, creando un mapa de papel que cubría media mesa. Treinta años de mentiras resumidos en unas pocas páginas amarillentas.

Se sentó. La luz de la cocina parpadeó.

Levantó la vista. La bombilla del techo oscilaba ligeramente, proyectando sombras danzantes sobre las paredes. El viento golpeó la ventana, y el marco de madera crujió como si alguien estuviera empujando desde fuera para entrar.

Piper contuvo el aliento. Esperó. El viento amainó, y la luz se estabilizó.

—Solo es la tormenta —murmuró, y cogió la carta de Caroline.

La leyó otra vez. Las palabras de Caroline, escritas horas antes de morir, se grababan en su memoria como una brasa en la carne. «Querida Eloise: Si estás leyendo esto, es porque algo me ha pasado. Guarda estos papeles. Son la prueba de que Miles Pemberton ha estado robando a Grant durante años.»

La mano le tembló. Dejó la carta y cogió el testamento. La firma de Grant, forzada o falsificada, la miraba desde el papel como una acusación muda. Miles había matado por esto. Había matado a Grant, a Caroline, a Jenna. Había matado a Warren Guthrie. Había intentado matar a Rowan. Y todo por un puñado de papeles que demostraban que era un ladrón.

La luz parpadeó otra vez. Esta vez más fuerte. La bombilla titubeó, se apagó, se encendió, y luego se apagó del todo.

La oscuridad cayó sobre la cocina como un telón.

Piper se quedó inmóvil, la respiración atascada en la garganta. El silencio que siguió al apagón era diferente al silencio de la casa. Más denso. Más absoluto. Como si el mundo se hubiera detenido, y ella fuera la única persona atrapada en el interior.

El viento aulló. La ventana tembló en su marco. Y entonces, desde algún lugar de la casa, llegó un crujido. Largo. Prolongado. Como una viga que se queja bajo el peso de la nieve que empieza a acumularse en el tejado.

Piper se levantó con cuidado, las manos extendidas, los dedos buscando la pared. Conocía la casa. Sabía dónde estaban los muebles, las esquinas, los obstáculos. Pero la oscuridad lo desdibujaba todo, convirtiendo el espacio conocido en un laberinto de sombras.

Tocó la encimera. Sus dedos encontraron el borde de la mesita donde guardaba las velas. Las había comprado el primer día, por si acaso, sin saber que las necesitaría tan pronto. Cogió una caja de cerillas del cajón, rasgó una, y la llama danzó un instante antes de fijarse en la mecha.

La luz amarillenta iluminó la cocina, proyectando sombras grotescas en las paredes. Piper encendió tres velas más y las colocó en la mesa, formando un círculo de claridad alrededor de los documentos. Luego cogió la linterna que colgaba del gancho de la puerta y la

encendió. El haz de luz era potente, capaz de atravesar la oscuridad más espesa.

Salió al pasillo. El recibidor estaba sumergido en la penumbra, las ventanas cubiertas por la noche que caía. El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete, las manecillas congeladas, el péndulo inmóvil. El haz de luz lo iluminó un instante, y Piper sintió que el tiempo se detenía a su alrededor, que el reloj la miraba desde su muerte eterna, recordándole que en esta casa el tiempo no avanzaba.

Subió las escaleras. El tercer peldaño chirrió, como siempre. Llegó al descansillo y probó la luz del pasillo. Nada. La electricidad estaba muerta.

Probó el teléfono. Sin cobertura. Ni una barra. La tormenta había eliminado cualquier posibilidad de comunicación con el exterior.

Estaba sola. Aislada. Sin luz, sin teléfono, sin coche para ir a ningún lado porque la carretera estaría bloqueada en cuestión de minutos. Lo único que le quedaba era la linterna, las velas, y una casa que parecía odiarla.

Bajó las escaleras. El viento golpeaba las ventanas con una furia creciente, y la nieve empezaba a acumularse en los alféizares, formando pequeños montículos blancos que se filtraban por las rendijas. La temperatura dentro de la casa comenzó a descender. Piper se puso la chaqueta y se sentó a la mesa, a la luz de las velas, dispuesta a pasar la noche leyendo los documentos una y otra vez, buscando cualquier detalle que se le hubiera escapado.

Cogió la carta de Caroline. La leyó en voz alta, esta vez, como si las palabras pudieran cobrar vida al ser pronunciadas.

—«Querida Eloise. Si estás leyendo esto, es porque algo me ha pasado. Guarda estos papeles. Son la prueba de que Miles Pemberton ha estado robando a Grant durante años. Mañana iremos a la policía. Si no volvemos, entrega esto a las autoridades. Con todo mi cariño, Caroline. 15 de noviembre de 1994.»

Dejó la carta. La llama de la vela vaciló, y las sombras se movieron como si alguien hubiera pasado por detrás de ella.

El golpe en la ventana la hizo pegar un salto.

Fue seco. Contundente. Como si algo hubiera chocado contra el cristal con violencia.

Piper se quedó inmóvil, el corazón desbocado, la linterna apretada en la mano. El sonido no se repitió. Pero el eco, la vibración, aún resonaba en sus oídos como un latido seco.

Se levantó despacio. La linterna temblaba en su mano, el haz de luz bailando sobre las paredes de la cocina. Avanzó hacia la ventana que daba al jardín trasero, los pasos silenciosos sobre el linóleo.

La ventana estaba empañada por el contraste de temperaturas. Al otro lado, la nieve caía en una cortina blanca y densa que borraba los árboles, el bosque, el horizonte entero. El haz de luz apenas lograba atravesarla.

Algo golpeó el cristal otra vez.

Piper dio un paso atrás, la mano libre buscando apoyo en la encimera. El haz de luz recorrió la ventana, iluminando la superficie empañada, y entonces lo vio.

Una rama.

Se balanceaba contra el viento, golpeando el cristal con cada ráfaga. Era una rama de roble, gruesa y nudosa, que colgaba del árbol más cercano. La tormenta la había partido, y ahora colgaba de un hilo de corteza, golpeando la ventana como una mano que arañara para entrar.

Piper exhaló. El aire le quemó los pulmones.

—Solo una rama —dijo en voz alta, y su voz sonó extraña en el silencio de la cocina—. Solo una maldita rama.

Pero no podía apartar la mirada de la ventana. La rama seguía golpeando, un ritmo irregular que sonaba a código morse, a mensaje cifrado que ella no podía descifrar.

Levantó la linterna y enfocó el jardín. La luz atravesó la cortina de nieve, iluminando el columpio de madera, los escalones del porche trasero, el gran roble que se alzaba en el centro de la propiedad. Y entonces lo vio.

Algo se movía bajo el árbol.

No era una rama. No era un animal. Era una silueta, oscura y estática, medio enterrada en la nieve que empezaba a acumularse. No estaba allí antes. Piper lo sabía. Había mirado por esa ventana decenas de veces en los últimos días, y nunca había visto nada bajo el roble.

Pero ahora había algo.

Se acercó a la ventana, limpió el vaho con la manga, y pegó la cara al cristal. La nieve caía sin piedad, borrando los contornos, difuminando la realidad. Pero la silueta seguía allí. Una mancha más oscura que la noche, más sólida que la nieve.

El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en la garganta. La razón le decía que no saliera. Que esperara a que la tormenta pasara, a que amaneciera, a que Buck viniera a buscarla por la mañana. Pero la intuición, esa voz más antigua que el miedo, le decía que aquello era importante. Que la tormenta había desenterrado algo que llevaba treinta años esperando.

La silueta bajo el roble era una respuesta. O una advertencia.

O un cuerpo.

Piper retrocedió un paso. La linterna seguía apuntando al jardín, el haz de luz fijo en ese punto oscuro que la nieve engullía lentamente. La rama seguía golpeando la ventana, un ritmo insistente que la llamaba, que la instaba a salir.

—No —dijo, y el sonido apenas fue un susurro—. No voy a salir. Es una trampa.

Pero la silueta no se movía. No se movió cuando el viento arreció, ni cuando la nieve arreció, ni cuando la rama golpeó con más fuerza. Seguía allí, quieta, hundiéndose lentamente en el blanco.

Una idea cruzó su mente. Una idea que no quería tener, pero que se instaló en su cabeza como una astilla.

Y si era una persona. Y si estaba herida, o muerta, o esperando ayuda.

Y si era la prueba que necesitaba.

Piper apretó la linterna con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Miró la puerta trasera. El pestillo estaba echado. La cadena de seguridad, puesta. Podía quedarse dentro, caliente, a salvo, esperando a que la tormenta pasara.

O podía salir.

Vio a Jenna, en su diario, escribiendo sobre el miedo. Vio a Rowan, en la cama del hospital, escribiendo la palabra «SÓTANO». Vio a Caroline, en su carta, escribiendo horas antes de morir.

Ellos no habían esperado. Ellos habían actuado. Y por actuar, habían muerto.

Pero también por no actuar, habían muerto.

Piper se puso las botas. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello, caló el gorro, se ajustó los guantes. Cogió la linterna y se aseguró de que funcionaba. Luego, con el corazón en un puño, descorrió el pestillo y abrió la puerta.

El viento le golpeó la cara como una bofetada. La nieve se metió por los ojos, por la nariz, por la boca, cegándola, desorientándola. Pero ella avanzó. Un paso. Otro. Las botas se hundían en el blanco, que ya cubría el suelo hasta el tobillo. La luz de la linterna iluminaba un

túnel de copos que se cerraba a su alrededor, un pasadizo de claridad en medio de la tormenta. A su izquierda, en el bosque, vio un destello de luz que se movía entre los árboles.

El haz de una linterna, breve pero claro. Piper se detuvo, apagó la suya y se quedó inmóvil. La luz titiló un par de veces y luego desapareció. Esperó un minuto. No volvió a aparecer. Siguió avanzando, pero el corazón le latía más rápido.

Llegó al roble. El árbol era inmenso, las ramas desnudas alzándose hacia el cielo como brazos suplicantes. El viento aulló entre las ramas, y por un momento Piper creyó oír un susurro. Algo se movió entre los arbustos, a menos de diez metros. Pasos. Lentos. Cautelosos. Apagó la linterna un instante, se sumergió en la oscuridad total, y aguzó el oído. Solo la tormenta. Solo la nieve. Encendió de nuevo la luz y escudriñó el perímetro.

Nada. Pero la certeza de que alguien la observaba se le clavó en la nuca. La nieve se acumulaba en las horcaduras, pesada y blanca. Y al pie del tronco, donde las raíces se aferraban a la tierra congelada, la silueta estaba allí.

Piper se arrodilló. La nieve le llegaba a las rodillas, empapando los vaqueros, filtrándose dentro de las botas. Notó un hormigueo en la espalda, esa sensación primaria de ser vigilada. Miró hacia atrás, hacia la casa, hacia el bosque. Solo sombras danzantes y copos infinitos. Contuvo el aliento. El silencio pesaba. Entonces, desde algún lugar del bosque, llegó el chasquido seco de una rama al romperse. No el crujido del viento. Algo más sólido. Algo que pisaba. Pero no sintió el frío. Solo sintió el peso de la linterna en la mano, y el latido del corazón en las sienes.

Iluminó la silueta.

Era una bolsa de plástico negro. Grande, atada con una cuerda en la parte superior, medio enterrada en la tierra y la nieve. El viento había removido la capa superficial, dejándola al descubierto. Como si la tormenta hubiera querido que alguien la encontrara.

Piper extendió la mano. Los dedos le temblaban, pero no por el frío. Tocó la bolsa. El plástico era frío, duro, tieso por la congelación. La cuerda estaba anudada con fuerza, varios nudos superpuestos, como si quien la hubiera atado quisiera asegurarse de que nunca se abriera.

Tiró de la bolsa. Pesaba, pero no como si contuviera tierra o piedras. Pesaba como si contuviera algo blando, algo que cedía bajo la presión. Como si contuviera algo orgánico.

El pánico le subió por la garganta como una marea. Pero no lo dejó salir. Necesitaba ver. Necesitaba saber.

Sacó la navaja del bolsillo de la chaqueta. La hoja se abrió con un clic, reflejando la luz de la linterna. Cortó la cuerda de un tajo. El plástico se abrió como una flor, revelando lo que había dentro.

Las manos le temblaron tanto que la linterna cayó al suelo, la luz apuntando al cielo, iluminando los copos de nieve que caían en cámara lenta. Pero ya no necesitaba la linterna. Lo que había visto se había grabado en su retina como una imagen congelada.

Ropa. Oscura. Arrugada. Pegajosa.

Y huesos.

Huesos humanos.

La bolsa contenía un cuerpo. Un cuerpo pequeño, de niño. Envuelto en plástico, enterrado bajo un roble, esperando treinta años a que alguien lo encontrara.

—Dios mío —susurró Piper, y las palabras se las llevó el viento, desaparecieron en la nieve, se perdieron en la noche.

Se quedó de rodillas en la nieve, mirando la bolsa abierta, los huesos blancos que la tormenta había desenterrado. El viento aullaba a su alrededor, la nieve la cubría, el frío se colaba en sus huesos. De repente, oyó pasos firmes que se acercaban desde la izquierda. No eran ramas: eran pisadas claras sobre nieve congelada, cada vez

más cerca. El haz de una linterna se filtró entre los árboles, barriendo el claro.

Piper se dejó caer contra el tronco del roble, pegando la espalda a la corteza, conteniendo la respiración. El haz de luz pasó a pocos metros de su escondite, iluminando la nieve, los arbustos, y finalmente la bolsa abierta. Vio unas botas negras que se detuvieron a menos de tres metros. La figura se quedó inmóvil, escudriñando. Piper no se atrevía a respirar. Un minuto. Dos. Luego las botas giraron y los pasos se alejaron, perdiéndose en la tormenta. Piper esperó hasta que el sonido se desvaneció por completo antes de atreverse a exhalar.

Pero no sentía nada.

Solo la certeza de que había encontrado lo que Miles Pemberton había enterrado.

Solo la certeza de que, después de treinta años, Jenna Sherman ya no estaba perdida.

Piper cerró la bolsa. Se puso en pie, las piernas temblorosas, la respiración entrecortada. Miró hacia la casa. Las velas seguían encendidas, proyectando una luz cálida y amarilla que contrastaba con el blanco helado de la tormenta.

Había encontrado la prueba definitiva. El cuerpo de Jenna Sherman.

Pero también había cavado su propia tumba. Porque si la tormenta había desenterrado el cuerpo, también había desenterrado el secreto que Miles llevaba treinta años protegiendo.

Haría cualquier cosa para que ese secreto volviera a estar enterrado.

Incluido matarla a ella.

Piper empezó a caminar de vuelta a la casa, la nieve crujiendo bajo sus botas, la tormenta aullando a su alrededor. La linterna iluminaba el camino, pero la oscuridad la cercaba por todos lados, como si el bosque entero se cerrara sobre ella.

No sabía si llegaría viva al amanecer.

Pero sabía, con una certeza que le helaba la sangre, que ya no estaba sola en la casa.

Alguien más había visto la tormenta.

Alguien más sabía que el cuerpo había sido desenterrado.

Y alguien más estaba esperando en la oscuridad.

CAPÍTULO 17: PASOS EN LA OSCURIDAD

La puerta trasera se cerró de golpe a sus espaldas.

Piper apoyó la espalda contra la madera, jadeando. La carpeta roja estaba apretada contra su pecho, el cartón húmedo por la nieve que se derretía sobre su chaqueta. El viento aullaba al otro lado del cristal, pero dentro de la cocina el silencio caía como una losa. Las velas seguían encendidas sobre la mesa, la cera fundida formando pequeños lagos amarillos que parpadeaban con cada corriente de aire.

Se quedó inmóvil, escuchando.

El pulso le golpeaba en las sienes, en la garganta, en la nuca. Podía oír su propia sangre bombeando, un rumor sordo que llenaba el espacio. Fuera, la tormenta rugía. Dentro, solo el crepitar de las velas y el golpeteo de la rama contra la ventana de la cocina.

Respiró hondo. El aire frío le llenó los pulmones, llevándose el olor a tierra y a muerte que se le había quedado pegado en la nariz. Se obligó a moverse. Sus dedos, entumecidos por el frío, buscaron el pestillo de la puerta trasera y lo corrieron. Luego la cadena de seguridad. Luego la llave en la cerradura.

Giró la llave.

No giró.

La resistencia la sobresaltó. Piper tiró de la llave y la examinó bajo la luz de las velas. El metal parecía intacto. La introdujo otra vez en la cerradura y probó de nuevo. Nada. El mecanismo no cedía.

La cerradura estaba rota.

Un escalofrío diferente, más profundo, le subió por la nuca. Miró la puerta. La madera intacta, el marco sin señales de violencia. Pero la cerradura no funcionaba. Alguien la había forzado desde dentro. Alguien había entrado en la casa mientras ella estaba en el jardín.

O alguien seguía dentro.

El pánico le oprimió el pecho, apretándole la respiración. Se quedó paralizada, la carpeta aún contra el pecho, la llave colgando inútil de la cerradura. Los segundos se arrastraron lentos mientras aguzaba el oído, escuchando más allá del latido de su corazón, más allá del viento, más allá del crujir de la madera vieja.

En su casa, al otro lado de la calle, Louise Baxter no pegaba ojo. La tormenta la había desvelado, pero también una inquietud que le roía desde hacía días. Desde que Rowan le había pedido que vigilara a la chica nueva, no podía apartar la mirada de la ventana. Cuando un coche oscuro se detuvo frente a la casa de Piper, reconoció al instante el modelo: el sedán negro de Miles Pemberton. Lo había visto aparcado en el camino de Eloise semanas antes de su muerte. Su instinto le dijo que aquello no era normal a esas horas. Dudó un momento, luego marcó el número de Piper.

De repente, el teléfono vibró en su bolsillo. Piper lo sacó con manos temblorosas. Era Louise.

—¿Sí? —susurró.

—Piper, soy Louise —la voz de la vecina sonaba tensa, casi cortante —. He visto el coche de Miles Pemberton aparcado cerca de tu casa. Ten cuidado.

La llamada se cortó. Piper se quedó mirando la pantalla un instante, el corazón martilleándole en el pecho. Luego guardó el móvil y volvió a concentrarse en la oscuridad del pasillo.

Nada.

Solo el silencio.

Pero era un silencio que no encajaba. Como si la casa retuviera el aliento, esperando a que ella diera el primer paso.

Se movió hacia la cocina, paso a paso, los pies mojados dejando huellas sobre el linóleo. Las velas iluminaban un círculo de claridad alrededor de la mesa, donde los documentos seguían extendidos: la carta de Caroline, el testamento, las fotografías del álbum. Todo igual que lo había dejado.

Pasó al recibidor. La oscuridad era casi total; la linterna que había dejado caer en el jardín seguía allí, enterrada en la nieve. Las velas de la cocina apenas proyectaban un rectángulo de luz amarillenta sobre el pasillo. El reloj de pie se alzaba al fondo como un centinela, las manecillas congeladas en las once y cuarenta y siete.

La escalera ascendía a su izquierda, los peldaños sumergidos en la penumbra.

Y entonces lo oyó.

Un crujido. Arriba.

Procedía del segundo piso, exactamente sobre la cocina. Un crujido seco, como el que hace una tabla de madera al recibir el peso de un pie. Breve. Preciso. No era la casa quejándose por el frío. Era alguien moviéndose.

Piper se quedó inmóvil, la respiración atascada en la garganta. Los dedos se le clavaban en la carpeta con tanta fuerza que el cartón empezó a doblarse. El crujido no se repitió. Pero ella sabía que no lo había imaginado.

Alguien estaba arriba.

Los segundos se alargaron, cada uno más largo que el anterior, mientras escuchaba el silencio. Podía sentir su propio pulso en las yemas de los dedos, en el borde de los labios, en el fondo de los oídos. La casa entera parecía suspendida en una burbuja de tiempo congelado.

Otro crujido. Más cerca de la escalera.

Esta vez fue más fuerte. Un paso firme, sin titubeos, seguido del roce de una suela sobre la madera.

*En el piso de arriba, Miles avanzaba sin prisas. Su mano derecha sostenía la linterna, la izquierda apretaba una ganzúa. Sabía que Piper había entrado; lo había oído todo desde el jardín. No podía permitir que ella entregara esa carpeta. Treinta años de silencio se desmoronarían. El miedo le atenazaba las entrañas, pero también una determinación fría: haría lo que fuera necesario para proteger su vida.

No sentía orgullo, solo la certeza de que no había otra salida. Mientras subía el último tramo de escaleras, el rostro de Jenna Sherman apareció en su memoria: la niña que había muerto por lo que él había hecho. Aquella imagen no le inspiraba lástima, sino un terror renovado. Si los papeles salían a la luz, todo lo que había construido se desvanecería. Recordó la mirada de su propio padre cuando lo sorprendió mintiendo; jamás volvería a permitir que alguien lo mirara así.

El crujido de la madera bajo sus pies le trajo recuerdos de cuando era niño y visitaba la casa de su abuela, un tiempo inocente que ya no existía. Pero ese sentimentalismo era un lujo que no podía permitirse. Cada paso era una decisión irrevocable. Veía la silueta de la linterna reflejada en los marcos de los cuadros, y en cada destello creía reconocer el fantasma de su propia culpa. Apretó la ganzúa con fuerza, y una calma gélida se apoderó de él. No había vuelta atrás. *

Alguien se movía arriba. Alguien que no se molestaba en ocultar su presencia.

Miles.

El nombre se encendió en su cabeza como una señal de alarma. Miles estaba dentro de la casa. La había esperado. Había entrado mientras ella estaba en el jardín, había forzado la cerradura, y ahora la esperaba arriba.

O bajaba a buscarla.

El pánico le heló la sangre. Pero también activó algo más primitivo, un instinto de supervivencia que le ordenó moverse antes de pensar. Su mirada voló hacia la puerta del sótano, al fondo del pasillo, junto a la cocina. Una abertura rectangular en la pared, con la hoja de madera entreabierta como una boca oscura.

No lo dudó.

Se deslizó por el pasillo, las pisadas silenciosas sobre la madera, la carpeta siempre apretada contra el pecho. La puerta del sótano estaba a un metro. Dos. Llegó. La empujó con la punta de los dedos y se coló por la rendija, cerrando tras de sí con un cuidado que le costó un esfuerzo sobrehumano. El picaporte encajó con un clic apenas audible.

A su alrededor, la oscuridad era absoluta.

Se quedó en el primer peldaño, sin atreverse a bajar, sin atreverse a respirar. La madera del suelo, justo al otro lado de la puerta, crujió bajo un peso que no era el suyo.

Los pasos habían llegado al recibidor.

Podía oírlos con claridad ahora. Lentos. Medidos. El ritmo de alguien que no tenía prisa, que sabía que la presa no podía escapar. Taconeaban sobre la madera con una seguridad que helaba la sangre, acercándose desde el pie de la escalera hasta el arco del pasillo.

Piper se tapó la boca con la mano libre. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas y calientes que empañaban sus dedos. Apretó los párpados, como si la oscuridad pudiera protegerla, como si cerrar los ojos la hiciera invisible.

Los pasos se detuvieron.

El silencio que siguió fue peor que cualquier sonido. Peor que los crujidos, peor que el viento, peor que el golpe de la rama contra la ventana. Era un silencio expectante, cargado de intención. El silencio de alguien que escuchaba, que esperaba, que sabía que ella estaba allí.

—Piper.

La voz llegó desde el otro lado de la puerta. Tranquila. Casi amable. Como si la llamara para cenar, como si todo aquello fuera un malentendido que podía aclararse con unas palabras.

—Sé que estás aquí abajo.

El corazón le dio un vuelco. La voz de Miles Pemberton era exactamente como la recordaba de los vídeos: grave, modulada, con esa calidez superficial que hacía que todo sonara razonable. Pero ahora, en la oscuridad del sótano, esa calidez sonaba a amenaza.

—No quiero hacerte daño —dijo la voz, y los pasos se reanudaron, lentos, acercándose—. Solo quiero la carpeta. Lo que has encontrado no te pertenece. No es tu lucha.

Piper no se movió. La mano izquierda le temblaba contra la boca, los dedos helados presionando los labios. La carpeta seguía apretada contra su pecho, el cartón húmedo absorbiendo el calor de su cuerpo.

—De verdad, Piper. No quiero que esto termine mal. Con que me devuelvas los papeles y todo habrá terminado. Puedes irte. Puedes olvidar que esto pasó.

La voz se acercaba. Las pisadas recorrían el pasillo, pasaban junto a la cocina, se detenían frente a la puerta del sótano. Piper oyó el roce de los dedos sobre la madera, una caricia ligera, casi tierna.

—Sé que me oyes —dijo, y la voz había bajado de volumen, pero seguía siendo clara, nítida—. No voy a pedírtelo otra vez.

Un golpe seco. La puerta tembló.

Piper dio un salto hacia atrás, perdiendo el equilibrio, y cayó escaleras abajo. Los peldaños golpearon su espalda, sus costillas, sus caderas, mientras la carpeta volaba de sus manos y aterrizaba varios metros más allá, en el suelo de tierra del sótano.

Quedó tendida al pie de la escalera, aturdida. Las luces de colores bailaban en su campo de visión, y un dolor sordo le latía en el hombro derecho. Parpadeó varias veces, tratando de enfocar la oscuridad. La puerta del sótano seguía cerrada. Arriba, el silencio se había roto.

Algo golpeó la puerta. No la madera, sino la cerradura. Un ruido metálico, seguido del chirrido de la llave al girar.

La puerta se abrió.

Un rectángulo de luz amarillenta se proyectó sobre las escaleras, iluminando los peldaños polvorientos, las manchas de humedad en las paredes, el cuerpo de Piper tendido en la tierra. Miles Pemberton se recortó contra esa luz, una silueta alta y familiar, con el pelo blanco plateado perfectamente peinado a pesar de la tormenta.

Llevaba un abrigo oscuro y sostenía una linterna en la mano derecha. La luz barría el sótano en movimientos lentos y calculados, iluminando las estanterías oxidadas, las cajas de cartón deshechas, el arco de ladrillo que llevaba a la segunda estancia.

—Piper —dijo, y su voz sonó más fuerte ahora, sin la capa de cortesía—. No me obligues a bajar a buscarte.

Ella se arrastró hacia atrás, alejándose de la escalera, hasta que su espalda chocó con la pared de ladrillo. La humedad se filtró a través de su chaqueta, empapándole los hombros. El dolor en el hombro derecho era intenso, punzante. Pero no sentía nada más que el miedo, denso y frío, ocupando cada rincón de su cuerpo.

Miles esperó un momento. Luego suspiró, un sonido largo y resignado, como si estuviera lidiando con una niña rebelde.

—Está bien. Bajo.

Su pie tocó el primer peldaño. La madera crujió bajo su peso. Luego el segundo. El tercero.

Piper se levantó de un salto. El dolor le atravesó el hombro, pero lo ignoró. La carpeta estaba en el suelo, a unos tres metros, medio oculta tras una pila de neumáticos viejos. Se lanzó hacia ella, la recogió, y corrió hacia la segunda estancia.

La oscuridad la engulló al pasar bajo el arco de ladrillo. Conocía el camino. Había estado allí hacía apenas unas horas. La habitación sellada de Jenna estaba al fondo, la puerta de madera oscura abierta de par en par, el rectángulo de negrura absoluta esperándola como una tumba abierta.

Se metió dentro.

Cerró la puerta tras de sí. No había pestillo. No había cerradura. Solo la madera maciza y la oscuridad, y el olor a polvo y a tiempo detenido.

Se arrastró hacia el rincón más alejado, junto al armario abierto, y se encogió contra la pared. La carpeta la abrazó contra el pecho como un escudo inútil. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas, y por más que intentaba controlarla, no podía. El aire entraba y salía de sus pulmones en un ritmo irregular que sonaba a sollozo contenido.

Los pasos de Miles cruzaron el sótano.

Podía oírlos claramente: el crujido de la grava bajo sus zapatos, el roce de la ropa contra las estanterías, el silbido de su respiración. Se detuvo un momento, y luego la luz de su linterna se filtró por la rendija bajo la puerta, un rectángulo de claridad que se deslizó sobre el suelo polvoriento de la habitación de Jenna.

—Bonito escondite —dijo Miles, y su voz sonó divertida, como si estuviera jugando a un juego—. La habitación de la niña. Me pregunto cuánto tiempo hace que nadie entra aquí.

Piper se tapó la boca con la mano. El pulso le golpeaba las palmas, las muñecas, las sienes. Podía oír su propia sangre, un rumor sordo que ocupaba todo el espacio disponible en su cabeza.

—¿Sabes cuánto tiempo estuve esperando que alguien encontrara esta carpeta? —La voz de Miles seguía siendo calmada, conversacional—. Treinta años. Treinta años viviendo con la posibilidad de que un día, alguien abriera la caja de seguridad equivocada, o leyera la carta equivocada, o hiciera la pregunta equivocada.

Se oyó un roce, como si hubiera apoyado la mano en la pared.

—Y apareciste tú. La heredera de Eloise. La mujer que no sabe cuándo parar.

Piper cerró los ojos. Las lágrimas le quemaban los párpados, pero no iba a llorar. No delante de él. No cuando estaba tan cerca de la verdad.

—Solo quiero la carpeta, Piper. Y desapareceré. Te doy mi palabra. No tengo ningún interés en hacerte daño. Nunca lo tuve.

La luz bajo la puerta se movió. Los pasos de Miles se reanudaron, rodearon la puerta, se detuvieron justo al otro lado.

Piper sintió que el mundo se detenía.

La sombra de sus pies se proyectó bajo la rendija, recortada contra la luz. La mano de Miles rozó la madera, una caricia ligera, casi

tierna.

—Ábreme —dijo—. Y todo habrá terminado.

Piper no se movió. No podía. Estaba paralizada, el cuerpo tenso como una cuerda de violín a punto de romperse, la respiración atascada en la garganta.

El silencio se alargó. Largo. Denso.

Y entonces la puerta comenzó a abrirse.

La luz entró a raudales, cegadora, y Piper se encogió contra la pared, la carpeta apretada contra el pecho, esperando el final.

CAPÍTULO 18: EL SECRETO DE LA NIÑERA

La luz la cegó.

Piper se encogió contra la pared, la carpeta apretada contra el pecho, esperando el golpe. La linterna de Miles la envolvía en un haz blanco que la cosía a la oscuridad. Podía olerlo: colonia cara mezclada con el frío de la noche, el aroma de la menta que Jenna había mencionado en su diario. El que siempre acompañaba al miedo.

—Se acabó —dijo Miles, y su voz sonó cansada, casi decepcionada —. Me has obligado a llegar hasta aquí, Piper. Podría haber sido más fácil.

La puerta se abrió del todo. Su silueta llenó el marco, alta y familiar, el abrigo oscuro manchado de nieve derretida. La linterna apuntaba directamente a sus ojos, obligándola a entrecerrarlos. El legajo pesaba contra su pecho como un escudo inútil. Su pulso golpeaba tan fuerte que sentía cada latido en la garganta, en las sienes, en la punta de los dedos.

—Dame eso —dijo—. Y todo terminará.

Piper negó con la cabeza. No podía hablar. Las palabras se le habían atascado en algún lugar entre el miedo y la rabia, un nudo que no lograba tragar.

Miles suspiró. Dio un paso hacia ella.

Y entonces, la luz cambió.

No la de su linterna. La luz que entraba desde el sótano, la que se filtraba por la rendija de la puerta abierta. Un haz amarillo, potente, que se proyectó sobre la pared del fondo como un faro.

Faros. Un coche.

Miles se volvió. Su linterna abandonó el rostro de Piper y barrió el sótano, iluminando las estanterías oxidadas, las cajas de cartón, el arco de ladrillo. Desde arriba llegó el sonido de un motor que se apagaba, seguido del portazo de una puerta de coche.

—Maldita sea —masculló Miles.

Se movió con rapidez, una agilidad que no esperaba en un hombre de su edad. Salió de la habitación sellada, cruzó el sótano en tres zancadas y subió las escaleras. La madera crujió bajo su peso, pero no se detuvo. Piper oyó sus pasos en el pasillo, el chirrido de la puerta trasera al abrirse, y luego el silencio.

Se había ido.

Se quedó inmóvil, la respiración atascada, el cuerpo tenso como una cuerda a punto de romperse. Los segundos pasaron lentos, densos. La linterna que Miles había dejado caer seguía encendida en el suelo del sótano, iluminando un círculo de luz amarillenta sobre la tierra apisonada.

Desde arriba, una voz:

—¿Piper? ¿Estás ahí?

Era Louise. La voz llegaba desde la cocina, temblorosa pero reconocible. La voz de la vecina que le había ofrecido café y galletas, que le había contado la historia oficial, que le había dicho que no revolviera el pasado.

La misma que, según Patricia, lo había visto todo aquella noche.

Piper se levantó. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en la pared para no caer. La carpeta seguía apretada contra su pecho, el cartón húmedo por el sudor de sus manos. Salió de la habitación sellada, cruzó el sótano a trompicones y subió las escaleras.

La puerta del sótano estaba abierta. La luz de la cocina se derramaba sobre los primeros peldaños, cálida y amarilla. Piper emergió como un fantasma, parpadeando ante la claridad.

Louise estaba en el centro de la cocina, con el abrigo puesto sobre el camisón, las botas de agua mal abrochadas. Tenía el pelo revuelto, gris ceniza escapándose de un moño apretado que había resistido la tormenta. Sostenía una linterna en la mano derecha, y los nudillos se le blanqueaban al apretarla.

—Dios mío —dijo al verla—. Piper, estás temblando.

Y entonces, sin mediar palabra, Louise la abrazó.

El abrazo fue torpe, brusco, el de alguien que no está acostumbrado a mostrar afecto físico. Pero el calor de su cuerpo penetró la chaqueta empapada de Piper. Las piernas dejaron de temblar. La respiración volvió a fluir. El miedo comenzó a disiparse como la niebla al amanecer.

—Vi su coche —dijo Louise, con la boca pegada a su hombro—. Cuando salí a mirar la tormenta, vi su coche aparcado en la carretera. Sabía que vendría a por el legajo. Lo sé todo, Piper. Lo sé todo.

Se separó y la miró a los ojos. Los suyos estaban enrojecidos; las venas rojas trepaban por la córnea. Las pupilas, dilatadas por el miedo o por la falta de sueño.

—Subamos —dijo—. Necesitas sentarte.

Subieron. La cocina estaba sumergida en la penumbra del amanecer, la luz grisácea filtrándose por las ventanas empañadas. Las velas se

habían consumido, dejando pequeños lagos de cera solidificada sobre la mesa. Los documentos seguían extendidos: la carta de Caroline, el testamento, las fotografías del álbum.

Louise las vio. Su mirada recorrió las imágenes con una lentitud dolorosa, como si cada fotografía fuera una puñalada.

—Siéntate —dijo, y su voz sonó ronca—. Te voy a contar lo que pasó. Todo lo que pasó.

Piper se sentó. La carpeta cayó sobre la mesa con un golpe sordo. Louise se quedó de pie, de espaldas a la ventana, la luz del amanecer recortando su silueta contra el cristal.

—Yo era la niñera de los Sherman —dijo, y las palabras cayeron como piedras en un estanque quieto—. Empecé a trabajar con ellos en 1991, cuando Jenna tenía cuatro años y Rowan seis. Grant y Caroline eran buena gente. Me pagaban bien, me trataban como a una más de la familia.

Hizo una pausa. La mano izquierda, la que sostenía la linterna, comenzó a temblar. Dejó la linterna sobre la encimera y entrelazó los dedos, apretándolos con fuerza.

—La noche del 15 de noviembre de 1994, Grant había citado a Miles en su casa. Caroline me pidió que me quedara hasta tarde, que acostara a los niños. Dijo que necesitaba que alguien estuviera allí por si acaso. No me dijo por qué. No hizo falta. Yo sabía que algo iba mal desde hacía meses.

—¿Tú sabías lo de las discusiones? —preguntó Piper.

—Todo el mundo lo sabía. Grant y Miles discutían a menudo. Pero esa noche fue diferente. Cuando Miles llegó, lo oí todo desde la habitación de Jenna. Estaba acostándola, cantándole una canción de cuna para que se durmiera. Pero no podía dormir. Jenna no quería dormir.

Louise tragó saliva. Las lágrimas empezaban a brillar en sus ojos, pero no caían. Flotaban en el borde de sus párpados como agua a punto de desbordarse.

—Miles entró por la puerta principal. Grant lo esperaba en el despacho. Al principio hablaban en voz baja, pero pronto empezaron a gritar. Oí a Grant decir que iba a llamar a la policía, que tenía pruebas de que Miles estaba robando la empresa. Miles le rogaba, le suplicaba. Luego su tono cambió.

—¿Qué pasó?

—Oí un golpe. Silencio. Jenna lloraba. Bajé.

La voz se le quebró. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, abriendo surcos en el polvo y la ceniza que la tormenta había dejado en su piel.

—Grant estaba en el suelo. Tenía la cabeza ladeada, los ojos abiertos. La sangre se extendía bajo su cabeza, manchando la alfombra. Caroline estaba arrodillada a su lado, gritando. Y Miles estaba de pie, con un pisapapeles de vidrio en la mano. Un pisapapeles con forma de globo terráqueo. Estaba manchado de sangre.

A Piper se le encogió el estómago. El pisapapeles. El mismo que Jenna había visto en el despacho de su padre, aquel con los continentes pintados a color.

—Miles me vio —continuó Louise, su voz un susurro—. Me sonrió. «Ha sido un accidente. ¿Vas a ayudarme?»

—¿Y qué hiciste?

—Salí corriendo. Me encerré en el baño. No llamé a nadie.

—Pero no lo fue.

—No. A la mañana siguiente, la casa de los Sherman estaba vacía. Grant, Caroline y Jenna habían desaparecido. Rowan fue encontrado

en el bosque, mudo, con la ropa manchada de sangre. Y Miles... Miles se presentó en mi casa al día siguiente.

—¿Qué hizo?

—Entró sin llamar. Dijo que los había matado y enterrado. Si hablaba, sería la siguiente.

Las lágrimas caían ahora sin control, rodando por sus mejillas, goteando sobre la mesa, manchando la carta de Caroline con un halo de humedad.

—¿Por qué nunca hablaste?

—Porque tenía miedo. —Louise levantó la mirada, los ojos enrojecidos, la voz rota—. Me aterraba que volviera a por mí. Que hiciera daño a mi madre. Que nadie me creyera. Era una niñera, Piper. ¿Quién iba a creer a una niñera frente a un hombre rico y poderoso?

Piper se levantó. Dio la vuelta a la mesa y se sentó al lado de Louise, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo tembloroso. Le cogió las manos. Estaban frías, los dedos rígidos por la tensión.

—Ya no estás sola —dijo—. Tenemos las pruebas. El testamento, la carta de Caroline, la carpeta roja. Y tenemos el cuerpo de Jenna. La tormenta lo desenterró. Está en el jardín.

Louise abrió los ojos con incredulidad.

—¿El cuerpo de Jenna?

—Bajo el roble. Miles la enterró allí. Treinta años esperando a que alguien la encontrara.

Louise negó con la cabeza, lentamente, como si no pudiera procesar la información.

—Dios mío —susurró—. Todo este tiempo... todo este tiempo estuvo allí.

—Y ahora tenemos la prueba definitiva —dijo—. Podemos detenerlo.

—¿Cómo?

—Con tu testimonio. Con el testamento. Con la carta de Caroline. Con el cuerpo de Jenna. Todo junto es suficiente para pedir una orden de arresto.

Louise la miró fijamente. Los ojos le brillaban, pero no de lágrimas. De algo más. Determinación, tal vez. O el principio de una esperanza que llevaba treinta años apagada.

—¿Crees que podemos?

—Lo sé. —Piper apretó sus manos—. Pero necesito que declares. Necesito que digas lo que viste aquella noche. Delante de un juez, delante de un jurado, delante de quien sea necesario.

Louise respiró hondo. El aire le llenó los pulmones, y cuando lo exhaló, pareció expulsar también parte del peso que llevaba dentro.

—Lo haré —dijo—. Por Jenna. Por Grant y Caroline. Por Rowan. Y por mí. Para poder mirarme al espejo sin ver a la cobarde que fui.

Piper la abrazó. Esta vez fue ella quien rodeó los hombros de Louise, sintiendo los huesos frágiles bajo el abrigo, el temblor que la recorría de pies a cabeza.

—No eres una cobarde —dijo—. Eres una superviviente. Y ahora vas a ayudar a que se haga justicia.

La luz del amanecer se filtraba por las ventanas. La tormenta había pasado. Fuera, la nieve cubría el jardín en una capa blanca y el silencio era denso, expectante.

Sobre la mesa, la carpeta roja contenía la prueba de un crimen cometido treinta años atrás. La carta de Caroline, el testamento modificado, las fotografías del álbum. En el jardín, bajo el roble, el cuerpo de Jenna Sherman esperaba su exhumación.

Piper miró a Louise. Había dejado de llorar. Sus ojos, aún enrojecidos, tenían una claridad que no había visto antes.

—Vamos —dijo—. Vamos a llamar a Buck. Y luego vamos a enterrar a Jenna como se merece.

Louise asintió. Se puso en pie con dificultad, las articulaciones crujiendo, pero no se quejó.

—Espera —dijo—. Hay algo más.

—¿Qué?

—Puede que Miles no actuara solo. La noche del crimen, vi un coche esperando fuera. Unas luces. Las vi cuando salí huyendo de la casa.

Un escalofrío le recorrió el vientre.

—¿Viste quién era?

—No. Solo las luces. Pero sé que no era un coche cualquiera. Era un coche grande, oscuro. Un todoterreno. Y esperó a que Miles saliera.

—¿Alguien lo ayudó a deshacerse de los cuerpos?

—Eso creo. No podía haberlo hecho solo. Grant era un hombre corpulento, y había tres cuerpos. Al menos, eso pensé entonces.

La revelación caía como una losa. Miles no había actuado solo. Alguien más había participado en el crimen. Alguien que seguía libre, que seguía protegiendo su secreto.

—¿Sabes quién podría ser?

Louise negó con la cabeza.

—No. Pero si lo averiguamos... podemos desmontar todo su castillo de mentiras.

Piper guardó la carpeta roja en la mochila. Luego cogió su teléfono, aún sin cobertura, y lo guardó en el bolsillo.

—Tenemos que ir al hospital —dijo—. Buck estará allí. Y necesitamos protección. Miles sabe que estamos aquí. Volverá.

—¿Adónde iremos?

—Al hospital. Es el único lugar seguro. Hay policías, hay gente. No se atreverá a atacarnos allí.

Louise asintió. Se puso el abrigo, se ajustó la bufanda, y siguió a Piper hacia la puerta.

Pero antes de salir, Piper se detuvo un momento en el recibidor. El reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete. Las manecillas congeladas, el péndulo inmóvil. El tiempo detenido.

—Ya no —dijo en voz baja—. El tiempo va a volver a andar.

Y abrió la puerta.

El aire frío de la mañana les golpeó la cara. La nieve crujía bajo sus botas, y el cielo comenzaba a clarear, tiñendo el horizonte de un azul pálido y lavado.

Detrás de ellas, la casa de los ecos perdidos guardaba silencio.

Pero por primera vez en treinta años, el silencio no era de muerte.

Era de esperanza.

CAPÍTULO 19: EL DESPERTAR DE ROWAN

La luz de la mañana entraba por la ventana de la UCI, dibujando un rectángulo de claridad sobre el suelo de linóleo. El rayo atravesaba las persianas verticales y se quebraba contra la pared blanca, justo donde el gotero colgaba de su soporte metálico. La solución salina descendía gota a gota con un ritmo de reloj. El olor a antiséptico y a sábanas recién cambiadas saturaba el aire, un aroma que en las últimas horas se le había quedado pegado a la ropa, a la piel, al fondo de la nariz.

Rowan Delaney estaba despierto.

Piper lo vio en cuanto empujó la puerta. No hubo necesidad de preguntar a la enfermera, ni de consultar el parte médico que descansaba sobre la mesa de la sala de espera. Lo vio en sus ojos.

Estaban abiertos.

Ese azul pálido, casi translúcido, que la primera vez le había helado la sangre por su intensidad, ahora miraba fijamente el techo. Las grietas del yeso, las manchas de humedad en las esquinas: llevaba treinta años en aquella cama metafórica, observando el mismo paisaje de cicatrices arquitectónicas sin poder articular una sola palabra sobre lo que había visto.

Piper se quedó un instante en el umbral, la mano aún apoyada en el picaporte. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic suave, y el

sonido bastó para que él girara la cabeza.

Sus miradas se encontraron.

No hubo sorpresa en sus ojos. Ni alivio. Solo un reconocimiento profundo, como si hubiera estado esperándola, como si supiera que ella aparecería en cuanto él estuviera listo para verla. Los días de sedación habían dejado sus facciones más afiladas, los pómulos marcados bajo la piel pálida, la mandíbula cubierta por una barba de dos días que oscurecía su rostro. La venda en la cabeza seguía cubriendo media frente, pero ya no era blanca: una mancha amarillenta en el borde delataba el paso del tiempo.

—Hola —dijo Piper.

Rowan parpadeó. Una vez. Dos veces. Sus labios se movieron, pero no salió ningún sonido. Solo un hilo de aire, un suspiro que se perdió en el silencio de la habitación.

Piper se acercó. La silla junto a la cama seguía en la misma posición en que la había dejado anoche, cuando Buck la sacó del hospital para llevarla al banco, cuando la tormenta comenzó a rugir, cuando todo cambió. Ahora volvía a sentarse en ella, y el plástico frío se adaptó a su cuerpo como si nunca se hubiera ido.

—Has vuelto —dijo, sin saber muy bien por qué lo decía. Era obvio. Pero necesitaba oírlo, necesitaba que él supiera que ella lo veía.

Rowan movió la mano derecha, la que no tenía la vía intravenosa. Los dedos se arrastraron sobre la sábana con una lentitud dolorosa, como si cada articulación hubiera olvidado cómo funcionar. Piper extendió la suya y la dejó caer junto a la de él, sin llegar a tocarla.

Él la miró. Sus dedos se movieron otro centímetro. Rozaron los de ella.

El contacto fue eléctrico. No por la intensidad, sino por lo que significaba. Treinta años de silencio, de cabañas en el bosque, de notas escritas a desconocidos, de hachas hundidas en troncos de

leña, de miradas que huían al primer contacto visual. Y ahora, aquel hombre roto, conectado a máquinas que pitaban y zumbaban con una regularidad mecánica, estaba buscando su mano.

Piper entrelazó los dedos con los suyos.

—Estoy aquí —dijo—. No te voy a dejar solo.

Rowan cerró los ojos un momento. Su pecho subió y bajó con una respiración profunda, y cuando los abrió, algo había cambiado en su mirada. La barrera que había mantenido durante tres décadas, el muro que lo separaba del mundo, comenzaba a resquebrajarse.

Abrió la boca.

El sonido que salió fue apenas un susurro, un roce de aire contra cuerdas vocales que llevaban tres décadas sin vibrar. Pero era humano. Era palabra. Era el principio de algo que parecía imposible.

—Él...

Piper se inclinó hacia adelante, acercando el oído a sus labios. Podía sentir el calor de su aliento, el esfuerzo que cada sílaba requería.

—Él... mató a mi padre.

Las palabras cayeron como piedras en un estanque quieto. Piper sintió que el aire se le helaba en los pulmones. No era la primera vez que oía aquella frase. Louise se la había dicho, Patricia se la había insinuado, Buck la había confirmado con sus medias verdades de detective jubilado. Pero oírla de labios de Rowan, de la boca del niño que había presenciado todo aquella noche, era diferente. Era la verdad sin adornos, sin filtros, sin coartadas, sin los treinta años de silencio que la habían enterrado.

—Lo sé —dijo Piper, apretando su mano—. Lo sé, Rowan.

Él negó con la cabeza, un movimiento diminuto que hizo que la venda se desplazara ligeramente. Su mano apretó la de ella con una

fuerza que no debería tener, los dedos clavándose en su piel como si temiera que ella desapareciera si la soltaba.

—No lo sabes —dijo, y esta vez la voz salió más clara, más firme, como si hablar hubiera abierto una compuerta—. No sabes lo que vi. No sabes lo que recuerdo.

Piper se quedó callada. No iba a interrumpirlo. No iba a apresurarlo. Había esperado treinta años para oír aquello; podía esperar unos minutos más.

Rowan respiró hondo. El monitor de la frecuencia cardíaca se aceleró ligeramente, los picos azules trepando por la pantalla en un ritmo más rápido. Cerró los ojos, y cuando los abrió, ya no miraba el techo. Miraba un punto fijo en el pasado, una escena que llevaba tres décadas reproduciéndose en su cabeza sin que pudiera detenerla.

—Tenía... —dijo, y se detuvo. Tosió. Luego—: Siete años. Voces. Gritos. —Cerró los ojos—. Él.

—Miles.

Rowan asintió. La barbilla le tembló, pero no lloró. No todavía.

—Bajé... —dijo, haciendo una pausa para respirar—. Sin ruido. Madre decía... no bajar. —Negó con la cabeza—. No pude.

Hizo una pausa. La respiración se le aceleró, los dedos apretando la mano de Piper con más fuerza.

—Cuando llegué al final de la escalera, me escondí detrás del sofá. Desde allí podía ver el despacho de mi padre. La puerta estaba abierta. Vi a papá de pie, con la carpeta roja en la mano. La misma que siempre llevaba Miles cuando se iba.

—La carpeta del desfalco.

—Sí. Papá la estaba agitando, diciendo que había descubierto todo, que iba a llamar a la policía. Miles estaba al otro lado del escritorio,

con las manos levantadas, como si estuviera pidiendo calma. Pero no había calma en sus ojos. Había... no sé cómo decirlo. Algo frío. Algo que no se movía.

La voz de Rowan se quebró. Carraspeó, y el sonido fue seco, rasposo, como si las palabras hubieran estado atrapadas en una caja de latón durante treinta años y ahora salieran oxidadas.

—Miles dijo: «Grant, no seas estúpido. Podemos arreglarlo. Podemos llegar a un acuerdo». Y mi padre dijo: «No hay acuerdo, Miles. Has robado a la empresa. Has robado a mi familia. Mañana mismo voy a la policía».

Rowan se detuvo. Los ojos se le humedecieron, pero las lágrimas no caían. Flotaban en el borde de sus párpados, contenidas por una voluntad de hierro.

—Entonces Miles cogió el pisapapeles.

—¿El de vidrio? —preguntó Piper—. ¿El globo terráqueo?

—Sí. Estaba en la esquina del escritorio. Miles lo cogió sin apartar la mirada de mi padre. Y le dijo: «Lo siento, Grant. De verdad que lo siento». Y entonces lo golpeó.

La palabra quedó suspendida en el aire. Piper sintió que el estómago se le encogía, pero no apartó la mirada. Rowan necesitaba que alguien lo mirara mientras hablaba. Necesitaba que alguien fuera testigo de su testimonio.

—Cayó... ruido... sangre... —dijo, y su voz se quebró. Hizo una pausa larga—. Madre gritó. Se abalanzó. Miles la empujó. —Se llevó la mano a la cabeza—. Contra la pared. Luego... —No terminó la frase.

Se detuvo. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas, y el monitor empezó a pitar más rápido, alertando de la subida de la frecuencia cardíaca.

—Rowan —dijo Piper—. Respira. No hace falta que lo digas todo ahora.

—Sí hace falta. —La voz de él se endureció, un destello de la determinación que lo había mantenido vivo durante treinta años en una cabaña en el bosque—. Si no lo digo ahora, no lo diré nunca.

Volvió a respirar hondo. La mano izquierda, la escayolada, descansaba inmóvil sobre la sábana, pero la derecha seguía apretando la de Piper con una fuerza que empezaba a dolerle.

—Miles la golpeó también. Vi cómo su cabeza chocaba contra el borde de la estantería. Cómo caía al suelo, al lado de mi padre. Vi sus ojos abiertos, mirando al techo, y supe que estaba muerta.

La lágrima solitaria que había estado esperando se deslizó por su mejilla. Una sola. No más.

—Y entonces apareció Jenna.

Piper sintió que el mundo se detenía.

—Había oído los gritos desde su habitación —continuó Rowan—. Bajó las escaleras corriendo, con la muñeca de porcelana apretada contra el pecho. Llevaba el camisón de flores, el que le había regalado mi madre por su cumpleaños. Llegó al final de la escalera y vio a Miles de pie, con el pisapapeles ensangrentado en la mano. Vio los cuerpos de mis padres en el suelo.

La voz se le rompió en la última palabra. Pero siguió adelante.

—Miles la vio. Se quedó mirándola un momento, como si no supiera qué hacer. Y Jenna... Jenna lo miró a los ojos. Y dijo: «Tú has matado a mis papás».

Piper sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. Las contuvo. No podía llorar. No mientras Rowan hablaba.

—Miles no dijo nada. Solo la miró. Y entonces Jenna soltó la muñeca y empezó a subir las escaleras corriendo. Miles fue tras ella. Yo me

quedé detrás del sofá, sin moverme, sin respirar. Oí los pasos de Jenna en el rellano. Oí la puerta de su habitación al abrirse. Y luego oí a Miles subiendo las escaleras.

Hizo una pausa. El silencio se alargó, denso, casi sólido.

—Oí el golpe —dijo, y su voz era ahora un susurro—. Un solo golpe. Y luego el silencio.

Los segundos pasaron. Rowan no lloraba. Tenía los ojos secos, la mirada fija en el techo, como si estuviera viendo aquella escena proyectada sobre el yeso.

—Bajé las escaleras corriendo —dijo—. Salí por la puerta trasera y corrí hacia el bosque. No tenía zapatos. No tenía abrigo. Solo el pijama y el frío. Corrí hasta que no pude más. Y entonces me escondí detrás de un árbol y esperé a que alguien viniera a buscarme.

—Te encontraron al día siguiente.

—Sí. Pero ya no podía hablar. Las palabras se habían quedado allí, en la casa, con los cuerpos de mis padres y de mi hermana. No pude recuperarlas hasta ahora.

Piper le soltó la mano con suavidad. Se levantó, rodeó la cama, y se sentó en el borde, junto a su cadera. Le rozó el brazo, el que no estaba escayolado, sintiendo el calor de su piel bajo la tela fina de la bata de hospital.

—No fue tu culpa —dijo—. Lo que pasó aquella noche no fue culpa tuya.

—Lo sé —dijo, y la voz le tembló—. Ahora. Treinta años.

—Y lo has hecho. Has hablado. Has contado lo que viste. Eso es más de lo que nadie había logrado en todo este tiempo.

—¿Servirá...? —dijo, con la voz insegura. Hizo una pausa—. ¿Testimonio...?

Piper asintió.

—Tenemos más piezas de las que tuvieron nunca. La carta de Caroline, el testamento modificado, la carpeta roja con los documentos del desfalco. El cuerpo de Jenna. Y ahora tu testimonio. Todo junto es suficiente para pedir una orden de arresto.

—¿El cuerpo de Jenna? —Rowan parpadeó, confuso—. ¿Lo encontrasteis?

—La tormenta lo desenterró. Estaba en el jardín, bajo el roble. Miles la enterró allí la misma noche.

Rowan cerró los ojos. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a deslizarse, lentas y silenciosas, por sus mejillas. No hizo nada por detenerlas. Las dejó caer, como si cada una de ellas arrastrara un poco del peso que llevaba dentro.

—Treinta años —dijo—. Treinta años bajo tierra, al lado de la casa donde había vivido. Y yo nunca lo supe.

—Nadie lo supo. Hasta ahora.

—¿Y mi madre? ¿Mi padre?

—No lo sé. No hemos encontrado sus cuerpos. Pero con la confesión de Miles, con las pruebas que tenemos, podremos hacer que lo diga. Sabrá dónde los enterró.

Rowan asintió lentamente. Abrió los ojos y miró a Piper con una claridad que no había visto antes en él. La neblina del trauma, la bruma del silencio, se había disipado. Ahora solo quedaba un hombre que había decidido enfrentar su pasado.

—Declarar —dijo, y afirmó con la cabeza—. Policía. Sepan.

—Lo harás. Pero primero tienes que recuperarte. Estás débil, necesitas descansar.

—No tengo tiempo para descansar. Miles está ahí fuera. Si sabe que he hablado...

—Miles lo sabe. —La interrumpió Piper—. Estuvo en la casa. Intentó matarme. Pero tenemos testigos, tenemos pruebas. La policía lo está buscando.

—¿Y si se escapa? ¿Y si desaparece como hizo después de matar a mi familia?

Piper le apretó el brazo.

—No va a escaparse. No esta vez. Tenemos demasiado en su contra. Y ahora tenemos un testigo que puede mirarlo a los ojos y decir su nombre.

Rowan la miró largamente. Algo cambió en su expresión. El miedo cedió paso a algo diferente. Una determinación tranquila, la misma que había visto en sus ojos cuando le escribió la palabra SÓTANO en la libreta del hospital.

—Gracias —dijo, con la voz apenas audible. Hizo una pausa—. No rendirte. No irte.

—No podía irme. No después de leer el diario de Jenna. No después de verte. Esta casa, esta historia, necesitaba que alguien la escuchara. Y yo estaba allí.

—Eloise lo sabía —dijo Rowan—. Mi madre le escribió una carta antes de morir. Le pidió que guardara la carpeta roja. Pero Eloise nunca la entregó a la policía.

—Tenía miedo. Igual que todos.

—Pero tú no.

—Yo también tengo miedo —dijo Piper—. La diferencia es que no pienso dejar que el miedo me paralice. No después de saber lo que sé.

Rowan asintió. Cerró los ojos, y por un momento Piper pensó que se había dormido. Pero entonces habló, con una voz que sonaba más fuerte, más segura:

—Cómplice... —dijo, y se detuvo para respirar—. Coche... grande... oscuro. Luces. Puerta trasera.

—Louise dijo lo mismo. Un todoterreno.

—¿Louise?

—La niñera. Estaba en la casa aquella noche. Te oyó gritar. Y huyó.

Rowan abrió los ojos.

—Ella también lo vio.

—Pero no lo dijo. Hasta ahora. Se ha ofrecido a declarar.

—No solos.

—No. —Piper sonrió, y la sonrisa le calentó el pecho—. No lo estamos.

El monitor seguía pitando, marcando el ritmo constante del corazón de Rowan. La luz del mediodía se había desplazado, el rectángulo de claridad trepando por la pared hasta casi tocar el techo. El tiempo pasaba. Fuera, en el pueblo, la vida seguía. Miles Pemberton seguía libre. La policía seguía buscándolo.

Pero en aquella habitación de hospital, algo había cambiado para siempre.

Rowan Delaney había roto su silencio.

Y ahora, por primera vez en treinta años, la justicia tenía una oportunidad.

Piper se levantó, soltó suavemente la mano de Rowan, y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a llamar a Buck —dijo—. Y a la policía estatal. Vamos a preparar tu declaración.

—Piper.

Se volvió.

Rowan la miraba desde la cama, el rostro aún pálido, la venda aún manchada, pero los ojos completamente vivos.

—Gracias... —dijo—. Todo.

Ella sonrió.

—Descansa. Cuando vuelva, empezaremos a cavar la tumba de Miles Pemberton.

Salió al pasillo. La luz fluorescente la cegó un instante. Parpadeó, ajustando la vista. La enfermera del mostrador levantó la cabeza.

—¿Se encuentra bien, señorita Marsh?

—Sí —dijo Piper, y la palabra le supo a victoria—. Mejor que bien.

Sacó el teléfono del bolsillo. Marcó el número de Buck. El tono de llamada sonó dos veces antes de que él respondiera.

—¿Sí?

—Ha hablado —dijo Piper—. Rowan ha hablado. Lo ha contado todo.

El silencio al otro lado de la línea se alargó. Luego, la voz de Buck, ronca pero firme:

—¿Dónde estás?

—En el hospital. Necesito que vengas. Necesito que traigas a la policía. Y una grabadora.

—Allí estaré.

Colgó.

Piper se apoyó contra la pared del pasillo. Las piernas le temblaban, pero no de miedo. De adrenalina. De la certeza de que, después de treinta años, la verdad estaba a punto de salir a la luz.

Miró a través del cristal de la habitación de Rowan. Él seguía tumbado, los ojos abiertos, mirando el techo. Pero ahora, en lugar de vacío, había algo nuevo en su mirada.

Esperanza.

Piper sonrió. El tiempo, por fin, comenzaba a andar de nuevo.

CAPÍTULO 20: LAS PALABRAS DE UN NIÑO

La luz de la tarde se filtraba por las persianas verticales de la UCI. Franjas paralelas sobre el linóleo blanco. El rectángulo de claridad se había desplazado desde el mediodía, trepando por la pared hasta casi tocar el techo, marcando el paso de las horas con la paciencia de un reloj de sol. Piper estaba de pie junto a la ventana, los brazos cruzados, la mirada fija en el aparcamiento vacío que se extendía más allá del cristal.

La tormenta de la noche anterior había dejado una capa de nieve sucia que los quitanieves habían amontonado en los bordes, formando montículos grises que parecían tumbas diminutas.

Buck había llegado diez minutos antes. Sin preámbulos, sin saludos, sin el café de costumbre. Solo un asentimiento seco cuando Piper abrió la puerta de la habitación, y el peso de una grabadora que sacó del bolsillo interior del abrigo y colocó sobre la mesilla de noche. Con la precisión de quien coloca una mecha.

Ahora estaba sentado junto a la cama de Rowan, los codos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre ellas. La chaqueta de tweed, desgastada en los codos, olía a humedad y a tabaco frío. Tenía los ojos enrojecidos, pero no por el alcohol. Por la falta de sueño, o por la tensión acumulada de treinta años de espera.

—Rowan —dijo, y su voz sonó grave, casi reverente—. Sabes quién soy, ¿verdad?

Rowan asintió. Tenía la cabeza ligeramente elevada gracias a las almohadas, y el brazo escayolado descansaba sobre la sábana como un objeto ajeno. Los moratones en su rostro habían comenzado a cambiar de color: del violeta intenso al verde amarillento, el mapa de la curación avanzando lentamente sobre su piel. Pero sus ojos, ese azul pálido y translúcido, estaban completamente presentes.

—Eras el detective —dijo, y la voz le salió rasposa, como si las palabras tuvieran que abrirse paso entre los escombros de tres décadas de silencio—. El que me encontró en el bosque.

Buck sostuvo su mirada. Transcurrieron varios segundos sin que ninguno apartara la vista. Un reconocimiento compartido, un puente tendido entre el niño de entonces y el hombre de ahora.

—Fui yo —dijo Buck—. Te llevé en brazos hasta la ambulancia. No pesabas nada. Estabas helado, temblando, y no parabas de repetir una palabra.

—Miles —dijo Rowan.

—Sí. Miles. —Buck tragó saliva—. Pero entonces no sabíamos quién era. Pensábamos que era el nombre de un amigo, de un compañero de clase. No supimos hasta después.

—Hasta que fue demasiado tarde.

—Hasta que fue demasiado tarde.

Se instaló entre ellos un silencio espeso, lleno de todo lo que no necesitaban decirse. Piper se quedó inmóvil junto a la ventana, sin querer interrumpir aquel momento. Las manecillas del reloj de pared avanzaban con un tic-tac hipnótico, marcando segundos de un tiempo que Rowan llevaba tres décadas esperando.

Buck carraspeó. Se inclinó hacia adelante y presionó el botón de la grabadora. Un clic seco resonó en la quietud, seguido del leve

zumbido del mecanismo al activarse.

—Rowan Delaney —dijo Buck, y su voz adquirió un tono más formal, el de quien sabe que cada palabra va a ser escuchada por un juez—, ¿puedes decirme, por favor, qué recuerdas de la noche del 15 de noviembre de 1994?

Rowan cerró los ojos.

Por un momento, Piper pensó que no iba a responder. Su respiración se había vuelto lenta, profunda, como si se estuviera hipnotizando a sí mismo, viajando hacia atrás en el tiempo. Los dedos de su mano derecha, la que no tenía vía, se movieron sobre la sábana, abriéndose y cerrándose en un gesto involuntario.

Cuando habló, su voz era diferente. Más joven. Como si el niño que había sido estuviera hablando a través de él.

—Tenía... siete años —dijo con esfuerzo. Tragó saliva y cerró los ojos un momento—. Había cenado pollo... con patatas, lo que más me gustaba.

Hizo una pausa, la respiración entrecortada. Buck esperó.

—Mi madre... me había leído un cuento... —continuó—. «El viento en los sauces». Me acuerdo porque siempre me dormía antes de que llegara al final... pero esa noche... no podía dormir.

Abrió los ojos y miró al techo, pero no veía el yeso agrietado. Veía el techo de su habitación infantil, treinta años atrás. Tosió, y Buck le acercó un vaso de agua. Bebió un sorbo antes de continuar.

—Oí voces... —dijo, con la voz más ronca—. No eran voces normales. Mi padre... gritaba. No era la primera vez, pero aquella noche... su voz sonaba distinta. Como si... estuviera asustado.

Volvió a beber agua. Piper notó que le temblaban los dedos.

—Y mi madre lloraba. Podía oírla... a través del suelo. Un sonido ahogado, como si se estuviera tapando la boca... para no hacer

ruido.

Buck no interrumpía. La grabadora seguía girando, la cinta absorbiendo cada palabra.

—Bajé las escaleras... —continuó Rowan, pero la voz se le quebró. Cerró los ojos. Piper esperó.

—No sé por qué —dijo al fin—. Algo... me empujaba.

Se llevó una mano a la frente. Buck apagó la grabadora un momento.

—¿Quieres un momento? —preguntó Buck.

Rowan negó con la cabeza, aunque su respiración era agitada.

—Cuando llegué al final... me escondí detrás del sofá del salón. Desde allí... podía ver la puerta del despacho de mi padre. —Hizo una pausa—. Estaba abierta.

—Vi a mi padre... —empezó Rowan, pero se detuvo. La mano derecha le temblaba sobre la sábana. Piper se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué viste? —preguntó ella con suavidad.

—De pie —dijo Rowan—. Detrás del escritorio. Tenía la carpeta roja... en la mano. La misma que... siempre se llevaba Miles cuando se iba.

Su voz se hizo más débil. Buck le ofreció el vaso de agua, y bebió otro sorbo.

—Mi padre la agitaba —prosiguió—. Decía cosas como... «te he descubierto» y... «voy a llamar a la policía». Mi madre estaba al lado... con las manos juntas... como si estuviera rezando. Y Miles estaba enfrente, al otro lado del escritorio.

—¿Miles Pemberton? —preguntó Buck, aunque sabía la respuesta.

—Sí. —Rowan pronunció el nombre despacio, saboreando cada sílaba, como si necesitara familiarizarse con él después de tanto tiempo—. Llevaba un traje gris, siempre llevaba traje. Y parecía tranquilo. Demasiado tranquilo. Como si todo aquello fuera un espectáculo y él ya supiera cómo iba a terminar.

—¿Qué pasó después?

—Mi padre le dijo que había descubierto el desfalco. Que había estado robando dinero de la empresa durante años, creando facturas falsas, desviando fondos a cuentas en el extranjero. Miles no lo negó. Solo dijo: «Grant, podemos arreglarlo. No tienes por qué hacer esto». Y mi padre respondió: «No hay arreglo, Miles. Mañana voy a la policía».

Rowan cerró la mano sobre la sábana, los nudillos blanqueándose.

—Entonces Miles cogió el pisapapeles.

—¿El pisapapeles? —Buck se inclinó hacia adelante—. ¿Puedes describirlo?

—Era de vidrio. Pesado, como un globo terráqueo. Mi padre lo tenía en el escritorio desde antes de que yo naciera. Tenía los continentes pintados en colores desvaídos, y cuando lo girabas, los océanos se difuminaban en un azul borroso. A mí me gustaba hacerlo girar cuando entraba en su despacho.

Rowan cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había lágrimas en sus pestañas, pero no parpadeó para no dejarlas caer.

—Miles lo cogió con la mano derecha. Sin apartar la mirada de mi padre. Y le dijo: «Lo siento, Grant. De verdad que lo siento». Y entonces... —se quedó en blanco. Su mirada se perdió en el techo. Buck esperó un momento, luego apretó el botón de la grabadora para detenerla.

—Rowan —dijo Buck con suavidad—. ¿Estás bien?

Rowan parpadeó varias veces, como si despertara de un sueño profundo. Piper se acercó y le puso una mano en el brazo.

—Concéntrate —dijo ella—. Recordaste que el pisapapeles era un globo terráqueo. Jenna lo mencionó en su diario. Dijiste que te gustaba hacerlo girar. Sigue desde ahí.

Rowan asintió lentamente, bebió un poco de agua del vaso que Buck le acercó, y retomó con voz temblorosa:

—Lo cogió... con la mano derecha. Sin apartar... la mirada. Y le dijo que lo sentía. Y entonces... —respiró hondo—. Lo golpeó.

—El golpe fue seco —dijo Rowan, con la voz más quebrada que antes—. Como cuando se parte... una rama gruesa. Mi padre... cayó hacia atrás. Su cabeza... golpeó el borde... de la estantería. Se desplomó. La sangre... salió de su cabeza. Manchó la alfombra.

Hizo una pausa, la respiración entrecortada. Buck esperó, pero Rowan continuó:

—Mi madre gritó. Corrió hacia él. Se arrodilló a su lado. Le tocó la cara. Pero él... no se movía. No abría los ojos.

La voz se le quebró. Cerró los ojos un momento, y cuando los abrió, pidió agua con un gesto. Buck le acercó el vaso, y bebió un largo sorbo.

—Miles rodeó el escritorio —continuó, más despacio aún—. Se quedó mirando a mi madre... como si estuviera decidiendo. Ella levantó la cabeza. Lo vio... con el pisapapeles manchado de sangre. Dijo: «Miles, ¿qué has hecho?». Él no respondió. Solo levantó el pisapapeles otra vez.

—¿Y entonces? —preguntó Buck.

—La golpeó —Rowan casi susurró—. Una vez. En la sien. Ella cayó al lado de mi padre. Su cabeza hizo el mismo ruido seco... contra la madera. Después... todo quedó en silencio.

Piper sintió que las lágrimas le quemaban los ojos, pero no parpadeó. No podía. Necesitaba ser testigo de aquello, necesitaba que Rowan supiera que había alguien escuchando, que sus palabras no caían en el vacío.

—Y entonces apareció Jenna —dijo Rowan, y su voz se volvió más frágil, como si hablar de su hermana le costara un esfuerzo adicional —. Había oído los gritos desde su habitación. Bajó las escaleras corriendo, con la muñeca de porcelana apretada contra el pecho. Llevaba el camisón de flores, el que le había regalado mi madre por su cumpleaños. Llegó al final de la escalera y vio a Miles de pie, con el pisapapeles ensangrentado en la mano. Vio los cuerpos de mis padres en el suelo.

—¿Y qué hizo Miles?

—La vio. Se quedó mirándola un momento, como si no supiera qué hacer. Y Jenna lo miró a los ojos. Tenía siete años, como yo. Pero en ese momento parecía más valiente que cualquiera. Levantó la barbilla y dijo: «Tú has matado a mis papás».

La lágrima que había estado conteniendo rodó por su mejilla. No la secó.

—Miles no dijo nada. Solo se movió hacia ella. Y Jenna soltó la muñeca, que cayó al suelo con un golpe sordo, y empezó a subir las escaleras corriendo. Miles fue tras ella.

—¿Tú qué hiciste?

—Nada. —La palabra salió en un susurro, cargada de treinta años—. Me quedé detrás del sofá, sin moverme, sin respirar. Oí los pasos de Jenna en el rellano. Oí la puerta de su habitación al abrirse. Oí a Miles subiendo las escaleras. Y luego oí el golpe.

—¿Un solo golpe?

—Uno solo. Y luego el silencio.

Solo el pitido del monitor y el zumbido de la grabadora rompían la quietud. Buck esperó, dando tiempo a Rowan para que continuara si quería. Pero Rowan había terminado. Su mirada se había perdido en algún punto del pasado, y sus dedos, sobre la sábana, habían dejado de moverse.

—Bajé las escaleras corriendo —dijo, sin apartar la mirada del techo —. Salí por la puerta trasera y corrí hacia el bosque. No tenía zapatos. No tenía abrigo. Solo el pijama y el frío. Corrí hasta que no pude más, y entonces me escondí detrás de un árbol y esperé a que alguien viniera a buscarme.

Buck apagó la grabadora, pero la sostuvo un momento en las manos, como sopesando el testimonio que acababa de grabar. Luego se volvió hacia Rowan y le habló con una suavidad que no había mostrado antes.

—Rowan, has hecho lo más difícil. Has contado la verdad después de treinta años.

Rowan asintió sin abrir los ojos. La fatiga le marcaba el rostro, pero también una paz recién encontrada, como si cada palabra dicha hubiera aligerado el peso que llevaba dentro.

Buck se levantó y fue hacia la ventana. Miró el aparcamiento vacío, las montañas de nieve sucia, el cielo gris que se cerraba sobre Willow Creek.

—Este testimonio es más de lo que tuvimos nunca —dijo—. Con esto, puedo pedir una orden de arresto. Pero necesito deciros la verdad.

Piper sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué verdad?

Buck se volvió. Su expresión era grave.

—Miles tuvo treinta años para deshacerse de las pruebas. Treinta años para limpiar el pisapapeles, para destruir la carpeta roja, para

mover los cuerpos. Si no encontramos el arma homicida o los restos de los Sherman, su testimonio, siendo sincero y detallado, podría no ser suficiente para una condena.

—¿Cómo que no es suficiente? —La voz de Piper se elevó—. Acaba de describir el asesinato con todo lujo de detalles.

—Porque Miles Pemberton tiene los mejores abogados que el dinero puede comprar —dijo Buck—. Y porque un testimonio, por sí solo, sin pruebas físicas que lo corroboren, puede ser cuestionado. Un buen abogado puede sembrar dudas razonables sobre la memoria de un testigo que ha estado en coma, que acaba de recuperar el habla después de treinta años. Puede decir que sus recuerdos fueron implantados por sugestiones durante años de terapia.

—Pero es verdad —dijo Rowan, abriendo los ojos—. Todo lo que he dicho es verdad.

—Lo sé. —Buck se pasó la mano por la cara—. Y por eso mismo tenemos que asegurarnos de que cuando llegue el juicio, su testimonio sea irrefutable. Necesitamos el arma. O los cuerpos. O la carpeta roja con los documentos financieros.

—Tenemos la carpeta —dijo Piper—. Está en mi casa. Y tenemos la carta de Caroline y el testamento modificado.

—La carpeta demuestra el móvil, pero no demuestra que Miles empuñara el arma. —Buck negó con la cabeza—. La carta de Caroline y el testamento son pruebas circunstanciales. Sólidas, pero circunstanciales. El testimonio de Rowan es la pieza central, pero sin una prueba física que lo respalde, un jurado podría tener dudas.

Piper apretó los labios. La frustración le oprimía el pecho, pero también una determinación que se negaba a doblegarse. De pronto recordó la entrada del diario de Jenna, la del 14 de noviembre, la que había leído tantas veces sin detenerse en ella. Metió la mano en la mochila y sacó el cuaderno de tela de cuadros. Lo abrió por la página marcada, la que hablaba del hombre del maletín.

—Hay algo más —dijo, levantando la mirada—. Jenna escribió el 14 de noviembre que vio al amigo de papá discutiendo con un hombre en la puerta de casa. «Llevaba un traje gris y un maletín», dice. Lo describió justo la noche antes del crimen.

Buck se acercó y tomó el diario. Leyó la entrada en silencio, sus dedos rozando el papel amarillento.

—«Llevaba un traje gris y un maletín» —repitió en voz baja—. Ese hombre podría ser el cómplice. Alguien que discutió con Miles antes de que todo ocurriera.

—Si logramos identificar a ese hombre —dijo Piper—, podríamos tener un nombre. Alguien que lo ayudó a deshacerse de los cuerpos.

Rowan, desde la cama, asintió lentamente. —Esa noche, cuando salí huyendo, vi las luces de un coche en el camino de entrada. Un todoterreno oscuro. Podría ser él.

—Entonces tenemos dos testigos que sitúan un segundo vehículo en la escena —dijo Buck, guardando el diario con cuidado—. Y una entrada del diario que describe a un hombre con traje y maletín discutiendo con Miles. Eso refuerza la teoría del cómplice.

—Pero sigue sin ser el arma —dijo Piper.

—No. Pero nos da una dirección. —Buck se sentó de nuevo junto a la cama—. Ahora escuchadme. Esta noche voy a presentar la orden de arresto basándome en el testimonio de Rowan. Con un poco de suerte, tendremos a la policía buscando a Miles mientras nosotros buscamos el arma.

—¿Dónde? —preguntó Rowan.

—En su casa. En su despacho de Boston. En cualquier propiedad que tenga. Si conservó el pisapapeles como trofeo, como hacen algunos asesinos, estará en algún lugar al que solo él tenga acceso.

—Eso es allanamiento —dijo Piper.

—Es investigación —corrigió Buck—. Y si encontramos el arma, tendremos la prueba que necesitamos.

Piper miró a Rowan. Él la miró de vuelta, y en sus ojos no había miedo. Solo determinación.

—Hazlo —dijo—. Haz lo que sea necesario. Por mi familia.

Piper asintió lentamente. Luego volvió a mirar a Buck.

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana —dijo Buck—. Esta noche, me encerraré a redactar los documentos. Rowan, tú descansa. Piper, quédate con él. Si Miles se entera de que ha hablado, vendrá a por él.

—¿Y si Miles huye?

—No lo hará. Es demasiado arrogante. Cree que ha ganado, que treinta años de silencio lo han blindado. No espera que alguien haya roto ese silencio.

—Pero cuando sepa que Rowan ha hablado...

—Entonces será demasiado tarde. —Buck cogió la grabadora y la guardó en el bolsillo—. Porque antes de que pueda reaccionar, ya tendremos la orden de arresto. Y antes de que pueda destruir las pruebas, ya las habremos encontrado nosotros.

Piper sintió que la esperanza, frágil y pequeña, comenzaba a crecer en su pecho. No era la certeza de la victoria, sino la convicción de que, por primera vez en treinta años, la balanza comenzaba a inclinarse hacia el lado correcto.

Miró a Rowan. Él había cerrado los ojos, y su respiración se había vuelto más regular, como si el esfuerzo de hablar hubiera agotado sus últimas reservas de energía. Pero en sus labios, una leve curva ascendente. Una sonrisa. Pequeña, casi imperceptible, pero real.

—Descansa —dijo Piper—. Mañana será un día largo.

Él asintió sin abrir los ojos. Su mano, la que había estado apretando la sábana, se relajó sobre el pecho.

Buck se dirigió hacia la puerta. Piper lo siguió, pero antes de salir, se volvió a mirar a Rowan. La luz de la tarde, ya más tenue, bañaba su rostro en una claridad dorada que suavizaba las marcas de los golpes y las vendas. Parecía en paz. Como si, después de treinta años, el peso que llevaba dentro hubiera comenzado a aligerarse.

Salió al pasillo. Buck estaba apoyado contra la pared, la grabadora en la mano, la mirada perdida en algún punto más allá de las luces fluorescentes.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó.

Buck la miró. Por un instante, su expresión fue ilegible. Luego, lentamente, asintió.

—Hemos llegado más lejos que nadie en treinta años. Eso ya es algo.

—Pero no es suficiente.

—No. —Buck guardó la grabadora—. Pero mañana, cuando empecemos a buscar, puede que lo sea.

El silencio se instaló entre ellos, tenso y cómplice a la vez. Piper sintió el peso de la fatiga, pero también la urgencia de seguir adelante, de no detenerse hasta tener la pieza que necesitaban.

Miles Pemberton había tenido treinta años de ventaja. Pero ahora, por primera vez, alguien le pisaba los talones.

Y no iba a parar hasta alcanzarlo.

Pasaron cerca de tres horas. Rowan descansó, Piper montó guardia en el pasillo, y Buck se encerró en una sala contigua para redactar los documentos de la orden de arresto. Cuando por fin salió, la noche había cerrado por completo sobre Willow Creek.

CAPÍTULO 21: LA CACERÍA

El reloj de la UCI marcaba las once. Tres horas después del atardecer, cuando Piper cerró el diario de Jenna.

Había estado tres horas sentada junto a la cama de Rowan, desde que Buck se fue a preparar la orden de arresto. Tres horas oyéndole respirar, viendo cómo los moratones de su rostro cambiaban de color, de azul a violáceo, como si la noche se hubiera instalado bajo su piel. Y tres horas releyendo aquella entrada del 14 de noviembre, la del hombre con traje gris y maletín discutiendo con Miles en la puerta de casa.

La sabía de memoria —la frase tal cual, el punto y coma, incluso el borrón de tinta junto al margen—, pero esa noche una inquietud le zumbaba en la nuca, un insecto atrapado bajo el cráneo. Algo no encajaba. Algo que no lograba precisar.

Cerró el diario con cuidado, lo guardó en la mochila y respiró hondo. Rowan dormía. El pecho le subía y bajaba al ritmo del respirador; los monitores trazaban líneas verdes sobre pantallas negras. La luz tenue de la mesilla proyectaba sombras largas, dedos de penumbra que se estiraban sobre las paredes blancas.

La enfermera del mostrador levantó la vista cuando pasó.

—¿Se marcha, señorita Marsh?

—Necesito aire. La voz le salió ronca, como si llevara días sin usarla. —Y un café.

—Hay en la máquina del vestíbulo, pero a esta hora sabe a disolvente.

—Me vale.

La enfermera esbozó una sonrisa cansada que no llegaba a sus ojos. El turno de noche dejaba esa huella en los rostros del personal: ojeras profundas, mirada vidriosa.

—No tardo —dijo Piper—. Quédese atenta a la habitación, por favor.

—No se preocupe. Aquí no entra nadie sin que yo lo sepa.

Piper asintió y empujó las puertas batientes que separaban la UCI del pasillo principal. Sus pisadas resonaron en el linóleo, un eco solitario que la acompañó hasta el ascensor. Esta vez no dudó: apretó el botón y esperó mientras las puertas se abrían con un silbido neumático. El interior estaba vacío, iluminado por una luz fluorescente que zumbaba como un insecto moribundo.

Entró. Las puertas se cerraron.

El descenso fue silencioso. Piper apoyó la espalda contra la pared metálica y sintió el peso del día acumulándose en los hombros: el testimonio de Rowan, la confesión de Louise, la orden de arresto que Buck estaba tramitando. Todo parecía encaminarse hacia la justicia. Pero la entrada del diario le seguía royendo, una pieza que no terminaba de encajar en el puzzle.

El ascensor llegó a la planta baja. Las puertas se abrieron.

El vestíbulo del hospital estaba desierto. Las luces fluorescentes parpadeaban en los extremos del pasillo, creando zonas de penumbra entre los círculos de claridad. Las sillas de plástico naranja, vacías, alineadas contra la pared como centinelas sin función. La máquina de café zumbaba en la esquina, el panel luminoso proyectaba un resplandor rojizo sobre el linóleo.

Piper se acercó. Metió una moneda en la ranura, seleccionó café negro, y esperó mientras el líquido caliente caía en el vaso de

cartón. El aroma era amargo, quemado, pero no le importó. Necesitaba algo que la mantuviera despierta.

Cogió el café y se quedó un momento en el vestíbulo, mirando a través de las puertas de cristal la noche que se extendía más allá. El aparcamiento estaba casi vacío. Tres coches dispersos, sus capós cubiertos de escarcha. El suyo al fondo, junto a la salida trasera.

Bebió un sorbo. El café le quemó la lengua; el dolor la ancló al presente. Llevaba demasiado tiempo sumergida en el pasado, en las palabras de Jenna, en la voz rota de Rowan. Necesitaba volver a la superficie, aunque solo fuera un momento.

Terminó el café, aplastó el vaso y lo tiró a la papelera. Luego giró sobre sus talones y volvió al ascensor.

Las puertas se abrieron. Subió de nuevo a la planta de la UCI.

El pasillo seguía igual: luces fluorescentes, linóleo brillante, silencio. Pero algo había cambiado. Piper lo sintió antes de verlo: una corriente de aire frío que no estaba antes, como si alguien hubiera dejado una ventana abierta. El corazón se le aceleró, un bombo sordo contra las costillas. Aceleró el paso, giró la esquina que llevaba a la habitación de Rowan.

La puerta estaba entreabierta.

No la había dejado así. Recordaba haberla cerrado al salir, el picaporte encajando con un clic, el pestillo corrido para que nadie pudiera entrar sin llamar. Pero ahora la puerta estaba entreabierta, una rendija de apenas un centímetro por la que se filtraba un rectángulo de luz.

Piper se quedó inmóvil. El café le ardía en el estómago, pero no sintió nada. Solo el pulso golpeándole las sienes, los dedos apretando el borde de la mochila.

Empujó la puerta con la punta de los dedos.

La habitación estaba igual. Rowan seguía en la cama, el pecho subiendo y bajando al ritmo del respirador, los monitores trazando sus líneas verdes. Pero algo había cambiado, algo que no estaba allí antes.

Sobre la mesilla de noche, junto al vaso de agua, había una nota.

Era un trozo de papel blanco, doblado por la mitad, sin sobre. Piper se acercó con pasos lentos, la mirada fija en ese rectángulo de papel que brillaba bajo la luz amarillenta de la lámpara. Lo cogió.

La letra era firme, trazada con bolígrafo azul, sin titubeos: «Deja de investigar o la próxima vez no será Rowan.»

El estómago se le encogió, un nudo frío en la boca del estómago. Leyó la frase una vez, dos, tres. Las palabras parecían latir bajo sus dedos, un pulso de amenaza que vibraba a través del papel. *La próxima vez no será Rowan.*

No era una advertencia. Era una promesa.

Miró a Rowan, que seguía durmiendo, ajeno al peligro que había estado a centímetros de él. La sábana estaba ligeramente revuelta; el brazo escayolado, recolocado sobre la almohada; el gotero... el gotero tenía una pequeña burbuja de aire en el tubo, cerca de la entrada del brazo.

El aire se le heló en los pulmones.

Alguien había entrado en la habitación mientras ella estaba abajo. Alguien había movido el brazo de Rowan, había manipulado el gotero, había dejado la nota. Y si ella hubiera tardado cinco minutos más en volver...

—No —susurró, y la palabra salió rota.

Dejó la nota sobre la mesilla y examinó el gotero. El tubo estaba ligeramente doblado, como si lo hubieran pellizcado para interrumpir el flujo. La burbuja de aire era pequeña, probablemente no

peligrosa, pero suficiente para saber que alguien había estado allí con intención de hacer daño.

Respiró hondo. La adrenalina le temblaba en las puntas de los dedos. Apoyó una mano en el borde de la cama para estabilizarse; la otra seguía aferrando la nota.

El peligro no era un sicario en un parking oscuro. El peligro era más silencioso, más íntimo. Era alguien que podía entrar en una habitación de hospital sin ser visto, manipular el tratamiento de un paciente, dejar una amenaza sobre la mesilla y desaparecer sin dejar rastro.

Miles no necesitaba enviar matones. Tenía acceso, tenía contactos, tenía la capacidad de llegar a cualquier sitio.

Piper metió la nota en el bolsillo de la chaqueta y salió al pasillo. La enfermera seguía en el mostrador, hojeando un expediente. Levantó la cabeza cuando Piper se acercó.

—¿Ha entrado alguien en la habitación del señor Delaney mientras yo estaba abajo? —preguntó Piper; su voz sonó más cortante de lo que pretendía.

La enfermera arrugó el ceño.

—No. He estado aquí todo el tiempo.

—¿Segura?

—Completamente. No ha pasado nadie. —La mujer dejó el expediente—. ¿Ocurre algo?

Piper dudó. Podía enseñarle la nota, pedir que revisaran el gotero, montar un escándalo. Pero eso pondría a Miles sobre aviso. Le haría saber que la amenaza había sido descubierta, y entonces la próxima vez no sería una nota ni una burbuja de aire. Sería algo definitivo.

—No —dijo—. Todo está bien. Probablemente imaginaciones mías.

Volvió a la habitación. Cerró la puerta con llave, algo que no había hecho antes. Se sentó junto a la cama de Rowan y sacó el teléfono.

Buck respondió al segundo tono.

—¿Sí?

—Ha pasado algo —dijo Piper, manteniendo la voz baja para no despertar a Rowan—. Alguien ha entrado en la habitación mientras yo estaba fuera. Ha dejado una nota. Ha manipulado el gotero de Rowan.

El silencio al otro lado de la línea se alargó. Luego, la voz de Buck, tensa y controlada:

—¿Dónde estás ahora?

—En la habitación. He cerrado la puerta con llave.

—¿Está Rowan bien?

—Sí. La burbuja de aire era pequeña. Pero si llego cinco minutos más tarde...

—No pienses en eso. —Buck hizo una pausa—. Escúchame, Piper. Esto ya no es un juego. Miles sabe que tenemos el testimonio. Ha cruzado una línea que no debía cruzar. Va a intentarlo de nuevo, y la próxima vez no va a fallar.

—Lo sé.

—Tienes que salir de ahí. Ahora.

—¿Adónde voy a ir? No puedo volver a casa. No puedo quedarme en el hospital. Miles tiene gente en todas partes.

—Ven a mi casa. —La voz de Buck sonó firme—. Nadie sabe dónde vivo. Bueno, media docena de personas, pero ninguna de ellas le habla a Miles. Estarás segura allí.

—¿Y Rowan?

—Ya he pedido que pongan un agente en la puerta de la UCI. Nadie va a acercarse a él sin autorización. Pero tú no puedes quedarte. Eres el objetivo principal.

Piper miró a Rowan. Dormía plácidamente, ajeno al peligro que había estado a centímetros de él. Los monitores marcaban ritmos regulares, constantes. Parecía en paz. Pero ella sabía que la paz era frágil, que en cualquier momento podía romperse.

—Vale —dijo—. Voy para allá.

—No cojas el ascensor. Baja por las escaleras de incendios. Sal por la puerta trasera, la que da al callejón. Yo te estaré esperando.

—¿Tú? Creía que estabas en la comisaría.

—He salido en cuanto he recibido tu mensaje. —Buck hizo una pausa—. Tenía el presentimiento de que iba a pasar algo.

Piper colgó. Guardó el teléfono en el bolsillo, junto a la nota. Luego se inclinó sobre Rowan y le rozó la mejilla con los dedos. La piel estaba caliente, viva.

—Vuelvo pronto —susurró—. Cuídate.

No hubo respuesta. Solo el pitido rítmico del monitor, marcando los latidos de un corazón que seguía bombeando a pesar de todo.

Salió de la habitación. La enfermera la miró con curiosidad, pero no dijo nada. Piper caminó hacia el final del pasillo, donde una puerta metálica con el letrero de SALIDA DE EMERGENCIA se abría a la escalera de incendios. Empujó la barra; el silbido de la puerta al abrirse resonó en el silencio.

Las escaleras eran estrechas, de cemento, con barandillas metálicas que se le antojaban hielo bajo los dedos. Las luces de emergencia proyectaban una penumbra rojiza sobre los peldaños. Piper bajó con cuidado, una mano en la barandilla, la otra en el bolsillo, los dedos rozando el borde de la nota.

Llegó a la planta baja. La puerta trasera daba a un callejón estrecho, flanqueado por contenedores de basura y un seto de boj dejado de la mano de Dios. El aire olía a podrido y a humedad. Las farolas de la calle principal apenas llegaban hasta allí, dejando el callejón sumergido en una penumbra densa.

El coche de Buck estaba aparcado al final, con las luces apagadas. La silueta de Buck se recortó contra la ventanilla cuando Piper se acercó.

—Sube —dijo él, abriéndole la puerta.

Piper se metió en el asiento del acompañante. El interior olía a tabaco frío y a café derramado, el mismo olor de siempre. Buck arrancó el motor y salió del callejón sin encender las luces hasta que llegaron a la calle.

—¿Estás bien? —preguntó, con la mirada fija en la carretera.

—Estoy bien. —Piper sacó la nota del bolsillo y se la tendió—. Mira.

Buck la cogió, la sostuvo bajo la luz del salpicadero. Leyó la frase en silencio; su mandíbula se tensó.

—Esto se ha acabado, Piper. —La voz de Buck sonaba grave, como si cada palabra le costara un esfuerzo físico—. Miles sabe que tienes el testimonio. Sabe que tienes las pruebas. Ha cruzado la línea. Te va a matar. No va a parar hasta que lo haga.

Piper se quedó mirando la nota que Buck sostenía entre los dedos. Las letras azules sobre el papel blanco, la amenaza limpia y directa. No había violencia gráfica, no había sangre ni jeringas. Solo unas palabras escritas con calma, con la certeza de quien sabe que puede cumplirlas.

—Todavía no —dijo, apretando la tela de la mochila—. El diario tiene algo que no he visto. Tengo que encontrarlo antes de que él lo haga.

Buck la miró fijamente. Sus ojos cansados, surcados de venas rojas, tenían un brillo que ella no había visto antes.

—¿Qué estás pensando?

—Él quiere las pruebas, ¿verdad? —La voz de Piper se endureció, adquiriendo una firmeza que no sabía que tenía—. La carpeta roja, el testimonio de Rowan. Todo lo que puede incriminarlo.

—Sí.

—Entonces vamos a dárselas. Vamos a tenderle una trampa con cebo.

—Eres tú.

—Sí.

Buck negó con la cabeza, pero no dijo que no. Se quedó allí, de pie en el asfalto helado, mirando a Piper como si la viera por primera vez.

—Es una locura —dijo al fin—. Una locura peligrosa.

—Pero puede funcionar.

—Puede matarte.

—También puede salvarme. —Piper dio un paso hacia él—. Buck, no tengo otra opción. Si no hago esto, Miles va a seguir intentando matarme hasta que lo consiga. No puedo pasar el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

Buck la miró largamente. Luego, lentamente, asintió.

—Vale —dijo—. Pero lo hacemos a mi manera. Con protección. Con un plan. Y si en algún momento siento que el peligro es demasiado grande, lo cancelamos.

—Trato hecho.

Buck metió la marcha y el coche avanzó calle abajo, dejando atrás el hospital, sus luces amarillentas, sus pasillos vacíos. Willow Creek se extendía ante ellos, las calles desiertas, las farolas proyectando círculos de luz sobre el asfalto mojado.

La nota seguía en el bolsillo de Piper, el papel crujiendo contra su muslo al compás del movimiento del coche. *La próxima vez no será Rowan.* Las palabras resonaban en su cabeza como un eco, una advertencia que no podía ignorar.

Pero también era una oportunidad. Miles había mostrado sus cartas. Sabía que ella tenía las pruebas. Sabía que Rowan había hablado. Y ahora sabía que él estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Pero ella también.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A mi casa. Necesito coger unas cosas, y luego nos pondremos a trabajar en el plan.

—¿Qué plan?

—El que va a hacer que Miles Pemberton pague por todo lo que ha hecho.

El coche giró en una esquina y se adentró en un barrio residencial de calles estrechas y casas bajas. Las luces de las ventanas se apagaban una a una, mientras la noche se cerraba sobre Willow Creek.

En el asiento del acompañante, Piper cerró los ojos. La fatiga le pesaba en los huesos, pero la adrenalina la mantenía alerta. La nota quemaba en su bolsillo, un recordatorio del peligro que la acechaba.

Pero también un recordatorio de por qué estaba haciendo aquello.

Por Jenna. Por Rowan. Por la verdad que llevaba treinta años esperando.

Y porque Miles Pemberton no iba a ganar.

No esta vez.

CAPÍTULO 22: LA CARTA PÓSTUMA

Pasaron toda la noche en la comisaría. Piper dio su declaración sobre el ataque en el parking. Describió al sicario una y otra vez, hasta que las palabras perdieron todo significado. Firmó documentos que ni siquiera leyó. Respondió preguntas que ya había contestado antes. Buck estuvo a su lado en cada momento: llevando café malo, traduciendo la jerga policial, presionando a los agentes para que agilizaran el papeleo. Cuando el cielo empezó a clarear sobre Willow Creek, la llevó a su casa.

—Tienes que dormir unas horas —dijo, y no fue una sugerencia.

Ahora estaba despierta en un sofá que olía a perro y a días sin ventilar. La luz grisácea del amanecer se filtraba por una ventana polvorienta. Dibujaba franjas opacas sobre la alfombra desgastada. El hombro derecho le dolía al moverse. Al tocarse el cuello, encontró la pequeña costra del pinchazo: el recordatorio físico de que había estado a segundos de morir.

Buck estaba en la cocina, de espaldas a ella, removiendo algo en una taza. Llevaba la misma camisa del día anterior, desabrochada en el cuello. El pelo grisáceo le caía sobre la frente en mechas desordenadas. Sobre la mesa, los documentos de la carpeta roja se extendían como un mapa de batalla. Extractos bancarios. Facturas falsificadas. Copias del testamento modificado. La confesión manuscrita de Louise, que un agente había mecanografiado durante

la madrugada. El diario de Jenna seguía en el fondo de su mochila, esperando el momento de revelar lo que sus páginas guardaban.

Piper se incorporó. Las mantas cayeron al suelo mientras se levantaba y se acercaba.

—¿Has dormido algo? —preguntó.

—Sobreviviré. —Buck le tendió una taza de café sin mirarla—. Está caliente. No es veneno.

Aceptó la taza. El plástico caliente contra sus palmas heladas la ancló al presente, a la certeza de que aún seguía viva. Se sentó frente a él, con los codos apoyados en la mesa. El olor a café recién hecho luchaba contra el aroma rancio del abrigo que Buck no se había quitado en toda la noche. Sobre la encimera, una botella de whisky permanecía intacta, como una promesa que él se negaba a cumplir.

Piper sopló el café y bebió un sorbo. El líquido caliente le bajó por la garganta y se llevó parte del frío que llevaba instalado en los huesos desde el ataque. Miró los documentos extendidos: cifras, fechas, firmas. Todo apilado en un desorden que necesitaba convertirse en una línea de tiempo, una que demostrara el crimen.

—Quiero leerla otra vez —dijo—. La carta.

Buck asintió. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, pero Piper ya había sacado el sobre de su mochila.

—Toma —dijo, deslizándolo sobre la mesa—. Guárdala tú. Sabrás qué hacer con ella.

Él la cogió con dedos que temblaban ligeramente. No por el alcohol, sino por el peso del momento. El sobre era de papel amarillento, las esquinas dobladas, el borde rasgado. El sello de lacre rojo, partido por la mitad, yacía junto a él como una gota de sangre reseca. La abrió con la delicadeza de quien maneja un objeto sagrado.

—Léela en voz alta —pidió Buck—. Necesito oírla.

Piper cogió el sobre. Extrajo las dos hojas dobladas en tres. La letra femenina y elegante se volvía más temblorosa hacia el final, como si la mano que la había escrito hubiera ido perdiendo fuerza a medida que las palabras se volvían más duras. Respiró hondo y comenzó a leer.

15 de noviembre de 1994

Querida Helen:

Si estás leyendo esta carta, es porque algo me ha pasado. Te pido que no llores. He tenido tiempo para pensar en lo que voy a decir, y quiero que sepas que cada palabra está escrita con plena conciencia de lo que significa.

Grant ha firmado los papeles. Después de meses de dudas, de discusiones en voz baja para que los niños no oyeran, de noches en vela mirando el techo, por fin ha tomado la decisión. Mañana iremos a la policía. Le he pedido a Grant que se lo diga todo. Todo lo que ha descubierto sobre Miles, sobre las cuentas en el extranjero, sobre los años de facturas falsas y dinero desviado. Miles es un ladrón.

La voz de Piper vaciló. No era la palabra lo que le afectaba, sino la naturalidad con que Caroline lo escribía. Como si hablar de Miles como ladrón fuera tan cotidiano como hablar del tiempo. Tragó saliva y continuó.

Y tiene miedo. Lo vi en sus ojos la última vez que vino a cenar. Grant le dijo que quería hablar con él a solas, y Miles palideció. Intentó disimularlo con una sonrisa, con una broma sobre el estrés del trabajo, pero yo lo vi. Sus manos temblaban cuando cogió la copa de vino.

Esta noche viene a casa a hablar. Grant le ha pedido que venga a las ocho. Quiere darle la oportunidad de confesar, de devolver el dinero, de evitar el escándalo. Pero yo sé que Miles no va a confesar. He visto cómo mira a Grant cuando cree que nadie lo observa. Hay algo en sus ojos, Helen. Algo que no me gusta.

Por eso escribo esta carta. Por si algo sale mal. Por si Miles decide que el silencio de Grant vale más que su confesión.

He escondido los papeles en el banco. La carpeta roja con todas las pruebas. El notario tiene una copia del testamento modificado. Si no volvemos, si algo nos pasa, quiero que sepas dónde buscar.

Eloise lo sabe todo. Le he contado lo que planeamos. Ella guardará la carpeta si es necesario. Es la única persona en quien confío además de ti.

Tengo miedo, Helen. No del peligro físico. Tengo miedo de no ser lo bastante fuerte para hacer lo correcto. Grant dice que soy valiente, pero no lo soy. Solo estoy harta de tener miedo. Harta de mirar por encima del hombro. Harta de que mis hijos crezcan en una casa donde el silencio pesa más que las palabras.

Pero mañana todo habrá terminado. Mañana iremos a la policía, y Miles Pemberton dejará de ser una sombra en nuestras vidas.

Reza por nosotros.

Con todo mi cariño, Caroline

Piper dejó la carta sobre la mesa. Sus dedos temblaban ligeramente, y el papel crujió bajo el contacto. La cocina estaba en silencio; solo se oía el zumbido de la nevera y el golpeteo de una rama contra el cristal. Los mismos sonidos que Caroline debió de escuchar aquella noche, mientras escribía las palabras que treinta años después alguien leía en voz alta.

Buck no apartaba la mirada de la carta. Tenía los ojos vidriosos, fijos en las letras azules como si pudiera ver a través de ellas, como si estuviera viendo a la mujer que las había escrito. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, se aferraron al borde con los nudillos blancos.

—Helen —dijo al fin, y su voz sonó ronca, apenas un susurro—. La hermana de Caroline. Nunca llegó a recibir esta carta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la encontraron en el buzón de correos tres días después de la desaparición. —Buck levantó la mirada. Sus ojos tenían un brillo que Piper no había visto antes. No eran lágrimas; era otra cosa, una mezcla de rabia y duelo—. Alguien la echó al buzón la misma noche, pero el cartero no la recogió hasta el lunes. Cuando Helen la recibió, ya era demasiado tarde.

Piper pasó los dedos por el borde del papel. Sintió la textura quebradiza bajo la yema. Caroline había escrito esa carta horas antes de morir. La había sellado, había ido al buzón, y había vuelto a casa para esperar a Miles. Y mientras ella escribía, él ya estaba planeando su muerte.

—Siempre supe que ella quería hablar —dijo Buck—. Lo supe desde el principio, cuando vi el caso. Caroline no era una mujer que se callara ante la injusticia. Pero no lo hizo a tiempo. Ninguno lo hizo a tiempo.

—No es culpa tuya.

—Lo es. —Buck cogió la carta, sosteniéndola entre las manos como si pesara más que todos los expedientes del caso—. Yo era el detective. Podría haber investigado más, presionado más, encontrado una grieta en la coartada de Miles. Pero acepté el cierre del caso porque me convenía. Porque era más fácil.

—Y ahora tienes la oportunidad de arreglarlo.

La frase quedó suspendida en el aire. Buck la miró, y los segundos se alargaron, cargados de todo lo que no necesitaban decirse. Luego asintió, una sola vez, y dejó la carta sobre la mesa con la delicadeza de quien coloca una flor sobre una tumba.

—Con esto —dijo, señalando la carta y el resto de los documentos—, más el testimonio de Rowan y la confesión de Louise, tenemos un caso de libro. El móvil, el testigo presencial, la prueba documental. Todo lo que necesita un fiscal para llevar a Miles ante un jurado.

—¿Y el arma?

—El pisapapeles sigue desaparecido. Pero con todo esto podemos conseguir la orden de arresto. Una vez que Miles esté detenido, registraremos todas sus propiedades. En algún lugar tiene que estar.

Piper se levantó y fue hacia la ventana de la cocina. El cristal estaba empañado por el contraste de temperaturas. Pasó la palma de la mano por la superficie, despejando un círculo. A través de él asomó la calle desierta. Una capa de nieve sucia cubría los bordes de la carretera, amontonada por los quitanieves durante la noche. El cielo seguía gris, plomizo, como si la tormenta no hubiera terminado del todo.

—¿Cuánto tardará la fiscalía en aceptar la petición?

Buck se levantó y fue hacia el teléfono fijo que colgaba de la pared, un aparato amarillento con el cable en espiral.

—Depende de quién coja el caso. —Descolgó el auricular, marcó un número de memoria. Sus dedos tamborilearon sobre la encimera mientras el tono sonaba una, dos, tres veces. Piper contuvo la respiración—. Pero tengo un contacto en la fiscalía del distrito. Un hombre que lleva treinta años esperando una oportunidad como esta.

Esperó. El auricular presionado contra la oreja, la mandíbula tensa.

—Sí, soy Harold Buck. Necesito hablar con el fiscal adjunto Miller. Es urgente. —Pausa. Los nudillos se le blanquearon—. Dile que es sobre el caso Sherman. Tengo nuevas pruebas. Y un testigo presencial.

Otra pausa. Piper podía oír el murmullo lejano de una voz al otro lado, pero no distinguía las palabras. Los dedos de Buck se relajaron ligeramente sobre el auricular.

—Sí, esperaré.

Tapó el auricular con la mano y miró a Piper. Sus ojos, cansados y enrojecidos, tenían un brillo nuevo.

—Miller va a coger la llamada. Es un hombre duro, pero justo. Si le presentamos las pruebas bien ordenadas, no podrá ignorarlas.

—¿Y si lo intenta?

—Entonces iremos a la prensa. —Buck esbozó una sonrisa tensa, cargada de determinación—. Pero no creo que haga falta. No esta vez.

La voz al otro lado de la línea lo interrumpió. Buck se giró, el auricular pegado a la oreja.

—Miller. Gracias por tomarme la llamada. Sí, lo sé, han pasado treinta años. Pero tengo algo que necesitas oír.

Piper se acercó. Podía oír el murmullo de la voz al otro lado, pero no las palabras. Buck habló durante varios minutos. Enumeró las pruebas con una claridad que no había mostrado en todo el tiempo que ella llevaba conociéndolo. Mencionó el testimonio de Rowan, la confesión de Louise, la carta de Caroline, el testamento modificado, la carpeta roja con los documentos financieros. Habló del cuerpo de Jenna encontrado bajo el roble, de la caja de seguridad del banco, de la llave escondida en la muñeca de porcelana.

No dejó nada fuera.

Cuando colgó, su mano temblaba ligeramente sobre el auricular. La dejó caer, y el plástico golpeó la pared con un golpe seco.

—Miller va a presentar la petición de orden de detención esta misma mañana —dijo, y su voz sonó distinta, más firme—. Quiere que llevemos todas las pruebas a su despacho antes de las diez.

—¿Y luego?

—Luego Miles Pemberton será un hombre buscado por la policía estatal.

Piper sintió que el aire se le escapaba de los pulmones en una bocanada larga y temblorosa. La noticia debería haber sido un alivio. Pero lo único que sentía era la tensión acumulada de los últimos días, el peso de las pruebas, el miedo de que algo pudiera salir mal en el último momento.

—No va a rendirse —dijo—. Miles no va a dejar que lo detengan sin luchar.

Buck la miró. Su expresión era grave, pero sus ojos tenían una claridad que no habían tenido en años.

—Lo sé. Por eso tengo que pedirte algo.

—Lo que sea.

—Quiero que te quedes aquí. En mi casa. Hasta que Miles esté bajo custodia.

—No puedo. Tengo que ir a la fiscalía, tengo que…

—No. —Buck levantó una mano, deteniéndola—. Tú eres el blanco, Piper. Miles sabe que tienes las pruebas. Sabe que has hablado con Rowan, con Louise, conmigo. Si te ve en la calle, va a intentar matarte. Y esta vez no va a contratar a un sicario. Va a hacerlo él mismo.

—No puedo esconderme mientras vosotros…

—No te estoy pidiendo que te escondas. Te estoy pidiendo que me dejes hacer mi trabajo. —Buck dio un paso hacia ella, y su voz bajó de volumen pero ganó en intensidad—. He pasado treinta años esperando este momento. Treinta años bebiendo para olvidar lo que no hice. No voy a dejar que Miles se escape por culpa de mi negligencia. Pero necesito saber que estás a salvo para poder concentrarme en él.

El silencio se instaló entre ellos. Piper sintió el peso de las palabras de Buck, los años de culpa que cargaba sobre los hombros como un abrigo demasiado pesado. No era justo pedirle que se quedara al

margen. Pero tampoco era justo que Buck tuviera que preocuparse por ella mientras intentaba detener a un asesino.

—De acuerdo —dijo—. Me quedo. Pero quiero estar presente cuando lo detengan.

—No te prometo nada. Pero haré lo que pueda.

Piper asintió. Se sentó en la silla frente a la mesa. La carta de Caroline aún extendida sobre la madera, las palabras azules brillando bajo la luz de la cocina. Cogió el papel con cuidado, sintiendo la textura quebradiza bajo los dedos, y lo leyó una vez más en silencio.

Tengo miedo, Helen. No del peligro físico. Tengo miedo de no ser lo bastante fuerte para hacer lo correcto.

—Ya no tienes que tener miedo, Caroline —susurró—. Hemos terminado lo que empezaste.

Buck la miró desde la puerta, las llaves del coche en la mano.

—Vuelvo en un par de horas —dijo—. No abras la puerta a nadie. No contestes al teléfono. Y si oyes algo raro, llama a la policía.

—Lo haré.

Él dudó un momento en el umbral. La luz del amanecer se filtraba por la rendija de la puerta, dibujando una línea dorada sobre el linóleo. Luego, sin mediar palabra, salió y cerró tras de sí. El sonido del motor arrancando se perdió calle abajo, y el silencio regresó a la casa.

Piper se quedó sola frente a la carta de Caroline. Las palabras bailaban bajo la luz, la letra elegante y temblorosa de una mujer que había escrito su propia sentencia horas antes de morir. Pero ahora, treinta años después, esa sentencia iba a convertirse en la condena de su asesino.

Dobló la carta con cuidado y la deslizó dentro del sobre. La guardó en el interior de su chaqueta, junto al corazón, donde podía sentir el

papel contra su piel.

—Miles Pemberton —dijo en voz baja, y las palabras sonaron a promesa en el silencio de la cocina—. Se acabó.

Afuera, el cielo comenzaba a clarear. Las nubes grises se abrían para dejar paso a un azul pálido y lavado. El sol de la mañana se filtraba por las rendijas de las persianas, dibujando franjas paralelas sobre el linóleo.

Piper esperó. Se acurrucó en el sofá, la carta de Caroline contra el pecho, y escuchó el tictac del reloj de pared. Las horas pasaron lentas: el mediodía llegó y se fue, la luz de la tarde se deslizó por la ventana, y el atardecer tiñó de naranja las paredes de la cocina. Finalmente, oyó el motor del coche de Buck en la calle. Cerró los ojos un instante, agotada. El tiempo, por fin, comenzaba a andar de nuevo.

Pero la sombra de Miles Pemberton aún se cernía sobre Willow Creek. Y hasta que no sintiera el peso de las esposas en sus muñecas, nada estaría verdaderamente a salvo.

CAPÍTULO 23: LA CONFESIÓN DEL DETECTIVE

Había pasado un día entero desde que Piper despertó aquella mañana tras una noche apenas dormida. Buck había ido a la fiscalía y no regresó hasta el atardecer, con el rostro más hundido que nunca. Ahora, en la cocina, la botella de whisky aguardaba en el armario como un testigo silencioso.

Buck la sacó con una lentitud ritual, como si cada movimiento pesara más de lo que sus brazos podían soportar. La dejó caer sobre la madera con un golpe sordo que resonó en la quietud de la casa. Durante un largo momento se quedó mirándola, los dedos aún rozando el cuello de cristal, la yema del pulgar trazando el borde de la etiqueta amarillenta. Luego retiró la mano.

Piper observaba desde la silla. Tenía la cabeza apoyada contra la pared; el cansancio le pesaba en los párpados como plomo fundido. Afuera, la noche se había cerrado sobre Willow Creek con la firmeza de una condena. Las persianas estaban bajadas, pero a través de las rendijas se filtraba el resplandor anaranjado de las farolas, proyectando franjas paralelas sobre el linóleo desgastado. El dolor en el hombro derecho —allí donde había caído escaleras abajo en el sótano— le latía con un ritmo sordo y constante. Se lo había

ocultado a Buck durante toda la tarde, pero ahora, en el mutismo de la estancia, cada respiración le recordaba que el cuerpo no olvida.

Al otro lado de la mesa, los documentos estaban apilados en orden: el testimonio de Rowan, la confesión mecanografiada de Louise, la carta de Caroline doblada con cuidado dentro de su sobre amarillento, el diario de Jenna con sus páginas gastadas, y la carpeta roja abierta como un testamento de tres décadas de mentiras. La luz de la lámpara, la única fuente de claridad en la habitación, bañaba los papeles en un halo amarillento que parecía darles el peso de lo sagrado.

Buck no la miraba. Tenía la mirada fija en la botella, y en sus ojos había algo que Piper no había visto antes. No era cansancio, aunque las ojeras le colgaban como bolsas de plomo bajo los párpados. No era tristeza, aunque la línea de su boca se curvaba hacia abajo en una mueca que no era de dolor físico.

Era vergüenza.

—Llevo treinta años queriendo abrir esta botella y beberme todo lo que contiene —dijo, y su voz sonó ronca, como si hubiera estado callado demasiado tiempo—. Y treinta años sabiendo que si lo hacía, no podría parar.

Piper esperó, sin decir nada. Las palabras de Buck colgaban en el aire como polvo suspendido en un rayo de luz. La cocina olía a café frío —llevaban horas bebiéndolo, revisando documentos, preparando el caso— y a ese olor metálico que deja la nieve al derretirse sobre el asfalto. Buck se había quitado la chaqueta al entrar, pero seguía con la camisa arrugada, las mangas remangadas hasta los codos dejando ver unos antebrazos fibrosos pero frágiles, como de hombre que ha envejecido sin permiso.

Él se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa. La silla crujió bajo su peso. Apoyó los antebrazos sobre la madera y juntó las manos, los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le blanquearon.

—Te mentí —dijo—. Desde el primer día, te mentí.

El silencio se hizo más denso. A Piper se le encogió el estómago, pero no apartó la mirada. El hombro le punzó al inclinarse hacia adelante; respiró hondo para disipar el mareo que aún le quedaba del sedante.

—¿Sobre qué?

Buck levantó la cabeza. Sus ojos, azules y deslavados, se clavaron en los de ella con una intensidad que cortaba la respiración. No había rastro de la botella de whisky en su mirada, solo la claridad brutal de quien ha decidido decir la verdad sin importar las consecuencias.

—Sobre todo. Sobre Miles. Sobre el caso. Sobre lo que pasó aquella noche. —Hizo una pausa; la nuez le subió y bajó en la garganta mientras tragaba saliva—. Siempre supe que Miles era el asesino. Lo supe desde el momento en que encontré a Rowan en el bosque, con las manos manchadas de sangre y el nombre de Miles en los labios.

A Piper se le heló el aire en los pulmones. La confesión de Buck había estado flotando en el ambiente durante todo el día, como una presencia que ninguno de los dos se atrevía a nombrar, pero oírla en voz alta era diferente. Era como si el suelo se desvaneciera bajo sus pies.

—¿Cómo?

—Porque Miles me lo dijo. —Buck soltó las manos y las dejó caer sobre la mesa, abiertas, como si mostrara las palmas vacías en un gesto de rendición—. La noche del crimen, antes de que la policía llegara, Miles me llamó por teléfono. Me dijo que había tenido un accidente, que Grant había muerto, que Caroline también, y que necesitaba mi ayuda para limpiarlo.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. —La palabra salió en un susurro, apenas audible—. Nada, Piper. Me quedé callado. Escuché su versión de los hechos, una versión en la que él era la víctima, en la que Grant le había atacado primero, en la que todo había sido un error. Y le creí.

—No podías haberle creído.

—No le creí. —Buck negó con la cabeza, un movimiento lento, como si cada fibra de su cuerpo pesara toneladas—. Sabía que mentía. Pero también sabía que Miles Pemberton era un hombre poderoso, con contactos, con dinero, con abogados. Y yo era un detective de pueblo, con una hipoteca que pagar y una hija pequeña en casa. ¿Qué iba a hacer?

—Tu trabajo. —La voz de Piper se elevó, pero no llegó a ser un grito. Era una mezcla de rabia e incredulidad contenida a duras penas. Podía sentir el calor de la sangre en las mejillas, la tensión en la mandíbula—. Ibas a hacer tu puto trabajo, Buck.

—Lo sé. —Él no se defendió. No levantó la voz. Se quedó allí, sentado, recibiendo el golpe sin pestañear—. Lo sé. Y ojalá pudiera decirte que lo intenté. Que luché contra la decisión. Pero sería mentira.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Miles me citó al día siguiente en su despacho. Me ofreció un trato. Él se iría del pueblo, vendería su parte de la empresa, y yo recibiría un ascenso. Me convertiría en jefe de la policía local, con un sueldo digno, una jubilación asegurada, y la gratitud de todo un pueblo por haber cerrado el caso más difícil de su historia.

—Y aceptaste.

—Acepté. —La palabra cayó como una losa sobre la mesa—. Cerré el caso. Clasifiqué la desaparición de los Sherman como no resuelta. Enterré las pruebas menores que podrían haber llevado a Miles. Convencí al fiscal de que no había suficiente para una acusación. Y

Miles se fue del pueblo tres meses después, con su fortuna intacta y su reputación limpia.

El silencio que siguió fue denso. Piper oía el latido de su propio corazón en los oídos, el zumbido de la nevera, el crujido lejano de la madera al contraerse con el frío. Miró a Buck, buscando en su rostro algún rastro del hombre que había conocido en los últimos días. El detective borracho pero astuto. El aliado imperfecto pero leal. La brújula moral que la había guiado a través del laberinto de mentiras.

Pero lo que veía ahora era a un hombre roto. Un hombre que había vendido su alma por una vida cómoda, y que había pasado treinta años pagando las consecuencias.

—¿Y el ascenso? —preguntó, y su voz sonó plana, sin emoción—. ¿Lo recibiste?

—Sí. Fui jefe de policía durante cinco años. Luego me jubilé anticipadamente. Con pensión completa. —Buck esbozó una sonrisa amarga que no llegaba a sus ojos—. Miles cumplió su parte del trato. Yo también cumplí la mía.

—Entonces, ¿por qué me ayudaste? —Piper se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, sintiendo el dolor en el hombro pero ignorándolo—. ¿Por qué me diste la dirección de Miles? ¿Por qué me llevaste al banco? ¿Por qué has estado conmigo todo este tiempo si fuiste cómplice de su crimen?

Buck la miró largamente. Los segundos se alargaron, densos, hasta que el silencio se volvió incómodo. La sombra de la lámpara proyectaba medias lunas oscuras bajo sus ojos, acentuando las arrugas que el tiempo y el remordimiento habían grabado en su rostro.

—Porque me quedé sin excusas —dijo—. Cuando llegaste a Willow Creek, cuando encontraste el diario de Jenna, cuando empezaste a hacer preguntas, pensé que podía ignorarte. Que te irías como todos los demás. Pero no lo hiciste. Y cada día que pasaba, cada pista que

descubrías, cada pieza del rompecabezas que encajabas, me recordaba lo que había hecho.

—¿Y no sentiste remordimientos antes? ¿En treinta años, nunca pensaste en hacer lo correcto?

—Cada maldito día. —La voz de Buck se quebró, y por un instante, Piper vio la grieta en su fachada de cinismo—. Cada noche, cuando me acostaba, oía el tic-tac de ese reloj de la casa de los Sherman. Las once y cuarenta y siete. La hora en que todo se detuvo. Y sabía que yo lo había detenido.

Piper se recostó en la silla. La rabia le oprimía el pecho, pero no sabía qué hacer con ella. Quería gritarle, quería levantarse y marcharse, quería romper algo. Pero también veía al hombre que tenía delante, un hombre roto que había pasado treinta años pagando el precio de su cobardía. Las palabras de Caroline resonaban en su memoria: «Tengo miedo de no ser lo bastante fuerte para hacer lo correcto».

—Tu arrepentimiento no les devuelve la vida —dijo, y las palabras salieron frías, como cuchillas—. No devuelve a Jenna su infancia. No devuelve a Rowan su voz.

—Lo sé. —Buck no apartó la mirada—. Y no espero que me perdones. Ni que entiendas lo que hice. Solo quería que supieras la verdad antes de que todo esto termine.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué confesarlo precisamente ahora, cuando estamos a punto de atraparlo?

Buck respiró hondo. El aire le llenó los pulmones y lo exhaló lentamente, como si estuviera purgando algo que llevaba demasiado tiempo dentro.

—Porque mañana, cuando Miles sea arrestado, cuando el caso llegue a los tribunales, los abogados de Miles van a intentar desmontar todo lo que hemos construido. Van a cuestionar el testimonio de

Rowan, van a sembrar dudas sobre la credibilidad de Louise, van a decir que las pruebas fueron manipuladas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que me dejes testificar. —Buck la miró fijamente, y en sus ojos no había súplica, solo determinación—. Que me dejes contarles al juez y al jurado lo que hice. Que acepté un soborno. Que enterré las pruebas. Que fui cómplice de un asesino durante treinta años.

Piper se quedó mirándolo. La idea la alcanzó como un impacto en el pecho. Buck testificando. El detective que había cerrado el caso confesando su propia corrupción. Era la pieza que faltaba, el testimonio que sellaría la condena de Miles para siempre. Pero también era la destrucción de todo lo que Buck había construido en aquellos treinta años de silencio.

—¿Y estás dispuesto a ir a la cárcel? —preguntó—. Porque eso es lo que puede pasar. Obstrucción a la justicia, encubrimiento, complicidad. No vas a salir indemne.

—Lo sé. —Buck asintió lentamente—. Y estoy dispuesto. He pasado treinta años escondiéndome detrás de una botella de whisky y una jubilación anticipada. Es hora de pagar lo que debo.

Piper se levantó. Dio la vuelta a la mesa, y se quedó de pie frente a él. Buck levantó la cabeza para mirarla, y en sus ojos vio algo que no había visto antes. No era tristeza. No era vergüenza. Era alivio.

—Puedes restaurar lo que rompiste —dijo, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Testifica. Cuenta la verdad. Y ayuda a que Miles pague por lo que hizo.

—¿Y tú? —preguntó Buck—. ¿Puedes perdonarme?

Piper negó con la cabeza. El gesto fue lento, pero firme.

—No. No todavía. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que hagas lo correcto. Y que lo hagas mañana.

Buck asintió. Se levantó con esfuerzo, las articulaciones crujiendo, y se quedó frente a ella. La cocina estaba en silencio, la botella de whisky aún sobre la mesa, intacta. La luz de la lámpara proyectaba sus sombras alargadas sobre las paredes, dos figuras que parecían más grandes de lo que realmente eran.

—Voy a hacerlo —dijo—. Te lo prometo.

Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y se la puso con movimientos lentos pero firmes. Luego fue hacia la nevera, la abrió, y sacó una lata de refresco. La abrió con un chasquido, y bebió un trago largo. El líquido burbujeó en el silencio.

—Whisky no —dijo, levantando la lata en un brindis irónico—. Hoy no.

Piper notó que algo se aflojaba en su pecho. No era perdón. No era confianza. Era la certeza de que, por primera vez en treinta años, Franklin Buck estaba haciendo lo correcto.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A la comisaría. A hablar con el fiscal. A preparar mi declaración. —Buck se detuvo en el umbral, la mano en el picaporte. La luz del pasillo iluminó su perfil, recortando la sombra de su figura cansada —. Tú quédate aquí. No abras la puerta a nadie. Y si oyes algo raro, llama a la policía.

—Eres policía.

—Estoy jubilado. —Sonrió, una sonrisa triste que no llegaba a sus ojos—. Y además, voy a confesar que acepté un soborno. No creo que me dejen entrar en el edificio sin esposarme.

Piper no rió.

Buck la miró un momento más. Sus ojos recorrieron su rostro, las ojeras, la tensión en la mandíbula, el hombro ligeramente caído por el dolor. Luego, sin añadir nada, abrió la puerta y salió al aire frío de la noche.

El motor arrancó. El coche se alejó calle abajo, el rumor del motor fundiéndose con el silencio nocturno. Y la quietud regresó a la casa.

Piper se quedó junto a la mesa, mirando la botella de whisky que Buck había dejado intacta. Treinta años de culpa resumidos en un recipiente que él no había tenido el valor de abrir.

Pero esta noche, por fin, había tenido el valor de hablar.

Se sentó lentamente, sintiendo el peso del día en cada músculo. Cogió la carta de Caroline y la sostuvo entre las manos, el papel amarillento crujiendo bajo sus dedos. Las palabras de la mujer muerta resonaban en su memoria: «Mañana iremos a la policía. Mañana todo habrá terminado».

—Mañana —susurró Piper en la penumbra de la cocina—. Mañana todo terminará.

La noche se cerró sobre Willow Creek. En el jardín, la nieve comenzaba a derretirse bajo un cielo despejado, y las estrellas brillaban con una nitidez hiriente, como diminutos alfileres de luz clavados en un paño negro.

En algún lugar, Miles Pemberton dormía, ajeno al hecho de que su mundo estaba a punto de derrumbarse.

Pero Piper no dormía. No podía.

Tenía demasiadas razones para mantenerse despierta.

CAPÍTULO 24: EL NOMBRE DEL DEMONIO

Había pasado un día entero desde la confesión de Buck. Esa mañana, Miles Pemberton había sido arrestado en su casa de campo sin oponer resistencia. Ahora, al atardecer, las esposas tintinearon cuando los agentes lo empujaron a través de la puerta de la comisaría. El sonido metálico rebotó contra las paredes de ladrillo visto y se mezclaba con el zumbido de los fluorescentes y el murmullo de las radios.

El reloj de la pared marcaba las seis y veinte de la tarde. La luz del atardecer se filtraba por las persianas metálicas, proyectando franjas paralelas sobre el suelo de linóleo donde el polvo bailaba en remolinos.

Piper estaba junto a la máquina de café, una taza de plástico olvidada en la mano, el líquido ya frío. Llevaba allí veinte minutos, desde que Buck la llamó para decirle que la orden se había ejecutado sin incidentes. Buck dijo: «Se vino solo. Como si supiera que esto iba a pasar».

Ahora lo veía.

Miles vestía un traje azul marino impecable, la corbata de seda granate perfectamente anudada, el pelo blanco plateado peinado hacia atrás sin un solo cabello fuera de lugar. Parecía un ejecutivo que llegaba a una reunión importante, no un hombre esposado que

acababa de ser arrestado por el asesinato de una familia entera. Pero sus ojos traicionaban algo que su postura negaba: un parpadeo demasiado rápido, una rigidez en la mandíbula que no lograba disimular del todo.

La comisaría olía a café recalentado y a sudor. Los agentes habían formado un pasillo improvisado entre la puerta y las celdas, y Miles avanzaba por él como un actor que recorre el escenario en su última función.

Entonces la vio.

Sus ojos se encontraron a través del espacio, y por un instante, el tiempo pareció detenerse. Piper sintió que el estómago se le contraía, pero no apartó la mirada. Se quedó allí, con la taza de café frío en la mano, y le devolvió la mirada con una frialdad que no sabía que poseía.

Miles sonrió.

Era la misma sonrisa de las fotografías, la misma que aparecía en los artículos del Boston Globe y en los vídeos de su fundación benéfica. Una sonrisa amplia, cálida, diseñada para inspirar confianza. Pero ahora, en el contexto de las esposas y el pasillo de policías, esa sonrisa parecía una máscara mal ajustada, un gesto aprendido que ya no servía para nada.

—Señorita Marsh —dijo, y su voz sonó grave, modulada, como si estuviera saludando a una conocida en una cena de gala—. Cuánto tiempo sin vernos. Aunque las circunstancias no son las más adecuadas para una conversación educada.

Uno de los agentes, un hombre joven de pelo rapado, lo empujó ligeramente hacia adelante.

—Vamos, Pemberton. Las celdas están al fondo.

—Con calma, joven. No tengo intención de huir. —Miles se dejó guiar, pero su mirada seguía fija en Piper—. ¿No va a desearme

suerte, señorita Marsh? Mis abogados están a punto de ganar un caso muy lucrativo contra usted por difamación y acoso.

Piper dejó la taza sobre la máquina. El plástico golpeó el metal con un chasquido que resonó en el silencio. Dio un paso adelante, luego otro, hasta que la distancia entre ellos se redujo a apenas dos metros. Podía oler su colonia, ese aroma a menta y a dinero que Jenna había descrito en su diario treinta años atrás.

—No me debe ninguna explicación, señorita Marsh —dijo Miles, bajando la voz—. Pero le aconsejo que disfrute de su libertad mientras dure.

—¿Dónde están los cuerpos, Miles?

La pregunta rompió el silencio como un guijarro al caer en agua quieta. La sonrisa de Miles se mantuvo un segundo más, pero los músculos de su rostro se tensaron. Parpadeó dos veces, y por un instante, Piper vio la fisura en su fachada.

—No tengo ni idea de qué me habla —dijo, pero su voz había perdido parte de su modulación.

—Claro que no. —Piper dio otro paso—. Pero Rowan sí lo sabe. Y Louise. Y Buck. Y la carta de Caroline. Y el testamento modificado. Y la carpeta roja con los documentos del desfalco. Y el diario de Jenna, donde escribió sobre el amigo de papá que la miraba de una forma que no le gustaba.

Cada palabra era un golpe. Piper las veía impactar en el rostro de Miles, en la rigidez de su mandíbula, en el temblor casi imperceptible de sus manos esposadas.

—Todo el mundo te ha abandonado, Miles. —Su voz sonó firme, sin titubeos—. Los cómplices han hablado. Los testigos han roto su silencio. Las pruebas están en manos del fiscal. Ya no tienes poder. Ya no tienes protección. Estás solo.

El silencio que siguió fue denso. Los agentes observaban sin moverse. Buck apareció en el marco de la puerta de su despacho, la chaqueta de tweed desabrochada, la mirada fija en Miles con una intensidad que helaba el ambiente.

Miles la miró largamente. Por un instante, Piper vio algo nuevo en sus ojos. No era miedo. Era el reconocimiento de que la partida había terminado, de que el tablero estaba vacío y no quedaban jugadas.

—Eres más lista de lo que pareces, Piper —dijo, y por primera vez desde que lo conocía, su voz sonó auténtica—. Pero esto no ha terminado. Apenas comienza.

—Para ti, sí. —Piper dio media vuelta—. Para ti ya terminó.

Caminó hacia la puerta sin mirar atrás. Podía sentir la mirada de Miles clavada en su nuca, pero no se volvió. Atravesó el recibidor, pasó junto a Buck, que asintió ligeramente, y empujó las puertas de cristal que daban a la calle.

El aire fresco de la tarde le golpeó la cara. El sol se ponía sobre Willow Creek, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosas que se reflejaban en los charcos de nieve derretida. Piper se apoyó contra la pared de ladrillo y respiró hondo, sintiendo el peso de los últimos días desprenderse de sus hombros como una capa de plomo.

Miles Pemberton estaba detenido.

Pero la guerra no había terminado. Necesitaban su confesión para evitar un juicio largo. Necesitaban encontrar los cuerpos de Grant y Caroline. Necesitaban el pisapapeles.

Sin embargo, por primera vez en treinta años, la justicia tenía un nombre. Y ese nombre era el suyo.

La celda olía a lejía barata y a metal frío. Miles estaba sentado en el camastro, el traje aún impecable, pero había algo en su postura que

ya no era la misma. Los hombros, antes erguidos, caían ligeramente hacia adelante. Las manos descansaban sobre las rodillas, los dedos entrelazados con una calma que parecía forzada.

Piper entró cuando el agente abrió la puerta de la celda. Buck había hecho una llamada, había hablado con el fiscal, y el resultado era una autorización para que ella hablara con Miles en privado. Solo cinco minutos. Con el agente fuera, pero cerca.

—No deberías estar aquí —dijo Miles sin levantar la vista.

—Y sin embargo, aquí estoy.

Miles levantó la cabeza. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo, evaluándola, buscando una fisura en su fachada. Pero Piper se mantuvo firme, las manos a los lados, la mirada fija.

—Has estado muy ocupada removiendo mierda, Piper —dijo, y su voz tenía un filo que no había mostrado en el recibidor—. Pero no tienes ni idea de quién soy realmente.

—Sé que eres un asesino. Y sé que todos los que te rodeaban lo sabían. Pero callaban por miedo.

—El miedo es una herramienta poderosa. —Miles se reclinó contra la pared de cemento—. Lo usas bien, y la gente hace lo que quieres. Lo usas mal, y se vuelven contra ti. Yo lo usé bien durante treinta años.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora. —Miles repitió las palabras como si saboreara su amargura—. ¿Y qué crees que has conseguido, piensas que vas a conseguir? ¿Qué vas a hacer con todo eso? ¿Mandarme a la cárcel? ¿Crees que no he estado preparado para esto? Tengo los mejores abogados del país. Tengo cuentas offshore que ni el FBI podría rastrear. Tengo pruebas —dijo la palabra y la escupió— de que todo esto es una conspiración de un pueblo pequeño contra un hombre exitoso.

—Ya no tienen miedo —dijo Piper—. Ahora solo tienen ganas de justicia.

Miles se levantó del camastro. Dio dos pasos hacia ella, pero se detuvo cuando sus esposas tintinearon contra el metal de la cama. La luz fluorescente le marcaba las ojeras, acentuaba las arrugas alrededor de sus ojos, y por un instante, Piper vio al hombre que había detrás de la máscara. Un hombre viejo. Un hombre asustado.

—¿Justicia? —preguntó, y la palabra sonó a burla—. ¿Tú crees en la justicia, Piper? ¿Después de todo lo que has visto? La justicia es un lujo que se pueden permitir los que tienen dinero para pagarla. Yo no tengo que preocuparme por la justicia. Mis abogados se encargarán de que todo esto desaparezca.

—Buck va a testificar.

Miles parpadeó. La primera fisura real.

—¿Buck?

—Buck. El detective que cerró tu caso. El hombre que aceptó tu soborno y se calló durante treinta años. Esta noche ha ido a la fiscalía a confesar todo. El soborno. Las pruebas que enterró. La complicidad.

Miles se quedó inmóvil. Sus manos, esposadas, cayeron a los lados. La respiración se le aceleró ligeramente, un movimiento apenas perceptible en el pecho.

—Buck no haría eso —dijo, y su voz había perdido toda la seguridad —. Buck es un borracho. Un don nadie. Nadie le va a creer.

—Le van a creer —Piper dio un paso adelante—. Porque tiene pruebas. Porque tiene los registros. Porque tiene treinta años de culpa escritos en su cara, y eso, Miles, eso no se puede falsificar.

Miles negó con la cabeza, un movimiento lento, como si estuviera asimilando la información con lentitud.

—Louise también va a testificar —continuó Piper—. La niñera. La mujer que lo vio todo aquella noche desde el rellano de la escalera. La que te vio con el pisapapeles en la mano, manchado de sangre. La que huyó a su casa y se encerró en el baño mientras tú enterrabas a los Sherman en el bosque.

—Louise está vieja. Su memoria ya no es fiable.

—Rowan no está viejo. Rowan habló. Contó cada detalle: cómo entraste, cómo discutiste con Grant, cómo cogiste el pisapapeles, cómo lo golpeaste. Cómo subiste las escaleras detrás de Jenna. Cómo la silenciaste.

Miles abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Su mandíbula se movió, como si estuviera masticando las palabras antes de tragarlas. Dio medio paso hacia atrás, y el borde del camastro le golpeó las piernas, obligándolo a sentarse.

—Es mi palabra contra la de un loco que ha estado mudo treinta años —dijo, pero su voz ya no era un rugido. Era un susurro.

—No. No lo es. Tenemos la carta de Caroline. La escribió horas antes de morir, contando que iban a denunciarte. Tenemos el testamento modificado que falsificaste. Tenemos la carpeta roja con los registros del desfalco. Tenemos la caja de seguridad de Eloise con todos los documentos que ella guardó durante treinta años esperando a que alguien los encontrara.

Cada frase era un martillo. Piper las veía caer sobre Miles, aplastándolo lentamente contra el camastro. El hombre que había entrado en la celda con la arrogancia de un rey ahora se encogía bajo el peso de la verdad.

—¿Y tienes el pisapapeles? —preguntó, y por un instante, un destello de la vieja arrogancia regresó a sus ojos—. Porque sin el arma, sin los cuerpos, todo lo que tienes son palabras. Y las palabras, Piper, se desvanecen como el humo.

Piper se quedó mirándolo fijamente. Las palabras de Miles flotaban en el aire como un desafío, y ella sintió que la rabia le subía por la garganta. Pero la contuvo. No podía permitirse perder el control ahora.

—No —dijo—. No tengo el pisapapeles. No tengo los cuerpos de tus padres. Pero tengo algo mejor.

—¿Qué?

—Tengo tu miedo.

La frase golpeó a Miles como un puñetazo. La vio en sus ojos, en la forma en que sus dedos se crisparon sobre las esposas, en el temblor de su labio inferior que apenas logró controlar.

—Todo el mundo que te protegía ha hablado —dijo Piper—. Todos. Buck, Louise, Rowan. Patricia huyó, pero dejó una declaración jurada. La gente del pueblo, los que siempre sospecharon y callaron, ahora están dispuestos a hablar. Ya no les tienes miedo, Miles. Ahora te tienen lástima.

—Y no olvides el diario de Jenna —dijo Piper, dando un paso adelante—. No estabas solo aquella noche. Jenna te vio con otro hombre.

Miles parpadeó, confundido. Su mandíbula se tensó.

—Eso no prueba nada.

—¿No? —Piper sacó el diario del bolsillo interior de su chaqueta. Lo abrió por la página marcada y leyó en voz alta—: «He visto al amigo de papá con otro hombre en el jardín. Llevaba un todoterreno azul oscuro, grande, con matrícula de fuera. Se fueron juntos».

La frase quedó suspendida en el aire. Miles no respondió. Solo la miró, y en sus ojos se encendió una chispa de comprensión.

—¿Quién era ese hombre, Miles?

El silencio se alargó, denso como plomo. Piper esperó, pero Miles no habló. Desvió la mirada hacia la pared, los dedos entrelazados sobre las esposas.

—No hay nada más que decir —dijo al fin, pero su voz era un susurro, y sus manos temblaban.

Miles se levantó de golpe. Las esposas chocaron contra el metal de la cama, y el sonido resonó en la celda como un disparo. Dio un paso hacia ella, y por un instante, Piper pensó que iba a atacarla. Pero se detuvo. Se quedó allí, de pie, respirando con dificultad, los ojos clavados en ella con una mezcla de odio y algo que parecía admiración.

—Eres más lista de lo que parece —dijo, y su voz sonó ronca, forzada—. Pero esto no ha terminado. Apenas comienza.

—Para ti ya terminó. —Piper dio media vuelta y caminó hacia la puerta—. Para ti ya terminó hace treinta años. Solo que no lo sabías.

Salió de la celda. El agente cerró la puerta tras ella, y el metal golpeó contra el marco con un clic final. Sus dedos rozaron el borde frío de la navaja en el bolsillo. No la necesitó, pero el peso del metal le recordó que ya no era la misma que llegó a Willow Creek. Piper se quedó un momento en el pasillo, escuchando el silencio que había al otro lado de la puerta. No se oía nada. Ni respiración, ni movimiento. Solo el silencio pesado de un hombre que acababa de descubrir que su castillo de arena se había desmoronado.

Caminó hacia la salida. Las luces fluorescentes zumbaban sobre su cabeza, y el olor a café recalentado y a sudor la seguía como una sombra. Al llegar al recibidor, se encontró con Buck, que estaba apoyado contra el mostrador, la mirada fija en la puerta de la celda.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

—No confesó. Pero sabe que está acorralado.

Buck asintió lentamente. Las manos le temblaban ligeramente, pero no cogió la botella que llevaba en el bolsillo. La dejó allí, como una promesa que se negaba a cumplir.

—Va a necesitar tiempo para procesarlo —dijo—. Los hombres como Miles no se derrumban de golpe. Se derrumban cuando se dan cuenta de que no hay salida.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando vea que sus abogados no pueden salvarlo. Cuando vea que el fiscal tiene más pruebas de las que esperaba. Cuando vea que el jurado no va a creer su versión. —Buck la miró—. Eso puede llevar días. O semanas.

—Tenemos tiempo.

—Sí. —Buck sonrió, una sonrisa cansada que no llegaba a sus ojos pero que era real—. Por primera vez en treinta años, tenemos tiempo.

Piper se quedó un momento en silencio. La comisaría se vaciaba lentamente; los agentes del turno de noche empezaban a llegar, reemplazando a los del día. El relevo. El ciclo que no se detenía.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—En la celda. Solo. He pedido que no lo metan en la celda común. No queremos que nadie le haga algo antes de que confiese.

—¿Crees que lo hará? ¿Confesar?

Buck la miró largamente. Los segundos se alargaron, densos, hasta que el silencio se volvió incómodo.

—No lo sé —dijo al fin—. Miles es un hombre orgulloso. Preferirá un juicio, donde pueda montar un espectáculo y proclamar su inocencia. Pero cuando vea que las pruebas son irrefutables, cuando vea que sus abogados no pueden salvarlo... puede que decida que confesar es la única salida.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces tendremos un juicio. Largo. Caro. Doloroso. Pero lo ganaremos.

Piper asintió. Las palabras de Buck la tranquilizaban, pero no disipaban del todo la inquietud que sentía en el pecho. Miles seguía siendo peligroso, incluso esposado, incluso encerrado. Tenía recursos, contactos, abogados. Y tenía treinta años de experiencia esquivando la justicia.

—Voy a ir al hospital —dijo—. Quiero ver a Rowan.

—Buena idea. —Buck se enderezó y cogió la chaqueta del perchero —. Te acompaño.

Salieron juntos. La noche había caído sobre Willow Creek, y las farolas proyectaban círculos de luz amarillenta sobre las aceras heladas. El cielo estaba despejado, las estrellas brillaban con una nitidez que cortaba la respiración. El frío se colaba por las costuras de la chaqueta, pero Piper apenas lo sentía.

Caminaron en silencio hacia el coche de Buck. El motor arrancó con un rugido, y las luces iluminaron la calle vacía. Mientras se alejaban de la comisaría, Piper miró por la ventanilla trasera.

La luz de la celda de Miles se veía desde la calle, un rectángulo amarillento en la fachada de ladrillo. Detrás de esa luz, un hombre estaba sentado solo, mirando las paredes, esperando a que el mundo decidiera su destino.

—¿Crees que dormirá esta noche? —preguntó.

Buck negó con la cabeza.

—No. Los hombres como Miles no duermen cuando saben que han perdido. Pasan la noche dando vueltas, pensando en lo que podrían haber hecho diferente. Pero no encuentran respuesta. Porque no hay respuesta. Solo el final.

El coche giró hacia el hospital. Las luces del edificio aparecieron más allá del parabrisas, blancas y frías, como un faro en medio de la noche.

Piper apoyó la cabeza contra el reposacabezas y cerró los ojos. El cansancio la envolvía como una manta pesada, pero no podía dormir. No todavía. Había demasiado en juego, demasiadas piezas que aún necesitaban encajar.

Pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que la balanza comenzaba a inclinarse hacia el lado correcto.

Miles Pemberton estaba en una celda.

Y ella estaba libre.

CAPÍTULO 25: LA ÚLTIMA ADVERTENCIA

La casa estaba en silencio cuando Piper cruzó el umbral.

No era el silencio tenso de las noches anteriores, cuando cada crujido se convertía en amenaza y cada sombra escondía un peligro. Era un silencio distinto: denso como agua estancada, cargado de una ausencia que pesaba más que cualquier presencia. Cerró la puerta principal y el pestillo encajó con un chasquido que retumbó en el recibidor vacío, rebotando en las paredes desnudas como un eco que se negaba a extinguirse.

Se quedó un momento inmóvil, apoyando la espalda contra la madera. El hombro derecho, resentido por la caída en el sótano, le latía con un ritmo sordo que ya conocía bien. Pasó la mano por el punto donde la jeringa del sicario le había perforado la piel, sintiendo la pequeña costra bajo la yema del dedo. El sedante ya no le pesaba en la sangre, pero el recuerdo del brazo alrededor de su cuello, del aliento caliente en la nuca, seguía ahí, incrustado entre las costillas.

No encendió las luces. La oscuridad le sentaba bien, una compañera silenciosa que no exigía nada. Las persianas del salón estaban entreabiertas; la luz amarillenta de las farolas se filtraba en franjas paralelas que se quebraban contra la alfombra desgastada. Avanzó hacia el salón, reconociendo el camino más por la memoria de los

pies que por la vista. Se sentó en el sillón de siempre, frente al reloj de pie.

Las manecillas seguían marcando las once y cuarenta y siete. El péndulo, inmóvil. La esfera de porcelana blanca reflejaba la luz mortecina como un ojo sin vida. Treinta años. Treinta años congelados en el mismo instante, esperando a que alguien volviera a poner el tiempo en marcha.

Piper apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. El cansancio le pesaba en los párpados como plomo líquido, pero sabía que no podría dormir. No todavía. Había algo que necesitaba hacer antes de permitirse el descanso.

—Jenna —dijo en voz baja, y su voz sonó extraña en el silencio, como si las paredes hubieran aprendido a absorber los sonidos después de tantos años—. Caroline. Grant. Sé que estáis ahí. En algún lugar. Esperando.

El reloj no respondió. La casa no respondió.

Pero bajo el silencio, Piper sintió algo. No era un ruido ni un movimiento. Era una presencia. Como si las paredes hubieran estado conteniendo la respiración durante treinta años, y ahora, por fin, exhalaran.

Abrió los ojos y miró la esfera del reloj. Las once y cuarenta y siete. La hora en que todo se había detenido. La hora en que Miles Pemberton había matado a Grant Sherman con un pisapapeles de vidrio, había golpeado a Caroline, había subido las escaleras detrás de Jenna.

Pero ahora, Miles estaba en una celda.

El reloj seguía parado.

—No es suficiente —susurró—. Saber que está encerrado no es suficiente.

Se levantó del sillón. El dolor en el hombro le punzó al enderezarse, pero lo ignoró. Caminó hacia la cocina, encendió una vela de las que quedaban sobre la mesa, y la llama titubeó un instante antes de fijarse, proyectando una luz amarillenta que arrancaba sombras alargadas de los objetos. Los documentos seguían allí: la carta de Caroline, el testamento modificado, las fotografías del álbum de Jenna, y el diario de Jenna, abierto por la página que había descubierto la noche anterior. Todo apilado como un altar improvisado sobre la madera desnuda.

Se sentó frente a ellos. Cogió la carta de Caroline y la sostuvo entre las manos, sintiendo el papel quebradizo bajo los dedos. La luz de la vela atravesaba el sobre amarillento, revelando la textura de las fibras, las marcas del pliegue. La abrió con cuidado y leyó las palabras de Caroline una vez más:

«Mañana iremos a la policía. Mañana todo habrá terminado.»

Caroline había escrito aquello treinta años atrás, convencida de que al día siguiente la justicia llegaría. Pero el día siguiente nunca llegó para ella. El tiempo se detuvo en las once y cuarenta y siete, y Caroline, Grant y Jenna quedaron atrapados en ese instante, esperando que alguien terminara lo que ellos habían empezado.

Piper dejó la carta sobre la mesa. La llama de la vela parpadeó, y las sombras bailaron en las paredes como espectros danzantes. Se quedó un largo rato mirando los documentos extendidos, las pruebas de un crimen que había tardado treinta años en salir a la luz.

Pero seguía faltando algo.

El pisapapeles. Los cuerpos de Grant y Caroline. La confesión completa de Miles Pemberton. Sin eso, el caso sería un constructo de pruebas circunstanciales. Sólido, sí. Suficiente para una condena, probablemente. Pero no completo. No perfecto. Y las almas de los Sherman no descansarían hasta que la última pieza del rompecabezas encajara en su sitio.

Piper cogió el teléfono. La pantalla brilló en la penumbra, iluminando su rostro desde abajo. Marcó el número de Buck, y el tono de llamada sonó dos veces antes de que él respondiera.

—¿Estás bien? —Su voz sonó más firme de lo que se sentía. — Necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa? —Al otro lado, Buck sonaba cansado, pero alerta. Se oyó el crujido de una silla, como si se hubiera incorporado al reconocer el tono de ella.

—No aceptes ningún trato sin consultarme —dijo Piper—. Quiero estar presente cuando interroguéis a Miles mañana.

—Piper, eso no es posible. Eres una civil. No tienes derecho a estar en un interrogatorio. Y aunque lo tuvieras, no sería buena idea. Miles te va a manipular. Ya lo has visto.

—Lo sé. —Apretó el teléfono contra la oreja. —Pero necesito oírselo decir. Necesito escuchar de su boca dónde están los cuerpos. Dónde está el pisapapeles. Por qué lo hizo. Todo. No puedo dejar que se siente con sus abogados y negocie una condena reducida sin dar la cara.

El silencio al otro lado se alargó. Piper podía imaginarlo: Buck en su cocina, con la chaqueta de tweed puesta, la grabadora sobre la mesa, la botella de whisky intacta en el armario. Podía oír su respiración, lenta y medida, el sonido de alguien que está sopesando las palabras antes de soltarlas.

—Si entras en esa sala, vas a tener que ser más fuerte que él —dijo al fin—. Miles se alimenta del miedo. Lo ha hecho toda su vida. Si te ve dudar, te devorará.

—No voy a dudar.

—¿Y qué esperas conseguir? ¿Una confesión completa? ¿Los cuerpos? ¿El arma? Miles no va a regalarte nada. Va a usar toda esa

información como moneda de cambio para reducir su condena. Y el fiscal no va a negarse si eso significa cerrar el caso de una vez.

—Entonces quiero estar allí cuando se negocie. —Piper se levantó y empezó a caminar por la cocina, el teléfono pegado a la oreja, la otra mano rozando la encimera. —Quiero que sepa que no voy a permitir que se vaya de rositas. Que la verdad va a salir completa, sin censura, sin acuerdos bajo mesa.

—¿Y qué le vas a ofrecer? Porque Miles no va a soltar la verdad así como así. Va a querer algo a cambio.

—Le ofreceré un trato. —Piper se detuvo frente a la ventana. La calle estaba desierta, las farolas proyectando círculos de luz amarillenta sobre la nieve sucia de los bordes. —La verdad por algo que él quiera. Pero no la verdad de su abogado. La suya. La noche. El cómo. El por qué. Quiero oírselo decir con su propia boca.

—Piper, eso es peligroso. Te va a manipular. Te va a mentir. Te va a decir solo lo que quieras oír para salvar el pellejo.

—Lo sé. —Su voz se endureció, adquiriendo una firmeza que no sabía que tenía. —Pero también sé que soy la única persona que puede hacerle frente. Rowan le tiene miedo. Louise le tiene miedo. Tú mismo le tienes miedo. Pero yo ya he visto su cara cuando se derrumbó en la celda. Ya he visto el miedo en sus ojos cuando supo que se había quedado solo.

—¿Y qué te hace pensar que vas a ganar?

—Porque no tengo nada que perder. —Piper se volvió de espaldas a la ventana, la luz de la vela iluminando su rostro desde abajo, acentuando las sombras bajo sus ojos. —Él lo tiene todo: su reputación, su dinero, su libertad. Yo solo tengo la verdad. Y la verdad, Buck, pesa más que cualquier mentira que pueda comprar con sus abogados.

El silencio al otro lado se prolongó. Luego, la voz de Buck, más baja, casi un susurro:

—Voy a llamar al fiscal. Pero si esto sale mal, si Miles te hace daño de alguna manera, no voy a perdonármelo.

—No va a salir mal.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque ya le he visto caer. —Piper apretó el teléfono contra el oído, sintiendo el calor del plástico contra la piel. —Y cuando alguien cae, Buck, solo necesita un empujón más para no volverse a levantar.

—Vale. Haré lo que pueda. Pero no te prometo nada.

—Haz lo que puedas. Y si no consigues que me dejen entrar, al menos asegúrate de que Miles sepa que estoy fuera. Que le llegue el mensaje de que no va a librarse tan fácilmente.

—¿Qué mensaje?

Piper miró la carta de Caroline sobre la mesa. Las palabras azules brillaban bajo la luz de la vela, como si estuvieran esperando a que alguien las pronunciara en voz alta.

—Dile que quiero hacerle un trato: la verdad por algo que él quiera. Pero no la verdad de su abogado. La suya. La noche. El cómo. El por qué. Quiero oírselo decir con su propia boca.

—Lo haré.

—Y Buck…

—Dime.

—Gracias. Por todo.

El silencio al otro lado se alargó. Luego, la voz de Buck, más ronca que antes:

—De nada.

Y colgó.

Piper dejó el teléfono sobre la mesa, junto a la carta de Caroline. La llama de la vela tembló, y las sombras se movieron como si algo hubiera pasado por detrás de ella. Pero no se volvió. Sabía que no había nadie allí. Solo los fantasmas del pasado, esperando pacientemente a que ella hiciera lo que tenía que hacer.

Se sentó otra vez frente a los documentos. Cogió la carta de Caroline y la sostuvo entre las manos, leyendo las palabras una vez más en silencio. Luego, con movimientos lentos y deliberados, la dobló con cuidado y la guardó en el sobre. Hizo lo mismo con el testamento modificado, las fotografías, la carpeta roja y el diario de Jenna. Todo lo colocó en una pila ordenada en el centro de la mesa.

—Mañana —dijo en voz alta, y las palabras sonaron a promesa en el silencio de la cocina—. Mañana todo terminará.

Apagó la vela.

La oscuridad cayó sobre ella como una manta. Pero esta vez no sintió miedo.

Se levantó y subió las escaleras. Sintió cada peldaño bajo sus pies: el tercero que chirriaba, el quinto que crujía si pisabas en el centro. El dolor en el hombro le recordaba la caída, la huida, la noche en que Miles había estado a punto de matarla. Pero ahora, ese dolor era un recordatorio de que había sobrevivido. De que seguía aquí, lista para terminar lo que había empezado.

Llegó al dormitorio principal. Se tumbó sobre la colcha sin desvestirse, apoyando la cabeza en la almohada. La grieta del techo seguía allí, la misma cicatriz que había visto la primera noche, cuando todo era nuevo y aterrador.

—No voy a fallaros —susurró en la oscuridad—. Os lo prometo.

Cerró los ojos.

El sueño llegó como una marea pesada, cubriéndola lentamente. Pero antes de que la oscuridad total la envolviera, una imagen se

formó en su mente: la de Miles Pemberton sentado en una silla de interrogatorios, con las esposas sobre la mesa, la mirada fija en ella mientras ella pronunciaba las palabras que él nunca quiso escuchar.

Dime la verdad, Miles. Dime dónde están. Dime por qué lo hiciste. Y entonces, quizás, puedas empezar a pagar por lo que has hecho.

El sueño la engulló.

Pero incluso en el sueño, la imagen de Miles seguía allí, esperando.

El teléfono sonó a las siete de la mañana.

Piper despertó de golpe, la mano extendiéndose hacia la mesilla antes de que el segundo tono terminara. La pantalla brillaba con el nombre de Buck.

—Dime.

—He hablado con el fiscal —dijo Buck, y su voz sonaba distinta, como si hubiera dormido mal o no hubiera dormido nada—. Ha aceptado que estés presente en el interrogatorio. Con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Estarás al otro lado del espejo. No en la sala. Podrás verlo, oírlo, pero no hablar. Y si en algún momento el fiscal considera que tu presencia interfiere, te echan.

—Me parece bien.

—No has oído la segunda parte.

—Dime.

—Miles ha pedido hablar contigo. Solo contigo. Antes del interrogatorio oficial. Quiere verte a solas en la celda.

El corazón de Piper dio un vuelco. El aire se le quedó atascado en los pulmones, y respiró hondo para expulsarlo.

—¿Qué quiere?

—No lo ha dicho. Solo que quiere verte. Sin abogados. Sin testigos. Tú y él.

—Es una trampa.

—Probablemente. —La voz de Buck sonó grave, cargada de advertencia. —Pero el fiscal cree que si accedes, puede que se ablande y confiese antes del interrogatorio oficial. Nos ahorraríamos un juicio largo.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que Miles quiere verte para medirte. Para ver si eres tan dura como pareces. Y para intentar manipularte.

—Entonces iré.

—Piper…

—Iré. —Su voz se endureció. —Y cuando termine, habré ganado.

Colgó.

Se quedó un momento en la cama, la mirada fija en el techo, la respiración lenta y medida. La grieta en el yeso parecía más profunda que la noche anterior, como si la casa también estuviera despertando, preparándose para lo que estaba a punto de ocurrir.

Afuera, el sol comenzaba a elevarse sobre Willow Creek, tiñendo el cielo de tonos rosas y naranjas que se filtraban por las rendijas de las persianas. Un nuevo día. El día en que todo terminaría.

Piper se levantó. Se vistió con ropa limpia, se recogió el pelo en una coleta apretada, y se miró en el espejo del baño. Los ojos verde grisáceos que la miraban desde el otro lado tenían un brillo que no había visto antes. No era miedo. No era rabia. Era determinación.

—¿Miles quiere un trato? —dijo en voz alta, y las palabras resonaron en el silencio del baño. —Se lo daré. La verdad completa. Todo lo

que ocultó. El lugar, los motivos, el arma.

Cogió la carta de Caroline de la mesa de la cocina y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al corazón. Iba a enfrentarse a Miles Pemberton.

Y esta vez, no iba a ser él quien ganara.

CAPÍTULO 26: LA ÚLTIMA TRAMPA

La sala de interrogatorios olía a desinfectante barato y a promesas rotas.

Piper cruzó el umbral y el silencio se cerró a sus espaldas como una compuerta. La luz del fluorescente zumbaba con un tono eléctrico, un insecto atrapado en el circuito que emitía un parpadeo apenas perceptible. La mesa de metal ocupaba el centro. Sus bordes, marcados por años de uso, mostraban el óxido asomando en las esquinas como raíces que trepan por una pared. Dos sillas de plástico gris se enfrentaban desde los lados opuestos. En una de ellas, Miles Pemberton ya estaba sentado.

Llevaba el uniforme de preso. Un conjunto holgado de color gris, la tela barata y sin forma, le colgaba de los hombros como una piel prestada. Las esposas le rodeaban las muñecas; los dedos apoyados sobre la mesa permanecían inmóviles. El blanco plateado de su pelo, peinado hacia atrás con la precisión de costumbre, contrastaba con la ropa anodina. Pero sus ojos —esos ojos marrones que las revistas de negocios describían como cálidos y paternales— tenían un brillo diferente bajo la luz artificial. Era el brillo de un animal que sabe que la jaula se ha cerrado, pero aún no ha decidido si arañar los barrotes o acurrucarse en el rincón.

El abogado, un hombre delgado de traje caro y gesto nervioso, estaba de pie junto a la puerta. Sostenía un maletín de cuero

marrón y hablaba en voz baja con un agente al fondo, moviendo el teléfono en la mano. Al ver entrar a Piper, su mandíbula se tensó.

—Señorita Marsh —dijo, con un tono que pretendía ser cortés pero sonaba a advertencia—. No sé en qué condiciones ha accedido a esta reunión, pero quiero dejar claro que mi cliente no está obligado a declarar sin mi presencia. Cualquier cosa que diga fuera del procedimiento legal establecido podría considerarse...

—Richard.

La voz de Miles cortó el discurso. No levantó la cabeza. Siguió mirando la mesa, las esposas, las manos inmóviles. Pero su tono era firme, con un filo que el abogado reconoció al instante.

—Quiero hablar con ella a solas.

Richard parpadeó. Los dedos se le crisparon sobre el maletín.

—Miles, eso es muy poco aconsejable. Sin mi presencia, cualquier declaración tuya puede ser usada en tu contra de formas que no puedes imaginar. El fiscal ya tiene suficientes pruebas como para...

—He dicho que quiero hablar con ella a solas. —Miles levantó la cabeza lentamente, y sus ojos se clavaron en el abogado con una intensidad que heló el aire—. No voy a repetirlo.

El silencio se instaló en la sala como un tercer ocupante, denso y pegajoso. Richard dudó. Miró a Piper, como si buscara en ella una señal de que aquello no iba a ser un desastre. Ella no le devolvió la mirada. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa, los dedos extendidos, la postura firme. Podía sentir el peso de la carta de Caroline en el bolsillo interior de la chaqueta, el papel rozándole el corazón como una brasa.

—Tendré que consultarlo con el fiscal —dijo Richard al fin, con la voz teñida de derrota—. No puedo permitir que te quedes solo con ella sin supervisión.

—Entonces consúltalo. Pero hazlo fuera.

Richard vaciló un momento, los ojos yendo de Miles a Piper y de vuelta. Luego, con un suspiro que sonó a rendición, abrió la puerta y salió. El picaporte encajó con un clic, y la sala quedó sumergida en un silencio aún más denso, roto solo por el zumbido del fluorescente y el latido de dos corazones que marcaban ritmos distintos.

Piper no se movió. Miles tampoco.

Se miraron a través de la mesa. La distancia entre ellos era apenas un metro, pero parecía medir años luz, décadas de mentiras y silencios comprimidas en ese espacio de metal frío. El hombro derecho, resentido por la caída en el sótano, le punzó al mantener la postura, un recordatorio de la noche en que él había estado a punto de matarla. Esa noche en que el sótano se había llenado de pasos y sombras, y ella había corrido sin saber si llegaría viva al amanecer.

Miles rompió el silencio primero.

—Has ganado, Piper.

La frase cayó como una piedra en agua quieta. No había desafío en su voz. Ni sarcasmo. Era una constatación, simple y directa, como si estuviera leyendo el resultado de un partido.

—Pero no te creas mejor que yo. Solo tuviste suerte.

—¿Suerte? —La palabra le supo a hierro en la lengua, a ceniza y a noches en vela—. ¿Llamas suerte a encontrar el diario de una niña de siete años en un desván sellado? ¿A desenterrar su cuerpo bajo un roble, treinta años después de que la enterraras? ¿A sobrevivir a dos intentos de asesinato en menos de una semana?

—Sí. —Miles esbozó una sonrisa, pero no llegaba a sus ojos. Era un gesto mecánico, un resto de la máscara que había llevado durante tres décadas—. Suerte. Porque las piezas podrían no haber encajado. Podrías haber sido tú la que estuviera muerta. Podrías haber sido Rowan el que nunca hablara. Podrías haber sido Louise la que se llevara el secreto a la tumba. Pero no. Las piezas encajaron. Para ti.

—No fueron las piezas. Fue la verdad.

—La verdad no existe, Piper. Existe la versión que gana.

El silencio que siguió fue más denso que el anterior. Las palabras de Miles flotaban en el aire como una niebla espesa, pero Piper no mordió el anzuelo. Se limitó a sostenerle la mirada, sin parpadear, dejando que el silencio trabajara a su favor. Podía ver las pequeñas grietas en su armadura: el parpadeo demasiado rápido, la forma en que sus dedos se movían sobre las esposas, trazando círculos invisibles.

Miles fue el primero en apartar la vista.

Bajó la cabeza. Sus manos esposadas se movieron sobre la mesa, los dedos rozando el metal como si buscaran un punto de apoyo en medio de la caída.

—Quiero hacerte un trato —dijo, y su voz había perdido aquella modulación calculada. Ahora sonaba más grave, menos ensayada, como si las palabras le costaran un esfuerzo físico—. Un trato justo.

—No estoy en posición de hacer tratos.

—Sí lo estás. —Miles levantó la cabeza. Sus ojos la miraron fijamente, y por un instante, Piper vio algo que no esperaba. No era miedo. Era una especie de cansancio profundo, de esos que se acumulan en los huesos durante décadas—. Eres la única persona que puede decidir qué se sabe de todo esto. Y cómo se sabe.

Piper esperó. No dijo nada. Sabía que las confesiones no se arrancan a la fuerza. Se dejan madurar hasta que caen solas del árbol, como frutas podridas que ya no pueden sostenerse.

—Te daré una confesión —dijo Miles—. Completa. Sin reservas. Todo lo que pasó aquella noche, desde que entré por la puerta de Grant hasta que salí por la puerta trasera. Te diré dónde están los cuerpos de Grant y Caroline. Te diré dónde está el pisapapeles. Te diré quién me ayudó a cavar las tumbas.

Piper sintió que el pulso se le aceleraba, pero no dejó traslucir nada. Se quedó inmóvil, la mirada fija en él, los dedos entrelazados sobre la mesa. Podía sentir el latido en las sienes, en la nuca, en la yema de los dedos.

—¿A cambio de qué?

—De control. —Miles pronunció la palabra como si saboreara cada letra, como si fuera el último bocado de una cena que sabía que nunca volvería a probar—. No habrá juicio. Aceptaré la cadena perpetua. Sin posibilidad de libertad condicional. Me declararé culpable de todos los cargos: asesinato en primer grado de Grant Sherman, Caroline Sherman y Jenna Sherman. Obstaculización a la justicia. Fraude financiero. Todo.

—Suena demasiado generoso.

—No lo es. —Miles se inclinó hacia adelante; las esposas tintinearon contra el metal con un sonido que resonó en la sala vacía—. A cambio, tú te callas sobre ciertas cosas. No todo se hace público. No hablas con la prensa. No permites que esto se convierta en un espectáculo. Mi hija... —Hizo una pausa, la voz quebrándose ligeramente—. Mi hija no merece leer mentiras en los periódicos. No merece que su padre sea el monstruo de portada durante meses. Ya hay suficiente dolor.

Piper parpadeó. Era la primera vez que Miles mencionaba a su familia sin usar ese tono de propiedad, sin la frialdad de quien habla de activos. Había algo en su voz que sonaba a rendición. O a una última astilla de orgullo que intentaba preservar antes de que todo se desmoronara.

—¿Y si no acepto?

—Entonces tendrás un juicio. Largo. Caro. Doloroso. Mis abogados apelarán a todo. Pondrán en duda el testimonio de Rowan, dirán que es un hombre traumatizado que ha construido recuerdos falsos. Atacarán la credibilidad de Louise, la retratarán como una anciana confundida que busca protagonismo. Desacreditarán a Buck, lo

presentarán como un borracho que confesó para salvar su propio pellejo.

—No funcionará.

—Puede que no. —Miles sonrió, pero era una sonrisa sin alegría, un gesto aprendido que ya no servía para nada—. Pero llevará años. Años de audiencias, de apelaciones, de titulares. Y mientras tanto, mi hija tendrá que vivir con eso. Tendrá que leer cómo su padre es el monstruo de Willow Creek. Cómo mató a una familia entera. Cómo durmió tranquilo durante treinta años.

La voz de Miles se quebró levemente en la última frase. Fue un instante, apenas un temblor en las cuerdas vocales. Pero Piper lo oyó. Y supo que ese era el punto débil. La única grieta en la armadura que había construido durante tres décadas.

—No es por mí —dijo, bajando la mirada hacia sus manos esposadas —. Ya no. Es por ella. Para que no tenga que cargar con el peso de lo que hice. Para que pueda recordarme como su padre, no como un titular.

El silencio se alargó. Piper sintió el peso de la decisión en el pecho, una opresión que le dificultaba respirar. La carta de Caroline quemaba contra su piel, un recordatorio de la mujer que había escrito aquellas palabras horas antes de morir. *Mañana iremos a la policía. Mañana todo habrá terminado.*

Caroline no había tenido la oportunidad de decidir cómo se contaría su historia. Jenna no había tenido voz. Rowan había estado treinta años sin poder hablar. La balanza de la justicia no se inclinaba solo con condenas; también con la verdad, con el cómo se contaba, con la dignidad de los que ya no estaban.

—¿Y qué pasa con los cuerpos? —preguntó—. ¿Con el arma?

—Te lo diré todo. En mi declaración formal, con mis abogados presentes y con el fiscal. Todo exactamente como ocurrió. Dónde

están enterrados. Dónde guardé el pisapapeles. Quién me ayudó a cavar. Todo.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo? ¿Cómo sé que no vas a manipular la confesión para proteger a alguien más?

Miles la miró. Por primera vez desde que entró en la sala, sus ojos no tenían esa capa de cálculo y control que había visto en los vídeos, en las fotografías, en el breve encuentro en el pasillo de la comisaría. Eran solo los ojos de un hombre mayor, cansado, que había pasado treinta años huyendo de una verdad que finalmente lo había alcanzado. La piel alrededor de sus ojos estaba surcada de arrugas que no había notado antes; las manos, apoyadas sobre la mesa, tenían manchas de la edad que el traje caro había ocultado durante años.

—Porque no me queda nada por lo que mentir.

Piper se recostó en la silla. El plástico crujió bajo su peso, y sintió que la tensión acumulada en los hombros comenzaba a ceder, milímetro a milímetro. El dolor en el hombro derecho latía con menos fuerza. La respiración se le escapó en una bocanada larga, y el aire de la sala, cargado de desinfectante y de confinamiento, le llenó los pulmones.

—La verdad no es para mí —dijo, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. No es para tu hija. No es para la prensa. La verdad es para Jenna, Grant y Caroline. Para Rowan. Para Louise. Para todas las personas que callaron durante treinta años porque tenían miedo.

—Entonces dilo. —La voz de Miles sonó firme, pero había una rendija en ella, un temblor que no lograba ocultar—. Acepta el trato. Y esta noche, cuando mi hija se acueste, podrá dormir sin tener que leer los titulares de mañana.

Piper lo miró largamente. Las piezas del rompecabezas encajaban en su cabeza como una imagen completa, y cada una pesaba: el diario de Jenna —aquel donde la niña describía haber visto a «el amigo de papá» con otro hombre y anotaba los detalles de su todoterreno—,

la carta de Caroline, la carpeta roja, los testimonios de Rowan, Louise y Buck, el cuerpo bajo el roble, la tormenta que lo había desenterrado, el sótano, el armario, la muñeca con el ojo de botón colgando. Y ahora, aquella confesión que colgaba delante de ella como una fruta madura, esperando a ser recogida.

—Acepto —dijo—. Pero con una condición.

—Dime.

—Cuando confieses, quiero estar al otro lado del espejo. Quiero verte la cara mientras dices la verdad. Quiero oír la historia completa sin filtros, sin edulcorantes. Y quiero que estés presente cuando la policía exhume los cuerpos de Grant y Caroline. No para que veas lo que hiciste, sino para que ellos sepan que no morirán en el olvido.

Miles sostuvo su mirada. La mandíbula se le tensó, y por un instante, Piper pensó que iba a negarse. Vio cómo los músculos de su cuello se contraían, cómo sus dedos se crispaban sobre las esposas. Pero luego asintió lentamente, como si aquella petición fuera el último clavo en el ataúd de su orgullo.

—De acuerdo.

—Y otra cosa.

—Dime.

—Quiero que se lo digas. A Rowan. Personalmente. Que le pidas perdón por lo que le hiciste. Por haberle robado treinta años de su vida.

El rostro de Miles se contrajo. Una mueca de dolor, o de rabia, cruzó sus facciones y desapareció tan rápido como había llegado. La piel alrededor de sus ojos se tensó, y por un momento, pareció que iba a levantarse de la silla.

—Eso no está en el trato.

—No. Pero es lo correcto.

El silencio se alargó. La luz fluorescente zumbaba sobre sus cabezas, el único sonido en la sala. Miles bajó la mirada hacia sus manos esposadas, los dedos entrelazados, los nudillos blancos. Parecía un hombre diminuto, encogido sobre sí mismo, como si el peso de treinta años acabara de caer sobre sus hombros en una oleada.

—Lo haré —dijo, y su voz sonó ronca, apenas un susurro—. Se lo diré. Le pediré perdón. Aunque sé que no merezco que me lo dé.

Piper asintió. Se levantó lentamente, sintiendo el peso del cuerpo, el cansancio acumulado de los últimos días trepándole por las piernas como agua que sube. La mano derecha le tembló ligeramente al apoyarse en el borde de la mesa, pero se mantuvo firme. La carta de Caroline rozó su piel al moverse, un roce que la ancló a la certeza de que aquello era lo correcto.

—Entonces dilo, Miles. Dime lo que pasó esa noche.

Miles levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de ella, y por un instante, no hubo máscara ni cálculo. Solo un hombre viejo, esposado, sentado frente a la mujer que lo había vencido. La luz del fluorescente le marcaba las ojeras, le hundía las mejillas, le revelaba la edad que el dinero y la arrogancia habían mantenido a raya durante tres décadas.

—Lo haré —dijo—. Te lo contaré todo. Pero no aquí. No ahora. En mi declaración formal. Con testigos. Con grabadoras. Para que quede constancia y no haya dudas.

—¿Y qué me dices a mí? ¿Ahora? ¿En esta sala vacía, sin testigos, sin grabadoras?

Miles la miró largamente. Los segundos se alargaron, densos, hasta que el silencio se volvió incómodo. Luego, muy despacio, como si cada palabra le arrancara un trozo de piel, comenzó a hablar.

—No soy un monstruo, Piper. —Su voz era apenas un susurro, pero en el silencio de la sala sonaba como un trueno—. Sé que lo parezco. Sé que lo he sido. Pero no empecé siendo así. Empecé

siendo un hombre que tenía miedo. Un hombre que cometió un error y no supo cómo repararlo.

—¿Un error? —La palabra le supo a ceniza—. Matar a tres personas no es un error, Miles. Es una elección.

—Lo sé. —Bajó la cabeza, y las esposas tintinearon al moverse—. Lo sé. Y he vivido con esa elección cada maldito día de los últimos treinta años. He visto sus caras en mis sueños. He oído la voz de Jenna llamando a su padre mientras yo subía las escaleras detrás de ella. He sentido el peso del pisapapeles en mi mano, el calor de la sangre, la humedad del barro cuando los enterraba.

Piper sintió que el estómago se le encogía, pero no apartó la mirada. Las palabras de Miles caían sobre ella como piedras, y cada una dejaba una marca.

—Pero no vine aquí a buscar tu compasión. Vine a decirte que acepto el trato. Y que esta noche, cuando me siente con el fiscal y los abogados, les contaré todo. Sin reservas.

—¿Por qué ahora? —preguntó Piper, y su voz sonó más frágil de lo que quería—. ¿Por qué no antes? ¿Por qué esperar treinta años?

Miles levantó la cabeza. Sus ojos, húmedos pero sin lágrimas, la miraron con una intensidad que cortaba la respiración.

—Porque nunca tuve a alguien como tú enfrente. Alguien que no tuviera miedo de mirarme a los ojos y decirme que estaba solo.

El silencio que siguió fue el más denso de todos. Piper sintió que las palabras se le atascaban en la garganta, un nudo de emociones contradictorias que no lograba desatar. Rabia, sí. Pero también algo parecido a la compasión, aunque doliera admitirlo. Ese hombre roto que tenía delante, con su ropa de preso y sus ojos cansados, seguía siendo el mismo que había matado a Jenna Sherman. Pero también era un hombre que, por fin, había dejado de correr.

—Entonces dilo —repitió—. En tu declaración. Con testigos. Con grabadoras. Y cuando termines, ve y míralo a los ojos. Dile la verdad. Y luego, si puedes, pídele perdón.

Miles asintió lentamente. No dijo nada más. Se quedó allí, sentado, las manos esposadas sobre la mesa, la cabeza inclinada, como un hombre que acaba de soltar el último peso que llevaba dentro.

Piper se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. La mano en el picaporte notó el metal frío bajo los dedos, y por un instante se quedó inmóvil. Sabía que Buck estaría al otro lado, esperando, con la mirada interrogante.

—Miles.

—¿Qué?

—Gracias. Por no alargarlo.

No hubo respuesta. Solo el silencio, y el zumbido del fluorescente, y el peso de una confesión que estaba a punto de cambiar todo.

Abrió la puerta.

La luz del pasillo se coló en la sala, un rectángulo de claridad que cortó la penumbra. Dio un paso al exterior, y la puerta se cerró tras ella con un clic suave, como el de una cerradura que encaja después de mucho tiempo.

Buck estaba apoyado contra la pared, los brazos cruzados, la mirada fija en ella. El abogado de Miles, Richard, hablaba en voz baja con un agente al fondo, gesticulando con el teléfono en la mano, los dedos tamborileando nerviosos sobre el plástico.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Buck. Su voz sonaba grave, pero había un temblor en ella que no lograba ocultar.

—Sí. —Piper apoyó la espalda contra la pared, sintiendo el frío del ladrillo a través de la chaqueta—. Confesará. Todo.

—¿A cambio de qué?

—De control. De que no convirtamos su historia en un circo. De que su hija no tenga que leer los titulares de mañana.

Buck asintió lentamente. Sus ojos, cansados y enrojecidos, tenían un brillo que ella no había visto antes. No era euforia. Era alivio. El alivio de quien ha cargado un peso durante tanto tiempo que ya había olvidado lo que se sentía sin él.

—Es lo mejor que podíamos esperar —dijo—. Sin juicio. Sin años de apelaciones. Sin que la prensa despedace a todos los implicados. La verdad sale, pero con dignidad.

—Lo sé.

—¿Y tú? —Buck la miró fijamente, buscando en sus ojos las grietas —. ¿Cómo te sientes?

Piper miró a través del cristal de la sala. Miles seguía sentado en la misma posición, las manos esposadas sobre la mesa, la cabeza inclinada. Parecía un hombre derrotado, pero también en paz. Como si, después de treinta años, hubiera dejado de correr. Y por primera vez, ella sintió que también podía dejar de hacerlo.

—No lo sé —dijo—. Creo que aún no lo he procesado. Siento... no vacío, pero sí algo parecido. Como si hubiera estado conteniendo la respiración durante semanas y ahora, por fin, pudiera exhalar.

—Eso es normal. —Buck se acercó, y su mano rozó el hombro de ella—. Pasarán días antes de que puedas sentarte y pensar en lo que has conseguido.

—No he conseguido nada. Solo cerrar un círculo que llevaba treinta años abierto.

—Eso es todo, Piper. Eso es todo.

Ella asintió. Se separó de la pared y empezó a caminar por el pasillo, sus pasos resonando en el linóleo, un ritmo constante que marcaba el compás de su respiración. Las luces fluorescentes parpadeaban sobre su cabeza, proyectando sombras alargadas que se estiraban y

encogían a cada paso. Al llegar a la salida, se detuvo un momento. La puerta de cristal daba a la calle, donde el sol de la mañana comenzaba a calentar el asfalto. Los coches pasaban lentos, los peatones caminaban con paso tranquilo. La vida seguía, ajena a lo que acababa de ocurrir en aquella sala.

La carta de Caroline seguía en su bolsillo, cálida contra su piel. Piper metió la mano y tocó el borde del sobre, sintiendo la textura quebradiza del papel.

—Se acabó, Caroline —susurró—. Por fin se acabó.

Empujó la puerta y salió al aire libre.

El sol le dio en la cara, y cerró los ojos un instante, dejando que el calor le calentara los párpados. Detrás de ella, en la sala de interrogatorios, Miles Pemberton levantó la cabeza y miró la puerta cerrada. Sus ojos, vacíos de toda emoción, se fijaron en el rectángulo de luz que se filtraba por la rendija. Luego, muy despacio, como si las palabras llevaran demasiado tiempo atascadas, comenzó a hablar solo.

—Era una noche de noviembre —dijo, y su voz sonó extraña en el silencio, como si hablara desde el fondo de un pozo—. Hacía frío. Llovía. Grant me había citado para hablar. Pensé que sería una discusión más. Pero no lo fue.

La puerta seguía cerrada. Nadie lo oyó.

Pero las palabras, por fin, empezaban a fluir.

CAPÍTULO 27: EL PESO DE LA CONCIENCIA

La luz del fluorescente zumbaba sobre la sala de interrogatorios como un insecto metálico atrapado en un circuito.

Piper observaba a través del espejo de doble cara, las manos apoyadas en el marco frío que rodeaba el cristal. La superficie estaba ligeramente empañada —el aliento del otro lado, el calor de los cuerpos, el sudor frío del miedo acumulado—. Desde su posición, la sala se veía en un tono azulado, como si el mundo se hubiera teñido de agua estancada. Miles Pemberton seguía sentado en la misma silla donde ella lo había dejado.

Las esposas descansaban sobre la mesa, los dedos entrelazados con una calma que parecía forzada. El uniforme de preso le colgaba de los hombros como una piel que no terminaba de ajustarse. El pelo blanco plateado, siempre perfecto, comenzaba a despeinarse en las sienes: pequeños mechones escapaban de la gomina que lo había mantenido en su sitio durante treinta años.

A su lado, el fiscal adjunto Miller ordenaba papeles con una precisión casi ritual. Era un hombre delgado, de unos cincuenta años, con gafas de montura metálica y una calvicie incipiente que disimulaba peinando el poco pelo hacia adelante —un intento vano de ocultar lo inevitable—. Cada movimiento de sus manos era calculado, como si estuviera coreografiando un baile que conocía de memoria. La

grabadora sobre la mesa ya estaba encendida, la cinta giraba lentamente, absorbiendo cada silencio, cada respiración.

Buck estaba a la izquierda de Piper, apoyado contra la pared. No decía nada; no necesitaba hacerlo. La tensión en su mandíbula hablaba por él. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo, los hombros hundidos en una postura que delataba años de culpa acumulada. De vez en cuando su mirada se desviaba hacia la puerta de la sala, como si esperara que Miles se levantara de repente y saliera corriendo, desafiando las leyes de la física y la lógica.

—Vamos a empezar —dijo Miller, ajustándose las gafas. Su voz sonó neutra, profesional, pero había un filo que delataba la tensión contenida.

Miles levantó la cabeza. A través del espejo, Piper sintió que la miraba directamente a ella, aunque sabía que desde el otro lado solo veía un reflejo. Pero sus ojos, esos ojos marrones que las revistas de negocios describían como cálidos y paternales, parecían atravesar el vidrio como si supieran que ella estaba allí, escuchando cada palabra.

—Estoy listo.

Miller carraspeó. El sonido seco resonó en el silencio de la sala, rebotando contra las paredes de ladrillo visto. Luego, con la voz plana de quien lee una factura, comenzó:

—Señor Pemberton, ¿confirma que ha aceptado declararse culpable de los cargos de asesinato en primer grado de Grant Sherman, Caroline Sherman y Jenna Sherman, así como de obstaculización a la justicia y fraude financiero?

—Sí.

—¿Y lo hace libremente, sin coacción ni promesas externas al acuerdo presentado?

—Sí. —Miles esbozó una sonrisa que no llegaba a sus ojos, un rictus aprendido, una máscara que ya no sostenía nada—. Libremente. A mi edad, la libertad es un concepto curioso.

—Limítese a responder afirmativa o negativamente, señor Pemberton.

—Afirmativo.

A Piper se le encogió el estómago. Las palabras del fiscal eran frías, clínicas, como si estuviera leyendo una lista de la compra. Pero cada una de ellas pesaba toneladas. Asesinato en primer grado. Tres vidas. Treinta años de silencio.

Miller asintió. Deslizó una hoja de papel sobre la mesa hacia Miles.

—Este es el documento que recoge los términos del acuerdo. Léalo con atención y fírmelo si está de acuerdo.

Miles no cogió el papel. Lo miró un momento, los ojos recorriendo las líneas de texto legal. Luego, sin apartar la mirada, dijo:

—No hace falta que lo lea. Sé lo que dice. He negociado suficientes contratos en mi vida para reconocer un acuerdo cuando lo veo.

—Firme, por favor.

Miles cogió el bolígrafo. Sus dedos, aún esposados, temblaron ligeramente al escribir su nombre; el trazo de la firma era más corto que de costumbre, como si el espacio en la página hubiera encogido. Dejó el bolígrafo sobre la mesa, y el clic metálico sonó a sentencia.

—Ahora, señor Pemberton —dijo Miller, recogiendo el documento—, necesito que describa con sus propias palabras lo que ocurrió la noche del 15 de noviembre de 1994. Puede tomarse el tiempo que necesite.

Miles se reclinó en la silla. El plástico crujió bajo su peso. Miró sus manos esposadas, los dedos entrelazados, los nudillos blancos por la presión. Durante un largo momento, el único sonido en la sala fue el

zumbido del fluorescente. Piper contuvo la respiración. Podía oír su propio pulso, un latido sordo que parecía marcar el compás de los segundos.

Cuando Miles habló, su voz era plana.

—No fue un accidente. Quiero dejar eso claro desde el principio. No fue un arrebato, ni un acto de locura. Fue una decisión.

Miller no interrumpió.

—Grant me había citado esa noche. Dijo que quería hablar de negocios. Pero yo sabía que no era verdad. Llevaba semanas notando que algo había cambiado. Caroline me miraba de otra forma, como si estuviera esperando algo. Y Grant... Grant estaba más silencioso de lo normal. Cuando llegué a la casa, supe que era una trampa.

—¿Cómo lo supo?

—Caroline estaba en la cocina, de pie, con las manos apoyadas en la encimera. Tenía los nudillos blancos. Cuando alguien está nervioso, los nudillos se blanquean. Es un detalle que aprendí a leer en las negociaciones: las manos nunca mienten del todo. Grant me esperaba en el despacho, con la carpeta roja abierta sobre el escritorio. Los documentos del desfalco. Las pruebas de que había estado desviando dinero de la empresa durante años. Las había estado recopilando. No era la primera vez que lo intentaba.

Piper sintió que el aire se volvía más denso. Las palabras de Miles caían como gotas de plomo, cada una dejando una marca imborrable en el silencio.

—Grant me dijo que lo había descubierto todo —continuó Miles—. Que Caroline iba a llamar a la policía al día siguiente. Que tenía veinticuatro horas para devolver el dinero o se enfrentaría a las consecuencias. No fue una negociación. Fue un ultimátum.

—¿Y qué hizo usted?

Miles levantó la cabeza. Sus ojos se fijaron en un punto más allá de la cámara, más allá del espejo, como si estuviera viendo aquella escena proyectada sobre el fondo de sus propios párpados.

—Le pedí que lo reconsiderara. Le ofrecí devolver el dinero a plazos, firmar un acuerdo, hacer cualquier cosa para evitar el escándalo. Grant se negó. Dijo que ya no confiaba en mí. Que había destruido la empresa, su reputación, su vida. Dijo que iba a asegurarse de que pagara por ello.

—¿Y entonces?

—Entonces Caroline entró en el despacho. —La voz de Miles se volvió más grave, más tensa, como si las palabras comenzaran a pesarle—. Dijo que ya había llamado a la policía. Que estaban de camino. Me miró con un desprecio que no había visto en nadie antes. Me dijo que era un ladrón, un mentiroso, un cobarde. Que merecía pudrirme en una celda.

Hizo una pausa. Sus manos se movieron sobre la mesa, un gesto involuntario, como si quisiera agarrar algo que ya no estaba allí.

—Y entonces vi el pisapapeles.

A Piper se le revolvió el estómago. La imagen del globo terráqueo de vidrio, con los continentes pintados en colores desvaídos, se formó en su mente con una claridad dolorosa. El mismo pisapapeles que Jenna había descrito en su diario, el que había visto en el escritorio de Grant la última vez que bajó las escaleras.

—Estaba en la esquina del escritorio. Grant lo había usado como pisapapeles durante años. Era pesado, macizo. Un objeto contundente. No sé cuánto tiempo lo miré. Un segundo. Tal vez dos. Pero en ese momento, supe que no había otra salida.

—¿Cogió el pisapapeles?

—Sí. —La palabra salió en un susurro, apenas audible—. Lo cogí. Y golpeé.

El silencio que siguió fue más denso que cualquier otro. Piper sintió que el mundo se detenía, que el tiempo se congelaba en aquella palabra, en aquella imagen: el pisapapeles descendiendo, el impacto sordo, la sangre.

—Grant cayó al suelo. Su cabeza golpeó el borde de la estantería al caer. Hizo un ruido... un ruido que no he podido olvidar. Caroline empezó a gritar. Se abalanzó sobre mí, me arañó la cara, me golpeó el pecho. No sentí nada. Solo el peso del pisapapeles en mi mano, el calor de la sangre en los dedos.

—¿Y qué hizo con Caroline?

—La golpeé también. —La voz de Miles se quebró, pero se recompuso al instante—. Una vez. En la sien. Cayó al lado de Grant, y su cabeza hizo el mismo ruido sordo contra la madera. Después, todo quedó en silencio.

Piper cerró los ojos un momento. La imagen era demasiado vívida, demasiado real. Podía ver el despacho, los cuerpos en el suelo, la sangre extendiéndose sobre la alfombra como una flor abriendo sus pétalos. Podía oír el silencio después de los gritos.

—¿Y la niña? —preguntó Miller. Su voz seguía siendo profesional, pero había un temblor que no lograba ocultar del todo.

Miles no respondió de inmediato. Miró sus manos esposadas, como si buscara en ellas una respuesta que no encontraba. La luz del fluorescente le marcaba las ojeras, le hundía las mejillas.

—Jenna apareció en la puerta.

La voz de Miles cambió al pronunciar su nombre. Se volvió más frágil, más humana. Como si decir aquel nombre hubiera abierto una compuerta que llevaba treinta años cerrada.

—Bajó las escaleras sin hacer ruido. Llevaba el camisón de flores, el que Caroline le había comprado para su cumpleaños. Tenía el pelo

revuelto, como si acabara de despertarse. Y en la mano, la muñeca de porcelana.

Piper sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. No las dejó caer. No podía.

—Me miró. Sus ojos... —Miles tragó saliva, y el movimiento de su nuez era visible incluso desde el otro lado del espejo—. Sus ojos se abrieron cuando vio los cuerpos. Primero miró a su padre, luego a su madre, y luego a mí. Tenía un miedo en los ojos que nunca he visto en nadie más. Un miedo puro, animal, sin filtros. «No debí haber visto lo que vi» —dijo, citando la última línea del diario de Jenna sin ser consciente de ello—. No debí haber visto lo que vi.

—¿Y qué hizo usted?

Miles bajó la cabeza. Cuando habló, su voz era apenas un susurro que la grabadora apenas alcanzaba a registrar.

—La perseguí hasta su cuarto. Subió las escaleras corriendo, y fui tras ella. No podía dejar que hablara. Era una niña de siete años, pero lo había visto todo. Podía describirme, describir el pisapapeles, describir lo que había hecho. Era una amenaza. Una amenaza de siete años que pesaba menos que una pluma.

—¿Y la silenció?

—Sí.

La palabra cayó como una losa. No hubo excusas, ni justificaciones. Solo la admisión desnuda, brutal, de un hecho inapelable.

A Piper se le encogió el estómago hasta formar un nudo que no lograba tragar. Las palabras de Miles sonaban en sus oídos como ecos de una pesadilla que no terminaba. Jenna. Siete años. Una muñeca de porcelana con un ojo roto. Un camisón de flores. Un miedo que treinta años no habían logrado borrar.

—¿Dónde están los cuerpos, Miles? —preguntó Miller.

Miles levantó la cabeza. Sus ojos se fijaron en el espejo, y por un instante Piper sintió que la miraba directamente a ella, a través del cristal, a través de los años de mentiras y silencios.

—En el bosque. Detrás de la casa.

La voz de Miles era plana otra vez, como si estuviera dando indicaciones para llegar a un restaurante.

—Hay un claro, a unos doscientos metros del sendero que lleva a la cabaña de Rowan. Es fácil de pasar por alto porque los árboles lo ocultan. Cavé tres tumbas. Grant está más cerca del arroyo. Caroline, al lado de un tocón. Jenna, bajo un montón de piedras que fui amontonando durante años. No tenía una pala: usé mis manos y una rama gruesa. Me llevó toda la noche.

—¿Y el arma? —preguntó Miller, anotando algo en su bloc.

—En una caja de seguridad en Boston. El pisapapeles. Lo guardé como un recordatorio. Durante años pensé en destruirlo, pero algo me detenía. Como si deshacerme de él fuera admitir que había hecho algo mal.

—¿Y el coche? —preguntó Miller, levantando el bloc—. En el informe de la noche del crimen, testigos vieron un todoterreno blanco saliendo de la propiedad. También tenemos una entrada del diario de Jenna, fechada el 12 de noviembre, donde escribe que vio a «el amigo de papá» con otro hombre en el jardín y describe un coche gris con matrícula de Massachusetts. —Miller sacó una fotocopia—. ¿Reconoce ese coche, señor Pemberton?

Miles dudó. Sus dedos entrelazados se tensaron. Pasó la lengua por los labios resecos antes de responder.

Durante un largo silencio, Miles pasó la lengua por los labios resecos. El zumbido del fluorescente pareció hacerse más fuerte, como si el tiempo se hubiera detenido. Finalmente, sin levantar la cabeza, dijo:

—Era el coche de Warren Guthrie. —Su voz sonó ronca, como si las palabras le arañaran la garganta—. Sí. Llegó a casa de Grant esa noche. Discutimos en la puerta; Warren sabía que Grant iba a denunciarme por el desfalco. Él mismo me lo había advertido. Intentó convencerme de que me entregara, pero no quise. Se fue antes de que ocurriera nada. Las luces que los testigos vieron alejándose eran las de su coche. Fue entonces cuando supe que Jenna había visto demasiado. Esa entrada del diario, la que usted me mostró, fue la que me convenció de que no podía dejar que viviera.

Miller no se dio por satisfecho. Apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—¿A qué hora exactamente llegó Guthrie? ¿Y cómo supo usted que Grant iba a denunciarle esa misma noche?

—Llegó sobre las diez —respondió Miles, la mirada fija en un punto lejano—. Warren me llamó al móvil cuando ya estaba en la entrada. Dijo que Grant le había enviado una copia de los documentos del desfalco. Quería que yo supiera que iba a actuar. Lo dijo como un favor, pero era una advertencia velada.

—¿Y usted le pidió que se quedara? —preguntó Miller, sin apartar la pluma del bloc.

—No. Le dije que se fuera. Que aquello era un asunto privado. —Miles esbozó una sonrisa amarga—. No quería testigos.

A Piper le flaquearon las piernas. Se apoyó en el marco del espejo, el metal frío contra su palma sudorosa. La confesión de Miles era completa, minuciosa, casi clínica. Pero el horror no estaba en los detalles. Estaba en la naturalidad con que los relataba.

Miles levantó la cabeza. El fluorescente le marcaba las arrugas alrededor de los ojos, que parecían más profundas que antes.

—¿Feliz? —preguntó, y su voz sonó cansada, como si hubiera envejecido treinta años en aquellos minutos—. Ahora ya lo sabes.

Todo. Cómo, cuándo, dónde. No hay secretos. No hay medias verdades. Es todo lo que tengo.

Piper no respondió. No podía. Las palabras se le habían atascado en la garganta, un nudo que no lograba desatar.

Miles la miró un momento más. Luego, muy despacio, apartó la mirada y la fijó en la grabadora, como si la máquina fuera el único testigo que merecía la pena.

—Hecho —dijo—. Pueden apagar eso.

Piper apartó las manos del marco del espejo. Dio un paso atrás, luego otro. La espalda chocó contra el pecho de Buck, que seguía apoyado contra la pared. Él no dijo nada. Solo puso una mano sobre su hombro, un gesto torpe que quería ser reconfortante.

—Ya está —dijo Buck, en voz baja—. Lo has conseguido.

Piper negó con la cabeza. No podía hablar. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a deslizarse por sus mejillas, y no hizo nada por detenerlas.

—No —susurró—. No he conseguido nada. Solo que un hombre confiese lo que ya sabíamos. No he devuelto la vida a Jenna. No he devuelto treinta años a Rowan. Solo he cerrado un caso.

—Eso es todo, Piper. Eso es todo.

Se quedaron un momento en silencio. Al otro lado del espejo, Miles Pemberton seguía sentado en la silla, con las esposas sobre la mesa, la mirada perdida en el vacío. La grabadora seguía girando, registrando el silencio, registrando el peso de una confesión que había tardado treinta años en llegar.

La verdad estaba sobre la mesa, fría y desnuda, como un cuerpo recién exhumado.

Pero el precio de esa verdad era más alto de lo que Piper había imaginado.

Cada palabra de Miles había sido un golpe, un recordatorio de que la justicia no siempre trae paz. A veces solo trae el eco de lo que se perdió, resonando en el silencio de una sala vacía, preguntándose si realmente valió la pena.

CAPÍTULO 28: ECOS DEL PASADO

La lluvia golpeaba los cristales del despacho con un ritmo insistente, como dedos arañando el vidrio.

Grant Sherman estaba de pie detrás de su escritorio, la carpeta roja abierta frente a él. Las manos apoyadas en el borde de la mesa, los nudillos blancos por la presión. La lámpara de aceite —el foco se había fundido dos días antes y aún no lo había reemplazado— proyectaba sombras alargadas sobre las paredes de madera oscura, haciendo que su silueta pareciera más grande de lo que era.

—No voy a cambiar de opinión, Miles —dijo, la voz firme, sin titubeos—. Has estado robando a la empresa durante años. He visto las cuentas. Las transferencias a las cuentas offshore. Las facturas falsas.

Miles Pemberton estaba al otro lado del escritorio, de pie, las manos a los lados. Llevaba un traje gris impecable, el pelo castaño peinado hacia atrás con fijador, la sonrisa de siempre congelada en el rostro. Pero sus ojos —esos ojos marrones que tantas veces usó para inspirar confianza— tenían un brillo diferente aquella noche. Algo se movía en el fondo de ellos, una sombra que Grant siempre había preferido ignorar.

—Grant, podemos arreglarlo —dijo Miles, con voz calmada, razonable—. He cometido errores, lo admito. Pero puedo devolver el

dinero. Poco a poco. Nadie tiene por qué enterarse. Piensa en la empresa, en los empleados, en todo lo que hemos construido juntos.

—Lo que has destruido, querrás decir.

Caroline Sherman estaba en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en Miles. Llevaba un vestido azul oscuro, el pelo pelirrojo recogido en un moño desordenado. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, pero su voz sonaba firme, sin una sola grieta.

—Lo sé todo, Miles. Grant me lo ha contado. Las cuentas en Suiza, las propiedades a nombre de testaferros, el dinero que has estado desviando durante los últimos cinco años.

Miles giró la cabeza lentamente hacia ella. La sonrisa no se borró de su rostro, pero algo en ella cambió. Se volvió más tensa, más forzada. Como una máscara que empezaba a resquebrajarse.

—Caroline, cariño, no es lo que piensas. Hay una explicación para todo. Si me dejáis explicarlo…

—No me llames cariño. —Caroline dio un paso adelante, y sus tacones golpearon la madera con un sonido seco que resonó en el silencio—. He llamado al abogado. Mañana a primera hora iremos a la policía. Tienes hasta entonces para devolver todo el dinero y entregarte voluntariamente.

El rostro de Miles palideció. Fue un cambio sutil, apenas perceptible, pero Grant lo vio. La mandíbula se le tensó, los músculos del cuello se marcaron bajo la piel.

—No podéis hacer eso.

—Ya está hecho. —Grant cerró la carpeta roja y la levantó, sosteniéndola en el aire como una ofrenda—. Tengo todas las pruebas aquí. Las transferencias, las facturas falsas, los correos electrónicos. Todo.

—Y tengo una carta para mi hermana —añadió Caroline—. Con copia de todo. Por si algo nos pasa.

El silencio que siguió fue denso. La lluvia seguía golpeando los cristales, y el viento silbaba entre las rendijas de las ventanas. El reloj de pie del recibidor marcaba las once y cuarenta y tres. Faltaban cuatro minutos para que todo terminara.

Miles bajó la cabeza. Sus hombros, antes erguidos, cayeron ligeramente. Cuando habló, su voz sonó distinta.

—Llevo quince años trabajando con vosotros. He construido esta empresa desde cero con Grant. Hemos compartido todo: los éxitos, los fracasos, las noches sin dormir. Y ahora, por un error, vais a tirarlo todo por la borda.

—No es un error, Miles. Es un delito. —Grant dejó la carpeta sobre la mesa y apoyó las manos en ella—. No voy a permitir que destruyas lo que hemos construido.

Miles levantó la cabeza. Sus ojos ya no suplicaban. Solo mostraban una determinación fría, calculadora, que heló la sangre.

—Entonces no me dejáis otra opción.

Grant frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir…?

No terminó la frase.

Miles se movió con una rapidez que ninguno de los dos esperaba. Su mano derecha se extendió hacia el escritorio, hacia el pisapapeles de vidrio que Grant había usado durante años como adorno y pisapapeles. Era un globo terráqueo de unos quince centímetros de diámetro, los continentes pintados en colores desvaídos, los océanos en un azul que el tiempo había vuelto turbio. Pesaba casi un kilo.

Grant no tuvo tiempo de reaccionar.

El pisapapeles describió un arco en el aire. El impacto fue seco, brutal. El vidrio macizo golpeó a Grant en la sien derecha, justo donde el hueso es más fino. El sonido recordó al de una piedra cayendo sobre madera mojada: húmedo, sordo, definitivo.

Grant cayó hacia atrás. La silla en la que estaba a punto de sentarse volcó, y su cabeza golpeó el borde de la estantería antes de que su cuerpo se desplomara en el suelo. La sangre brotó de la herida, extendiéndose en un charco oscuro sobre la alfombra. Sus ojos quedaron abiertos, fijos en el techo, sin parpadear.

Caroline gritó.

El sonido atravesó el despacho como un cuchillo, agudo y desgarrador. Se abalanzó sobre Miles, las uñas arañándole la cara, los golpes lloviendo sobre su pecho y sus hombros. Él retrocedió, levantando el pisapapeles para protegerse, pero ella no se detenía.

—¡Asesino! ¡Le has matado! ¡Le has matado!

Miles la empujó. Ella trastabilló hacia atrás, pero se recuperó al instante y volvió a la carga. Sus ojos estaban enloquecidos por el dolor, la rabia, la incredulidad. No veía al hombre que tenía delante. Veía al asesino de su marido.

—¡Basta! —gritó Miles, pero ella no escuchaba.

La golpeó.

El pisapapeles impactó contra su sien izquierda con la misma violencia seca. Caroline se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra una pared invisible. Sus ojos se abrieron de par en par, y por un instante, Miles vio en ellos el reflejo de lo que acababa de hacer.

Luego cayó.

Su cuerpo se desplomó al lado del de Grant, la cabeza girando ligeramente hacia un lado. La sangre comenzó a extenderse desde su sien, mezclándose con la de su marido sobre la alfombra, formando un solo charco oscuro que crecía lentamente.

El silencio regresó.

Miles se quedó inmóvil, el pisapapeles colgando de su mano derecha, la sangre goteando desde el vidrio hasta el suelo. La respiración se le escapaba en bocanadas cortas y entrecortadas. Miró los cuerpos a sus pies. Su mente, por un instante, se quedó en blanco.

No había planeado aquello. No había ido a matarlos. Había ido a negociar, a suplicar, a hacer cualquier cosa para evitar que lo denunciaran. Pero Grant se había mantenido firme, y Caroline lo había mirado con ese desprecio que siempre había temido, y él había perdido el control.

Y ahora estaban muertos.

Un ruido. Arriba.

Miles levantó la cabeza. El corazón le latía con tanta fuerza que podía oírlo en sus oídos, un bombo sordo que ocupaba todo el espacio disponible. Aguzó el oído. El ruido se repitió: un crujido de tablas, seguido del roce de unos pies sobre la madera.

Alguien estaba despierto.

Miles dejó el pisapapeles sobre el escritorio, con cuidado, como si temiera romperlo. El vidrio golpeó la madera con un clic suave. Luego, con pasos lentos y deliberados, salió del despacho y se dirigió hacia la escalera.

Jenna Sherman había oído los gritos.

Estaba en su cama, con la muñeca de porcelana apretada contra el pecho, cuando las voces empezaron a subir desde la planta baja. Al principio eran solo murmullos, pero pronto se convirtieron en gritos. La voz de su padre, grave y enfadada. La de su madre, aguda y asustada. Y luego la otra voz, la del amigo de papá, que sonaba como un animal acorralado.

Jenna se sentó en la cama. La muñeca cayó sobre el colchón, y ella la recogió instintivamente, apretándola contra su pecho. El ojo de botón, el que su madre había cosido cuando el de cristal se rompió, colgaba ligeramente, girando sobre el hilo de pescar.

Los gritos se intensificaron. Jenna oyó a su madre decir algo sobre la policía, y luego un golpe seco que heló la sangre. Era diferente a los demás ruidos. Era como cuando su padre dejaba caer un libro pesado sobre la mesa, pero más fuerte. Más definitivo.

Un grito. El de su madre.

Jenna saltó de la cama. La muñeca cayó al suelo, y el ojo de botón se desprendió, rodando bajo la cómoda. Pero ella no se detuvo a recogerlo. Tenía que ver qué pasaba. Tenía que saber por qué su madre gritaba así.

Abrió la puerta de su habitación.

El pasillo estaba a oscuras, pero la luz del despacho se proyectaba en el recibidor, creando un rectángulo amarillento en el suelo. Jenna se asomó a la barandilla y miró hacia abajo.

Vio a su padre en el suelo.

Vio a su madre al lado, también en el suelo.

Vio a Miles Pemberton de pie, con el pisapapeles de vidrio en la mano, manchado de rojo.

El mundo pareció congelarse.

Jenna quiso gritar, pero no le salió la voz. Se quedó paralizada, la mano aferrada a la barandilla, los ojos fijos en la escena de abajo. Miles levantó la cabeza, y sus miradas se encontraron a través de la distancia.

—Jenna.

La voz de Miles sonó extraña, como si no fuera él quien hablaba. Como si las palabras salieran de un muñeco de ventrílocuo, sin

emoción, sin matices.

—Jenna, vuelve a tu habitación.

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos, rodando por sus mejillas, empañándole la visión. Pero no podía apartar la mirada de la sangre en el pisapapeles, de la sangre en el suelo, de la sangre que manchaba las manos de Miles.

—Tú has matado a mis papás —dijo, y su voz sonó pequeña, frágil, como un susurro que el viento se llevaba—.

Miles no respondió.

Empezó a subir las escaleras.

Jenna soltó la barandilla y corrió.

Sus pies descalzos golpeaban la madera del pasillo mientras corría hacia su habitación. Podía oír los pasos de Miles detrás de ella, más rápidos, más pesados. La puerta de su cuarto estaba abierta. Se lanzó hacia ella, la cerró de golpe, y el pestillo encajó con un clic.

Pero sabía que no bastaría.

Buscó un escondite. La cama, demasiado baja. El armario, sí, el armario. Corrió hacia él, abrió la puerta, y se metió entre los abrigos de invierno, encogiéndose en el rincón más oscuro. La ropa olía a naftalina y a madera. Por un instante, recordó aquella tarde de la semana pasada en el jardín, cuando había visto a Miles, el amigo de papá, hablando con un hombre rubio junto a un todoterreno plateado que nunca había visto antes. Pero apartó el pensamiento. Cerró los ojos con fuerza, se tapó la boca con la mano, y esperó.

El pestillo de la puerta cedió con un crujido seco.

Los pasos de Miles entraron en la habitación. Jenna podía oír su respiración, entrecortada y pesada, como si también él tuviera miedo. Los pasos rodearon la cama, se detuvieron junto al escritorio, y luego se acercaron al armario.

La puerta se abrió de golpe.

La luz del pasillo cegó a Jenna por un instante. Parpadeó, y cuando enfocó la vista, vio a Miles recortado contra la claridad. El pisapapeles colgaba de su mano derecha, la sangre goteando sobre la madera del armario.

—Jenna —dijo, y su voz sonó extrañamente suave, como si estuviera calmando a un animal asustado—. Sal de ahí. No voy a hacerte daño.

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas, y un sollozo se escapó de su garganta antes de que pudiera contenerlo.

—Lo siento —dijo Miles—. De verdad que lo siento.

Levantó el pisapapeles.

Jenna cerró los ojos.

El golpe fue seco. Uno. Y luego otro.

Después, solo el silencio.

Rowan Delaney estaba escondido en el armario del recibidor.

Tenía siete años, el mismo que Jenna. Se había despertado con los gritos, había bajado las escaleras sin hacer ruido, y se había metido en el armario donde su madre guardaba los abrigos de invierno. Desde allí, a través de la rendija de la puerta, había visto todo.

La discusión en el despacho. El golpe del pisapapeles. Su padre cayendo al suelo. Su madre gritando. El segundo golpe. El silencio.

Y luego los pasos de Miles subiendo las escaleras.

Rowan se tapó la boca con las dos manos. Las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no se atrevía a llorar en voz alta. No se atrevía a respirar. Solo podía escuchar.

Los pasos de Miles en el piso de arriba. La puerta de Jenna al abrirse. Un golpe seco, y luego otro.

Luego, el silencio otra vez.

Pasaron minutos. Rowan perdió la noción del tiempo. El armario olía a lana y a perfume de su madre, y el espacio era tan pequeño que tenía las rodillas pegadas al pecho. Pero no se movió. No se atrevió.

Los pasos de Miles bajaron las escaleras.

Rowan vio sus zapatos a través de la rendija. Zapatos negros, de cordones, manchados de sangre en las puntas. Pasaron junto al armario, se detuvieron un momento frente al reloj de pie, y luego se dirigieron hacia la puerta trasera.

El picaporte giró. La puerta se abrió. El aire frío de la noche entró en el recibidor, trayendo consigo el olor a lluvia y a tierra mojada.

Luego, la puerta se cerró.

El silencio se instaló en la casa.

Rowan esperó. Contó hasta cien, como le había enseñado su madre cuando tenía miedo de las tormentas. Uno, dos, tres… Cuando llegó a cien, abrió la puerta del armario.

La casa estaba vacía.

Salió con cuidado, los pies descalzos sobre la madera fría. El recibidor estaba en silencio. La luz del despacho seguía encendida, proyectando un rectángulo amarillento sobre el suelo. Rowan se acercó lentamente, sin querer ver, pero necesitando saber.

Asomó la cabeza por la puerta del despacho.

Su padre yacía en el suelo, los ojos abiertos, la sangre extendida bajo su cabeza como un halo oscuro. Su madre estaba al lado, una mano extendida hacia él, como si hubiera intentado alcanzarlo antes de caer.

Rowan apretó los labios. Las lágrimas le nublaban la visión, pero no lloró. No podía llorar. Tenía que ser fuerte. Tenía que hacer algo.

Subió las escaleras. Sus pies apenas hacían ruido sobre la madera. Llegó a la habitación de Jenna. La puerta estaba abierta.

Dentro, la cama deshecha. La muñeca de porcelana en el suelo, el ojo de botón separado, rodado bajo la cómoda. Y en el armario, su hermana pequeña.

Rowan se acercó. Jenna yacía en el fondo del armario, encogida sobre sí misma, los brazos cruzados sobre el pecho como si estuviera durmiendo. Pero no dormía. Sus ojos estaban cerrados, y la sangre manchaba su camisón de flores, el que le había regalado su madre por su cumpleaños.

—Jenna —susurró Rowan.

No hubo respuesta.

Se quedó allí, de rodillas frente al armario, mirando a su hermana. El tiempo perdió todo sentido. Podrían haber sido minutos u horas.

Un ruido. Abajo.

Rowan se levantó de golpe. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía que iba a rompérsele. Salió de la habitación, bajó las escaleras corriendo, y se detuvo en el recibidor.

El reloj de pie marcaba las once y cuarenta y siete.

El péndulo, que siempre se balanceaba con un ritmo constante, estaba inmóvil. Como si el tiempo se hubiera negado a avanzar más allá de aquel momento.

Rowan miró el reloj. Luego miró hacia la puerta trasera, que seguía abierta, la noche entrando en la casa como un fantasma.

Y entonces supo que tenía que irse.

Corrió hacia la puerta trasera, cruzó el jardín, y se adentró en el bosque. El suelo bajo sus pies descalzos estaba duro y helado, la tierra congelada quebrada por las raíces. A través de los troncos, vio las luces de un coche alejándose por el camino forestal, dos faros que se hundían en la oscuridad como ojos de un animal herido. El silencio del bosque lo envolvía, un silencio más pesado que el de la casa, un silencio que parecía guardar el eco de lo que acababa de ocurrir.

Las ramas le arañaban la cara, las piedras le herían los pies descalzos, pero no sentía nada. Solo el impulso de correr, de alejarse, de poner tanta distancia como pudiera entre él y la casa de los ecos.

Detrás de él, el reloj seguía marcando las once y cuarenta y siete.

El tiempo se había detenido.

Y nada volvería a ser igual.

CAPÍTULO 29: EL PESO DE LA JUSTICIA

La tierra estaba helada cuando la pala golpeó por primera vez.

Piper observaba desde el borde del claro, con los brazos cruzados sobre el pecho y el viento filtrándose por las costuras de su chaqueta. La luz del amanecer era gris, lavada, como si el cielo también estuviera de luto. Los agentes de la policía científica se movían con una precisión ensayada, midiendo, fotografiando, excavando. El sonido de la pala contra el suelo congelado era monótono, un golpe seco que se repetía cada pocos segundos.

Buck estaba a su lado, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Llevaba la misma chaqueta de tweed de siempre, pero se había afeitado, y el gesto, pequeño y humano, le daba un aire distinto. Más ligero. Como si la confesión hubiera lavado algo más que su conciencia.

—Llevan media hora —dijo, sin apartar la mirada de la excavación—. A este ritmo, tardarán otra hora en llegar al fondo.

—Da igual el tiempo que tarden —la voz de Piper sonó plana, sin emoción—. Ya no tenemos prisa.

Buck asintió. El viento movió las ramas desnudas de los robles, y el sonido se mezcló con el golpe de la pala, el murmullo de los agentes, el crujido de la hojarasca bajo las botas.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí cuando los encuentren?

—No —dijo Piper, y se encogió de hombros—. Pero necesito hacerlo. Por ellos.

No añadió nada más. Buck tampoco. Se quedaron allí, uno al lado del otro, viendo cómo la tierra se abría para devolver lo que había guardado durante treinta años.

El primer hueso apareció a las nueve y veintitrés.

La agente que lo encontró se detuvo en seco, la pala a medio camino, y levantó la mano para detener a los demás. El silencio cayó sobre el claro como una campana de cristal. Todos sabían lo que significaba aquella pausa.

Piper sintió que el aire se le helaba en los pulmones. Vio cómo el equipo forense se arrodillaba alrededor del punto, cómo las manos enguantadas apartaban la tierra con la delicadeza de quien desentierra un tesoro. Pero no era un tesoro. Era el cráneo de Jenna Sherman.

La pequeña. La niña del diario. La que había escrito sobre el miedo y los caramelos de menta y el amigo de papá que la miraba de una forma que no le gustaba.

—Dios mío —susurró Buck a su lado.

Piper no dijo nada. No podía. Las palabras se le quedaron clavadas en la garganta, un nudo que se negaba a disolverse. Vio cómo los forenses colocaban los huesos en bolsas etiquetadas, pieza a pieza, como si estuvieran armando un rompecabezas macabro. Vio cómo aparecían los restos de Grant, más grandes, más robustos, a unos metros de distancia. Y luego los de Caroline, junto a un tocón cubierto de musgo, exactamente donde Miles había dicho que estarían.

Tres cuerpos. Una familia. Treinta años de silencio.

El viento sopló entre los árboles, y el sonido le pareció un lamento, el eco de una niña que llevaba tres décadas esperando a que alguien la encontrara. Piper cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no las secó.

—Ya estáis en casa —susurró, tan bajo que solo el viento pudo oírla —. Ya podéis descansar.

El juez tenía el rostro tallado por años de sentencias. Su voz era grave, pausada, como si cada palabra pesara más de lo que parecía. Desde el estrado, se dirigió a Miles Pemberton con la autoridad de quien sabe que su decisión es irrevocable.

—Señor Pemberton, se le ha declarado culpable de tres asesinatos en primer grado. Ha aceptado un acuerdo de culpabilidad que evita un juicio prolongado, y se ha mostrado dispuesto a cooperar con las autoridades para localizar los restos de las víctimas y el arma homicida. Nada de eso borra lo que hizo.

Miles estaba de pie frente al juez, con el traje gris de preso, las manos esposadas delante del cuerpo. No había rastro de la máscara de arrogancia que había llevado durante treinta años. Su rostro era impasible, los ojos fijos en un punto más allá del juez, más allá de la sala, como si contemplara un horizonte invisible.

—He considerado cuidadosamente los términos del acuerdo —dijo el juez, ajustando sus gafas de lectura—. La fiscalía ha solicitado cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Dada la naturaleza de los crímenes, la premeditación demostrada y el encubrimiento sistemático durante tres décadas, no encuentro razón para apartarme de esa recomendación.

La sala permanecía en una quietud tensa. Piper estaba sentada en la primera fila, al lado de Louise. Más atrás, Buck, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Al otro lado del pasillo, nadie. La familia de Miles no había ido. No había querido verlo.

—Por la presente, ordeno que Miles Pemberton sea recluido en el centro penitenciario estatal de Massachusetts para cumplir una condena de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Que Dios tenga piedad de su alma.

El martillo golpeó la madera. El sonido resonó en la sala como un disparo.

Miles no se inmutó. Sus ojos siguieron fijos en el vacío, y cuando los alguaciles lo rodearon para llevárselo, no opuso resistencia. Caminó hacia la puerta con pasos mecánicos, las esposas tintineando, el traje gris perdiéndose en el pasillo.

En el umbral, se detuvo. Giró la cabeza lentamente, y sus ojos encontraron a Piper. Por un instante, algo cruzó su rostro. No era arrepentimiento. No era odio. Era el reconocimiento de que todo había terminado, de que no había vuelta atrás, de que la partida había terminado.

—Lo siento —dijo, y la palabra salió en un susurro que apenas cruzó la distancia—. No sé si servirá de algo. Pero lo siento.

Piper no respondió. Se quedó mirándolo, sintiendo la gravedad de aquellas palabras, el peso de treinta años de silencio, de mentiras, de cuerpos enterrados en el bosque. No sabía si aceptar aquellas disculpas. No sabía si podía.

Los alguaciles empujaron a Miles hacia la puerta, y la sala quedó en silencio.

La reunión del pueblo se celebró en el salón de actos del ayuntamiento, una sala con paredes de madera oscura y un escenario donde, durante años, se habían celebrado obras de teatro escolares y conciertos de la banda local. Aquella noche, las sillas plegables estaban ocupadas por casi todos los habitantes de Willow Creek.

Piper estaba en la segunda fila, al lado de Buck. Louise estaba más atrás, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Y en el escenario, solo, de pie frente al micrófono, Rowan Delaney.

Llevaba un jersey de lana oscura, el brazo escayolado aún en cabestrillo, la cicatriz en la ceja izquierda más visible bajo las luces del escenario. Pero sus ojos, ese azul pálido y translúcido que durante treinta años había mirado al mundo desde la distancia, estaban firmes.

Rowan se aclaró la garganta, pero la voz le salió temblorosa. Tenía un papel arrugado en las manos. Lo miró, y leyó con esfuerzo:

—Me llamo Rowan Delaney. Hace treinta años, mi familia fue asesinada.

Su voz se quebró. Se detuvo, apretando los párpados. Un sollozo se escapó de su pecho. No podía continuar. El papel temblaba entre sus dedos.

Piper se levantó de su asiento y subió al escenario. Se puso a su lado, puso una mano sobre su hombro y, tomando el papel con suavidad, leyó en voz alta:

—Yo lo vi todo. Y durante treinta años, no pude hablar de ello.

Rowan asintió, se secó las lágrimas con la manga. Tomó aire y continuó, la voz aún rota:

—Hay personas en esta sala que sabían lo que había pasado. Personas que tenían miedo. Personas que callaron para protegerse, o para proteger a otros —hizo una pausa, tragando saliva—. No los culpo. El miedo es un animal que paraliza. Pero llegó un momento en que alguien decidió que el miedo ya no iba a gobernarla.

Miró a Piper directamente a los ojos.

—Gracias, Piper. Por no rendirte. Por no irte cuando todos te decían que lo hicieras. Por creer en Jenna —su voz se rompió al pronunciar su nombre, y las lágrimas le corrieron libremente—. Por encontrar

aquella entrada de su diario que mencionaba el coche de Warren. Sin eso, nunca habríamos sabido la verdad.

Piper, aún a su lado, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No las contuvo.

—Y gracias a todos los que estáis aquí —continuó Rowan, volviéndose hacia el público, su voz más firme ahora—. Porque estar aquí significa que Willow Creek está listo para sanar. Que el silencio se ha hecho añicos. Que los muertos, por fin, pueden descansar.

Hizo una pausa. Luego, con una voz más baja, añadió:

—Yo voy a escribir un libro. Sobre lo que pasó. Sobre la noche que cambió mi vida. Para que nadie olvide. Para que la verdad no vuelva a enterrarse nunca.

Bajó del escenario entre aplausos. No eran atronadores, sino contenidos, respetuosos. La clase de aplausos que se dan cuando las palabras pesan más que las palmas.

Rowan se acercó a Piper y se sentó a su lado.

—¿Ha estado bien? —preguntó, y su voz recuperó ese tono inseguro que tenía cuando hablaba de su pasado.

—Ha estado perfecto —dijo ella—. —Has estado perfecto.

El cementerio de Willow Creek estaba en la colina que dominaba el pueblo, un lugar tranquilo donde los árboles viejos protegían las lápidas del viento. La mañana era fría, pero el sol brillaba entre las nubes, proyectando sombras alargadas sobre la hierba.

Franklin Buck estaba frente a la tumba de Grant Sherman.

La lápida era nueva, de granito gris, con el nombre grabado en letras doradas. Al lado, otra lápida idéntica para Caroline. Un poco más allá, una más pequeña, con motivos de flores y un ángel. Jenna. Las tres habían sido colocadas aquella semana, después de

que los cuerpos fueran exhumados, identificados y entregados a la familia para su entierro.

Buck se arrodilló con esfuerzo, las rodillas crujiendo, y dejó caer algo sobre la tierra. Una placa de metal, pequeña, con una inscripción en el reverso.

Franklin Buck. Detective. 1960-2025.

La que había recibido de Miles aquella noche de 1994, cuando aceptó cerrar el caso a cambio de un ascenso. La que había guardado en un cajón durante treinta años, como un recordatorio de su cobardía.

—Ya no la necesito —dijo, y su voz sonó ronca—. Ya no necesito recordar lo que fui. Porque ahora sé lo que soy.

Se levantó lentamente y se quedó mirando las tumbas. El viento movió su pelo gris, y el sol iluminó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Lo siento —dijo—. Lo siento por no haber hecho mi trabajo. Lo siento por haberlos fallado. Ojalá pudiera devolverles la vida. Pero no puedo. Solo puedo prometerles que no volveré a fallar a nadie.

Se dio la vuelta y caminó hacia el coche, donde Piper lo esperaba.

—¿Listo? —preguntó ella.

—Listo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Buck esbozó una sonrisa que, aunque no alcanzaba sus ojos, era sincera.

—Voy a vivir. Por primera vez en treinta años, voy a vivir de verdad.

El rosal blanco llegó en una maceta de barro, las raíces envueltas en un paño húmedo. Louise lo sostuvo contra el pecho mientras

caminaba hacia el jardín de la casa de los Sherman.

Ya no era la casa de los Sherman. Era la casa de Piper. Pero para ella, siempre sería el lugar donde los Carpenter —los Sherman— habían vivido, reído, amado.

Se arrodilló junto al roble donde el cuerpo de Jenna había sido encontrado. La tierra estaba removida, marcada por las botas de los forenses, pero ya empezaban a crecer pequeñas hierbas, cubriendo las heridas del suelo.

Cavó un agujero con las manos, sintiendo la tierra fría bajo las uñas. Colocó el rosal con cuidado, cubrió las raíces, y apretó la tierra alrededor del tallo.

—Para ti, Jenna —dijo, y su voz sonó firme—. Para que sepas que no te hemos olvidado. Para que sepas que tu historia no termina aquí.

Se quedó un momento arrodillada, mirando el rosal. Las flores eran blancas, puras, y se mecían ligeramente con el viento.

—Lo siento —susurró—. Lo siento por no haber hablado antes. Por haberte fallado. Pero prometo que cuidaré de este rosal. Y prometo que contaré tu historia. Para que todo el mundo sepa lo valiente que fuiste.

Se levantó lentamente, se limpió las manos en los vaqueros, y caminó hacia la casa. En la puerta, Piper la esperaba.

—Ha quedado precioso —dijo Piper.

—Sí —sonrió Louise, y las lágrimas le brillaban en los ojos—. Como ella.

Esa noche, Piper se sentó en el porche de la casa, con una manta sobre las rodillas y una taza de té humeante en las manos. La luna estaba casi llena, y su luz bañaba el jardín en una claridad plateada.

El rosal blanco se mecía suavemente bajo el roble.

El reloj de pie, dentro de la casa, seguía marcando las once y cuarenta y siete. No lo había cambiado. No quería hacerlo. Era un recordatorio de que el tiempo se había detenido una vez, pero que ahora, por fin, reanudaba su marcha.

Oyeron pasos en la gravilla. Rowan apareció, con el brazo escayolado apoyado en un bastón.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Claro.

Se sentó a su lado, en el escalón del porche, y apoyó el bastón contra la barandilla. La quietud era cómoda, llena de todo lo que no necesitaban decirse.

—Mañana empiezo a escribir —dijo Rowan al fin—. El libro. Sobre la noche del crimen. Sobre todo lo que pasó después.

—¿Y cómo te sientes?

—Asustado. Pero también liberado. Como si hubiera estado conteniendo la respiración durante treinta años y ahora, por fin, pudiera exhalar.

—Eso es bueno.

—Sí —Rowan la miró—. Gracias, Piper. Por no rendirte. Por no irte cuando todos te decían que lo hicieras. Por creer en mí.

—No podría haber hecho otra cosa.

—Podrías. Podrías haberte ido, vendido la casa, olvidado de Willow Creek. Pero no lo hiciste. Y por eso, los muertos pueden descansar. Y los vivos podemos empezar a sanar.

Piper sintió que las lágrimas le ardían en los ojos. Esta vez no las contuvo.

—Gracias a ti, Rowan. Por tener el valor de hablar. Por tener el valor de recordar.

Se quedaron callados, mirando el jardín. La luna brillaba sobre el rosal blanco, y el viento susurraba entre los robles.

Dentro de la casa, el reloj de pie seguía marcando las once y cuarenta y siete. Pero el péndulo, por primera vez en treinta años, comenzó a balancearse lentamente.

Como si el tiempo, por fin, estuviera listo para avanzar.

CAPÍTULO 30: UN NUEVO AMANECER

La luz del sol entraba por las ventanas limpias de la casa, dibujando rectángulos de claridad sobre los suelos de madera recién barnizada. El polvo que había flotado en el aire durante los primeros días —aquel polvo denso, cargado de tiempo detenido — había desaparecido. Ahora olía a cera de abejas y a flores cortadas, a jabón de lavanda y a vida recién estrenada.

Piper estaba de rodillas en el jardín, con las manos hundidas en la tierra negra y húmeda. Llevaba guantes de jardinería, vaqueros viejos y una camiseta blanca manchada de barro en el dobladillo. El sol de la mañana le calentaba la nuca, y una brisa ligera movía las hojas de los robles, proyectando sombras danzantes sobre el césped recién sembrado.

Seis meses. Desde aquella noche en la comisaría, desde la confesión de Miles, desde el momento en que el martillo del juez había caído sobre la madera y la sentencia se había sellado como un testamento. Seis meses desde que el tiempo, por fin, había vuelto a andar.

La casa ya no era la misma. Las persianas rotas habían sido reemplazadas, las grietas en el yeso selladas, las habitaciones vaciadas de polvo y de fantasmas. El salón tenía muebles nuevos. Una chimenea crepitaba en las noches frías, y las estanterías estaban llenas de libros que Piper había ido acumulando sin prisa, pero sin pausa. La cocina olía a pan recién horneado y a café molido

a mano. Los armarios, antes vacíos, ahora estaban llenos de platos, vasos, latas de especias y tarros de legumbres.

Pero el cambio más significativo estaba en el sótano.

Piper lo había convertido en su estudio de arquitectura paisajista. Las paredes de piedra, encaladas, estaban iluminadas por lámparas de luz cálida que ahuyentaban las sombras. Sobre una mesa de dibujo, planos y croquis se extendían como mapas de un futuro que ella misma diseñaba. Macetas con plantas trepadoras colgaban del techo, y una estantería metálica albergaba catálogos de semillas, muestras de tierra y libros de botánica. Donde antes solo había oscuridad y silencio, ahora crecía la vida: brotes verdes asomaban en bandejas de germinación.

El jardín, que había estado cubierto de malas hierbas y hojas secas cuando ella llegó, ahora estaba vivo. Los parterres de flores —lavanda, margaritas, rosales trepadores— bordeaban el sendero de piedra que llevaba al roble. El césped, cuidado a mano durante meses, formaba una alfombra verde y mullida que invitaba a caminar descalzo.

Y bajo el roble, el rosal blanco de Louise se había convertido en un arbusto frondoso, sus flores abriéndose al sol como pequeños corazones de nieve.

Piper se incorporó, apoyando las manos en los riñones. La tierra se desprendió de sus guantes en pequeñas motas oscuras. El hombro derecho, el que se había lastimado en la caída por las escaleras del sótano, ya casi no le dolía. Solo un recuerdo leve, una punzada cuando el tiempo cambiaba, como si el cuerpo hubiera decidido guardar una pequeña marca de todo lo ocurrido.

Se quitó un guante y pasó los dedos por el borde del rosal. Los pétalos blancos, suaves como seda, se doblaron bajo su tacto.

—Estás precioso —dijo en voz alta, y las palabras sonaron a promesa cumplida.

El viento movió las hojas del roble, y por un instante, Piper sintió que alguien más estaba en el jardín. Un escalofrío le recorrió la nuca al recordar el sótano, aquellas noches de arañazos y susurros, pero la brisa cálida lo disipó. No era miedo. Era una presencia cálida, como una mano que rozara su hombro sin llegar a tocarlo. Cerró los ojos y dejó que el sol le calentara los párpados.

—Jenna —susurró—. Ojalá pudieras verlo.

El viento sopló otra vez, más suave, y las flores del rosal se inclinaron ligeramente, como si alguien las hubiera tocado al pasar.

Piper sonrió. Se puso el guante y volvió a arrodillarse en la tierra.

Oyó el coche antes de verlo. El motor se apagó frente a la casa, seguido del portazo característico de un coche viejo. Se levantó, se quitó los guantes y los dejó caer junto a las herramientas de jardinería. El corazón le latía con una mezcla de nerviosismo y alegría que no había sentido en meses.

Rodear la casa era un gesto que ya conocía de memoria. Cada piedra del sendero, cada recodo donde las rosas trepadoras se enredaban en la pérgola, cada peldaño del porche donde había pasado tantas noches mirando las estrellas.

Rowan Delaney estaba de pie junto a la puerta del coche, una vieja camioneta azul que había comprado después de que le dieran el alta. Y estaba irreconocible.

El Rowan que Piper recordaba era el hombre que había conocido en la cabaña del bosque: pálido, demacrado, con la mirada huidiza y los hombros encogidos como si quisiera ocupar el menor espacio posible. El mismo que había estado conectado a máquinas en la UCI, con el rostro magullado y la voz atascada entre el miedo y el silencio.

Este Rowan era diferente.

Había ganado peso. Los pómulos, antes marcados, ahora tenían una redondez saludable que suavizaba sus facciones. La barba, antes descuidada, estaba recortada con cuidado. Llevaba una camisa de franela azul, los botones superiores abiertos sobre una camiseta blanca, y vaqueros que le sentaban bien. El brazo izquierdo, que había estado escayolado durante meses, se movía con normalidad, aunque aún guardaba un leve temblor cuando lo extendía del todo.

Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos.

Ese azul pálido, casi translúcido, que antes parecía vidrio roto, ahora tenía luz propia. Una claridad que no estaba allí antes. Una paz que parecía imposible en el hombre que había pasado treinta años escondido en el bosque.

—Hola —dijo, y su voz sonó firme, segura, como si hablar ya no le costara ningún esfuerzo.

—Hola —respondió Piper, y sintió que la sonrisa le nacía sola, sin esfuerzo—. Estás…

—Diferente —completó él, y sonrió de una manera que iluminó todo su rostro—. Lo sé. Me lo dice todo el mundo.

Se acercaron el uno al otro. No hubo titubeos. Piper lo abrazó primero, rodeándole el cuello con los brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, el latido de su corazón contra el pecho de ella. Rowan correspondió al abrazo, sus brazos rodeándole la cintura, apretándola con una fuerza que no sabía que tenía.

—Gracias por venir —dijo ella, con la boca pegada a su hombro.

—No podría haberme quedado en casa. No hoy.

Se separaron lentamente. Rowan la miró de arriba abajo, y su sonrisa se amplió al ver la tierra en su ropa.

—Sigues trabajando en el jardín, veo.

—Nunca paro. —Piper se miró las manos, manchadas de barro incluso a través de los guantes—. Es lo único que me relaja.

—Te sienta bien.

Ella sintió que el calor le subía a las mejillas. Apartó la mirada y señaló la camioneta.

—¿Y eso? ¿Cuándo te compraste un coche?

—Hace un mes. —Rowan se volvió hacia el vehículo, metió la mano por la ventanilla del conductor y sacó algo—. No es gran cosa, pero me lleva a donde necesito ir.

Cuando se dio la vuelta, sostenía un libro entre las manos.

Era una edición sencilla, de tapas duras forradas en tela azul oscuro, con el título grabado en letras plateadas. Piper lo reconoció al instante, aunque nunca lo hubiera visto antes. Lo había imaginado durante meses, mientras Rowan le contaba por teléfono los avances, las dudas, los momentos en que las palabras se negaban a fluir.

Silencio en Willow Creek. El título ocupaba la portada en letras limpias, sin adornos. Debajo, en caracteres más pequeños: *Rowan Delaney.*

—Ya está —dijo él, y su voz sonó distinta, como si sostener el libro entre las manos le diera una gravedad que antes no tenía—. Terminado. Publicado. En las librerías desde ayer.

Piper sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No las contuvo.

—Déjame verlo.

Rowan se lo tendió. Ella lo cogió con las manos temblorosas, manchadas de tierra, y sostuvo el libro como si fuera un objeto sagrado. La tela azul era suave al tacto, el papel de las páginas olía a tinta fresca y a promesa.

Abrió la primera página.

La dedicatoria estaba escrita en letras itálicas, centrada en el centro de la hoja:

A Piper Marsh. La mujer que me enseñó a hablar. Que estos ecos, por fin, encuentren su hogar.

—Rowan… —La voz se le quebró. Las palabras se le atascaron en la garganta, un nudo que no lograba tragar—. No sabía…

—Claro que no. —Rowan sonrió, y por un instante, Piper vio al niño que había estado escondido en el bosque, esperando a que alguien lo encontrara—. Quería que fuera una sorpresa.

Piper cerró el libro y lo apretó contra el pecho, sintiendo el peso de las páginas, el peso de las palabras de Rowan, el peso de todo lo que había ocurrido para llegar hasta aquel momento.

—No sé qué decir —dijo, y su voz sonó frágil, como si las palabras pudieran romperse al pronunciarlas.

—No hace falta que digas nada. —Rowan dio un paso hacia ella—. Ya has hecho suficiente.

Se quedaron un momento en silencio, el sol de la mañana bañándolos en una luz dorada y suave. El viento movió las hojas de los robles, y el sonido pareció llenar el espacio entre ellos, uniendo el pasado y el presente en un solo hilo de tiempo.

—Ven —dijo Piper al fin—. Te enseño el jardín.

Caminaron juntos hacia la parte trasera de la casa. El sendero de piedra serpenteaba entre los parterres de flores, y Rowan se detenía de vez en cuando para observar una planta, para pasar los dedos por las hojas de un arbusto, para aspirar el aroma de las lavandas.

—Has hecho un trabajo increíble —dijo—. La última vez que vi este jardín, estaba lleno de malas hierbas y de hojas secas.

—Ha llevado tiempo. —Piper se arrodilló junto a un macizo de margaritas y arrancó una mala hierba que asomaba entre los tallos

—. Pero mereció la pena. Cada planta que crece, cada flor que abre, es como… no sé, como una pequeña victoria.

—Como cerrar un círculo.

—Eso.

Llegaron al roble. El árbol era inmenso, sus ramas extendiéndose hacia el cielo como brazos abiertos. Bajo él, el rosal blanco de Louise se mecía suavemente, sus flores abiertas al sol como pequeñas estrellas de nieve.

Rowan se arrodilló frente al rosal, con un cuidado que delataba el recuerdo de las lesiones pasadas, y pasó los dedos por los pétalos blancos.

—Louise lo plantó —dijo Piper—. En memoria de Jenna.

—Lo sé. —La voz de Rowan sonó más baja, más grave—. Me escribió una carta. Contándomelo. Dijo que venía a cuidarlo todas las semanas.

—Y así es. Viene cada martes. A veces se queda una hora, solo mirando las flores.

Rowan asintió lentamente. No dijo nada. No hacía falta.

Se quedaron un momento en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. El viento sopló entre las ramas del roble, y las hojas susurraron como voces lejanas, como ecos de un tiempo que ya no dolía.

—Quiero plantar algo —dijo Rowan al fin—. Si no te importa.

—Claro. ¿Qué?

—Un roble. —Se levantó y la miró—. Pequeño. Para que crezca con el tiempo. Para que cuando alguien mire este jardín dentro de veinte, treinta años, sepa que aquí empezó algo nuevo.

Piper sintió que el corazón se le expandía en el pecho.

—Me parece perfecto.

Fueron al cobertizo del jardín, donde Piper guardaba las herramientas y las plantas. Había un roble joven en una maceta, de unos dos metros de altura, con las hojas verdes y brillantes, las raíces firmes en la tierra. Lo había comprado hacía semanas, sin saber muy bien dónde lo plantaría, como si hubiera estado esperando el momento adecuado.

Ahora sabía que ese momento había llegado.

Cavaron el agujero juntos. Piper con la pala, Rowan arrodillado, apartando la tierra con las manos. El sol les calentaba las espaldas, y el silencio era cómodo, lleno de todo lo que no necesitaban decirse. La tierra era fértil, oscura, con ese olor a humus y a vida que prometía crecimiento.

Cuando el agujero estuvo listo, colocaron el roble joven en el centro. Piper sostenía el tronco mientras Rowan cubría las raíces con tierra, apretándola suavemente alrededor de la base.

—Ahí está —dijo él, cuando terminaron. Se levantó y dio un paso atrás, contemplando el árbol—. Pequeño. Pero crecerá.

—Como todo lo demás.

Rowan la miró. Sus ojos, ese azul pálido que antes parecía vidrio roto, ahora reflejaban la luz del sol con una claridad que cortaba la respiración.

—Gracias, Piper —dijo—. Por no rendirte. Por no irte cuando todos te decían que lo hicieras. Por creer en una niña que escribió sus miedos en un diario.

—No podría haber hecho otra cosa.

—Podrías. —Rowan negó con la cabeza—. Podrías haberte ido, vendido la casa, olvidado de Willow Creek. Pero no lo hiciste. Y por eso, los muertos pueden descansar. Y los vivos podemos empezar a sanar.

Piper sintió que las lágrimas le ardían en los ojos. Esta vez no las contuvo. Dejó que cayeran libres, rodando por sus mejillas, empapando la tierra que aún manchaba sus manos.

—Gracias a ti, Rowan —dijo—. Por tener el valor de hablar. Por tener el valor de recordar. Por escribir tu historia para que nadie la olvide.

Él sonrió. Era una sonrisa diferente a las que había visto antes. No era la sonrisa forzada de quien intenta aparentar normalidad. Era una sonrisa auténtica, de esas que nacen desde dentro y se extienden por todo el rostro.

—¿Quieres que te firme el libro? —preguntó, y había un brillo de humor en sus ojos.

—Cállate. —Piper rió, y el sonido le sorprendió a ella misma—. No sabes lo mucho que significa para mí.

—Sé lo suficiente.

Dentro de la casa, un sonido nuevo rompió el silencio.

Era un repique metálico, seguido de otro, y de otro. Campanadas. Doce campanadas que vibraban en el aire con una claridad que parecía limpiar el espacio, como si cada una borrara un eco del pasado.

Rowan levantó la cabeza.

—¿Es el reloj?

—Sí. —Piper sonrió—. Lo reparé hace un mes. Un anticuario del pueblo me ayudó. Dijo que el mecanismo estaba en buen estado, solo necesitaba una puesta a punto.

—¿Y ahora marca la hora correcta?

—Ahora marca la hora correcta.

Las campanadas se sucedieron, llenando la casa, el jardín, el aire mismo. Doce en total. El mediodía. La hora en que el sol está en lo

más alto. La hora en que las sombras son más cortas. La hora en que todo parece posible.

Rowan escuchó en silencio, la mirada fija en la casa, los ojos brillantes.

—Nunca pensé que volvería a oírlo —dijo, y su voz era apenas un susurro.

—El tiempo ha vuelto a andar, Rowan. Para todos.

Él asintió. Luego se volvió hacia ella, y en sus ojos no había tristeza. Solo paz.

—Voy a escribir otro libro —dijo—. Sobre lo que vino después. Sobre cómo se reconstruye una vida después de haberla perdido.

—¿Y cómo se reconstruye?

—Un día a la vez. —Sonrió—. Como este jardín. Una planta, una flor, un árbol. Poco a poco.

Piper sintió que las palabras resonaban dentro de ella, una melodía que conocía desde siempre.

—Entonces quédate a comer —dijo—. He hecho un pastel de manzana.

—¿Tú? —Rowan levantó una ceja—. ¿La mujer que casi quema la cocina la primera semana?

—He aprendido. —Se encogió de hombros—. Tuve mucho tiempo libre.

Sonrieron. Y el sonido de sus risas se mezcló con el eco de las campanadas, fundiéndose en el aire limpio de la mañana.

Piper se sentó en el porche, con el libro de Rowan abierto sobre las rodillas. El sol de la tarde comenzaba a declinar, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosas que se reflejaban en las ventanas de la casa.

Sobre la mesa, junto a la taza de té, el aroma de las flores del jardín llegaba en oleadas, mezclado con el olor a tierra húmeda y a hierba recién cortada.

El libro pesaba en sus manos. No era un peso físico, sino emocional. Treinta años de silencio condensados en doscientas páginas de letra impresa. Treinta años de dolor, de miedo, de espera.

Abrió la primera página otra vez. Leyó la dedicatoria en voz baja, saboreando cada palabra:

A Piper Marsh. La mujer que me enseñó a hablar. Que estos ecos, por fin, encuentren su hogar.

Pasó los dedos por las letras, sintiendo la tinta hundida en el papel. Luego cerró el libro y lo sostuvo contra el pecho, como si pudiera absorber las palabras a través de la piel.

El jardín estaba en calma. El roble joven se mecía suavemente con el viento, sus hojas verdes brillando bajo la luz del atardecer. El rosal blanco, a su lado, parecía protegerlo, como una madre que vela por su hijo.

Dentro de la casa, el reloj de pie seguía marcando la hora. Las doce. La hora en que todo había comenzado. Y la hora en que todo, por fin, había terminado.

Piper apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. El viento le acarició la cara, trayendo consigo el aroma de las flores, de la tierra, de la vida.

La casa de los ecos perdidos ya no estaba perdida.

Ahora era un hogar.

Sobre sus rodillas, el diario de Jenna descansaba abierto por la última página. Piper leyó en voz baja la entrada del 15 de noviembre: «No debí haber visto lo que vi». Recordó la otra entrada, la que había descubierto meses atrás, donde Jenna describía al amigo de su padre con otro hombre junto a un coche plateado.

Aquella pista había sido la clave para desenmascarar a Miles. Luego cerró el diario y alzó la mirada hacia el cielo.

—Gracias, Jenna —susurró—, y las palabras se las llevó el viento, meciéndose entre las ramas del roble, fundiéndose con la luz del atardecer—. Gracias por no rendirte. Gracias por esperar.

El viento sopló una última vez, suave, cálido. Y luego, el silencio.

Pero no era el silencio de antes. No era el silencio denso, cargado de miedo y de secretos.

Era la quietud de la paz.

El silencio de un hogar que, por fin, había encontrado su voz.

EPÍLOGO: EL ECO QUE SE CALLÓ

La mecedora crujía sobre las tablas del porche, un ritmo constante que se sincronizaba con la respiración de Piper. El sol de la tarde, ya bajo, se filtraba entre las ramas del roble grande y proyectaba sombras alargadas que se mecían con la brisa. Sostenía el libro de Rowan entre las manos, los dedos rozando la cubierta de tela azul, sintiendo el calor que el sol había dejado en ella.

Un año.

Un año desde que Miles Pemberton fue condenado. Un año desde que exhumaron los cuerpos de Grant, Caroline y Jenna, desde que los enterraron con dignidad en el cementerio de Willow Creek. Un año desde que el reloj de pie volvió a marcar la hora correcta, el péndulo balanceándose con un ritmo que parecía decir: *ya puedes descansar.*

El jardín estaba en calma. El roble joven que habían plantado con Rowan se alzaba junto al rosal blanco de Louise, sus hojas verdes brillando bajo la luz dorada. La lavanda bordeaba el sendero de piedra; los geranios de las macetas del porche mostraban flores rojas y anaranjadas. Todo respiraba vida.

Piper abrió el libro por una página al azar. Las palabras de Rowan eran precisas, cada frase cargada de una verdad que ya no pesaba.

Nunca supe que el silencio podía doler tanto. Duele como un diente podrido, como un hueso roto que no termina de soldar. Duele porque las palabras se acumulan dentro y no encuentran salida.

Pasó la página y encontró la suya. El capítulo que Rowan había escrito sobre ella, sobre la mujer que llegó desde Boston con un coche lleno de dudas y una casa vacía de recuerdos. *Nunca le pedí que se quedara. Pero ella se quedó. Y eso lo cambió todo. Cuando una persona decide quedarse, contra toda lógica, contra todo miedo, contra todas las advertencias que le susurran al oído, el mundo entero se reacomoda a su alrededor. La gravedad cambia de centro. Y lo que parecía imposible —la verdad, la justicia, la paz— de repente se vuelve posible, tangible, real.*

Cerró el libro y lo sostuvo contra el pecho. El peso era familiar ahora, un peso que había dejado de ser ajeno para convertirse en parte de ella.

El cartero había pasado hacía una hora, dejando el correo en la caja junto a la entrada principal. Facturas, un catálogo de semillas de una empresa de Oregón que prometía lavandas resistentes al invierno, una carta de Louise contándole que el rosal había florecido más que nunca, que las flores blancas cubrían el arbusto como si hubiera nevado sobre él en pleno junio. Y entre todo eso, una postal.

La sacó del bolsillo de la chaqueta, donde la había guardado como un tesoro. Era una fotografía del puerto de Boston, el skyline recortado contra un cielo azul de primavera, los barcos meciéndose en el agua tranquila. En el reverso, la letra de Rowan, más firme que nunca, trazaba unas líneas que ella ya se sabía de memoria:

Querida Piper:

Los ecos ya no me persiguen. Ahora solo oigo el viento. Y los pájaros.

Gracias por salvarme, Piper. Y por salvarte a ti misma.

Un abrazo, Rowan

*P.D. La gira está siendo increíble. Anoche firmé libros hasta que me dolieron los dedos. Pero cada firma vale la pena. Cada persona que se acerca y me dice «gracias» me recuerda por qué empecé a escribir. En la cola de Boston conocí a una mujer que había perdido a su hermana en circunstancias similares. Me abrazó y lloró. Yo también lloré. Pero eran lágrimas buenas, Piper. Lágrimas que limpian. Te escribo desde el hotel, con la ventana abierta, oyendo las gaviotas. No hay silencio aquí. Pero es un silencio diferente. Es el silencio de una ciudad que respira, no el silencio de un secreto enterrado. *

Dobló la postal con cuidado, por la marca del pliegue que ya empezaba a gastarse, y la deslizó entre las páginas del libro de Rowan, como un marcador que señalaba el principio de algo nuevo. Luego, al volver a revisar el montón de correo, encontró un sobre dejado por Buck. Dentro había una carta escrita a mano por una chica joven: "Siempre supe que mi padre era un monstruo, pero no podía decirlo. Ahora que se ha hecho justicia, solo espero que la familia Sherman pueda descansar." Piper apretó los labios y guardó la carta junto a la postal.

El reloj de pie, dentro de la casa, comenzó a dar la hora.

Las campanadas eran profundas, tranquilizadoras. Llenaban cada rincón del recibidor y se filtraban a través de las ventanas abiertas del porche. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Las cinco de la tarde. La hora del té, la hora en que el sol empezaba a declinar sobre el jardín, la hora en que el trabajo del día quedaba atrás.

Piper dejó el libro sobre la mesa de mimbre, junto a la taza vacía que aún conservaba el aroma del té de la mañana, y se inclinó hacia adelante en la mecedora, apoyando los codos en las rodillas. Desde el porche, el jardín se desplegaba ante ella: el roble grande, el rosal blanco, el roble joven. El sendero de grava que llevaba a la puerta principal, las flores que ella misma había plantado y cuidado durante meses. El cielo despejado, un azul suave que prometía una noche tranquila.

Recordó la primera vez que había visto aquel jardín. Cubierto de malas hierbas, con el columpio oxidado, las ramas caídas del roble esparcidas por el césped como si el árbol hubiera estado llorando durante años. Había pensado que nunca lograría restaurarlo, que la casa y el jardín eran demasiado grandes, demasiado viejos, demasiado cargados de dolor.

Pero lo había hecho. Poco a poco, una planta cada vez, una semilla, un riego, una poda. Como Rowan había dicho: *un día a la vez.*

El viento agitó las hojas del roble grande, y el sonido pareció convertirse en un susurro, en una risa lejana que se perdía entre las ramas. Piper sonrió. No era la primera vez que sentía aquella presencia cálida que la acompañaba en los atardeceres, cuando el jardín se llenaba de sombras largas y la luz dorada se filtraba a través de las hojas. No era miedo. Era una compañía, un eco que ya no dolía.

Cerró los ojos. Podía imaginarla: Jenna, de siete años, el pelo recogido en dos trenzas, la muñeca de porcelana apretada contra el pecho. Jenna corriendo descalza por el jardín, riendo bajo el roble, saltando entre los charcos de luz que el sol dejaba caer sobre el césped. Jenna sin miedo, sin el armario, sin la sangre. Solo una niña jugando en el jardín que siempre debió ser suyo.

—Juega tranquila —susurró Piper, y las palabras se las llevó el viento, meciéndose entre las ramas del roble—. Ya nadie te hará daño.

El viento sopló una última vez, suave, cálido. Luego, el silencio. Pero no era el silencio denso, cargado de miedo y de secretos. Era el silencio de la paz.

La mecedora se detuvo. Piper apoyó la cabeza contra el respaldo de mimbre y sintió que la casa respiraba a su alrededor. Las vigas crujían suavemente, no como antes, cuando cada crujido era una amenaza. Ahora crujía como cruje todo lo que está vivo, como la

madera que se expande y se contrae con el calor, como una casa que ha decidido despertar después de un largo sueño.

Abrió los ojos y miró a través de la puerta del salón. El reloj de pie se alzaba contra la pared, el péndulo balanceándose con un ritmo constante, las manecillas marcando las cinco en punto. La luz de la tarde se reflejaba en la esfera de porcelana blanca, proyectando destellos dorados sobre las tallas de la madera.

Un año atrás, aquel reloj había sido un símbolo de todo lo que estaba roto. Un tiempo congelado en el momento exacto del crimen, un recordatorio de que la justicia nunca había llegado. Ahora, su tic-tac llenaba la casa como un latido, como el pulso de algo que había vuelto a la vida.

Piper recordó la primera vez que lo vio, el día que llegó a Willow Creek. El polvo cubriendo la madera, las manecillas inmóviles, el silencio que parecía pesar toneladas. Recordó haber pasado los dedos por la esfera, sintiendo la capa de suciedad bajo la yema, preguntándose quién lo había parado y por qué. Ahora lo sabía. Y saberlo no dolía. Simplemente era.

Se levantó despacio, estirando los brazos por encima de la cabeza. Los músculos crujieron, pero sin dolor. El hombro derecho, el que se había lastimado en la caída por las escaleras del sótano, ya no le molestaba. Solo un recuerdo leve, una marca más en el mapa de su cuerpo.

Cogió el libro de la mesa, la postal de Rowan aún asomando entre las páginas, y entró en la casa. El recibidor olía a cera de abejas y a flores frescas. Pasó junto al reloj, y su mirada se encontró con la esfera. Las manecillas seguían marcando las cinco. El péndulo, imparable.

—Gracias —dijo en voz baja, a nadie en particular, a todos los que habían hecho posible que llegara hasta allí.

Colocó el libro en la estantería del salón, junto a otros volúmenes. La postal quedó visible, el reverso con la letra de Rowan mirando hacia

el frente. A su lado, en la misma balda, el diario original de Jenna descansaba en una caja de metacrilato que Piper había mandado hacer para preservarlo. Lo tomó, abrió la caja y pasó las páginas hasta la última entrada, la del 15 de noviembre: «No debí haber visto lo que vi».

Las palabras de Jenna, escritas con una letra temblorosa pero decidida, resonaron en su interior. Aquella niña, a pesar del miedo, había sido valiente hasta el final. Ese pensamiento la llenó de una paz que no había conocido antes. Luego guardó el diario en su caja y lo devolvió a la balda. Lo había decidido meses atrás: aquel diario no era suyo, era de todos. Lo donaría al museo histórico del condado cuando llegara el momento. Pero aún no. Todavía necesitaba tenerlo cerca.

Salió otra vez al porche. El sol se había hundido un poco más, tiñendo el horizonte de tonos naranjas y rosas que se reflejaban en las ventanas de la casa. El roble grande proyectaba una sombra inmensa sobre el jardín, y bajo ella, el rosal blanco de Louise se mecía suavemente. Las flores blancas parecían pequeñas estrellas caídas del cielo, iluminando la tierra desde abajo.

Piper se recostó en la mecedora y cerró los ojos. La brisa le acarició la cara, trayendo el aroma de la lavanda, de la tierra húmeda, de las flores que ella misma había plantado. Se quedó así, meciéndose lentamente, escuchando el canto de los pájaros que se preparaban para la noche, el rumor lejano del viento entre las copas, el tic-tac del reloj dentro de la casa.

Sonidos cotidianos, normales, que ya no eran amenazas sino parte del paisaje sonoro de una vida que por fin había encontrado su ritmo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

La casa de los ecos perdidos ya no estaba perdida. Ahora era un hogar.

El viento sopló una última vez, y en él, Piper creyó oír una risa infantil, lejana y feliz, perdiéndose entre las ramas del roble. No era un eco. Era la canción de una niña que por fin podía jugar bajo el sol, sin miedo, sin prisa, sin la sombra de un hombre con un pisapapeles en la mano.

Se quedó dormida con la sonrisa en los labios.

El sol se puso sobre Willow Creek. Las estrellas comenzaron a aparecer, una a una, como diminutas luces encendiéndose en un cielo que prometía una noche tranquila. El roble grande susurró con la brisa, y el rosal blanco se mecía suavemente.

Dentro de la casa, el reloj de pie siguió marcando las horas, el péndulo balanceándose con un ritmo constante, imparable. El tiempo ya no estaba congelado. El tiempo avanzaba, como debía ser.

Como siempre debió ser.
